Charlie Marlow y la Rata Gigante de Sumatra

Alberto López Aroca

Una aventura de Sherlock Holmes en 1893
con la solución al misterio del "Mary Celeste"

Charlie Marlow y la rata gigante de Sumatra

Una aventura de Sherlock Holmes en 1893
con la solución al misterio de “Mary Celeste”

por

Alberto López Aroca

I owe you many apologies, my dear Watson.
—Sherlock HOLMES, 1894

Diciembre 2012

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA E INTERIOR:
Sergio Bleda Villada

DISEÑO DE CUBIERTA:
Juan Antonio Martínez Sarrión “Mortimer”

Charlie Marlow y la rata gigante de Sumatra
© Alberto López Aroca, 2012

Primera edición: diciembre de 2012

I.S.B.N.: (En trámite)
D.L.: (En trámite)

Printed in Spain - Impreso en España. Todos los derechos reservados.

RESEÑA

DURANTE una reunión improvisada en el Billiard's Club de Londres (donde como todo el mundo sabe, nadie juega al billar), un grupo de viajeros y aventureros rememoran las andanzas del marino Charles Marlow —más conocido por ser el protagonista de la novela El corazón de las tinieblas, de Joseph Conrad, que inspiró la película Apocalypse Now—, y el viaje que el vapor volandero Friesland realizó en 1893 en busca de un barco desaparecido, el Matilda Briggs, no muy lejos de la isla de Sumatra.

Marlow tendrá que llevar a cabo la búsqueda en compañía de un inglés alto, estirado y extremadamente sagaz, que se hace pasar por un explorador noruego llamado Sigerson. La pista que conduce al Matilda Briggs llevará a Marlow y a su patrón (un enviado del Club Diógenes) hasta una siniestra isla en el Índico, envuelta en una misteriosa niebla perpetua, y cuyo perfil recuerda al de un cráneo…

Los sonidos de los aleteos de extrañas y feroces aves antediluvianas y el lejano eco de un estremecedor gong de proporciones ciclópeas no representan una amenaza inmediata, pero no podemos decir lo mismo de la grotesca criatura que se ha escapado del Matilda Briggs, de la tripulación que se ha hecho con un ingenio perteneciente al Gobierno Británico y anda suelta por la isla, ni de un tercer elemento en discordia (un cazador de tigres reconvertido en cazador de hombres) que le sigue la pista al "noruego Sigerson" desde hace dos años, tras la muerte de un profesor de matemáticas llamado James Moriarty…

“Matilda Briggs *no es el nombre de una mujer joven, Watson. Es un barco que está relacionado con la rata gigante de Sumatra, un caso para el que el mundo aún no está preparado”.*

Sherlock Holmes

en *“La Aventura del vampiro de Sussex ”*

Del *Journal de Genève*, 6 de mayo de 1891

ACCIDENTE MORTAL DE DOS INGLESES EN SUIZA

Los señores Sherlock Holmes y James Moriarty, ciudadanos británicos, fallecieron el 4 de mayo en las proximidades de la localidad de Port Meiringen (Suiza), despeñados ambos en el paraje conocido como las cataratas de Reichenbach.

Las autoridades locales de Port Meiringen no han aportado información adicional acerca de este trágico suceso, aunque lo atribuyen a un desprendimiento accidental de rocas mientras los dos hombres paseaban por los peligrosos senderos que circundan las cataratas.

Las autoridades aconsejan no transitar por el paraje hasta que se pueda asegurar que el riesgo de desprendimientos ha desaparecido.

Comunicado de la Agencia Reuters,
publicado por la prensa británica el 7 de mayo de 1891

UN COLABORADOR DE SCOTLAND YARD Y UN PROFESOR DE MATEMATICAS FALLECEN EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS

Suiza (Reuters). El pasado día 4 de mayo, el señor Sherlock Holmes, de Londres, falleció a causa de una caída mortal en el paraje suizo conocido como las cataratas de Reichenbach. Junto con el señor Holmes también se despeñó otro ciudadano británico, James Moriarty.

Sherlock Holmes era conocido en Inglaterra por sus frecuentes colaboraciones con Scotland Yard como investigador independiente desde hace años, y algunas fuentes próximas al Yard le atribuyen algunas detenciones de cierta importancia. Asimismo, James Moriarty fue profesor de Matemáticas en una universidad británica hasta 1888, y desde entonces había sido preparador de pruebas para oficinistas del Ejército en Londres.

Según algunas fuentes, el dramático suceso que tuvo lugar cerca de Port Meiringen, en Suiza, fue consecuencia de las actividades (desconocidas para esta Agencia) del profesor Moriarty en Inglaterra, relacionadas con una reciente investigación particular del señor Holmes.

Las condiciones orográficas de Reichenbach han impedido por el momento la recuperación de los cuerpos.

A petición de los familiares de ambos fallecidos, no se celebrará sepelio ni ceremonia religiosa alguna.

Charlie Marlow y la Rata Gigante de Sumatra

Whiskey con soda

AL menos por lo que a mí respecta, el viejo Charlie Marlow está muerto —dijo Joseph Jorkens. Apoyó el taco en el borde de la mesa, se limpió las manos de tiza y se dirigió a un sillón junto al fuego.

El caballero que estaba con él y que lo siguió al calor del hogar me resultaba desconocido: se trataba de un hombre alto, de unos sesenta años, que lucía un bigotito blanco y miraba a su alrededor con una irónica sonrisa de autosuficiencia. No era uno de los habituales del club, como Terbut o yo mismo, pero allí no desentonaba en absoluto.

Yo acababa de llegar y me sorprendió mucho ver a Jorkens jugando al billar, una actividad francamente insólita en el Billiards Club de Londres, si hemos de atenernos a la verdad.

Me acerqué a la chimenea, donde Jorkens y su compañero se habían acomodado. Habían pedido al camarero sendos vasos de whiskey con soda y me invitaron a tomar asiento con ellos.

—Veo que no conoce a mi amigo Dick Hannay —dijo Jorkens, y el aludido me estrechó la mano—. Dick trabaja para los militares; estuvo durante la guerra en los Lennox Highlanders, ¿sabe? Ha viajado casi tanto como yo, ¿verdad, Dick?

Hannay asintió con una sonrisa. Lo cierto es que su aspecto disimulaba muy bien cualquier tipo de porte o aire marcial; más bien parecía un hombre acaudalado y, probablemente, indisciplinado.

—Estaba hablando con Jorkens de un conocido común, el capitán Charles Marlow —explicó Hannay.

—No creo haberlo visto nunca por aquí —dije yo, pues el nombre no me resultó familiar.

—Ni tú ni nadie en más de veinte años, al menos —dijo Jorkens—. Como Dick, Marlow trabajó casi toda su vida para los servicios secretos británicos como agente especial. Era un hombre de Diógenes.

—¿Diógenes?

Jorkens y Hannay intercambiaron miradas.

—El Club Diógenes era un lugar muy extraño —dijo Hannay—, un exclusivo club situado en Pall Mall, junto al resto de clubes importantes, concebido para los que no quieren pertenecer a ningún club.

—¡Qué excentricidad!

—En efecto —prosiguió Hannay—. Los miembros del Diógenes

tenían prohibido el contacto humano con el resto de sus colegas; su lema era “Ignora al prójimo”, o algo así.

—Increíble —dije yo.

—Sin embargo —intervino Jorkens—, el Diógenes era algo más que un lugar donde reunir a los misántropos de la ciudad, pues albergaba a un individuo bastante excepcional, un caballero llamado Mycroft Holmes. Tenía un hermano bastante famoso, un detective, ¿sabe usted?

—¡Oh! —exclamé, pues imaginé de inmediato a quién se refería.

—Por su parte, el señor Mycroft Holmes era funcionario del Gobierno de Su Majestad, un hombre sin un cargo oficial, pero que servía como enlace entre diversos ministerios y organismos del Estado. Era a él a quien se recurría para consultar problemas extremadamente complicados, problemas en los que intervenían los más diversos factores: se puede decir que la especialidad de Mycroft Holmes era la omnisciencia. Charlie Marlow, de quien estábamos hablando, trabajaba para él… pero no es algo que Charlie admitiera fácilmente.

—Como a Jorkens, al capitán Marlow le encantaba contar cuentos —dijo Hannay—. Parece que es una enfermedad común de los marinos, y en general, de los viajeros como nosotros. Recuerdo que en una ocasión, hace mucho tiempo, cuando yo era prospector de minas en Sudáfrica, me relató una espeluznante historia acerca de un viaje que realizó por el Río Congo en busca de un agente comercial belga, un tal Kurtz…

—Esa es vieja —le interrumpió Jorkens—. Conozco una que será más del gusto de mi amigo aquí presente, pues le tiene afición a los relatos de los que otros se ríen. Probablemente ni siquiera tú se la hayas escuchado nunca a Charlie, Dick. ¿Has oído hablar alguna vez de la rata gigante de Sumatra?

Hannay se arrellanó en el sillón, un poco molesto, y bebió un trago de su vaso.

—Es posible —dijo, y se le escapó un marcadísimo acento escocés que hasta el momento sólo se había podido intuir—. Quizá no a Marlow… En fin, Jorkens, cuenta tu historia. Pero que conste: no pienso creer una sola palabra.

—Tratándose del viejo Charlie, es razonable que puedas tener tus dudas. Yo mismo no sé muy bien qué pensar al respecto…

El señor Sigerson, supongo

FUE en el verano de 1893, y según me contó Charlie Marlow, por aquel entonces él era capitán de un vapor volandero holandés que realizaba la ruta mercante hasta el índico. Su barco era el *Friesland* y pertenecía a la compañía Holanda-Sumatra —la que un año después sería Holanda-América—, propiedad de un discutible aristócrata, un tal barón Maupertuis, que había causado ciertos problemas a Inglaterra.

El capitán Marlow realizaba con absoluta normalidad su labor como responsable de un navio comercial, aunque lo cierto es que utilizaba los viajes a las Indias orientales para realizar encargos del Club Diógenes.

En el mes de julio, cuando al *Friesland* sólo le restaba atracar en el puerto de Padang, en Sumatra, para recoger y entregar las mercancías habituales y regresar a Holanda, Charlie recibió un mensaje de Mycroft Holmes donde le ordenaba desviarse de la ruta y, en su lugar, dirigirse hasta Calcuta para recibir allí a un noruego.

Aquel cambio de planes no suponía ningún problema, pues Charlie sabía que contaba con la connivencia de su patrón nominal, el ya mencionado barón Maupertuis, cuya posición social, económica y política había quedado un tanto debilitada unos años atrás, cuando lanzó al gobierno británico una oferta de compra difícil de rechazar sobre la propiedad de una isla cercana a las colonias holandesas. Para llevar a cabo sus colosales planes, Maupertuis chantajeó a algunos de los más altos cargos del Estado, pero según Marlow, Mycroft Holmes tomó cartas en el asunto, movió ficha, y alguien se encargó de devolver la jugada al barón con la misma moneda… Así, el flemático holandés se convirtió en un pelele más de nuestra nación y de los designios de Diógenes.

Cuando el *Friesland*. llegó al puerto de Calcuta, alrededor del mediodía, Charlie se encontró en el muelle con dos individuos que estaban aguardando su llegada: un sacerdote hindú y un jorobado tuerto y de rostro desfigurado, que debía de ser el criado del religioso, y al que el capitán Marlow no tardó en reconocer como un hombre muerto seis o siete años atrás. Charlie me contó que “Peachey” Taliaferro Carnehan —pues ese era el nombre del jorobado— y su amigo Daniel Dravot anduvieron mucho tiempo por la India trampeando entre los maleantes como un buen dúo de ganapanes, ejerciendo como ilustres chantajistas, y sin duda, trabajando a jornada parcial para Inglaterra en calidad de

oficiales del Ejército de la Reina, o más seguramente, desempeñando labores soterradas de “acoso y derribo” a cuenta de Whitehall. Marlow pensaba que Carnehan había muerto tras un viaje que había realizado con Dravot a una región en la frontera afgana que aparece en algunos mapas con el nombre de Kafiristán. O al menos, esa era la noticia que había difundido cierto periodista del diario *Northern Star* llamado Kipling… Nuestro amigo, el capitán, solía decirme que había días en que sospechaba que cualquier inglés que hubiera pasado por la India, lo había hecho como agente del club Diógenes. Su parte de razón tenía, el viejo Charlie.

De hecho, a primera vista, Marlow pensó que el sacerdote —un hombre alto y de tez muy oscura, que lucía una de esas “barbas sagradas” que tanto se ven en la India— debía de ser Daniel Dravot, quien había llegado a proclamarse rey de Kafiristán y sucesor de Alejandro Magno, y que había muerto crucificado por sus súbditos. Pero al verlo de cerca, se dio cuenta de que no se trataba de Dravot, sino de otro europeo disfrazado.

—El señor Sigerson, supongo —lo saludó Charlie extendiendo la mano, pero el sacerdote se limitó a hacer una leve reverencia—. Y que el diablo me lleve si tú no eres el difunto Peachey Carnehan…

El jorobado, que tenía la cabeza hundida entre los hombros y un ojo de menos, sonrió con la mitad del rostro y contestó en perfecto inglés:

Difícilmente podría ser este humilde y contrahecho esclavo de los dioses el apuesto Peachey Carnehan, capitán Marlow. Peachey era un oficial inglés que desayunaba con los rajás, comía con los bandidos y cenaba con las prostitutas… Peachey era un hombre que habría podido poner de rodillas a la India entera, y que fue el más íntimo amigo de un rey. ¿Cómo podría yo ser ese tal Peachey Carnehan, capitán?

Charlie los invitó a subir al barco para que se asearan un poco si lo deseaban, pues el noruego olía a bosta de vaca sagrada, al igual que el jorobado. Mientras Sigerson realizaba sus abluciones, Marlow se reunió con Peachey en su camarote. Unos cuantos tragos de whisky escocés fueron suficientes para soltarle la lengua al maloliente jorobado:

—Parece un buen elemento, este Sigerson —le explicó Carnehan entre trago y trago—. Lo recogí en Kalimpong, al sur de Lhasa, casi a orillas del Brahmaputra, donde lo encontré vestido de alpinista, ¿qué le parece, capitán? No tuvo ningún problema para disfrazarse de sacerdote y hemos llegado a Calcuta sin mayores contratiempos. Me ha recordado a la época en que andaba por ahí con Dan…

—¿Pero es realmente de Noruega?

Carnehan miró a Charlie con su único ojo, sacó la lengua y eructó.

—El asegura que sí, y que es explorador. Lo he visto mencionado en algunos periódicos, ¿sabes, capitán? Ha pasado un tiempo en Tíbet y

Nepal, e incluso parecía muy interesado en visitar Kafiristán —dijo Peachey, y soltó una furiosa carcajada, como si aquello fuera lo más gracioso del mundo—. Pero no, capitán. Sigerson es más falso que las palabras de amor de una damisela de Poplar. Un inglés, si en mi vida he visto uno.

—De acuerdo, Peachey; y eso lo sabes porque tienes un ojo de lince al menos, ¿verdad?

—Eres muy gracioso, capitán, je, je… No, por desgracia mi vista no es lo que era… Lo que sucede es que en Katmandú oí rumores de que alguien andaba a la zaga de Sigerson, y da la casualidad de que si el perseguidor es quien yo creo que es, nuestro notable explorador noruego bien puede darse por muerto. Se decía que el individuo en cuestión pagaba muy bien por cualquier información referente a un inglés que andaba triscando por el Himalaya… No hay que ser muy listo para sumar dos y dos, capitán.

—¿Y quién es el que lo busca, Peachey? —preguntó Marlow mientras le rellenaba el vaso.

—Me temo que esa información no es de su incumbencia, capitán Marlow —los interrumpió Sigerson, que apareció por la puerta del camarote, ataviado con un traje gris completamente europeo. Se había afeitado la enorme barba estilo *sij* con la que había aparecido en el muelle, y Charlie se dio cuenta de que sin el disfraz de sacerdote parecía incluso más alto: era un individuo muy delgado, cuyo rostro presentaba unos rasgos marcados (tenía la nariz afilada y unos penetrantes ojos grises), y su piel estaba curtida por el sol de oriente. Sin duda, Sigerson podía ser un farsante, pero había pasado mucho tiempo a la intemperie.

Marlow lo invitó a sentarse a la mesa con ellos y le sirvió un trago que Sigerson rechazó con un gesto. En su lugar, sacó del bolsillo una pipa de cerezo y la cargó con un tabaco que, como el viejo Charlie comprobó a los pocos instantes, era de una clase tan fuerte y maloliente que habría asqueado incluso al más duro de los piratas de Borneo.

—El señor Carnehan, aquí presente, ha cumplido a las mil maravillas con su misión de guía —dijo Sigerson—, cosa que es de agradecer. Ha demostrado ser un gran observador del género humano y me ha prestado un servicio inestimable, además de una interesante e instructiva compañía. Por eso lamento tanto que a partir de este momento vaya a abandonarnos para que podamos tratar nuestros asuntos.

Y dicho esto se puso en pie, le tendió la mano al jorobado y le indicó la salida. Peachey los miró a los dos de hito en hito y a continuación salió por la puerta. Marlow me aseguró que Carnehan estaba refunfuñando para sí mismo algo así como “la caza del tigre será la caza del inglés estirado, Dan, vaya si no…”

Cuando estuvieron solos, Charlie explicó a Sigerson que había

recibido órdenes de recogerlo y poner el *Friesland* a su total disposición.

De modo que usted dirá cuáles son las instrucciones, señor.

—Veamos, capitán, ¿qué le dice a usted esto? —dijo, y le tendió a Marlow un papel.

Se trataba de la copia de una nota enviada al Foreign Office por el bufete de abogados Morrison, Morrison & Dodd, especialistas en tasación de maquinaria. En el texto se pedía la colaboración del gobierno en la búsqueda del *Matilda Briggs*, un barco propiedad de unos clientes del bufete y que había desaparecido en aguas cercanas a Sumatra, concretamente al suroeste, en algún lugar entre los 0 y los 10 grados de latitud.

Charlie lo leyó un par de veces y respondió:

—Que el *Matilda Briggs* no existe. Al menos, no con ese nombre. Y que Morrison, Morrison & Dodd, como usted y como yo, deben tener algún vínculo con el Club Diógenes.

—Expliqúese, por favor.

—*"Matilda Briggs"* es un pseudónimo que, en mi opinión, deja mucho que desear: los marinos somos muy aficionados a contar historias, reales o inventadas, y en mi gremio todos conocemos la desgraciada y en verdad misteriosa historia del *Mary Celeste* (¿o es *Marie Celeste?*), que hace unos veinte años apareció cerca de las Islas Azores sin tripulación, las mesas preparadas para comer, y sin señales de violencia. Como le digo, los marinos conocemos esa historia al dedillo: sabemos quién era el capitán Briggs, que desapareció del barco junto con todos sus hombres y también que su hija se llamaba Sophia Matilda Briggs.

—¿Y esos abogados?

—Bueno, la desaparición de ese barco debe de tener importancia para la seguridad nacional; en caso contrario, no habría llamado la atención del señor Mycroft Holmes y nosotros no estaríamos ahora aquí. Un barco tan importante no estaría en manos de un simple bufete londinense, de modo que debe ser algún tipo de tapadera de Diógenes.

—¡Bravo, Marlow! Ha realizado usted un análisis de lo más imaginativo; sin duda podría abandonar su carrera como capitán e ingresar en Scotland Yard. Estoy seguro de que le recibirían con los brazos abiertos, amigo mío.

A Charlie nunca le han molestado los halagos y aquella no fue una excepción, claro…

—En realidad ha sido sencillo, Sigerson. La información está aquí mismo, en este papel…

—Salvo por el sutil detalle de que está usted completamente equivocado —dijo Sigerson.

—¡Cómo!

—Muy por el contrario, capitán, sí existe un barco llamado *Matilda*

Briggs. Por supuesto, su dueño lo bautizó, con toda intención, con el nombre de la hija del desaparecido responsable del *Mary* (que no *Mané) Celeste*. Y Morrison, Morrison & Dodd, del 46 de Old Jewery en Londres, no tiene vínculo alguno con el Club Diógenes.

—¿Entonces? —preguntó Marlow, un tanto enfadado.

—No se moleste, capitán, pues yo mismo podría haber llegado a sus erróneas conclusiones… de haber intentado especular, cosa que considero un hábito muy pernicioso. Por suerte, dispongo de información adicional que recogí esta misma mañana en la Oficina de Correos y Telégrafos de Calcuta, con el mensaje que le he mostrado, y órdenes de embarcar inmediatamente con usted: Mycroft se ha interesado en el asunto precisamente porque el dueño del barco es un miembro fundador de su club. Se trata de un caballero que trabaja por libre, aunque sus simpatías están del lado de nuestro país. La importancia del asunto estriba en el cargamento del *Matilda Briggs*, que regresaba a Inglaterra desde Sumatra.

—Espere un momento —lo interrumpió Charlie—, ¿el señor Holmes había previsto que usted estaría hoy en Calcuta? ¿Y ha viajado usted a pie desde Kalimpong?

Sigerson esbozó una sonrisa no exenta de ironía.

—Sí, Mycroft ha seguido con mucha atención mis “exploraciones”. No debería sorprenderle a usted que mi… bueno, que el señor Holmes sea capaz de calcular dónde iba a estar yo el día de hoy. De hecho, me había dirigido a la oficina postal para enviar a Pall Mail un informe y aviso de mis próximos movimientos, y allí me esperaba el paquete con las órdenes que acababan de llegar de Londres.

—Comprendo —respondió Marlow, que no dejaba de asombrarse de la precisión matemática de Mycroft Holmes—. Entonces, ¿quién es el dueño de ese barco y qué diablos es ese cargamento tan trascendente?

—Me temo, capitán, que por ahora no es necesario que conozca usted esos detalles, y si tenemos suerte, jamás tendrá que saberlos. Disponga usted el *Friesland* para que se dirija a la zona que le he indicado y le sugiero que no informe a ningún miembro de su tripulación del motivo de este cambio de rumbo. Mienta si lo cree necesario.

—Pero mi segundo de a bordo…

—No haga excepciones, capitán. Me gustaría que mi presencia en este barco pasara desapercibida, al menos hasta que zarpemos. Si me indica un camarote en el que pueda instalarme, capitán, no le molestaré lo más mínimo.

Aquellas condiciones no agradaron demasiado a Charlie, como tampoco le habían gustado esos jueguecitos de adivinanzas que tanto parecían divertir a Sigerson. Además, observó que se trataba de un

elemento muy disciplinado e insólitamente discreto, pues no se había dignado a compartir los pormenores de la misión con el hombre que habría de ayudarlo a llevarla a cabo: esto, sin duda, convertía a Sigerson en un agente muy valorado por Mycroft Holmes y su club.

Por lo que yo sé, el capitán Marlow no era precisamente un ejemplo a seguir por los hombres de Diógenes, pero lo cierto es que algún mandamás —posiblemente el mismo Mycroft Holmes— debía de tenerlo en gran estima… Todo lo contrario que Charlie, que miraba con algo más que desconfianza las actividades internacionales de Inglaterra, y en privado hablaba verdaderas pestes de la Inteligencia Militar, los servicios secretos, los espías, y de todo el entramado que forma la Corona con Whitehall, el Foreign Office, y hasta el último de los ministerios. No obstante y por algún extraño sentido del honor, del orgullo, o vaya usted a saber qué, Charles Marlow siempre se mantuvo fiel a Gran Bretaña… o al menos eso juraba y perjuraba él.

Charlie le facilitó a Sigerson un diminuto habitáculo con un camastro dentro de su propio camarote, dejó allí al falso noruego, que ni siquiera arrugó la nariz cuando vio el zulo, y se marchó en busca de su segundo de a bordo.

Encontró a Orcival "Ore" O'Rourke en la sala de máquinas, desgañitándose sobre el fogonero, que estaba borracho como una cuba y tumbado sobre un montón de carbón desparramado. Charlie dio media vuelta, salió de la sala y regresó con sendos cubos llenos de agua. Sin decir una sola palabra, se los arrojó al ebrio fogonero —un belga gordo y barbudo que venía recomendado por no sé qué directivo de la compañía Holanda-Sumatra— y le hizo señas a O'Rourke para que lo siguiera a cubierta.

—Baja a tierra a buscar a los hombres —le dijo Marlow—. Tenemos que zarpar lo antes posible. Vamos a cambiar la ruta y quiero que nos marchemos esta misma noche. Orc O'Rourke era todo un hombretón, un marino yanqui al que Charlie había conocido años atrás y que se había ganado su total confianza: Orc conocía el Atlántico y el Pacífico como la palma de su mano y había salido indemne de media docena de enfrentamientos con piratas cuando viajaba con el célebre Owen Kettle, el capitán sin barco. Dicen que O'Rourke era un verdadero demonio con los puños y Charlie juraba que si el americano hubiera sido negro y se hubiera dedicado profesionalmente al boxeo, se habría hecho tan famoso como Tom Molineaux, el esclavo negro que le zurró la badana un par de veces a Tom Cribb hace más de cien años… En estos días ya casi nadie recuerda a Molineaux o a Cribb, claro.

—¿Ha sucedido algo, capitán? —preguntó O'Rourke.

—Tenemos visita —respondió Marlow—. Por cierto, si oyes campanas acerca de un tipo que busca información sobre un inglés o un noruego, házmelo saber.

De acuerdo —dijo O'Rourke, que no estaba oficialmente al tanto de las verdaderas actividades de Charlie y el Club Diógenes. Aunque algo debía olerse, porque el yanqui no tenía un pelo de tonto—. Nos traemos algo raro entre manos, ¿verdad, capitán?

Marlow dio un respingo y contestó:

—Hasta donde yo sé, se trata de una misión de rescate. Ya veremos si la cosa se complica.

De este modo, Orc O'Rourke cumplió su cometido, registró los bares del puerto de Calcuta en busca de la tripulación del *Friesland*, y esa misma noche, tal y como había dispuesto el capitán, zarparon en busca del *Matilda Briggs*.

En garde

CHARLIE me contó que la travesía fue relativamente tranquila, pues los hombres supusieron que la Compañía había enviado órdenes desde Holanda para realizar algún tipo de ruta alternativa a la original… No obstante, había un par de cosas que escamaban a la tripulación: una de ellas era la reticencia del capitán a revelarles el destino al que se dirigían, y la otra, la presencia de ese extraño noruego que había embarcado en Calcuta y que se pasaba los días encerrado en el camarote del capitán y las noches fumando en cubierta, mirando al horizonte con un catalejo propio, como si esperase que algo surgiera de la oscuridad del mar.

Marlow vio cómo Sigerson chapurreaba algo de holandés cuando hablaba con algún marinero… Sólo preguntaba cosas técnicas relativas a la navegación, como si tuviera interés en este o aquel detalle, aunque Charlie lo sorprendió una vez interrogando a uno de sus hombres —un tipo que ya era prácticamente un anciano— acerca de un grupo anarquista que hipotéticamente había atentado contra la Familia Real de Holanda.

—Ese caballero ha pertenecido al menos a un par de sociedades bastantes discutibles —explicó Sigerson cuando Marlow le preguntó por el particular—. Pero parece que se trata únicamente de errores de juventud, de modo que no debe usted tenérselo muy en cuenta.

—De acuerdo, señor Sigerson, pero ¿cómo se lo ha sonsacado usted al viejo Vogt?

—Fíjese bien —y señaló al individuo en cuestión—: Esa marca que luce en el antebrazo izquierdo, ahí, sí, ¿lave?, esa que parece un antojo de nacimiento… Pues es un tatuaje borrado por medios bastante expeditivos, yo diría que con ácido y papel de lija. Nuestro hombre no ha logrado disimular completamente esa forma parecida a una araña… que en realidad era un escorpión, amigo mío. Para entrar a formar parte de cierta hermandad de delincuentes que utiliza dicho arácnido como seña de identidad, hay que pasar antes por otras agrupaciones de menor enjundia… En fin, Marlow, nada de lo que preocuparse a estas alturas, se lo aseguro.

El único conflicto real con Sigerson surgió cuando ya andaban muy cerca de Sumatra y Charlie se percató de la presencia de un barco que se hallaba a una distancia considerable. No obstante, el ojo clínico del

marino le decía que la embarcación le resultaba familiar, y cuando al día siguiente volvió a avistarlo a lo lejos, decidió comunicárselo a su jefe en funciones, que se encontraba en su diminuto camarote.

—Nos vienen siguiendo —le dijo a Sigerson.

El noruego de pega, que en ningún momento se había molestado en simular acento alguno, le respondió:

—Concretamente desde Calcuta, capitán.

Marlow se encogió de hombros y esbozó media sonrisa escéptica.

—Solamente he visto el barco ayer y hoy, y se encuentra a bastante distancia —dijo el capitán.

—Eso es porque sólo se ha acercado a nosotros durante la noche y su gobernante se ha cuidado mucho de no encender todas las luces. Lo vislumbré en la oscuridad durante la segunda jornada y desde entonces no nos ha perdido el rastro. ¿Quiere que le diga una cosa, Marlow? Se diría que esa gente sabe exactamente adonde nos dirigimos.

Charlie guardó silencio durante unos segundos.

—¿Está usted intentando decirme algo, Sigerson?

—En realidad, sí —respondió—. Me gustaría saber si, antes de que partiéramos, le contó algo relacionado con nuestra misión a alguien. A su segundo, por ejemplo.

—Mire —dijo Marlow bastante alterado—, si pretende insinuar que O'Rourke…

—No insinúo nada, capitán. Es muy importante que me diga la verdad.

Charlie no se amilanaba fácilmente, eso lo puede atestiguar cualquiera que lo haya conocido, pero ese Sigerson estaba hablando muy en serio.

No le di ningún detalle —capituló al fin—; sólo le dije que teníamos a alguien a bordo, y que partíamos en misión de rescate, nada más. Ni un solo detalle. Además, Sigerson, Orcival O'Rourke es mi hombre de confianza en este barco.

Sigerson sacó su pipa, la encendió con parsimonia, dio varias caladas y finalmente dijo:

—Llámelo, por favor.

—¿Perdón?

—Dígale al señor O'Rourke que venga al camarote para que pueda charlar con él.

Marlow salió del cuarto y se dirigió a la cabina de mando, donde encontró al gigantesco yanqui y le pidió que lo acompañara.

—¿Algún problema? —le preguntó O'Rourke a su capitán.

—Nuestro invitado cree que te fuiste de la lengua en Calcuta, muchacho.

Orc O'Rourke soltó un gruñido y dijo:

—Se va a enterar ese pisaverde…

Los dos marinos entraron en el camarote de Marlow y encontraron a Sigerson sentado tranquilamente a la mesa y fumando.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó el americano con muy malas pulgas.

—Como no nos hemos presentado, le diré que mi nombre es Sigerson; el suyo ya lo conozco, señor O'Rourke. Espero que el capitán Marlow no lo haya alarmado.

—¿Qué quiere de mí? —repitió.

—Nada importante, señor. Solamente saber si ha traicionado usted la excesiva confianza de su capitán.

—¡Oiga! —gritó O'Rourke—. ¡No tiene derecho a…!

—¿A llamarlo traidor? ¿Y sólo porque un barco nos viene siguiendo desde Calcuta? En absoluto, señor O'Rourke. Pero resulta sugerente pensar que usted es la única persona, salvando a un senador y a su capitán, que tenía constancia de nuestro viaje.

Charlie se percató de que O'Rourke se estaba poniendo colorado… y eso era una muy mala señal para aquel que lo hiciera enfadar.

—Muy bien, señor Sigerson —dijo—: ¿Podría usted defender esa acusación con los puños?

Sigerson pareció meditarlo durante unos segundos, y luego dijo:

—¿Cree que eso nos ayudaría en algo?

—A usted no sé, señor, pero yo estoy deseando darle una buena lección —respondió O'Rourke mientras se golpeaba la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

Marlow me contó que lo que vino a continuación fue una de las escenas más lamentables (aunque en realidad quería decir "divertidas", de eso estoy seguro) que recordaba haber visto en un barco: a pesar de las quejas de Charlie, ni siquiera se molestaron en salir del camarote.

Sigerson se puso en pie, dejó la pipa sobre la mesa, se quitó la chaqueta, se remangó y puso los puños en posición de *en garde*. Orc lo tanteó sin lograr colocar un solo golpe, pues el tal Sigerson, incluso en un habitáculo tan reducido, era todo juego de piernas… o eso parecía.

Entonces, y sin previo aviso, comenzó la lluvia de puñetazos sobre O'Rourke. Charlie apenas podía ver por dónde estaba pegando Sigerson, y el americano tardó un buen rato en reaccionar… Pero claro, era inevitable que su momento llegara: el primer izquierdazo de Orc O'Rourke dio con Sigerson en el suelo.

—¡Arriba! —le gritó el yanqui—. ¡Ya le he tomado la medida, Sigerson!

—Y creo que yo también a usted, ¿sabe? —le respondió mientras se incorporaba—. Pero es suficiente por hoy, señor O'Rourke. Tendrá usted

muchas obligaciones y yo también, de modo que será mejor que dejemos para otro día el siguiente asalto… si le parece bien.

—Cuando y donde usted quiera.

Charlie acompañó a O'Rourke a la cabina de mando. Por el camino, el americano se detuvo de pronto, miró a Marlow y le dijo:

—Capitán, me parece que ese tipo podría haberme dado una buena tunda.

Charlie no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero si lo has tumbado a la primera, hombre…

—Es bueno para su peso, capitán, y no se ha empleado a fondo conmigo. No es ningún novato, y que me aspen si lo he visto venir una sola vez.

Aún así, Ore, has encajado muy bien sus golpes.

O'Rourke se echó a reír.

—¿Y cree usted que es así como se gana un combate?

Marlow regresó de nuevo al camarote; Sigerson estaba de pie y recompuesto, mirando por el ojo de buey y con un pañuelo teñido de rojo bajo la nariz.

—¿Y ahora qué piensa de lo que he dicho de Ore? —dijo Charlie.

—Demonio de hombre —dijo Sigerson mientras se guardaba el pañuelo en un bolsillo. Contra todo pronóstico, se estaba riendo—. La última vez que recibí un golpe así fue en la estación de Charing Cross… Un tipo llamado Matthews me saltó un colmillo… En fin, Marlow, me siento inclinado a creerle. El señor O'Rourke no es precisamente un prototipo de espía, y me tienta descartar esa posibilidad… Pero ojalá esté equivocado.

—¿Por qué?

Porque si su segundo no se ha ido de la lengua en el puerto, significa que las órdenes que me envió Mycroft fueron violadas en algún momento del trayecto entre Londres y Calcuta. Y eso implica que hay topos en el Club Diógenes.

Niflheim

SALVO un par de avistamientos más, el barco que los perseguía se mantuvo prácticamente oculto hasta la mañana que entraron en la niebla.

Se encontraban en la zona correcta de búsqueda, entre los 0 y los 10 grados de latitud al suroeste de Sumatra, y en cuanto Charlie vio el extraño amasijo neblinoso que se alzaba al frente y ocupaba una porción del horizonte, hizo que el *Friesland* virara a estribor para esquivarlo. A lodos los hombres les pareció, por algún motivo, un banco de niebla muy siniestro: no parecía desplazarse más allá de un punto, y fluctuaba como una masa tentaculada que tuviera vida propia.

Por este motivo, por los rostros preocupados de los curtidos marineros y por la misma seguridad del pasaje, Marlow se molestó bastante cuando Sigerson le ordenó cambiar el rumbo y seguir adelante.

—Bien, veo que quiere que nos matemos, ¿verdad? —le dijo Charlie—. No tenemos ni idea de lo que puede haber ahí en medio.

Sigerson parecía especialmente contento esa mañana, e incluso se había quitado la chaqueta y se había puesto un grueso jersey de lana que casi lo habría hecho parecer un marino… de no ser porque hacía un calor horrendo. La mayoría de los hombres iban en manga corta o directamente descamisados.

—Hable por usted, capitán —replicó Sigerson—. O mucho me equivoco, o el objeto de nuestra misión se encuentra en mitad de la niebla.

Marlow no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Me está diciendo que sabía desde el principio que veníamos aquí? ¿A buscar ese barco en un banco de niebla?

—No podría jurarlo, pero los informes del Club Diógenes apuntan en esta dirección.

Charlie soltó una risotada nerviosa y dijo:

—Perfecto, señor. Entonces, ¿Mycroft Holmes también sabe si lloverá en Pekín mañana, o si nevará en París la semana que viene?

—Los poderes de Mycroft son grandes, se lo concedo, pero no creo que tengan ese alcance. Al menos de momento.

Marlow no sabía si el último comentario era una broma, pero no quiso preguntarlo.

—¿Y cómo sabe entonces de la existencia de esta neblina?

—En realidad es sencillo, capitán: se trata de una niebla perpetua. La han documentado muchos hombres a lo largo de los siglos. Entre ellos, claro, algunos ingleses.

—Una niebla perpetua —repitió Charlie, incrédulo—. De acuerdo, supongamos que es posible semejante dislate: ¿Por qué habría de estar ahí el *Matilda Briggs*?

—Porque esta zona del océano índico ejerce una atracción irresistible para cierto tipo de individuos.

—Pues a mí y a mis hombres no nos parece precisamente un fenómeno atractivo.

—Eso se debe —dijo Sigerson— a que usted y su tripulación no pertenecen a esa categoría de personas.

—¿Y qué categoría es esa? —preguntó Marlow, ofendido.

Sigerson, que estaba fumando su pipa, la vació por la borda y respondió con naturalidad, como si aquello fuera una cosa obvia:

—La categoría de los científicos, por supuesto.

Charlie se rindió. Ese individuo le estaba tocando las narices desde que había subido a su barco, pero el veterano capitán Marlow sabía que toda aquella complicada maniobra del Club Diógenes, la presencia del altanero Sigerson y el misterio que rodeaba la misión debían tener algún sentido oculto y grave que, por el momento, no le habían dado a conocer. De modo que tomó dos decisiones: obedecer la orden de entrar en la niebla, y averiguar, por las buenas o por las malas, qué diablos pasaba con el *Matilda Briggs.*

Hizo que O'Rourke diera las órdenes pertinentes a la tripulación y a pesar de las quejas, las maldiciones y un montón de protestas que acabaron en nada cuando el enorme yanqui le enseñó los puños a un tipo que terminó arrestado en la sentina, la campana del *Friesland* comenzó a sonar de forma intermitente pero continua —ding… ding… ding…—, y el vapor del capitán Charlie Marlow se adentró en las desconocidas tinieblas.

La velocidad del barco descendió considerablemente cuando las brumas lo rodearon por completo y los marinos que andaban atribulados en la cubierta apenas podían ver, de babor a estribor, a los hombres que estaban tirando sondas al agua para comprobar la profundidad. La chimenea del *Friesland* se había perdido entre los densos jirones de neblina que la nave iba desgarrando a su paso, y el potente foco situado sobre la cabina le estaba sirviendo de muy poco al piloto, que manejaba el timón completamente a ciegas.

—Al menos, los tipos del otro barco dejarán de seguirnos —le dijo Orc O'Rourke a Marlow—. Con suerte, tendrán algo de sentido común. No como nosotros.

Charlie ya había pensado en ello, pero la verdad es que no confiaba en que la situación hubiese mejorado, ni en ese ni en ningún otro aspecto.

—Eso díselo a Sigerson —respondió el capitán—. Esto es una locura… ¿Puedes creer que ese tipo piensa que estamos metidos en una especie de “niebla eterna”?

O’Rourke no se echó a reír a carcajada limpia (esa era la reacción que esperaba Charlie), sino que se quedó mirando muy serio a la oscuridad blanca entre la que se estaban abriendo paso. Pareció meditar durante unos segundos, y finalmente se atrevió a decir:

He oído hablar de otros lugares como este, capitán.

—¿Nieblas perpetuas?

El segundo de abordo asintió.

—La isla de Caprona, por ejemplo —dijo O’Rourke.

Charlie había oído hablar de una gran isla a miles de millas al sur de Nueva Zelanda, ya casi en el Polo Sur. Contaban que un italiano (Caproni, obviamente) la había descubierto doscientos años atrás. Pero era un cuento de viejas del que ya se había reído el capitán Cook en sus tiempos.

—Es una leyenda, hombre… —le dijo Marlow.

—Conocí a un alemán que aseguraba haber estado en Caprona —respondió O'Rourke—. Decía que estaba rodeada de niebla y que sólo podía encontrarse por casualidad… o sabiendo perfectamente dónde estaba situada. Además, las brújulas no funcionan en las proximidades de Caprona, o eso dicen. Toda una pesadilla para la gente de nuestra profesión, ¿verdad?

En efecto, aquella posibilidad no le hacía mucha gracia a Charlie, que ya conocía de primera mano los efectos de los polos magnéticos en los instrumentos de navegación.

—Ese hombre, el alemán, también había encontrado no muy lejos de Caprona otra isla semejante, más pequeña, con un enorme volcán cónico en el centro —continuó O’Rourke—. La llamaba *Die Regen Insel*. Y también en tierra firme se oyen historias… En México me hablaron de un valle escondido en el desierto, el valle de Gwan-Gi, sea eso lo que sea. Y hay muchos más: Trapper Lake en Canadá, y una meseta perdida en el Amazonas… En esos cuentos se habla siempre de lugares horribles y rodeados de nieblas que jamás desaparecen. Como ésta.

—Tonterías —dijo Marlow, que en realidad no estaba tan convencido de su postura al respecto. Él mismo había visto muchas cosas extrañas que no podría olvidar fácilmente… y que tardaría mucho tiempo en relatar a otro ser humano—. Seguro que en esas historias también hay tesoros escondidos y minas de oro y plata que esperan a los valientes.

—Claro que sí, capitán —dijo el gigante americano con una forzada

sonrisa en sus labios.

—Pero los valientes no van a esos rincones del mundo, Ore, y tú lo sabes. Los valientes cruzan los océanos una y mil veces, y traen y llevan de aquí para allá sus cargamentos de té y especias, de tejidos y marfil, de armas, de hombres y mujeres… y al final cobran un sueldo de sus patrones, y luego lo gastan en la taberna de un puerto de mala muerte hasta que terminan borrachos. Y entonces, Ore, un ladrón chino, o malayo, o de Nueva Gales, les corta la garganta y les roba el último penique que les queda en el bolsillo. Y esa es la vida de los valientes. No andan en busca de tesoros.

O'Rourke asintió.

—Con suerte —prosiguió Marlow—, daremos con lo que hemos venido a buscar. Y después volveremos a casa.

Charlie estaba saliendo de la cabina cuando Orc O'Rourke le dijo:

—Capitán, ¿sabe lo que le sucedió al último chino que intentó robarme cuando estaba borracho?

Marlow volvió la cabeza y lo miró.

—No, Orc, no lo sé. Pero me lo imagino.

A Charlie no le apetecía escuchar un relato de grandes palizas, cuchilladas a traición y descuartizamientos. En esos momentos, lo que quería era hablar muy seriamente con Sigerson.

Lo encontró, como de costumbre, sentado a la mesa del camarote de Marlow, con un par de mapas abiertos y tomando notas en un cuaderno de piel. Sigerson ni siquiera se había molestado en esconderlo, y Charlie, que ya había tenido ocasión de echarle un discreto vistazo, sabía que aquella sucesión de números y letras era un galimatías indescifrable compuesto en clave.

—En breve saldremos de la niebla y entraremos en el corazón de Niflheim —dijo Sigerson sin levantar la cabeza de sus papeles.

—¿Perdón?

—Niflheim —repitió Sigerson—. El hogar de la niebla, el reino de la oscuridad y las tinieblas de la mitología nórdica.

—Ya veo —dijo Marlow, que a lo largo de los años ya había tenido suficientes experiencias en cuanto a tinieblas—. Debe estar usted muy familiarizado con esos términos y con las leyendas de *su país* —comentó con sorna.

—En realidad no, Marlow Pero cuando tenga ocasión le dedicaré algún tiempo al tema. He estudiado en profundidad otras mitologías más *outré*, que no se encuentran al alcance del investigador europeo medio. Durante mi estancia en Tíbet, he comprobado en persona que algunos de esos relatos, tan antiguos que se pierden en la noche de los tiempos, tienen una base real. Por si le interesaran esas líneas de investigación, le recomiendo que lea a Yon Junzt, quien por cierto, menciona este

particular Niflheim en el que nos hemos metido. Aunque con otro nombre, claro.

Entre las historietas supersticiosas de su segundo de a bordo y la pesada erudición de Sigerson, Charlie empezaba a estar harto de tantas vaguedades, tantas leyendas, y tanta verborrea barata.

—¿Esos mapas indican que la niebla termina en alguna parte? —dijo Charlie señalando lo que había en su mesa.

—No, no, capitán. No estoy trabajando ahora en nuestra ruta actual, sino en los pasos que habré de dar en los próximos meses, cuando terminemos con este molesto asunto… Le aseguro que usted y yo nos encontramos aquí de una forma bastante casual; sencillamente, porque éramos los más próximos a la zona. Y porque el Club Diógenes confía en nosotros.

En efecto, los mapas de Sigerson no representaban los archipiélagos de las Indias Orientales, sino que se trataba de un detallado mapa de Arabia con una ruta señalada para llegar a La Meca —cosa que sorprendió a Charlie, aunque no hizo comentarios al respecto—; un mapa general de África garrapateado con tinta, que a nuestro capitán le trajo malos recuerdos; y el plano de una ciudad sudanesa, Jartum, enclavada entre el Nilo Azul y el Nilo Blanco.

—En cualquier caso, dentro de un par de horas habremos salido de esta niebla. Esté atento a las sondas que están lanzando sus hombres y **i** avíseme cuando estemos a tres brazas del fondo… Para entonces, tenga preparada una chalupa, pues abordaremos el *Matilda Briggs*. Aunque antes quizá tengamos que sortear los arrecifes.

—Arrecifes —repitió Charlie.

—Vaya usted a sus tareas, capitán, y le prometo que dentro de un ratito sabrá casi tanto como yo sobre este asunto que nos ha traído aquí.

En efecto, Marlow comprobó en cubierta que la niebla parecía estar despejándose, pues el foco de luz del *Friesland* se iba abriendo paso. Incluso constató que si uno se quedaba mirando fijamente a la blancura frente al barco, se podía intuir algún tipo de contorno allá, a lo lejos…

—¡Fondo! —gritó uno de los marinos que estaba comprobando las sondas—. ¡Fondo a veinte brazas!

Charlie indicó al viejo Vogt —el tipo que, según Sigerson, había tenido una juventud interesante— que cogiera a tres hombres y prepara una chalupa.

—¿Piensa ir a alguna parte, capitán? —le preguntó Vogt con una omisa maliciosa. Pero no esperaba respuesta alguna, claro. Charlie no era de los que dan explicaciones, sino de los que las piden.

—¡Quince brazas! —se escuchó por estribor.

Marlow fue a la cabina de mando en busca de O'Rourke y lo encontró junto al piloto.

Parece que la niebla se está despejando —dijo el segundo de abordo —.Y estamos tocando fondo, capitán.

—Ven, quiero hablar contigo.

Marlow lo sacó de la cabina y oyó una voz que gritaba a todo pulmón "¡Siete, capitán!", aunque Charlie no podía determinar si venía de mío u otro lado de la cubierta. Tanto daba.

Es muy posible que tenga que dejarte al mando, Orc.

El americano enarcó una ceja y, con el dorso de la mano, se acarició una vieja cicatriz que lucía en su barbilla sin afeitar.

—¿Va a dejar el barco? —preguntó.

Marlow no pudo responder, pues en ese momento se escuchó un grito procedente de popa, seguido de un coro de voces que lo llamaban. Los dos hombres salieron a cubierta a toda velocidad. "Hemos encallado, maldita sea", se dijo Charlie. Pero no era el caso.

A babor, casi toda la tripulación se había arremolinado alrededor de Vogt y otros tres hombres que, al parecer, habían dejado caer descuidadamente la chalupa en cubierta sobre los cabrestantes que iban a utilizar para bajarla al agua. Todos miraban hacia arriba, hacia algún lugar oculto entre la niebla, y uno de ellos incluso enarbolaba una pistola con la que estaba apuntando a todas partes.

—A ver, ¿qué diablos sucede? —preguntó Charlie—. Y tú, guarda esa arma ahora mismo si no quieres volarle a alguien la cabeza, ¿estamos?

—Eso es, capitán —dijo uno de los marinos—, diablos y no otra cosa.

Era tal el jaleo que se había montado que Marlow fue incapaz de entender nada… al menos hasta que vio la camisa rota de Vogt y cómo el viejo sangraba por la espalda.

Al mismo tiempo, O'Rourke se había unido a los que gritaban, sin duda con intención de que guardaran silencio y se explicaran de una vez. Como no tuvo mucho éxito, el americano repartió un par de mamporros —una forma tan efectiva como cualquier otra para que cundiera el ejemplo— y se hizo con la pistola del marinero, que salió corriendo y se escondió Dios sabe dónde para evitar que también le zurraran a él.

—¿Estás bien, Vogt? —preguntó Charlie mientras le echaba un vistazo a la herida, que resultó ser un feo arañazo que le surcaba la espalda—. ¿Qué es eso de los diablos?

—Yo no lo he visto, señor —respondió el viejo—. Pero fuera lo que fuera, me agarró por la espalda cuando estábamos preparando los aparejos para la chalupa… Y si no llega a ser porque estos buenos, buenísimos muchachos, me han agarrado por las piernas, me habría llevado volando por los aires, ¡vaya si no!

—¿Volando? —Marlow miró a los otros hombres, incrédulo—. ¿Pero de qué estáis hablando?

—¡Arriba, capitán, mire! —gritó O'Rourke.

Charlie vio una sombra que se acercaba al *Friesland* por estribor, por encima de la chimenea: era algo mucho más grande que cualquier pájaro corriente, pues tenía una envergadura de unos quince pies, según calcularon los testigos, de punta a punta de las alas… Aunque como he dicho, en ese momento era sólo una sombra.

Entonces sonó una andanada de disparos procedentes del barco y el extraño pájaro dio media vuelta y la bruma lo engulló.

Sobre el techo de la cabina de mando, junto a la chimenea, estaba en pie el señor Sigerson, que empuñaba un revólver humeante. Le dirigió una mirada a Charlie y le gritó:

—¡Compruebe las sondas, hombre!

Con todo ese lío, Marlow se había olvidado por completo de que podían encallar en cualquier momento.

—¡Que alguien vaya con Vogt al botiquín! —ordenó Charlie—. ¡Y vosotros, comprobad las sondas, maldita sea!

En respuesta, alguien dijo "¡Tres brazas!", lo que casi ocasionó una estampida general. O'Rourke corrió al cuarto de máquinas pidiendo a voz en grito que redujeran la marcha, por lo que más quisieran, malditos holandeses, marinos de pacotilla, y un montón de bonitos epítetos más.

Aquello no le estaba gustando nada de nada a Charlie. Además, se percató de que Sigerson ya no estaba en lo alto del *Friesland* y fue a buscarlo al camarote. Pero Sigerson lo encontró antes a él.

—Ahora debemos tener un poco de paciencia, capitán —dijo—. Vamos por buen camino.

—¿Por buen camino, Sigerson? ¡Esa cosa casi mata a Vogt! —le chilló Marlow en la cara—. Y además, ¿se puede saber qué era?

—Es, capitán, la prueba de que estamos realmente cerca de nuestro objetivo.

Charlie soltó a modo de respuesta un improperio que no repetiré aquí, pero el tal Sigerson simplemente se echó a reír.

—¿No se ha dado cuenta usted de lo que significa la presencia de esa criatura? —le preguntó a Charlie.

—¡No! ¡No me he dado cuenta! ¡Ni me importa, señor Como-Se-Llame-En-Realidad! ¡Ni usted, ni Mycroft Holmes y su club, ni el *Matilda Briggs*, ni nada!

Sólo entonces, cuando dio rienda suelta a su ira, Charlie Marlow cayó en la cuenta de lo que sucedía:

—Entonces… al otro lado de la bruma…

Sigerson seguía sonriendo.

—Claro que sí, mi querido Marlow. ¿Qué otra cosa, si no?

En ese preciso instante, y como si alguien levantara una blanca cortina que hubiese cubierto el barco, el horizonte se despejó y Charlie

vio dos cosas que lo dejaron boquiabierto: la niebla había quedado atrás, a la proa del *Friesland*, como una inmensa muralla de humo. Y al frente, más allá de la popa, bajo el sol que hasta hacía un segundo había estado oculto, había tierra a la vista.

Definitivamente, *Mary*

DESDE el punto de vista de Charlie y aunque no podía calcular la distancia con precisión —la perspectiva es algo muy importante para un marino, como ustedes, caballeros, ya sabrán—, la isla debía de medir no mucho más de tres o cuatro millas… Pero a pesar de su notable pequeñez, causó gran impresión en nuestro amigo el capitán. Sobre lo que parecía una tupida jungla que asomaba por encima de los rocosos acantilados, asaeteados de cuevas y oquedades siniestras, se alzaba una magnífica montaña. Allá, en el cielo, volaban aves extrañas. Y a lo lejos, Marlow creyó escuchar un remoto sonido repetitivo, como de tambores…

En principio no tenía por qué ser uno de esos lugares de los que le había hablado O'Rourke, pero el viejo Charlie tuvo la sensación de que su segundo de a bordo no se había equivocado del todo. Se preguntó si en esos momentos, la brújula en la sala de mandos no se estaría volviendo loca.

—Está usted contemplando la parte norte de la Montaña del Cráneo —dijo Sigerson.

—Un nombre alentador —replicó Marlow.

—Dicen que vista desde el sureste, la montaña parece, en efecto, un cráneo. Tendremos oportunidad de averiguar si es cierto, capitán, pues el único acceso conocido a la isla se encuentra en una península arenosa, al sur. Y está habitada.

—¿Vamos a desembarcar?

Sigerson se encogió de hombros.

—Lo sabremos en breve. Pero yo diría que sí. Por el momento, buscamos el *Matilda Briggs*, que debió de llegar a la isla por el sur. En teoría, debería estar al otro lado de la pequeña península que se encuentra en esa dirección. Allí debemos dirigirnos, amigo mío.

Los acantilados temidos por Sigerson no eran más que unas diminutas puntas rocosas y el *Friesland* no tuvo ningún problema para esquivarlas avanzando en zigzag. Charlie esperaba otra cosa, la verdad, y así se lo hizo saber al misterioso noruego.

—Ya ve usted —se limitó a comentar Sigerson.

Conforme avanzaban, el sinuoso contorno de la montaña fue cobrando la forma que Marlow se temía. Sus hombres, en cubierta, no

parecían muy contentos, pues estaban descubriendo la silueta de mal agüero: el enorme cráneo de una criatura imposible que dominaba toda la isla, como la cabeza de un titán mitológico, muerto e inmerso hasta el cuello en las aguas del índico.

Charlie me contó que en Madagascar había oído hablar de una cueva cuya entrada también semejaba la imagen de un cráneo: se trataba del supuesto hogar de una aparición, un espectro vengativo que recorría la jungla de Bangalla arropado por los dardos venenosos de unos parientes lejanos de los nativos de las islas Andamán, los pigmeos Bandar. El capitán Marlow nunca creyó a pies juntillas en la leyenda del Fantasma Que Camina, como la llamaban los supersticiosos piratas africanos, aunque bien es cierto que en otros lugares, como en Borneo e incluso en algunos rincones perdidos del norte de Europa, también había escuchado historias del Hombre Que Nunca Muere y su Cueva del Cráneo.

Ahora, al ver esa isla en mitad del océano, se dijo que quizá esos cuentos tuvieran una base real y que por allí rondara el Fantasma justiciero.

Transcurrió un rato hasta que O'Rourke llamó a Charlie para avisarlo del avistamiento de un velero que flotaba cerca de la pequeña península que había mencionado Sigerson. Junto a la playa arenosa pudieron ver algunos chamizos de caña.

—El *Matilda Briggs* —dijo el falso noruego—. Ordene a sus hombres que preparen la chalupa.

Debemos dar aviso al barco —dijo Marlow.

Sigerson, apoyado sobre la baranda de babor, echó un vistazo casual al velero y dijo:

—No creo que vaya a ser necesario. De hecho, quizá sea contraproducente.

Charlie decidió ignorar a Sigerson y puso en marcha la sirena mientras la tripulación bajaba un par de chalupas al agua. No hubo respuesta del otro barco, pero en la costa empezaron a ver movimiento: Algunos indígenas habían salido de sus chozas para echar un vistazo a los extranjeros que estaban armando escándalo en sus aguas.

Una docena de hombres, incluidos el capitán y Sigerson, se repartieron entre las dos barcas y remaron hasta el casco del *Matilda Briggs*. Marlow leyó el nombre en el costado, escuchó el silencio procedente del barco y el repetitivo sonido de tambores que llegaba desde la costa, y sintió un escalofrío.

Se arrojaron garfios con escalas a la baranda de estribor y los marinos del *Friesland* subieron abordo de aquella especie de buque fantasma: no había nada ni nadie en cubierta. El mar estaba en calma y no había más nubes que la ahora lejana niebla que los rodeaba.

Y ese siniestro silencio…

—Esto parece el *Marie Celeste* —dijo Charlie.

—*Mary* —le rectificó Sigerson.

—Me importa un bledo. El *Mary Celeste* debía de presentar el mismo aspecto. Es un caso idéntico.

—No, Marlow. En absoluto.

Charlie se volvió hacia Sigerson y, por primera vez desde que lo conoció en Calcuta, se plantó frente a él en actitud hostil. Ya era oficial: no le gustaba ni un pelo ese agente del Club Diógenes.

—¿Y cómo lo sabe, señor? ¿Cómo ha podido adivinar que a este barco no le ha sucedido lo mismo que al otro?

—Yo no adivino nada —dijo Sigerson—, yo deduzco, capitán. Y sé que no es el mismo caso porque el *Matilda Briggs* pertenece al hombre que hizo desaparecer de la faz de la Tierra y para siempre a todos los seres vivos del *Mary Celeste*. —Y como si tal cosa, añadió—: Por cierto, me gustaría sugerirle que sus hombres no nos sigan a los camarotes ni a la bodega hasta que usted y yo lo hayamos examinado todo.

Sigerson se encaminó por la puerta de entrada a las entrañas del barco y Marlow, todavía boquiabierto por lo que había escuchado, reunió a los marinos del *Friesland* y les ordenó que se quedaran en cubierta.

—Y si oís algo raro, no dudéis en entrar a buscarnos — les dijo.

Los hombres quedaron atrás, algunos acodados en la baranda del *Matilda Briggs*, observando a los nativos que se habían arremolinado a la orilla de la playa. Y Charlie, claro, fue en pos de Sigerson.

Lo encontró apoyado en el quicio de la puerta de uno de los camarotes y agachado sobre lo que era claramente un cadáver, a juzgar por la enorme mancha de sangre seca que había en el suelo.

El capitán Marlow echó un vistazo por encima del hombro de Sigerson, y comprobó que al muerto —un marino— le habían arrancado la garganta.

—Me temo que hemos entrado en aguas profundas, amigo mío —dijo Sigerson.

—Estamos a tres brazas del fondo, hombre.

—Es sólo una forma de hablar —respondió. Ninguno de los dos sonrió.

El señor Sigerson se puso en pie y caminó por el pasillo abriendo y cerrando cada una de las puertas. Encontraron otros dos cuerpos, también salvajemente mutilados, antes de dar con la bodega, cuya puerta estaba entreabierta.

—Parece cosa de un animal salvaje —dijo Marlow.

Sigerson asintió, sacó su revólver de la cintura, lo amartilló y dijo:

—¿Ha traído el suyo, capitán? Perfecto. Y mire por dónde pisa; ahí

adentro parece que está muy oscuro.

Descendieron las escaleras juntos y quizá con demasiado sigilo, y se internaron por entre los montones de cajas y embalajes. Marlow leyó en varias de ellas el nombre de los tasadores Morrison, Morrison & Dodd y vio etiquetas donde se indicaba, en diversos idiomas, que el material procedía de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, e incluso había un par de etiquetas de Hong Kong y Singapur.

Al fondo vieron las dos jaulas; la que estaba vacía y con la puerta abierta y la otra, donde había un hombre tirado y recostado contra los barrotes.

—Es él —dijo Sigerson, que se apresuró a descorrer los dos cerrojos.

Sacaron a un individuo que a Charlie le pareció más bien poca cosa: era poco más que un enano calvo y cabezón, con unas lentes rotas que le colgaban de la nariz. Lucía una perillita de chivo y estaba inconsciente.

¿Quién demonios es? —preguntó Marlow—. ¿Este tipejo es el responsable de lo que fuera que sucediese en el *Mary Celeste*?

Es el doctor Severus Sivane —respondió Sigerson—. Y me atrevería a decir que también es el responsable de la creación del Club Diógenes hace veinte años.

—¿Y por qué dice usted eso?

—Porque Mycroft fundó el club para vigilar y controlar a hombres como éste. El doctor Sivane es un verdadero genio, capitán Marlow.

—Pues claro que sí —dijo una voz que a Charlie le sonó como la de un repulsivo pajarraco—. El genio más grande de nuestro siglo, pueden tenerlo por seguro. ¿Y quiénes son ustedes dos y por qué no han venido antes? ¡He estado a punto de morir de inanición! ¿Conciben la pérdida que habría supuesto para el mundo?

A primera vista, a Marlow le pareció que al mundo no le habría pasado nada malo. Pero prefirió escuchar.

—Mi nombre es Sigerson. El capitán Marlow y yo somos agentes del Club Diógenes —explicó—. Hemos venido hasta aquí para rescatarlo a usted y a su barco. Parece que hemos llegado justo a tiempo, pues veo que ha tenido usted serios problemas.

—¿Problemas? ¿Problemas? —Entonces, Sivane soltó una desagradable carcajada en tres tiempos, algo que sonaba como “¡Heh! ¡Heh! ¡Heh!”… Según me contó Charlie, eran graznidos en toda regla—. Señor Sigerson, no puede ni tan siquiera imaginar todo lo que ha sucedido aquí… No, señor.

—Está usted en lo cierto, doctor Sivane —replicó el supuesto noruego—. No me puedo imaginar lo que ha ocurrido en el *Matilda Briggs*, pero sé con certeza que ha habido un motín promovido por su ayudante personal con el propósito de arrebatarle a usted algún tipo de artefacto de su invención, un prototipo bélico, móvil y blindado, de gran

tamaño. También sé que la persona que le ha traicionado sentía una especial animadversión hacia usted, y por ello lo ha encerrado junto a un mamífero carnívoro, me atrevería a decir que un roedor de extraordinarias proporciones, terriblemente hostil, mucho más inteligente que cualquier especie animal conocida, y por lo tanto, extremadamente peligroso. Por supuesto, la criatura que lo ha estado atormentando desde su encierro logró, al contrario que usted, escapar, para desgracia de los tripulantes. El traidor y el resto de la tripulación habían marchado previamente a tierra firme, junto con su invento, es bastante probable que para probarlo en la isla.

El doctor Sivane se ajustó sus lentes quebradas como pudo y miró fijamente al señor Sigerson con una estúpida (o quizá estupefacta) expresión de alelamiento en su rostro.

—¡Vaca sagrada! —dijo Sivane—. ¿No será usted Mycroft Holmes disfrazado…? No, el señor Holmes es absolutamente incapaz de perder su ingente voluminosidad corporal… Y mucho menos, de viajar más allá del Club Diógenes y las oficinas de Whitehall para llegar al otro lado del mundo… Aunque el parecido es notable, sí, extraordinario, diría yo… ¿Mycroft Holmes no aseguraba tener un hermano descarriado que andaba siempre trotando por todo Londres en busca de criminales y…?

—Eso no importa, doctor Sivane —dijo Sigerson—. Ahora deberíamos sacarlo de aquí y planear nuestros próximos movimientos. Necesita usted beber agua y comer algo caliente… y quizá un buen baño, ¿verdad?

—Sí… Sí, por supuesto…

—Y tendrá que hablarnos acerca de ese nuevo ingenio militar suyo…

—Eeeeh… sí, pero ¿cómo ha sabido usted…?

—Hale, hale, doctor Sivane; ahora tenemos que llevarlo al *Friesland'*. Allí le darán un trago de coñac y un buen plato de comida belga. Quiero que descanse lo justo para que pueda contestar a nuestras preguntas —dijo Sigerson mientras lo ayudaba a incorporarse. Charlie se apresuró a ayudar, y al agarrar a Sivane por el brazo se dio cuenta de que el viejo era liviano como una pluma, apenas un saco de huesos.

—¡Suéltenme! —gritó el doctor—. ¡Severus Magog Sivane no necesita que nadie lo lleve en volandas!

Y dicho esto, se adelantó a Charlie y a Sigerson y se dirigió a la cubierta por las escaleras de la bodega.

—No lo perdamos de vista —dijo Sigerson.

—Es sólo un viejo tarado —dijo Charlie.

—¿Tarado? No se equivoque, capitán; ese hombre es un verdadero genio… y muy escurridizo. Mire con qué facilidad se ha librado de nosotros, aun cuando lleva una semana sin comer ni beber nada…

—¿Cómo lo sabe? —dijo Charlie—. ¿Y qué diablos es todo eso que

ha dicho usted de un artefacto de guerra y un ratón…?

—No un ratón, mi querido capitán —dijo Sigerson—, sino algo mucho más grande, maligno y dotado de un intelecto realmente insólito…

—¿Una rata muy lista?

—La más lista, capitán Marlow. Sin duda alguna.

Y dicho esto, salieron de la bodega tras el viejo pajarraco.

Mal agüero

LOS marinos del *Friesland* habían tenido que agarrar al doctor Sivane para que no se tirara por la borda del *Matilda Briggs*. Cuando llegaron a la cubierta, Charlie y Sigerson lo hallaron encaramado a una baranda y gritando contra alguien llamado Ernest unos improperios que no sería adecuado reproducir en el Billiards Club. En la playa de la isla se había congregado un silencioso grupo de nativos que escuchaban, impertérritos e inmóviles, los berridos del anciano. De fondo seguía sonando la cadencia sorda de los tambores.

El capitán Marlow volvió al *Friesland* en la chalupa con Sivane, al que habían tenido que atar y casi amordazar (Charlie logró que el doctor dejara de graznar cuando le indicó a un par de marinos que le dieran una buena paliza si lo veían abrir el pico). Sigerson pidió que volviesen a recocerlo al *Matilda Briggs* en dos horas, pues quería echar un vistazo al barco.

—Llévese a sus hombres, haga el favor —le dijo a Charlie—. No hacen más que destruir las huellas.

—¿Qué huellas? —dijo el capitán.

—¿No las vio cuando subimos abordo? Mire, eche un vistazo —dijo Sigerson, y le indicó a Charlie unas marcas sobre unos montones de arena que se habían utilizado para limpiar algunas manchas de grasa. Se trababa de unas líneas zigzagueantes que no se parecían a nada que Marlow hubiera visto antes, y en efecto, sobre ellas se veía claramente multitud de pisadas.

—Son zapatos de marino —dijo Charlie—. Y lo que hay debajo… Está bien, Sigerson, ¿qué se supone que son esas marcas?

—Rodadas de un vehículo pesado —respondió Sigerson—. Ahora váyase de aquí y déjeme trabajar. Y lleve a Sivane a mi camarote; quédese con él hasta que yo regrese. ¿Podrá hacerlo, capitán?

Marlow masculló un “puede irse usted al Infierno cuando mejor le parezca” y regresó al *Friesland* con sus marinos.

Ya a bordo, Charlie condujo a Sivane hasta el diminuto habitáculo de Sigerson y sólo entonces consintió en desatarle las manos.

—¿Se portará usted bien? —le dijo Charlie.

—¡Cómo! —gritó Sivane—. ¿Se atreve usted, un capitanzucho de tres al cuarto, a decirle a Severus Sivane cómo ha de comportarse?

En ese momento se abrió la puerta y entró el segundo de a bordo.

—Con su permiso, capitán. ¿Está todo en orden? —preguntó el yanqui.

—Sí, señor O'Rourke —dijo Charlie—. Doctor… ¿*Silvana*?

—¡Es Sivane! ¡*Si-va-na*!

—Bien, doctor *Si-va-na*, le presento al contramaestre del *Friesland*, el señor Orcival O'Rourke. Señor O'Rourke, te estaría muy agradecido si te quedaras con este caballero mientras doy instrucciones en la cocina para que le traigan algo de comer al doctor. Sírvele una copa de coñac, si eres tan amable.

—Eso está hecho —dijo el segundo.

—Y si se pasa de la raya, explícale lo que le sucedió al último individuo que se atrevió a molestarte.

—¿Quiere que le cuente a este pájaro de mal agüero cómo le zurré a Sigerson, capitán?

Charlie negó con la cabeza; Sivane pareció interesado por un segundo…

—No, mejor cuéntale lo del chino que te quiso robar la cartera y cómo te deshiciste del cadáver.

—Pero si dejé el cuerpo en la puerta de esa taberna, capitán… Aunque si se refiere usted a la cabeza del chino, se la regalé a una novia que yo tenía en Hong Kong —dijo O'Rourke—. Una chica muy guapa que coleccionaba cosas raras, como orejas y narices y dedos de los pies. También tenía un frasco de cristal lleno de ojos que ella decía eran de mono, pero yo siempre pensé que…

—¿Se portará usted bien, doctor *Si-va-na*?

El anciano guiñó los ojos, miró alternativamente a Charlie y al enorme americano, y después hundió la perilla en el pecho mientras susurraba alguna maldición…

Charlie salió del camarote y se dirigió a la cocina, donde dejó encardado que llevaran al camarote una sopa de pollo y unas galletas saladas. De paso, el capitán cogió un mendrugo de pan y se lo fue comiendo de camino a la sentina, habilitada como enfermería y donde habían dejado al viejo Vogt tendido en un camastro.

Otro marino, un joven de origen belga llamado Hadoque, se hallaba sentado al lado de Vogt. El viejo estaba sudando a mares, su frente perlada, y entre dientes farfullaba algo…

—Tiene muy mal aspecto —dijo Charlie, que era un experto en señalar lo obvio.

—Sí, capitán —respondió Hadoque. Según Marlow, se trataba de un buen muchacho, algo altanero e iracundo cuando bebía whisky, pero un marino excelente. Hadoque admiraba profundamente a su comandante y al parecer intentaba imitar al capitán hasta en sus exabruptos. Charlie le

tenía cierta confianza, quizá por el hecho de que no era del todo holandés (aunque hablaba perfectamente el idioma), y le había encargado que cuidara del compañero herido.

—¿Me oyes, Vogt? Soy el capitán Marlow.

Vogt intentó abrir los ojos, comenzó a toser y escupió sangre sobre la manta. Pero no respondió, sino que prosiguió con su incomprensible soliloquio en neerlandés.

—La herida no parecía tan grave —dijo Charlie.

—Se ha infectado —dijo Hadoque—. El mal avanza con rapidez. Aunque quizá Vogt estuviera ya medio tuberculoso.

—Ya veo… ¿Qué es lo que está diciendo?

—Algo sobre un fantasma que lo persigue y unos escorpiones, capitán… Son sólo delirios producidos por la enfermedad…

—Pues ten cuidado y no vayas a contagiarte, muchacho. Ponle de vez en cuando trapos de agua fría en la frente, ¿de acuerdo? Eso parece fiebre… Y si empeora, que vayan a buscarme.

—La verdad es que ya está bastante mal, capitán.

—Sí —dijo Charlie—. Sí, eso parece. Avísame de todos modos.

—Sí, capitán. Y capitán, ¿puedo hacerle una pregunta?

Charlie se lo veía venir.

—Si es referente a esa cosa que ha atacado a Vogt en la niebla…

—¿Qué clase de pájaro era ese, capitán? —dijo Hadoque—. Porque algunos de los hombres dicen que era un dragón…

—Pues están equivocados —respondió Charlie—. Son unos ignorantes, tus compañeros. Los dragones no han existido ni existirán, ¿comprendes, muchacho?

—¿Entonces qué era, capitán Marlow?

Un pájaro muy grande… Quizá algún tipo de cóndor que sólo existe en estas latitudes…

—¿Pero lo cóndores no viven sólo en América?

Charlie se encogió de hombros.

—Manda que me avisen si empeora—dijo Charlie—. Y acuérdate de remojarle la frente. Venga, ve a por un trapo ahora mismo.

—A la orden, capitán —dijo Hadoque y salió por la puerta.

Charlie se agachó junto a Vogt, le puso una mano en la cara (la palma se le empapó en sudor) y después recordó lo que le había dicho al muchacho: “Ten cuidado y no vayas a contagiarte”. El capitán se limpió en su chaqueta de oficial no sin cierta aprensión y miró el rostro del viejo marino contraído por el dolor y la fiebre.

Vogt dijo algo en su idioma, pero Charlie no podía saber si se refería a un fantasma, a unos escorpiones, o al demonio volador que casi lo había arrancado de la cubierta del *Friesland*. Charlie no entendía ni una

palabra de neerlandés, por mucho que trabajara para una compañía holandesa. Le bastaba con que sus hombres comprendieran las órdenes.

Miró el reloj de bolsillo para comprobar si ya habían pasado las dos horas. Sólo habían transcurrido cuarenta y cinco minutos, pero decidió enviar ya mismo a O'Rourke y a un par de hombres con una chalupa para que recogieran a Sigerson; si el hombre de Diógenes quería permanecer más tiempo en ese barco fantasma, a Charlie le importaba un pimiento. Marlow se quedaría con el doctor Sivane (otro pájaro de mal agüero, como esa cosa que había envenenado a Vogt con sus garras) para charlar un ratito con él acerca del *Matilda Briggs* y el *Mary Celeste*…

Pero antes tenía intención de echar a la colada su chaqueta. Charlie Marlow siempre fue un hombre muy, muy pulcro. Muy precavido.

Y en realidad, muy aprensivo.

Hasta la camisa

PERO por supuesto, las cosas no salieron tal y como Charlie había planeado.

Había dejado la chaqueta en el cesto de la ropa sucia (de hecho, le había tentado la idea de tirarla por la borda) y al entrar en su camarote para coger una muda limpia y decirle a O'Rourke que fuera al *Matilda Briggs*, se encontró con que la puerta del cuartucho de Sigerson estaba entreabierta.

El fornido contramaestre estaba desplomado sobre la mesa del fallí noruego, encima de uno de los mapas de Africa garrapateados con números y líneas que indicaban posibles rutas. Y no había rastro del doctor Sivane.

—Pajarraco infernal… —dijo Charlie y procedió a examinar a O'Rourke, que estaba sangrando por la nuca. Como no era ningún experto en primeros auxilios, comenzó a zarandear al yanqui—. ¡Orc! ¡Orcival O'Rourke! ¿Estás vivo, Orc?

O'Rourke emitió un débil gemido, intentó levantar la cabeza pero la dejó caer de nuevo contra la mesa y se dio un golpetazo en la frente.

"Sí, está vivo", pensó Charlie. "Espero que cuando Orc agarre a Sivane, deje los suficientes pedazos de ese viejo como para que podamos celebrar un funeral en altamar".

Charlie sintió bajos sus pies el "chap chap" y el crujido de cristalitos.

La vaharada de coñac le llenó entonces los pulmones. El vaso, todavía lleno de licor, estaba milagrosamente entero junto a la almohada del camastro, justo donde el fastidioso noruego de pega solía dejar su cuadernito de piel con notas cifradas. Y obviamente, el cuadernito no estaba en su lugar. Sobre la cama descansaba un plato de sopa de pollo (vacío) y otro plato más con migajas de galletas saldas.

No hacía falta ser el señor Sigerson para saber lo que había sucedido allí.

Y sí, Sigerson tenía razón: el doctor Sivane era escurridizo como una anguila.

El capitán Marlow subió a cubierta, hizo que los hombres se formaran y les ordenó que registraran el barco de arriba abajo en busca del anciano. Ahora Sigerson podía esperar la hora que le quedaba y a lo mejor otra hora extra si no daban con el maldito doctor. Quizá ese

listillo tuviera que pasar la noche en el *Matilda Briggs* con aquellos cadáveres… lo tendría bien merecido, sí, señor.

A continuación, Charlie regresó a la sentina y le ordenó a Hadoque que dejara solo al maltrecho Vogt y fuera al camarote de capitanía para remendarle el cráneo al contramaestre.

—¿Qué ha sucedido, capitán? —preguntó el joven.

—Tenemos un tripulante no deseado —le dijo Marlow—. Es un viejo chivo esquelético, pero ha noqueado a O'Rourke de un botellazo. Así que si te lo encuentras, atízale fuerte y no lo dejes escapar, muchacho.

—A sus órdenes, capitán: si me cruzo con ese mameluco, le propinaré un buen estacazo.

El marino salió de la sentina y Charlie le echó un vistazo a Vogt, que seguía exactamente igual que un rato antes: tendido y febril. Pero ya no deliraba. Parecía que había logrado conciliar el sueño.

—Dichoso tú, Vogt —dijo Charlie en voz alta y se agachó para echar un vistazo bajo el camastro, por si acaso el pájaro de mal agüero había tenido la idea de esconderse allí. Pero por supuesto no era así. Hadoque lo habría visto entrar.

La búsqueda de Sivane a bordo del *Friesland* se prolongó durante dos horas y media, y Charlie la dio por concluida cuando se percató de que el sol se pondría pronto. No había sucedido nada importante, salvo por el hecho de que el cocinero, un holandés gordo llamado Rutte, juró y perjuró que alguien había robado un puñado de latas de carne y un lomo de buey ahumado de la despensa —cosa que molestó a Charlie, pero no tenía tiempo de abrir una investigación por semejante minucia—. Los tambores de la costa habían empezado a redoblar de un modo siniestro y en algún momento se escuchó un estampido procedente de la isla que sonó idéntico al sonido de un disparo.

Les quedaba una hora de luz, como mucho. Y después, las tinieblas de la noche…

—¿Habéis revisado los botes? —preguntó a los marinos formados en fila ante el capitán, aunque sabía que Sivane no podía haber echado él solo al agua una chalupa pues era labor para no menos de dos hombres, y las barcas que habían utilizado para llegar al *Matilda Briggs* estaban bien sujetas a estribor.

Un individuo muy bajito y con la cara picada de viruela respondió que sí en nombre de todos. Lo llamaban Kabouter y la compañía Holanda-Sumatra había decidido en algún momento que era el tercero en la cadena de mando del *Friesland*. Charlie podría haberse negado, ya que él tenía la última palabra en su barco, pero como O'Rourke le había dicho que Kabouter era un tipo duro (los bajitos tenían que ser tipos muy duros para sobrevivir en el ambiente marítimo) y que a su entender conocía el oficio, Marlow hizo esa concesión a sus patrones nominales.

Además, Charlie no solía tratar nunca con el hombrecillo, así que le traía al fresco que el ayudante del contramaestre fuese un enano con malas pulgas.

—Pero falta un salvavidas —dijo Kabouter en un imperfectísimo inglés.

Charlie no se lo podía creer.

—¿Y por qué nadie me ha informado antes? —preguntó.

—La verdad, capitán… No creo que ese individuo al que busca se haya tirado al mar… Todos hemos visto ese monstruo que casi se lleva a Vogt y ahí abajo rondan otras cosas extrañas…

—Pero ¿de qué estáis hablando, atajo de miedicas supersticiosos? ¿Otra vez los demonios? —dijo Marlow.

Kabouter se encogió de hombros y señaló hacia la fila de marinos.

—Pregúntele a ellos si lo desea, capitán, pero estoy seguro de que ni uno solo de los hombres se atrevería a meter el dedo gordo del pie en estas aguas.

—¿Y qué habéis visto, malditos cabestros? —gritó Charlie hacia los marinos—. ¿Tiburones? ¿Serpientes de mar?

Los marinos agacharon las cabezas para no tener que contestar, Marlow se volvió hacia Kabouter, pues esperaba una respuesta.

—Sólo hemos visto sombras, capitán —dijo Kabouter—, y quizá alguna giba que en nada se parece a las gibas de las ballenas… Pero puede estar tranquilo, pues si el hombre que buscamos se arrojó por la borda, seguro que está en la panza de alguna bestia. No importa que se llevara un salvavidas; está muerto, capitán.

Charlie estaba enrojeciendo de furia… y no obstante tuvo que admitir, al menos para sí mismo, que la visión de aquellas aguas oscuras y poco profundas, así como el perfil de la montaña con forma de cráneo y los extraños indígenas que los observaban desde la playa —por no mencionar el espectral y abandonado *Matilda Briggs*, que flotaba a poca distancia del *Friesland*— no resultaba nada tranquilizadora.

Casi —sólo casi— comprendía a aquellos holandeses incultos y temerosos del canto de las sirenas y los tentáculos del kraken. O lo que fuese que habían imaginado ver rasgando la superficie del mar.

—Tendríais que haber reportado la falta de un salvavidas en cuanto os percatasteis de ello, mastuerzos —les dijo Charlie—. Kabouter, coge a tres hombres y trae de vuelta al señor Sigerson, que se quedó en el *Matilda Briggs*. Y por cierto, habéis perdido todos un día de paga.

Los marinos miraron al capitán con ojos de cordero degollado. Kabouter, sin embargo, no parecía tan compungido… La mirada del hombrecillo era más bien de odio.

—¿Algún problema, señor Kabouter? Porque si lo tienes, puedes reclamar tus derechos al barón Maupertuis cuando regresemos a

Holanda. Estoy seguro de que el barón te recibirá en su mansión y se ocupará personalmente de abonarte lo que creas que te corresponde legalmente… Ahora, sube a la chalupa y tráeme de vuelta al noruego de las narices.

—Sí, capitán —dijo Kabouter, que miró a Charlie de reojo y comenzó a repartir órdenes como si hubiese nacido para ello. Los hombres obedecían al enano sin rechistar, cosa que en estas circunstancias, no terminaba de agradar a Marlow. Ese tipejo le daba mala espina.

—Yo mismo puedo ir a por Sigerson, capitán —dijo la voz de Orc O´Rourke a espaldas de Charlie—. Y si me permite la pregunta, ¿dónde se ha metido ese viejo chivo traidor que casi me rompe la cabeza?

—Según tu brillante mano derecha, el señor Kabouter, y también es opinión de los expertos muchachos de la tripulación, se lo ha tragado mi demonio de mar —dijo Charlie—. ¿Y Hadoque? ¿Ha vuelto a la rutina con Vogt?

—Creo que el muchacho ha pillado la gripe, capitán. Le he dicho que se marchara a su litera, pero el pobre no puede ni moverse y he dejado que se echara en el camastro de Sigerson. Yo mismo lo habría ayudado a levantarse, pero quería presentarme ante usted lo antes posible.

—Tú tienes un buen chichón y no vas a moverte de este barco hasta que eches un sueñecito y te recuperes del todo, señor O'Rourke, pero… ¿Hadoque está enfermo? —dijo Charlie—. ¿Está consciente?

—A duras penas, capitán. Ha empezado a decir una sarta de tonterías en su idioma; yo creo que tiene fiebre…

El capitán Charlie Marlow se miró la mano con la que había tocado horas antes a Vogt y recordó que no había nadie con el viejo marino en la sentina. También sintió un escalofrío, pues la noche estaba llegando y no había tenido tiempo de ponerse una chaqueta limpia.

Sin embargo, se alegraba de haber echado la otra prenda al cesto de la ropa sucia. Ahora estaba claro que tendría que tirarla por la borda, si no incinerarla. Y también el resto del uniforme. Hasta la camisa que llevaba puesta.

Por un arañazo

VOGT apenas podía respirar.

—No entres —le dijo Charlie a su segundo, que obedeció y se quedó a la entrada de la sentina.

El capitán Marlow podría haber enviado a alguno de los hombres de la tripulación para que le llevara al viejo Vogt agua, algo de comer y unos calmantes del botiquín. Pero Charlie no era de esa clase de comandantes y los que tuvimos el honor de conocerlo personalmente lo sabemos bien: El capitán Marlow nunca enviaba a un subalterno a realizar un trabajo que él mismo no estuviera dispuesto a realizar.

Charlie se tapó la boca y la nariz con un pañuelo, se puso unos guantes gruesos y bajó a la sentina con O'Rourke —al que también ordenó que se cubriera el rostro— para administrarle medicinas y sustento al marino herido.

Pero Vogt tenía un aspecto horrible. En tres horas, el viejo había empalidecido hasta que su rostro adquirió un tono blanco casi niveo, sus ojos estaban tan hinchados que apenas podía cerrarlos, las pupilas dilatadas, y los temblores hacían que el camastro saltara como si el colchón estuviera relleno de chinches.

—¿Ha sido por el arañazo, capitán? —preguntó O'Rourke en voz demasiado alta desde la puerta—. Yo diría que se va a morir.

—No grites, —le ordenó Charlie—. ¿Hadoque tiene tan mala pinta como éste?

—No, no tan mala… ¿El chico también se va a poner así? ¿Es contagioso lo que tiene Vogt? Porque en ese caso, deberíamos tirarlo por la borda antes de que se enteren los hombres.

—Eres un animal de bellota, maldito yanqui —dijo Charlie.

—Y también al muchacho —añadió O'Rourke con naturalidad—. Y nosotros deberíamos ir a tierra lo antes posible, capitán, y abandonar el barco. Quizá podríamos marcharnos en el *Matilda Briggs*.

—No vamos a tirar a nadie por la borda, Orc —respondió Charlie con calma—. Que no se te ocurra decir una barbaridad como esa delante de la tripulación. ¿Está claro?

—Sí, capitán.

—Y tampoco vamos a decir nada a nadie de ninguna enfermedad contagiosa, porque no sabemos si lo que tiene Vogt se contagia. Hado-

que puede tener un resfriado, como tú bien has dicho…

—Pero ya no lo creo, capitán.

—Ya, yo tampoco. Aún así, te recuerdo que tú has pasado un buen rato con el muchacho, y si resulta que esto se contagia, tienes muchas posibilidades de…

—Si enfermo y me convierto en un peligro para la tripulación, yo mismo me tiraré de cabeza al mar —dijo O'Rourke.

—Ore, eres un buen hombre, pero a veces razonas como si fueras un completo imbécil —le dijo Charlie—. Cállate y espérame en mi camarote hasta que termine de darle de comer a Vogt; después iré a ver a Hadoque.

—¿Y qué ha pasado con la sabandija calva que me rompió la botella de coñac en la cabeza? —preguntó O'Rourke.

—Ha desaparecido del barco —dijo Charlie—. Se llevó un salvavidas. —"Y el cuaderno de Sigerson", añadió mentalmente.

—Hmmmm… —rezongó el contramaestre—. ¿Cree usted que habrá llegado a la playa? Lo digo porque esos nativos tienen aspecto de caníbales… ¿Los ha visto a través del catalejo? Tienen gustos parecidos a los de mi novia china.

—¿A qué te refieres?

—He visto cráneos humanos colgados a la puerta de sus chozas, y unos cuantos clavados en estacas.

Charlie se encogió de hombros.

—No sé lo que habrá sido de Sivane y lo cierto es que ahora mismo no me importa si se ha ahogado, si se lo llevó un diablo de las profundidades, o si se ha convertido en la cena de una familia de indígenas. Aquí tenemos problemas mucho más graves.

—Ya… —dijo O'Rourke—. ¿Y qué piensa hacer usted?

Charlie, que estaba dándole cucharadas de sopa a Vogt (el marino apenas podía tragar), se quedó pensativo unos segundos y respondió:

—Esperaré a que traigan a Sigerson y le explicaré la situación. Tenemos que regresar a algún puerto donde puedan atender a los enfermos. Estamos cerca de Sumatra y como tenemos bandera holandesa, nos tratarán bien. Atracaremos en Padang tal y como estaba previsto al inicio de nuestro viaje.

—¿Y si nos declaran en cuarentena?

—Pues tendremos que aguantarnos, Orc —respondió Charlie—. Vamos, lárgate con Hadoque. Y no te acerques mucho a él.

—A la orden, capitán —dijo O'Rourke—. Y… ¿capitán?

—¿Sí?

—Me alegro de que vayamos a alejarnos de este lugar.

—Ya — dijo Marlow, y el contramaestre desapareció.

Vogt no logró terminarse la sopa y no llegó a tomarse ninguna medicina. Para horror de Charlie, el viejo marinero y antiguo miembro de algunas asociaciones criminales (conocidas tan sólo por el falso noruego) dio varias arcadas, sufrió un larguísimo estertor y murió en la sentina del *Friesland*.

Por un arañazo. Profundo, pero sólo un arañazo.

Charlie empezó a pensar que quizá las ideas de su segundo de a bordo no fueran tan descabelladas. Tenía que ir de inmediato a ver cómo andaba el bueno de Hadoque.

Y también tenía que sellar la sentina. Nadie debía tocar el cuerpo de Vogt por el momento. Ya tendrían tiempo de sacarlo de allí y arrojarlo al mar.

En ese instante Charlie Marlow tuvo un acceso de tos seca que le provocó náuseas y hubo de salir corriendo de las entrañas de su vapor volandero.

Vomitó en cubierta como un grumete novato, ante las miradas atónitas de algunos tripulantes.

El nombre de su inventor

—ESO que usted propone es absolutamente imposible, amigo mío dijo Sigerson.

—¿Imposible? —respondió Charlie—. ¿Vamos a dejar morir a este muchacho como ha sucedido con Vogt? Y ya puestos, ¿va a dejar que todos nos contagiemos?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr, capitán. Pero no es tan alto como puede usted suponer, sobre todo ahora que hemos identificado la enfermedad y sabemos que no hay nada que podamos hacer por el joven Hadoque.

—¿Ah, sí, señor Sabelotodo? ¿Y de qué enfermedad se trata?

—De la corrupción negra de Formosa, amigo Marlow —dijo Sigerson con solemnidad—. La terrible fiebre de Tapanuli. ¿Ha oído hablar de ella?

Sí, Charlie había oído esos dos nombres tanto en Formosa como en Tapanuli, al norte de la isla de Sumatra. Y eso le produjo aún más sudores de los que ya tenía.

—Si le sirve de consuelo, pienso que Hadoque tan sólo padece un enfriamiento. Pero si se ha contagiado, sólo podemos esperar que su organismo resista el embate de la fiebre.

A Charlie, claro, no le servía de consuelo.

Antes de que Sigerson regresara al barco, el capitán del *Friesland* había recogido él mismo los vómitos de la cubierta con una fregona (no permitió que ninguno de los hombres realizara esa degradante tarea) y después regresó al cuartucho de Sigerson, en su propio camarote. O'Rourke estaba de pie ante la puerta cerrada, impidiendo el paso.

—He ordenado a un par de hombres que guarden la entrada de la sentina —le dijo a Marlow el enorme yanqui.

—Bien hecho… pero quizá se huelan algo. ¿Han preguntado por Vogt? —dijo Charlie.

—Les he dicho que ha muerto porque la herida era más profunda de lo que aparentaba y se había infectado. Y que usted ha ordenado que nadie entrara, pues quiere encargarse personalmente de trasladar el cuerpo a la cubierta y oficiar el funeral lo antes posible.

—Eso va a minar la moral de la tripulación —dijo Charlie.

—¿Se le ocurre una idea mejor, capitán?

No, no se le ocurría nada mejor.

—¿Y qué tal anda Hadoque? ¿Le has echado un vistazo?

—Abrí otra botella de coñac, una que encontré en alguna parte —dijo el contramaestre. Charlie miró hacia el mueble bar de su camarote y vio que estaba cerrado; después posó los ojos sobre el cajón de su mesa y se dio cuenta de que estaba abierto. Su "Armagnac de emergencias" había volado—. Hice que se bebiera un buen trago y ahora está durmiendo.

Charlie tradujo para sí mismo las palabras del yanqui: "He emborrachado mortalmente a un muchacho enfermo y lo he dejado inconsciente para que muera en paz".

—Está bien —dijo Charlie. Se puso de nuevo el pañuelo en el rostro y los guantes y entró en el cuartito.

El muchacho no respiraba con tanta dificultad como Vogt y cuando Charlie le levantó los párpados comprobó que Hadoque no tenía las pupilas dilatadas. Tampoco temblaba; simplemente roncaba. Y sí, estaba borracho (la botella descansaba, prácticamente vacía, junto al camastro).

Pero eso no significaba nada. Hadoque era un hombre joven y si había contraído el mal, simplemente aguantaría vivo más tiempo que el viejo.

Fue entonces cuando Charlie escuchó el sonido de la escala arrojada desde la cubierta a un bote que acababa de llegar y supo que Kabouter había regresado, con o sin Sigerson.

Casi deseó que el noruego se hubiera caído por la borda y ahora estuviese en el estómago de uno de esos monstruos marinos que los hombres habían creído ver.

Charlie dejó solo a Hadoque, le ordenó al contramaestre que fuera a recibir a los recién llegados y a continuación aprovechó para cambiarse de ropa. Tiró al mar la camisa, los pantalones y los calzones pulgueros sucios por el ojo de buey de su camarote.

Se aseó en una palangana e incluso se peinó para tener un aspecto presentable, pues quería parecer tranquilo: Necesitaba convencer a Sigerson de que el *Friesland* debía abandonar esas aguas. Pero aunque le explicó con todo detalle los síntomas de la enfermedad, la muerte de Vogt y el posible contagio de Hadoque (al que el mismo Sigerson examinó personalmente, su rostro cubierto y las manos enguantadas), no lo consiguió. "No soy médico, aunque he tenido cierta relación con algún profesional del gremio", le dijo a Charlie.

—Dígame, señor Sigerson, ¿por qué es tan importante que permanezcamos aquí?

—Le seré sincero, capitán: Quizá podríamos haber partido si el doctor Sivane aún estuviera aquí, pero ahora que se ha escapado…

—¿Se lo ha dicho O'Rourke? —Charlie había omitido esa parte del relato y pensaba dejarla para el final. Sabía que para Sigerson, la huida del pajarraco sería más importante que el peligro de una epidemia.

—No exactamente, capitán —respondió Sigerson—. He visto la contusión en la nuca de ese americano tan poco reflexivo, y puesto que conozco bastante mejor que usted a sus tripulantes —en este punto carraspeó insolentemente—, sé que sólo hay a bordo del *Friesland* un hombre con los motivos y quizá el coraje y la insensatez necesarias para golpear por la espalda a su contramaestre con una botella de Armagnac: El corte delata el objeto de cristal y el aroma del brandy que desprende la cabellera del señor O'Rourke hablan por sí mismos. Así, he llegado a la conclusión de que el osado agresor era el doctor Sivane. A quien usted ha dejado a cargo de su fornido (pero frágil de cráneo) hombre de confianza en algún momento, por cierto, contraviniendo mis instrucciones…

—De acuerdo, de acuerdo —admitió Charlie, que en realidad estaba asombrado por los poderes de observación del falso noruego—, ¿pero cómo sabe que no he encerrado a ese chalado en alguna parte?

—Muy sencillo, mí querido amigo: Porque vi a Sivane arribar a la playa de la isla hace dos horas —dijo Sigerson, y se sacó del bolsillo su pequeño catalejo—. En principio, los nativos se mostraron hostiles con el doctor, pues lo amenazaron con lanzas (debería haber escuchado usted los tambores, ¡qué locura!), pero después empezó a hacer buenas migas con ellos…

—¿Qué quiere decir?

—Pues verá, querido amigo, eché una miradita a su camarote y a sus efectos personales en cuanto subí al *Friesland* (espero que no le incomode mi pequeña intromisión), y en fin… ¿No ha echado usted en falta el revólver que guardaba en el mismo cajón donde tenía su reserva particular de Armagnac? ¿No? Un viejo Adams .450 de los que utilizan en el Ejército de Su Majestad, si no me equivoco, el mismo que me mostró en el *Matilda Briggs*… Bueno, pues compruébelo, pero ya no está en su lugar porque Sivane se lo ha llevado consigo y no ha tenido que dispararlo más que una vez. Al aire, por más señas… Esa nueva amistad nos puede causar algunos problemillas, capitán, ¿no cree?

Charlie habría deseado en ese momento que Sivane estuviera muerto y enterrado, pero no comprendía qué problema podría causarles que ese viejo chiflado tuviera en un puño a los indígenas.

—¿Por qué? —dijo Charlie.

—Porque quizá no nos reciban con los brazos abiertos cuando desembarquemos en la isla.

—¿Vamos a desembarcar? ¿Definitivamente?

—Sí, capitán Marlow. Pero no se preocupe por los nativos; en

Calcuta le pedí al amigo Peachey Carnehan que subiera discretamente a la bodega del *Friesland* un interesante, aunque bastante ruidoso, artilugio que sin duda nos será de gran ayuda a la hora de enfrentarnos a esa pobre gente inculta. Se llama Maxim; ametralladora Maxim. Ya sabe usted, como su inventor…

Sí, Charlie conocía la fama de la Maxim. De hecho, había visto disparar una de esas en el Congo y le constaba que aquel aparato era una picadora de carne humana.

Y había uno de esos cacharros infernales en las entrañas de su barco.

Oficio de difuntos

AL menos, Sigerson y Charlie se pusieron de acuerdo en dejar dormir al joven Hadoque en el cuartucho del camarote. Sigerson sorprendió al capitán cuando le dijo que esperaba que el bueno de Archibald fuera capaz de reponerse pronto y que si sucedía lo peor, estaba seguro de que Charlie escribiría una carta de condolencias a los únicos parientes vivos del muchacho, quienes vivían en un pueblecito de Valonia llamado Moulin no sé qué.

—¡Qué joven tan lenguaraz, nuestro Archibald! —le dijo Sigerson—. ¡Los epítetos que utiliza están a caballo entre lo *grotesque* y lo *outré*! ¿Había escuchado usted antes a alguien utilizar de forma tan inapropiada palabras como mameluco, oricterópodo, invertebrado o nictálope…? Sí, amigo Marlow, sería una verdadera desgracia que perdiéramos al pintoresco señor Hadoque. Si sobrevive a la fiebre de Tapanuli o lo que sea que padezca en realidad, se convertirá en un marino del que volveremos a tener noticias…

Charlie sí que había escuchado esas crípticas y altisonantes palabras, pues él mismo las había pronunciado contra diversos miembros de la tripulación en este o aquel momento de ira, así que era cierto que ese grumete medio belga venido a más admiraba a su capitán… Sin embargo, a Marlow le frustró que Sigerson hubiera averiguado tantas cosas personales acerca del chico en unos días: Charlie estaba seguro que ningún hombre de la tripulación, y eso lo incluía a él, sabía que Hadoque tenía familia en Valonia —había olvidado el nombre de su pueblo natal antes de que Sigerson terminara de pronunciarlo—, o que se llamaba Archibald.

Pero lo que menos le gustó a Marlow fue la decisión de Sigerson acerca del lugar donde habría de alojarse, al menos por aquella noche, en vista de que su pequeño habitáculo estaba ocupado por el belga:

—Dormiré con usted, por supuesto —dijo el falso noruego—. Si no le supone problema, claro está…

—Pues yo… —intentó decir Charlie.

—Entonces no hay más que hablar, mi querido amigo —dijo Sigerson, y a continuación le estrechó la mano. Charlie pensó por un momento que le iba a dar un abrazo, pero eso no sucedió—. Somos hombres adultos y acostumbrados a estas incomodidades; como tales

tendremos que comportarnos.

—Pero…

—Le recomiendo que establezca turnos dobles de guardia para la noche, pues podríamos tener visitantes no deseados. Yo mismo me daré una vuelta por cubierta cada dos horas y quizá usted pueda hacer lo propio, pues será bueno para la moral de la tripulación verle arrimando el hombro como uno más. ¿Qué me dice, capitán?

—¿Piensa que alguien puede abordarnos? ¿Los nativos?

—No es imposible —dijo Sigerson—. Y le recuerdo que ahí afuera, en la niebla, hay otro barco que viene tras nosotros desde Calcuta… No me sorprendería que aprovecharan la oscuridad para maniobrar cerca del *Friesland*. Quizá demasiado cerca, si sabe usted lo que quiero decir…

A Charlie, según me confesó, lo que le preocupaba eran las maniobras nocturnas que él mismo tendría que realizar para mantenerse lejos de Sigerson en la estrecha litera de su camarote, lo que iba a significar que en efecto, también tendría que hacer guardias nocturnas para no coincidir con él en el catre. Además, aún tenía que oficiar el funeral de Vogt. Había pensado hacerlo a la mañana siguiente y así se lo comunicó a Sigerson.

—Comprendo —dijo el falso noruego—. Pero sería conveniente que usted despachara este asunto antes de que nos vayamos a la cama. Quiero desembarcar en la playa a primera hora, tenemos que preparar las provisiones y el equipo y me gustaría que usted viniera conmigo.

—Está bien, está bien —refunfuñó Charlie. No le gustaba nada la idea y lo que menos le gustaba quizá fuera esa expresión de Sigerson: “Antes de que nos vayamos a la cama…”—. Por cierto, señor: el doctor no se llevó sólo un salvavidas del *Friesland* y mi revólver —dijo.

—¿En serio?

Charlie asintió.

—Sí, señor. Ese genio de la ciencia, o como quiera llamarlo, le ha birlado a usted su cuaderno de piel. Ese que tiene unas anotaciones tan extrañas, ¿sabe?; ese en el que escribe mientras yo estoy redactando los pormenores del día en la bitácora… No sé para qué lo querrá, pues si no me equivoco, tan sólo usted puede leerlo.

La expresión de Sigerson se tornó hosca.

—Sigue usted subestimando a Sivane, querido Marlow —dijo Sigerson—. La clave que utilizo en mi cuaderno no es la más sencilla del mundo y para alguien no demasiado brillante… o mejor, para alguien no demasiado versado en el arte de la criptografía, como por ejemplo usted, puede resultar absolutamente indescifrable. —Charlie recibió el insulto con deportividad; ¿qué otra cosa podía hacer?—. Sin embargo, para una mente preclara como la del doctor no supondrá más que un banal entretenimiento de unas cuantas horas… No me satisface en

absoluto lo que me dice, capitán.

Ahora fue Charlie el que se sonrió:

—Pues ya ve, señor Sigerson.

Charlie subió al puente de mando y dio instrucciones a Kabouter de que reuniera a los hombres en cubierta (O'Rourke se había ido a la cama para descansar, aunque no sin protestar ante el capitán, pues el contramaestre aseguraba encontrarse en perfectas condiciones).

Sigerson y el mismo Charlie se enfundaron de nuevo en ropas que habrían de destruir para amortajar el cadáver de Vogt, y entre los dos lo sacaron de la sentina y lo llevaron hasta la cubierta en una camilla.

Los tripulantes se quitaron los gorros, agacharon las cabezas, cruzaron las manos y escucharon la plegaria del capitán Marlow —un crespón negro en el antebrazo—, que pidió a todos que rezaran por el alma de Alfred Hansenius Vogt —el nombre de pila tuvo que mirarlo en el registro de tripulantes—. Charlie visitó un montón de lugares comunes —la bondad, la camaradería, el valor, la honradez…— que por lo que había oído decir a Sigerson no podían aplicarse al viejo marinero y antiguo criminal, y lanzaron el cuerpo por la borda.

Flotó durante unos segundos, aun con el peso extra que el mismo Charlie había introducido en la mortaja, y después se hundió. Sólo tres brazas.

Mientras todos contemplaban cómo la lona atada con maromas que contenía los restos mortales de Vogt desaparecía, una giba de considerable tamaño y de color parduzco surgió justo en el punto en que el difunto había desaparecido. Hubo un burbujeo en ese mismo lugar y un par de minutos después, varios pedazos y jirones de lona salieron a la superficie.

Kabouter empezó a gritar:

—¡Uno de esos demonios se está comiendo al pobre Vogt! ¡No podemos consentirlo!

—¡Es un sacrilegio! —dijo otro marinero, que se dirigió directamente a Charlie, y después repitió lo mismo en neerlandés para el resto de| la tripulación.

Lo que había sido un funeral triste y silencioso se acababa de convertir en un tumulto de voces aterrorizadas e indignadas. Todas las miradas, nada amigables, se dirigían al capitán. Charlie recordó que el pajarraco Sivane se había llevado su revólver.

Pero Sigerson seguía teniendo el suyo propio: Se aproximó a Marlow (el falso noruego se había mantenido en un discreto segundo plano durante la ceremonia, apartado de los hombres de la tripulación) y procurando que lo vieran, se sacó el arma del bolsillo y se la entregó al capitán en la mano.

—A usted le resultará más útil que a mí —dijo Sigerson en voz muy

alta para que todos pudieran oírlo.

—Muchas gracias, señor. Pero así queda usted desprotegido —dijo Charlie y miró a los marinos sobreexcitados.

—Qué va —respondió Sigerson sonriendo y ahora en un susurro—. Yo aún tengo la Maxim. Le va a encantar.

—¡Los diablos nos devorarán a todos y este barco se irá a pique si seguimos permitiendo que…! —gritó el enano Kabouter, pero lo interrumpió el estampido de una, dos, tres, cuatro, cinco y hasta seis detonaciones.

Tanto Kabouter como los demás tripulantes se tiraron al suelo o corrieron a esconderse.

—¡Son salvas en honor a nuestro amigo Vogt! —gritó Charlie, que siguió apretando el gatillo aunque sabía que el tambor estaba vacío. También sabía que aquello, técnicamente, no eran salvas, pero le importaba un pimiento—. ¡O es que tenéis miedo de que os acribille si seguís comportándoos como unos pazguatos supersticiosos! ¡Sí, os hablo a vosotros, panda de aztecas, ectoplasmas, flebotomas, mercaderes de alfombras…!

Los hombres del *Friesland* alzaron sus cabezas para mirar al capitán, que parecía haberse vuelto loco. Charlie mantenía el revólver en alto y apuntaba hacia arriba.

—Bien hecho, capitán —dijo Sigerson, que le mostró a Charlie una cajita de munición Eley n°2 que acababa de sacar de un bolsillo del pantalón, la abrió y se la tendió—. Bien hecho…

“Obsoletos especímenes subhumanos”

CHARLIE no había visto más que una pequeña muestra de los verdaderos poderes de presciencia del señor Sigerson hasta ese momento. Hubo de cerrarse la noche en torno al *Friesland*, los jirones de niebla perpetua desplazándose a su antojo por la chimenea del vapor volandero, los graznidos de las ahora invisibles —pero presumiblemente enormes— criaturas voladoras nocturnas, algún estallido ocasional (¿un cañón?) procedente de la isla que rompía el monocorde y hasta el momento, sempiterno retumbar de los tambores (“de guerra”, pensaba el capitán Marlow), para que nuestro viejo amigo pudiera entender con quién le había tocado en suerte compartir aquella excepcional aventura.

—Usted ya ha previsto que el señor Kabouter tiene intención de causarnos problemas, ¿verdad? —dijo Sigerson.

—Pues sí —respondió Charlie, al que el “-nos” de “causar-nos” le resultó reconfortante. Era la primera vez que empezó a considerar la posibilidad de que el falso noruego y él viajaran en un mismo barco… más allá de la mera literalidad o de su filiación al Club Diógenes de Mycroft Holmes.

—Y que los hombres de su tripulación están dispuestos a seguir los pasos del señor Kabouter, quizá por su condición de holandés, o más bien, diría yo, por la condición supersticiosa de los marinos… —continuó Sigerson—. Sabrá usted que “kabouter” es sólo un apodo neerlandés bastante mal intencionado, y que todos sus hombres, salvo quizá el difunto señor Vogt y el joven Archibald (que es belga de espíritu, de corazón y de nacimiento), creen a pies juntillas que ese individuo es en realidad lo que los irlandeses llaman un “leprechaun”…

—¿Hmm…?

—Un duendecillo, capitán. O más bien, si queremos ser estrictos, un gnomo. Un hombrecillo malvado que tiene la facultad de comprarlos con una olla de oro que se encuentra al final del arcoíris… aunque no sé muy bien si los holandeses tienen ollas de oro… o arcoíris, ya puestos. En cualquier caso, ese caballero hará gala de su ascendente sobre la tripulación más pronto que tarde…

—Ya…

—…y quizá debería usted tomar medidas al respecto, amigo mío. Pues un motín en mitad de una misión para el Club Diógenes no es una

buena idea… ¿Lo estoy aburriendo con mi perorata, quizá?

—¿Un motín? ¡Un motín!

Charlie saltó de la litera compartida con tanto ímpetu que se golpeó la cabeza contra el techo. Maldijo no sé cuántas veces contra Kabouter (y alguna contra Sigerson) y se puso en pie, mostrándole a su compañero de cama los sucios calzones pulgueros que le cubrían todo el cuerpo, salvo las manos y los pies.

—Sigerson, ¿realmente cree que…?

—Si no es usted un cretino, y he visto evidencias suficientes para pensar que no lo es, ya se habrá dado cuenta de las intenciones del señor Kabouter. A nadie le gusta este lugar rodeado por unas tinieblas eternas; ni tan siquiera a mí. Aunque quizás el doctor Sivane lo encuentre de su agrado…

Charlie cogió una silla y se sentó junto a la litera donde Sigerson estaba tumbado y tapado hasta el cuello. Charlie había apagado la vela antes de que su acompañante se vistiera la ropa de noche… si es que se había puesto algo para dormir.

—Pero en serio, ¿de veras piensa que Kabouter…? —empezó a decir el capitán, pero Sigerson lo interrumpió.

—No quiera engañarme, amigo mío… Usted ha visto las señales con tanta claridad como yo. Kabouter es un peligro para nuestra misión. Y no podemos consentirlo, capitán.

—¿Y qué quiere que haga, Sigerson? ¿Le pego un tiro mientras está durmiendo? ¿Lo saco de su catre, le digo que venga a la cubierta y lo tiramos por la borda? Podríamos hacerlo…

—No, querido Marlow, no es necesario que seamos tan expeditivos. Bastará con que el señor Kabouter venga con nosotros esta madrugada, cuando nos dirijamos a la isla. Será parte de nuestra expedición.

—¿Y entonces qué?

Sigerson apartó la manta de improviso, se puso en pie de un salto y, aunque era bastante más alto que el capitán, se las arregló para no partirse la crisma contra el techo.

Y además, para alegría de Charlie, Sigerson estaba completamente vestido.

—Es mi turno de guardia —dijo el falso noruego—. Mañana me ocuparé de que el señor Kabouter no nos cause más problemas de los estrictamente necesarios. ¿Conforme?

Charlie se encogió de hombros. Tenía sueño y habría matado por quedarse la cama para él solito, pero dijo:

—Le acompaño, señor.

—Como quiera, capitán. Pero será mejor que se vista si no quiere que la tripulación murmure a sus espaldas.

Y es que Charlie tenía tantos interrogantes y tantas preocupaciones

en la cabeza que no podía dormir.

Después de vestirse, Charlie subió detrás de Sigerson hasta la cubierta. La niebla, en efecto, había caído en rodales que apenas permitían ver de un extremo al otro del barco. Charlie buscó a los dos hombres que estaban de guardia y le indicó a uno de ellos que bajara a despertar a Kabouter para decirle que quedaba relevado de cualquier guardia. Después el capitán se acercó a la baranda de estribor, en donde Sigerson se había apoyado, y oteó hacia la playa y después en dirección al *Matilda Briggs*. No podía más que intuir algunos contornos indefinidos.

—Es usted consciente de que el chico Hadoque puede morir si no regresamos pronto a algún lugar civilizado —dijo Charlie tranquilamente mientras se liaba un cigarrillo.

Sigerson estaba prendiendo su pipa de cerezo con una cerilla y, antes de apagarla, se la pasó a Charlie para que encendiera su pitillo.

—Sí —respondió Sigerson mientras soltaba una larga bocanada de humo apestoso.

Marlow hizo lo propio con su cigarrillo. Era tabaco de la India; O'Rourke se lo había traído durante su breve parada en Calcuta.

—¿Y merece la pena? —dijo Charlie.

—El qué.

—No se haga el tonto, Sigerson, o como quiera usted llamarse… Es usted un tipo muy listo, quizá el más listo que jamás he conocido. Estoy seguro de que puede leerme el pensamiento… ¿O no es así?

Sigerson esbozó una media sonrisa y lo miró muy fijamente con sus penetrantes ojos grises. A Charlie se le antojó que en realidad, aquella era una mirada muy triste… Pero Charlie siempre tenía esas consideraciones caprichosas.

—No, no soy un brujo ni hablo con espíritus que me susurran al oído secretos ajenos —dijo Sigerson—. No puedo leer su mente de forma directa. Pero sí puedo interpretar sus movimientos, sus palabras, su respiración pausada o agitada, las callosidades de sus manos, la forma en que se atusa el bigote cuando miente o el modo en que se pellizca el lóbulo de su oreja derecha cuando tiene miedo… Puedo verlo todo, o casi todo. Se trata de observar, no sólo de mirar. Así es cómo se hace. Ahí nace la ciencia de la deducción. ¿Quiere que le hable de usted? ¿De lo que sé de su pasado, de su integridad, de su fidelidad a la Reina? ¿Quiere que le hable de su experiencia más traumática en algún rincón de África… en el Congo Belga, tal vez?

—Usted ha visto mis informes para el Club Diógenes, ¿verdad? —dijo Charlie.

—No, no lo he hecho.

—Entonces sí que es brujo.

—No, no lo soy.

Charlie dio una calada al cigarrillo y a continuación empezó a toser. Escupió una flema a las aguas oscuras y la contempló flotando durante unos segundos hasta que un pececillo asomó la cabeza y se la comió.

—Bien, entonces dígame, señor Sigerson, ¿merece la pena?

Sigerson asintió y soltó humo por la nariz. Ahora, Charlie lo veía como un demonio viejo y sabio.

—No quiero que ese muchacho muera —dijo—, pero es fundamental que llevemos a Sivane de vuelta a Inglaterra. Hay que controlar a ese hombre, pues su mente creativa y científica es extremadamente peligrosa.

—¿Y por qué será menos peligroso en manos de Gran Bretaña? dijo Charlie—. ¿Qué más da si lo tenemos nosotros o lo tienen los hunos o los rusos? Todos querrán utilizarlo para lo mismo y usted lo sabe, Sigerson.

—Yo no quiero que Inglaterra controle al doctor Sivane y se beneficie de sus monstruosos inventos, capitán. Yo quiero que Mycroft lo controle.

—No me haga reír —dijo Charlie—; ya sé que no soy un tipo brillante, pero tampoco un imbécil. Mycroft Holmes es sólo un peón de la Corona y del Gobierno británico, como usted y como yo.

—Sí, amigo mío —respondió Sigerson—. Pero en ocasiones, y esta es una de esas ocasiones, Mycroft *es* el Gobierno británico. Créame; él se ocupará de poner a Sivane en un lugar donde no pueda hacer ningún daño.

Charlie tiró la colilla al mar y dijo:

—Por lo que a mí se refiere y si ese viejo es tan peligroso, alguien debería meterlo en una tumba. Y se lo digo sinceramente.

—Ya —dijo Sigerson—. Por eso Mycroft me pidió a mí que viniera a rescatarlo, porque confía en mí del mismo modo en que yo confío en él. Si no podemos llevar a Sivane con nosotros, usted y yo nos aseguraremos de que ni el doctor ni sus inventos terminen en las manos equivocadas. Definitivamente.

Charlie no terminaba de comprender por qué Sigerson y Mycroft tenían esa relación tan estrecha que los llevaba a confiar ciegamente el uno en el otro, y la verdad es que le daba igual. Lo que le parecía bien era ver que por primera vez, el falso noruego empezaba a hablar como mi hombre de Diógenes y no como un listillo pretencioso. Un asesinato preventivo era una misión típica de los servicios de inteligencia británicos.

—De acuerdo —dijo Charlie—. Ahora que estamos oficialmente juntos en un complot para matar a un científico, quiero saber todo lo que sabe usted.

—Eso, mi querido Marlow, es imposible.

Charlie soltó un gruñido.

—No, no me malinterprete —continuó Sigerson—; la mente humana es una habitación en la que tan sólo cabe un número limitado de muebles y para meter uno nuevo, hay que sacar uno viejo, ¿comprende? De verdad que usted no querría saber todo lo que yo sé…

—Sigerson, o es usted un graciosillo, o bien tiene alguna tuerca suelta en la sesera… Ya ha muerto un hombre, otro puede estar a punto de morir, y si se desata una epidemia, es posible que todos terminemos como el pobre Vogt. Así que quiero que me cuente por qué Sivane es un individuo tan peligroso. Y quiero saberlo ahora.

Sigerson se encogió de hombros, sopló sobre la abertura de la cazoleta de la pipa para avivar la llama, a pesar de que se había levantado una ligera brisa, y dijo:

—¿De modo que quiere usted conocer información secreta que ni siquiera se comparte con las más altas instancias de Whitehall?

—Eso es.

Sigerson chupó un par de veces la pipa, que comenzó a humear de nuevo. Las volutas se entremezclaron con la niebla, pero el hedor permaneció.

—En realidad no hay mucho que contar y dudo que vaya usted a creer una sola palabra —dijo—. El doctor Sivane nació en Portsmouth hace sesenta y tantos años, pero ni siquiera Mycroft ha conseguido rastrear a su familia más allá de sus padres, que al parecer procedían de la India… Y aunque parezca que esta información carece de importancia, me gustaría señalar que ese apellido, Sivane, no es ni por asomo británico. De hecho, amigo Marlow, hace referencia a Shiva, una deidad del panteón hindú a la que se asocia con la creación y con la destrucción. Ya verá que es un nombre muy apropiado para nuestro doctor…

»Sivane pasó fugazmente por la Universidad de Camford, donde consiguió enemistarse con todo el profesorado en menos de un año: Los llamó inútiles, ignorantes, descerebrados, y consiguió que lo expulsaran definitivamente cuando llevó a cabo algunos experimentos prohibidos y de los que no consta registro alguno. Pasó todos los exámenes y pruebas en un tiempo récord y consiguió las máximas calificaciones, pero el consejo rector le negó su titulación argumentando que el alumno había hecho trampas. No se sorprenderá usted ante las sospechas de los docentes cuando le diga que el jovencísimo Sivane aprobó todas las asignaturas que le habrían otorgado no menos de cinco grados distintos en otras tantas disciplinas. Así, nuestro muchacho se marchó al continente y aunque sus pasos son erráticos, sabemos que anduvo por diversas instituciones del centro de Europa y también en Francia, Italia, España y Grecia, en busca de sus diplomas y sus títulos perdidos. Parece que pasó unos años en tierras rusas y hacia 1860 se convirtió en explorador y se marchó al lejano Oriente, pues así lo exponía en una carta que le envió a un profesor del Johanneum de Hamburgo, Otto Lidenbrock, que fue su corresponsal durante aquella época.

»De sus andanzas por Mongolia y China no existe registro alguno, salvo una interesante publicación firmada por “S. M. Sivane” (M.D.

Ph.D., y una larguísima ristra de títulos académicos falsos, pero seguro que merecidísimos) que tiene el rimbombante título de *Observaciones definitivas acerca del hasta ahora desconocido cráter Severus Magog Sivane en el desierto del Gobi, de la procedencia y naturaleza artificial del meteorito que lo causó en el año 1470, con algunas especulaciones cuasi concluyentes acerca de la naturaleza de los ingenieros venusianos que lo enviaron a nuestro planeta Tierra*. Se trata de una lectura en verdad recomendable aunque algo densa, capitán: Si tiene usted conocimientos de geología, cristalografía, astronomía, matemáticas, física, biología, química, botánica y medicina, lo disfrutará muchísimo más que yo, que interpreté el texto como una colección de delirios escritos por un megalómano. Nada más lejos de la realidad…

»Ese simpático librito apareció publicado por primera y última vez en New York en el año 1869, y por eso sabemos que en aquellas fechas nuestro hombre se había marchado a América. Allá, Sivane llamó la atención de un grupo de científicos, los únicos que tomaron en serio la publicación del ya titulado doctor: Por aquel entonces, Sivane mostraba a quien quisiera verlo el diploma impreso que él mismo había redactado, firmado y rubricado con lacre, en el que se podía leer: "Doctor Severus Magog Sivane, Catedrático Universalis por derecho propio, con méritos extraordinarios y mención especial por su trabajo titulado *Observaciones definitivas etc., etc.*, reconocido como tal por el doctor Severus Magog Sivane, máxima institución científica de la Tierra". Esto debió impresionar mucho a sus nuevos amigos, los profesores Dummkopf, Vehr y un joven letón llamado Theodore Nemor, que estuvieron dispuestos a intercambiar notas con el doctor acerca de sus trabajos comunes. Sin embargo, Sivane los insultó gravemente (en el Club Diógenes hay copia de una carta colectiva enviada a sus tres colegas en la que los llamaba "obsoletos especímenes subhumanos", un orquestado improperio que tanto el joven Hadoque como usted mismo, querido capitán, deberían incorporar a su repertorio), y a cambio recibió tres críticas demoledoras y muy hirientes sobre su libro, escritas por las plumas de los tres científicos y publicadas en tres diarios neoyorquinos de gran tirada.

»Después, Sivane realizó el experimento del *Mary Celeste*.

En este punto, Sigerson golpeó la boca de la cazoleta de la pipa contra la baranda del *Friesland* hasta que la vació de cenizas. Saltaron aún algunas chispas y Charlie contempló las pavesas encendidas que cayeron al mar. Después, Sigerson miró a Marlow con mucha seriedad y le dijo:

—Esta es la parte que no se creerá, capitán.

Justo entonces, una giba idéntica a la que habían visto durante el funeral de Vogt apareció junto al costado del barco. A continuación surgió la cabeza de algo que parecía una serpiente dentuda y que tenía el tamaño de un tonel de salmuera. La criatura observó a los dos

hombres i con dos ojos negros como bolas ocho de un billar americano, emitió un bisbiseo sordo y se volvió a sumergir bajo el casco del vapor volandero.

Charlie y Sigerson se miraron de nuevo.

—Estoy dispuesto a creerme lo que sea —dijo Charlie Marlow—. Continúe, por favor.

El segundo desde el Sol

MIENTRAS Sigerson cambiaba su pipa de cerezo recién usada por otra pipa blanca, curva y de brazo largo y fino, que extrajo del mismo bolsillo ("Es una pipa de hueso de yak y me la regaló el Gran Lama en persona", le explicó a Charlie, quien no tenía ni idea de qué o quién podía ser ese Gran Lama), Marlow abandonó unos momentos a su contertulio y aprovechó para pedir a uno de los hombres de guardia que subiera a la torreta y enfocara la linterna del *Friesland* en dirección al *Matilda Briggs*. El haz de luz logró atravesar los retales de neblina y Charlie comprobó que nada ni nadie se había acercado al barco fantasma, ni había señales ele un abordaje inminente. Después, el capitán ordenó que el foco se dirigiera a la playa, de donde seguía llegando el incansable retumbar de los tambores. Ahora, en la arena, no había indígenas. "Con suerte se habrán zampado a Sivane", pensó.

Dijo al marino que accionara el mecanismo de giro del faro para que barriera de forma automática las proximidades del *Friesland* y que se mantuviera atento a posibles movimientos en la isla o a la presencia de algún otro barco.

—¿Esperamos a alguien, capitán? —dijo el marinero.

—Tú obedece y calla, pedazo de troglodita —respondió Charlie al tripulante, un tipejo de ojos saltones y boca de pescado muerto, medio holandés y medio yanqui, que siempre iba recogiendo lo que el enano Kabouter tiraba al suelo.

Cuando regresó a la baranda de estribor, Sigerson ya había prendido su pipa de hueso y estaba acodado y mirando hacia la isla. La luz de la linterna iluminaba la playa cada dos minutos, aproximadamente.

En el agua no había presencia de gibas ni de cabezas monstruosas. Charlie había estado dándole vueltas a cómo habría logrado Sivane llegar hasta la costa sin que esa criatura (o "esas criaturas", pues Marlow no sabía si eran una o varias) se lo comiera. Obviamente, había tenido suerte.

—No, no ha sido suerte —dijo Sigerson sin volver la cabeza.

—¿Ah, no? ¿Entonces cómo lo ha hecho ese pajarraco? —dijo Charlie. Y entonces se dio cuenta—: ¡Eh, aguarde, aguarde! ¡Lo ha hecho! ¡Me lo ha hecho a mí, mentiroso de pacotilla, brujo, hechicero!

Sigerson se dio media vuelta y miró a Charlie con expresión de

desconcierto.

—¿El qué he hecho, amigo mío?

—¡Me ha leído la mente! ¡Lo ha hecho! ¡Y ni siquiera me ha mirado! ¡Todo eso de “observar y no mirar”, y los callos en las manos y si me rasco la tripa o me pongo bizco no son más que sucias mentiras!

—Ah, eso… —dijo Sigerson, que dio una larga calada a la pipa—: No se alarme, capitán, pero la visión de la cabeza del animal hace apenas unos minutos, su repentina partida y las maniobras que ha realizado con la linterna de su barco han delatado sus más íntimos pensamientos. No me hacía falta verlo a usted para saber que, cuando encendió el faro y enfocó hacia el *Matilda Briggs*, estaba pensando en lo que yo le dije acerca del barco que nos sigue desde Calcuta. Y cuando ha dirigido la luz hacia la playa, quería saber si los indígenas estarían preparando sus canoas para abordarnos. Y como no es así, ha pensado usted que quizá yo me había equivocado en mis consideraciones, que quizá Sivane no había logrado congraciarse con los nativos y que es posible que esas gentes lo hayan devorado como los caníbales que son. Así, su prematura idea de la muerte de Sivane le ha llevado a pensar en cómo habría logrado el doctor llegar a nado hasta la playa sin que lo atacara esa especie de serpiente marina que acabábamos de contemplar. Y como carece usted de la más mínima imaginación, se ha conformado con la banal explicación de que el doctor tuvo suerte. Cosa con la que yo no estoy en absoluto de acuerdo: Sivane no se habría arriesgado a que el monstruo lo atrapara. —Y añadió—: Por cierto, he oído sus inconfundibles pasos (cansados, amigo mío; arrastra usted los pies como si necesitara volver a la cama de inmediato, cosa que le recomiendo encarecidamente que haga), y por eso sabía que estaba detrás de mí.

Entonces Sigerson soltó una larga bocanada de humo que había retenido en sus pulmones durante toda la explicación.

Charlie estaba anonadado y no sabía qué pensar: ¿Estaría Sigerson tomándole el pelo? Se sentía tentado de pensar que así era, pero la verdad es que el falso noruego había seguido los pensamientos de Charlie de forma tan precisa y exacta…

¿…o es que en realidad sí que podía leer mentes, ese inglés estirado?

—Está bien, está bien —capituló Charlie—. Entonces dígame, ¿cómo evitó Sivane el ataque de la serpiente?

—Del mismo modo en que yo lo habría hecho: Llevando consigo cebos con los que despistar al animal.

—¿Cebos?

—Si hubiera estado en tierra y no en el mar, lo propio habría sido utilizar algún repelente natural: Heces, o quizá combustible o algún otro líquido tóxico… Pero eso habría resultado inútil en el agua. Sin duda alguna, el doctor Sivane pasó por la cocina subrepticiamente y se llevó

unas cuantas latas de carne que fue arrojando a ambos lados y tras de sí. Eche un vistazo en la despensa del *Friesland* y comprobará que estoy en lo cierto. Ya le dije que el doctor es un individuo muy escurridizo.

Charlie recordó que Rutte, el gordo cocinero, había dicho algo al respecto mientras estaban buscando al viejo pajarraco por todo el barco…

¿Cómo podía ese hombre tener siempre razón?

El capitán Marlow sacó ahora la petaca del tabaco y se dispuso a prepararse otro cigarrillo. Era imposible permanecer junto a ese individuo y no ponerse nervioso.

—Bueno, cuénteme eso que no me voy creer —dijo Charlie después de malgastar tres fósforos.

Sigerson le dio definitivamente la espalda a la isla de la Niebla y comenzó:

—Como usted bien sabe, el *Mary Celeste* era un bergantín comercial que navegaba con bandera estadounidense —dijo Sigerson—. Zarpó del puerto de New York el 5 de noviembre de 1872 con destino a Génova. Transportaba unos mil setecientos barriles de alcohol etílico que estaban destinados a utilizarse en la elaboración de vinos italianos, y contaba con una tripulación de siete hombres a cargo del capitán Benjamin Briggs, así como dos pasajeras, la mujer de Briggs y su hija de dos años, Sophia Matilda.

—Sí, ya le dije que todos los marinos conocemos esa historia —dijo Charlie.

Pero Sigerson continuó como si no hubiese escuchado.

—El 4 de diciembre de ese mismo año, un barco mercante canadiense pero registrado como británico, el *Dei Gratia*, encontró al *Mary Celeste* a unas seiscientas millas al oeste de Portugal, cerca las islas Azores. Después de dos horas de observaciones a distancia durante las cuales no registraron movimiento alguno en el bergantín, el patrón del *Dei Gratia* ordenó el abordaje del *Mary Celeste*, que continuaba lentamente rumbo al Estrecho de Gibraltar. La expedición no encontró a nadie a bordo, sólo funcionaba una bomba de agua y la bodega se había inundado hasta una altura de tres pies y medio, pero el barco no corría peligro de hundimiento. Habían desaparecido las cartas de navegación, así como el sextante y otros instrumentos. También faltaba el único bote salvavidas del *Mary Celeste* y de la carga que albergaba en sus bodegas, se supo más tarde que nueve barriles de alcohol estaban vacíos. Las provisiones para seis meses estaban intactas, al igual que los efectos personales de la tripulación. Y con respecto a las historias que ha oído usted, capitán, acerca de mesas del comedor preparadas y dispuestas para el desayuno, tazas de té humeantes y otros detalles desconcertantes, podrían ser falsas… pero no todas lo son. Al menos no

totalmente falsas.

»La investigación del Vice Almirantazgo de Gibraltar, adonde llevaron el barco, descartó la teoría de un ataque de piratas y nadie tomó en serio la posibilidad de que los tripulantes se bebieran nueve barriles de alcohol puro, se amotinaran y asesinaran al capitán Briggs y a su familia, pues no había signos de violencia concluyentes a bordo.

»De las diez personas desaparecidas nunca más se tuvo noticia. Nadie supo dar una explicación lógica a lo sucedido en ese barco y el público nunca ha sabido, ni llegará a saber, que el drama del *Mary Celeste* fue mucho más extraordinario que cualquiera de esas fantásticas hipótesis y especulaciones acerca de monstruos marinos —en este punto, Sigerson carraspeó y miró la superficie del mar, quizá en busca de una giba parda—, maremotos imposibles, o esa falsa declaración que publicó anónimamente un conocido mío en el *Cornhill Magazine* hace diez años, un texto que aseguraba que un criminal negro llamado Septimius Goring había asesinado a toda la tripulación y luego había huido al Sahara. Tonterías, capitán.

»La verdad, mi querido Marlow, la inconcebible verdad sobre ese misterio en apariencia insondable, es que el doctor Severus Sivane utilizó un ingenio de su invención para *enviar* al capitán Briggs, a su mujer, a su hija y a los siete marineros a un lugar muy, muy lejano. Eso es exactamente lo que pasó.

—¿Enviar adonde? —preguntó Charlie, al que le sonó raro que Sigerson no hubiera dicho la palabra *llevar*—. ¿Al fondo del mar?

—A Venus, capitán Marlow —dijo Sigerson, y soltó un suspiro. Esta vez sin humo—. El segundo planeta contando desde el Sol.

Como un tren infinitamente rápido

—Es una broma —dijo Charlie Marlow.

—Ya le dije que no se lo iba a creer.

—Tiene que ser una broma…

—No, no lo es.

—Es imposible.

—No, no lo es.

—¿No lo es?

Sigerson se encogió de hombros y dijo:

—¿Entiende ya por qué ese hombre es tan peligroso?

Charlie no llegaba a comprender las implicaciones de lo que acababa de contar ese individuo que había tomado el control de su barco y estaba poniendo el mundo patas arriba… Quizá por ese motivo Marlow quería saber más. Todos esos disparates, de alguna manera, le resultaban esperanzadores al bueno de Charlie, aunque sólo él sabía por qué.

—Pero dígame, Sigerson, ¿cómo lo hizo Sivane? ¿Y cómo lo supo el Club Diógenes? ¿Cómo dieron con él? Y por todos los cielos, ¿qué diablos hace ese tarado suelto en una isla perdida del océano?

—Realmente quiere usted saberlo todo, ¿verdad, capitán? —dijo Sigerson con la pipa colgando de la comisura de sus afilados labios.

—Le escucho —respondió Charlie.

—Es tarde y tenemos que madrugar —dijo.

—Le escucho —repitió Charlie.

Sigerson se rascó las mejillas, pues ya necesitaba un buen afeitado. Después y contra todo pronóstico, se arrancó la pipa de la boca y la arrojó a lo lejos, al mar.

—A la porra el Gran Lama y su pipa de hueso de yak —dijo—. Está obturada. Esos budistas no saben fumar.

Charlie sonrió. Y aguardó.

—No hay modo de saber con certeza cuándo concibió Sivane su “distanciador”, como él lo llama —dijo Sigerson—, aunque es muy posible que la génesis del concepto esté relacionada con esas estrafalarias ideas del doctor acerca de la procedencia del meteoro cuyo impacto creó un cráter misterioso en mitad de un desierto mongol… Lo

que sí sabemos es que esos tres científicos con los que tuvo trato en América trabajaban en líneas de investigación muy semejantes: Todos ellos, querido Marlow, querían transportar materia de forma casi instantánea desde el punto A hasta el punto B, estando A y B a una distancia X y siendo X un trecho considerable. ¿Comprende?

—No —dijo sinceramente Charlie—. ¿Cómo un tren muy rápido?

—Como un tren infinitamente rápido, más bien. Pero sin tren.

—Eso es una tontería —dijo el capitán.

—Ya —respondió Sigerson—. Pero Sivane lo logró. De hecho, el doctor debió de conseguir dinero en Manhattan, con toda probabilidad por métodos poco honestos, y con ese dinero construyó su máquina "distanciadora". El doctor también pagó a James H. Winchester, el propietario mayoritario del *Mary Celeste*, para que lo llevaran a él y a su aparato a bordo del bergantín. Winchester tenía el cincuenta por ciento del barco, mientras que el resto era del capitán Briggs y de dos socios más. Según Sivane, fue Winchester quien arregló las cosas con Briggs para que no quedara constancia de la presencia del científico ni de su carga en el *Mary Celeste*. De hecho, el doctor realizó todos esos tratos bajo la falsa identidad de Abel Fosdyk, un nombre tan bueno como cualquier otro, ¿verdad?

A Charlie, claro, ese nombre no le resultaba familiar. No obstante dijo:

—Tan bueno como el nombre de Sigerson, por ejemplo. ¿No cree usted?

—*Touché* —dijo el falso noruego sonriendo, y le dio un manotazo a Charlie en el brazo como si quisiera quitarle importancia al comentario —. Lo que Sivane les dijo a Winchester y a Briggs es que quería llevar discretamente material científico hasta Italia, que su carga no era peligrosa y que pensaba pagarles mucho. Pero lo que el doctor pretendía era realizar un experimento en altamar, no porque quisiera evitar mi posible desastre en un núcleo urbano habitado, sino porque deseaba mantener en secreto su trabajo hasta que supiera que el "distanciador" funcionaba correctamente.

—¿Y qué quería hacer? ¿Mandar a esos pobres marinos y a las dos mujeres a otro planeta? —dijo Charlie.

—No —respondió Sigerson—. Su intención era enviar el *Mary Celeste* a Venus. Y también a toda la tripulación. Sin el consentimiento de esas personas, claro está.

—Qué locura… Y el experimento salió mal, por supuesto…

—Sí y no, mí querido Marlow—dijo Sigerson—. Algo, en efecto, no funcionó correctamente: El barco, la máquina y Sivane se quedaron en nuestro planeta. Pero los demás terminaron en Venus.

—Espere, espere —dijo Charlie—, ¿y cómo sabe usted que eso es

cierto? ¿No ha pensado Mycroft Holmes que Sivane puede ser un charlatán y que se inventó toda esa historia?

—Por supuesto que sí, capitán —dijo Sigerson—. Pero es que Mycroft sabe positivamente que la familia Briggs y la tripulación del *Mary Celeste* llegaron a Venus sanos y salvos, y que Sivane dice la verdad. O casi toda la verdad.

—¿Y cómo puede el señor Holmes saberlo con certeza?

—Amigo mío, Mycroft lo sabe porque lleva en contacto con Benjamín Briggs desde 1873.

Aquello sí que no se lo esperaba Charlie.

—Perdone, señor Sigerson, pero creo que no le he escuchado bien…

—Me temo que sí, capitán Marlow.

—Entonces… ¿los desaparecidos del *Mary Celeste* están vivos? ¿En Venus?

—No todos ellos, querido amigo, pues algunos han fallecido en el transcurso de estos veinte años. Pero si hemos de creer a Mycroft, la pequeña Sophia Matilda ha crecido para convertirse en toda una mujercita.

—Pero ¿cómo es posible?

—Ya le dije que Sivane es un verdadero genio, capitán. El doctor también es el creador de un aparato de comunicación a distancia que carece de cables… Hay un caballero en Missouri, un serbio llamado Tesla, que también ha logrado algo parecido, ¿no ha oído hablar de él?

Charlie ni siquiera se molestó en negar con la cabeza; sólo miró embobado a su interlocutor.

—No conozco los detalles —explicó Sigerson—, pero al parecer Sivane dejó uno de esos comunicadores cerca del cesto de la niña Briggs y el aparato también viajó hasta Venus. Sivane se quedó con otro emisor y receptor gemelo. Desde entonces, los náufragos del *Mary Celeste* pueden comunicarse con la Tierra.

—Mire, Sigerson, todo lo que me ha contado es increíble, pero esto último…

—Sí, capitán, estoy de acuerdo con usted: No creo que Sivane pretendiera realmente viajar a Venus, sino que quiso mandar una expedición de “voluntarios forzosos” con los que mantenerse en contacto. Y Mycroft también lo cree.

—Ese hombre es un loco. Un monstruo —dijo Charlie.

—Así es, mi querido Marlow. Y como a tal habremos de tratarlo.

Un lugar de honor para los tres monos

EL turno de guardia de los tripulantes cambió. Los dos hombres que subieron a cubierta para tomar el relevo vieron a su capitán y al noruego y se acercaron para presentarse ante ellos.

—Buenas noches, señor Aakster, señor Heeren —los saludó Sigerson con un movimiento de cabeza—. ¿Han descansado ustedes…? Seguro que sí. Entonces no tendrán inconveniente en madrugar hoy para acompañarnos dentro de un ratito al capitán y a mí en una pequeña misión de exploración, ¿verdad?

Aakster y Heeren se miraron el uno al otro y después se volvieron hacia su capitán, que a su vez miró a Sigerson, que asintió. Charlie les dijo a los marinos:

—Lo siento, muchachos, pero esta noche ninguno de los aquí presentes descansaremos como Dios manda.

—No se preocupe, capitán —dijo Aakster. Era un individuo muy alto y desgarbado, de unos treinta años, que solía deambular descamisado por la cubierta. Charlie había visto las cicatrices de latigazos (o más bien de correazos) que lucía en la espalda. Al capitán le caía bien Aakster, que era uno de los pocos marinos que no habían coreado a Kabouter durante el funeral de Vogt. Nunca armaba jaleo y jamás lo había visto probar una gota de alcohol… mientras estaba a bordo del *Friesland*.

Por su parte Heeren, que era mucho mayor que Aakster pero no tan viejo como el difunto Vogt, se limitó a soltar un gruñido para corroborar lo que había dicho su colega. Heeren lucía un parche en el ojo derecho, nadie había logrado sonsacarle nunca cómo lo había perdido, y nadie se atrevía ya a preguntarle al respecto, pues se había corrido la voz de que el tuerto Heeren le había roto la mandíbula a un marino francés por atreverse a bromear con ese asunto—, y era la personificación de la profesionalidad: Un hombre serio y silencioso que realizaba su trabajo a la perfección, cumplía las órdenes sin rechistar y conocía el oficio como pocos. Heeren sabía escribir, leía las cartas de navegación, utilizaba el sextante, maniobraba con el timón, y estaba claro que podría haber capitaneado cualquier barco. Incluso el *Friesland*.

Charlie les indicó a sus hombres que mantuvieran la linterna de la torreta encendida y que estuvieran ojo avizor ante cualquier movimiento extraño en las aguas, en la isla o en el *Matilda Briggs*. Y

también les prometió que los relevaría de las dos próximas guardias en compensación por el viaje del día siguiente. “Si es que volvemos”, se dijo Marlow.

—Si no tiene inconveniente, acompañaré a estos dos caballeros un momento, capitán, —dijo Sigerson—. Estaré de vuelta enseguida.

Una vez que los marinos se marcharon a sus puestos de vigía (Sigerson pisándoles los talones), Charlie pensó que el falso noruego podía ser un diabólico listillo metomentodo —y si hubiera sido un marino a su cargo lo habría llamado sin pudor alguno “hidrocarburo”, “catacresis” e “iconoclasta”—, pero lo cierto es que sabía juzgar el espíritu humano. Estaba clarísimo que Kabouter podía convertirse en un problema grave, pero Sigerson había seleccionado a esos dos hombres para el desembarco en la isla y Charlie no podía estar más de acuerdo: Aakster y Heeren sabrían guardarles bien las espaldas. Eran de fiar.

Lo que Charlie aún no podía imaginarse era qué pensaba hacer Sigerson con Kabouter… ¿Quizá tuviera intenciones de empujarlo al agua para que se lo comiera uno de esos monstruos cabezudos? ¿O pensaba entregárselo a los caníbales? Cualquier cosa era posible con ese hombre tan extraño.

Cualquier cosa…

Lo que hasta ahora había escuchado era tan fantástico que Charlie se resistía no sólo a creerlo, sino a pensarlo.

El haz de luz de la torreta del *Friesland* iluminó el casco y la cubierta desierta del *Matilda Briggs*, y Charlie no pudo menos que pensar en el nombre de ese barco fantasma. Y se maravilló al darse cuenta de que allá arriba, en algún lugar del cielo estrellado, había un lucero rojo que albergaba a una mujer de poco más de veinte años. La imaginaba bella y semi desnuda en un mundo selvático y virgen poblado por monstruos antediluvianos y prodigios inimaginables: reptiles peludos, insectos del tamaño de calabazas, frutos de sabores intensos y flores fragantes que exhalaban aromas ignotos. Los padres de la chica habrían construido una casa de madera (“madera azul”, pensó Charlie, pues ese fue el capricho de su mente) donde vivían con ella y con sus vecinos, un grupo de valientes marineros americanos, daneses y alemanes que en ese mismo instante, y desde hacía dos décadas, estaban conquistando una estrella del firmamento.

¿Impensable?

“¿Qué pensarías, Sophia Matilda Briggs, si supieras que el hombre que te lanzó a la bóveda celeste y más allá de las nubes ha bautizado un barco en tu honor?”, le preguntó a la chica con la mente. Y casi esperó una respuesta, pues después de haber oído lo que había oído, lodo, todo, todo era posible en este mundo. Incluso la posibilidad de que dos mentes se escucharan a través de miles y miles y miles de millas de distancia…

Ahora fue Charlie el que escuchó los pasos de Sigerson a sus espaldas. Y no eran pasos cansados como los suyos, sino activos y decididos. La energía de Sigerson parecía inagotable.

—Ahora me dirá usted que no cree en la telepatía —dijo Charlie.

—¿Perdón?

—Ah, ¿no va a interrumpir mis pensamientos, Sigerson? ¿No me va a decir que la telepatía no existe, que no puedo enviar mis pensamientos a través de millas y millas de distancia hasta el lejano planeta Venus? ¿No me va a explicar cómo ha sabido que yo estaba pensando en la chica de veinte años que vive en otro planeta y que estaba intentando comunicarme con ella con mi mente?

Sigerson soltó una carcajada. Una muy cortita, pero escandalosa.

—Mi querido capitán, ¿cómo quiere que sepa que está usted teniendo esos pensamientos tan poco apropiados para un caballero de su edad y condición? ¡Qué salaz es usted, capitán…! Me recuerda usted a un buen amigo al que hace mucho tiempo que no veo… Y además, ¡acabo de llegar a su lado, hombre!

—Pero…

—Y con respecto a la telepatía, le diré que sí existe: Se llama “lengua escrita”, y atraviesa no sólo el espacio, sino también el tiempo.

Charlie se quedó pensando un par de segundos y descartó la idea de intentar comprender qué le había dicho Sigerson. Una vez más, Marlow se preguntó si no le estarían tomando el pelo…

Pero no quería dar pie a una conversación filosófica, sino obtener más información sobre el objetivo que habrían de atrapar en unas horas: el doctor Sivane.

—Cuénteme el resto —dijo Charlie—. Sin rodeos, por favor, Sigerson. Quiero dormir un poco antes de que vayamos a por el pajarraco.

De acuerdo, de acuerdo — respondió Sigerson, que metió la mano en un bolsillo y esta vez no sacó una pipa salida de quién sabe dónde, sino una petaca, y no de tabaco precisamente—. ¿Gusta, capitán?

—¿Coñac o whisky?

—Loch Lomond —dijo Sigerson, y le tendió la petaca a Marlow—. El joven Hadoque me lo cedió de su reserva particular… antes de que enfermara, claro.

Charlie miró el recipiente de metal con cierta aprensión y después limpió el gollete con la punta de los dedos y dio un larguísimo trago.

—Bah, de algo tiene que morirse uno —dijo, y le devolvió la petaca a Sigerson, que respondió:

—Por los asesinatos con premeditación bien intencionados. —Hizo una pausa, se miró la punta de las botas y añadió sin levantar la vista—: Por los amigos ausentes. —Y después miró a Charlie a los ojos y dijo—:

El juego ha empezado, Marlow.

Y bebió.

Charlie no sabía de qué juego estaba hablando el falso noruego y no quiso saberlo. Se limitó a contemplar cómo Sigerson se limpiaba el morro con la manga del jersey y a escucharlo:

—Aunque Sivane sostiene una versión distinta, tanto Mycroft como yo, y supongo que usted estará de acuerdo con nosotros, pensamos que el experimento salió a pedir de boca. El doctor lo tenía todo planeado:

Envió a la tripulación del *Mary Celeste* a Venus, y él robó los instrumentos de navegación del barco, las cartas, una cantidad pequeña de provienes y sus inventos, el "distanciador" y el comunicador, y se embarcó en un bote salvavidas rumbo a Portugal… Las corrientes del Atlántico jugaron con la barca del *Mary Celeste* y la llevaron mucho más al norte de lo que el doctor pensaba: Se fue a pique cerca de la costa de Galicia, y se salvó de milagro… o como él explicó, y en eso creo a Sivane a pies juntillas, gracias a la reducidísima barca de caucho de su invención que llevaba plegada en un bolsillo de su chaleco. En el naufragio se perdió el "distanciador", que era demasiado grande para la chalupa portátil, y el doctor Sivane llegó a la terrible Costa da Morte quemado por el sol, hambriento y casi inconsciente… pero vivo.

»En este punto, quiso la fortuna que Mycroft, que por entonces era un hombre joven pero no mucho más activo de lo que lo es en estos días, anduviera por tierras gallegas, en concreto en un pueblecito llamado Meixía, por motivos que sólo él conoce, aunque sobre los que yo podría especular si así lo quisiera: Quizá sólo tuviera veinticinco años, pero por entonces nuestro patrón ya era una pieza clave de los entramados de Whitehall (Mycroft siempre fue un chico precoz, querido Marlow), y pienso que nadie se atrevería a sugerir que mi… bien, que el señor Holmes había cruzado el Canal de la Mancha en pos de una mujer española… sin demasiado éxito, por cierto.

Sigerson se rió maliciosamente de su propio comentario, pero Charlie no le vio la gracia por ningún lado.

—Pues bien —continuó el falso noruego—, las autoridades de Meixía le comunicaron a Mycroft que un extranjero que bien podía ser británico había aparecido en sus aguas asegurando que había naufragado, y le pidieron ayuda para identificarlo… Estamos hablando de un procedimiento ya no sólo irregular, sino carente de lógica en absoluto, ¿verdad, capitán?

—Sí, claro… —respondió Charlie.

—Pues ya puede usted hacerse una idea de cómo piensan los españoles —dijo Sigerson, que volvió a beber de la petaca—. Mycroft colaboró, y cuando vio no sólo el cuerpo deshidratado de aquel hombre, sino el extraño aparato que guardaba celosamente entre sus brazos, lo

identificó como ciudadano británico y exigió que repatriaran a ese pobre hombre en un plazo de tiempo razonable. Les garantizó que la Corona del Imperio asumiría cualquier gasto derivado del traslado: Estoy seguro, querido Marlow, de que en Meixía aún hay algún funcionario esperando a recibir un sobre con el sello de la Reina Victoria que contenga al menos un talón por el importe reclamado.

»A Mycroft no se le suele escapar detalle alguno, *y* durante el viaje de vuelta a Inglaterra, que tuvo lugar un mes después (a mediados de diciembre de 1872), le pidió a un medianamente repuesto doctor Sivane que no siguiera ocultándose detrás del nombre de Abel Fosdyk; le dejó muy claro que sabía que ese trasto que los españoles habían encontrado en sus brazos no era ninguna minucia; y le explicó que si no colaboraba con Mycroft en adelante, tendría que explicar ante un tribunal qué había sucedido a bordo de un bergantín americano llamado *Mary Celeste*, un barco mercante que había aparecido flotando en aguas atlánticas el día 4 de diciembre.

»Sivane se quedó tan asombrado ante las declaraciones del esbelto inglés (por entonces, Mycroft era un joven delgado y elegante, y no el excesivamente fornido caballero que usted ha conocido en Pall Mall) que no tuvo más remedio que confesar sus horribles actos y pedir clemencia. No sin antes ofrecerle a Mycroft una suculenta cantidad de dólares, que por supuesto rechazó.

»Mycroft había deducido que el nombre de Abel Fosdyk era falso gracias a los diversos balbuceos e incongruencias en la declaración de Sivane (el náufrago no llevaba documentación alguna encima, cosa que también resultaba sospechosa). También había reconocido la importancia del aparato que Sivane llevaba encima, aunque no fuera más que por lo insólito de su diseño y las negativas del dueño a explicar qué clase de adminículo era ese. Además, Mycroft había tenido tiempo suficiente (apenas unos minutos, según Mycroft, y yo lo creo) para atar cabos tras conocer la noticia de la desconcertante y un tanto fantasmal aparición del *Mary Celeste* cerca de las Azores. A fin de cuentas, no había constancia de naufragio alguno en el Atlántico, en contra de lo que había declarado el individuo a su cargo.

»De este modo, el doctor Sivane desveló sus mayores secretos (de un modo un tanto sesgado, como ya le he explicado a usted, mi querido amigo) a un fiel siervo de la Reina Victoria. Y Mycroft, que en aquella época ya empezaba a mover hilos importantes en los entresijos del Gobierno, decidió que los servicios de inteligencia para los que trabajaba necesitaban una articulación más, una nueva extremidad que se ocupara de asuntos para los que nadie, ni la Corona, ni el Gobierno, ni el mundo en general, estaba preparado. Así se lo hizo saber a sus superiores de Whitehall, que obviamente no quisieron escuchar nada acerca de marinos extranjeros transportados mágicamente a Venus, pero

sí deseaban salvaguardar la integridad del Imperio Británico y confiaban ciegamente en la inteligencia sin precedentes y en los criterios de ese joven al que llamaban “Holmes el Flaco”. Y le otorgaron permiso y un presupuesto reducido, pero no ridículo, para que obrara en consecuencia.

»Como usted ya habrá deducido, mi querido Marlow, Mycroft adquirió un local en Pall Mall que pagó con dinero de los contribuyentes, buscó unos socios capitalistas entre los misántropos más ricos de Londres, y en febrero de 1873 abrió las puertas el único club de la ciudad concebido para todos aquellos que están dispuestos a guardar silencio, vean lo que vean u oigan lo que oigan.

A continuación, Sigerson se introdujo de nuevo la mano en el bolsillo (sin fondo) de su abrigo y le mostró a Charlie un objeto de lo más curioso: Se trataba de un estatuilla, un pedestal sobre el cual estaban sentados tres monos de facciones siniestras. Los tres estaban realizando gestos que Marlow interpretó, a primera vista, como obscenos. Pero es que nuestro capitán no solía detenerse en los detalles…

—¿Qué le parece? —dijo Sigerson.

—Que es una cosa muy fea —respondió Charlie—. ¿Pero a cuento de qué…?

—Es un regalo para Mycroft—lo interrumpió Sigerson—. O mejor, para el Club Diógenes. Lo… bueno, lo tomé prestado de la colección personal del Gran Lama. Los budistas no sólo no saben fabricar pipas decentes, sino que son muy descuidados con sus objetos más preciados: no saben lo que es un buen cerrojo o un buen candado. Cierto primo mío, un excelente jugador de criquet que vive en el Albany de Piccadilly, habría aprovechado para desvalijar entera la ciudad sagrada de Lhasa por mucho que esos monjes inocentones le hubieran prohibido la entrada… Capitán, está usted ante la representación más antigua que existe de los Tres Monos Sabios; esa estatuilla tiene unos mil quinientos años más que la escultura japonesa en madera que se encuentra en los establos sagrados del santuario de Toshogu. ¿No cree que a Mycroft le va a encantar? ¿No debería colocarla en un lugar de honor (pero muy discreto) de su club? Quizá en la Sala de los Extraños…

Entonces Charlie observó (como le había indicado Sigerson esa misma noche) con mayor atención aquel objeto: uno de los monos se cubría los ojos con ambas manos, otro se tapaba los oídos, y el tercero estaba enmudecido por dos garras oscuras y peludas… sus propias garras.

Y sí, Sigerson tenía razón. El lugar donde debía estar ese ídolo antiguo no era una ciudad sagrada del Tíbet, sino el único cuarto del Club Diógenes en el que estaba permitida la conversación: en la Sala de los Extraños, donde Mycroft Holmes recibía a sus agentes, les entregaba las instrucciones *y* escuchaba sus informes.

Ahí, los tres monos brillarían con luz propia.

La ciencia de la deducción

—OBVIAMENTE, usted no ha oído una sola palabra de lo que le he contado esta noche y por lo tanto jamás podrá hablar de ello con nadie dijo Sigerson mientras recuperaba la estatuilla de los Tres Monos Sabios y volvía a guardarla en el bolsillo de su abrigo—. Y mucho menos con Mycroft.

—Obviamente —mintió Charlie—. Pero me gustaría saber más acerca de la tripulación del *Mary Celeste* y de lo que les ha sucedido en estos veinte años. Me pregunto cómo será vivir en otro planeta, qué aspecto tendrá Venus…

—Usted lo que quiere saber es qué aspecto tendrá ahora la joven Sophia Matilda Briggs —dijo Sigerson, socarrón, y yo le puedo asegurar que será una muchacha de veinte años, idéntica a cualquier otra muchacha de su edad. Salvo por el detalle de que ella ha crecido en

Venus. Nada más.

Charlie emitió un gruñido y decidió dejarlo estar. No quería discutir con Sigerson. Ya no.

—Está bien —dijo Charlie—. Ahora quiero saber el resto. Es tarde. No se entretenga. Hábleme del *Matilda Briggs*. Del barco, no de la chica.

—De todos modos, no sé nada de Sophia Matilda dijo Sigerson—. Pues Mycroft no me ha confiado gran cosa. Con respecto al barco de Sivane, sólo sé lo que deduje cuando subimos a bordo. El informe del

Club Diógenes sólo menciona al doctor y a su ayudante.

—¿Y las dos o tres horas que ha pasado usted allí?

—Ah, bien… No han sido demasiado fructíferas, mi querido capitán. Sólo han servido para confirmar lo que ya sabíamos.

—Lo que ya sabíamos —repitió Charlie—. Sigerson, usted habla como si todos tuviéramos sus… poderes. ¿No se da cuenta de que algunos, comparados con usted, estamos ciegos?

—Claro que sí, amigo mío, claro que sí —dijo Sigerson—. Soy consciente de ello cada segundo de mi vida. Pero le aseguro que no estoy acostumbrado a que alguien lo confiese. Le doy las gracias por su honestidad para consigo mismo, capitán. Y también para conmigo. De verdad.

Y extendió su mano derecha para que Charlie se la estrechara. Y Charlie, en un acto que calificó como “reflejo”, la estrechó.

—¿Quién diablos era ese individuo en realidad? ¿De dónde lo había sacado Mycroft Holmes? ¿Y cómo era posible que alguien tan arrogante siguiera con vida?

—No importaba. Charlie necesitaba dormir. Pero también necesitaba saberlo todo acerca de este asunto.

—Usted comentó algo sobre una rata que había escapado del *Matilda Briggs* —dijo Charlie—. Y que hubo un motín en el barco, una revuelta encabezada por alguien relacionado con el pajarraco calvo, su ayudante o algo así, ¿no es cierto? Porque quería robarle a Sivane otro de esos inventos infernales, algún tipo de aparato con aplicaciones militares.

—Así es.

—Ya sé positivamente que es usted un mentiroso y un brujo —bromeó Charlie… o no—, pero tengo curiosidad… ¿Cómo se supone que dedujo usted todo eso?

—Todo eso y algunas cosas más —respondió Sigerson—. Pero me gustaría que conociera usted ciertos detalles previos que le ayudarán a comprender la situación: Verá, cuando Mycroft fundó el Club Diógenes, no hizo que encerraran al doctor Sivane en una celda para que trabajara como esclavo investigador científico a las órdenes del Imperio Británico, que es lo que usted ha imaginado que sucedió. Y es que Mycroft sabe perfectamente que no se puede presionar de ese modo a una mente de gran calado, pues se obtiene el resultado opuesto al deseado. Muy por el contrario, Mycroft se ocupó de entregarle al doctor Sivane una casita a las afueras de Londres, le concedió una asignación razonable e incluso le propuso convertirse en socio del club: si no me equivoco, ya le dije a usted que el doctor era uno de los miembros fundadores, y durante mucho tiempo se presentaba en los salones de Pall Mail y tomaba asiento en uno de los cómodos sillones del club, donde permanecía durante horas y horas mirando fijamente al infinito y con expresión beatífica…

»Sivane aceptó las cortesías, y a cambio se comprometió por escrito a enseñarle a Mycroft el funcionamiento de su comunicador, que ambos hombres han utilizado desde entonces para contactar con las gentes del *Mary Celeste* en Venus. Mycroft ha estado jugando una larguísima partida intelectual con Sivane para que éste vuelva a construir un “distanciador” con el que poder rescatar a los Briggs y al resto de la tripulación… sin éxito, pues el doctor asegura que se golpeó la cabeza durante su particular naufragio, que “ha olvidado” alguno de los componentes esenciales del aparato y que es incapaz de producirlo de nuevo.

—Eso son paparruchas —dijo Charlie.

—Por supuesto que sí, mi querido Marlow —respondió Sigerson—. Pero Mycroft no sólo tiene el poder de la omnisciencia, sino también la virtud de la infinita paciencia… En cualquier caso, desde hace veinte

años el Club Diógenes ha permitido que Sivane viva, trabaje y actúe con independencia, siempre con la esperanza de que el doctor acceda a construir la máquina que permita el rescate de los náufragos interplanetarios.

—¿Mycroft Holmes ha dejado que ese tarado haga lo que le venga en gana? No puedo creer que nuestro jefe que sea tan ingenuo —dijo Charlie.

—Pues claro que no lo es, capitán —dijo Sigerson—. El club siempre ha vigilado muy de cerca al doctor: Cualquiera que haya entrado en casa de Sivane ha sido siempre un agente de Diógenes, desde los recaderos hasta el servicio. Yo mismo le hice un arreglillo de fontanería en una ocasión (mi persona era lo que Mycroft tenía más a mano) y tuve que aguantar la atenta vigilancia del científico y sus impertinentes comentarios mientras "el señor Escott, maestro en tuberías y desagües" sacaba un calcetín viejo del interior de una cañería. Sivane puede ser un genio pero no sabe ni una palabra de plomadas, se lo aseguro.

—¿Y qué ha hecho el pajarraco desde entonces? ¿Un artilugio capaz de generar terremotos? ¿Una bomba de gran poder destructor?

—Absolutamente nada —dijo Sigerson—. Al club le consta que ha escrito resmas y resmas de papel con ecuaciones, diagramas, esquemas, planos y anotaciones que, en apariencia, carecen por completo de sentido: Sivane se divierte rellenando papel con ideas y proyectos absurdos para despistar a los espías de Diógenes, pues sus verdaderos proyectos los guarda con celo en su cerebro. Por eso Mycroft se sorprendió cuando un día, el doctor lo citó en la Sala de los Extraños y le propuso que financiara una expedición a Sumatra para realizar investigaciones biológicas y geológicas "en una zona virgen". La propuesta parecía bastante inocua, y aunque Mycroft no confiaba en la palabra del doctor, accedió.

»Fue el mismo Sivane quien se encargó de administrar el dinero y lo primero que hizo fue comprar un barco al que bautizó con el nombre de *Matilda Briggs*. Después contrató al capitán y a la tripulación, a los que seleccionó personalmente. Mycroft intentó infiltrar a varios agentes entre los marinos, pero no lo consiguió, pues Sivane los descartó al primer vistazo.

—¿Me está diciendo que el viejo se largó de Inglaterra sin vigilancia alguna? —dijo Charlie.

—Claro que no —dijo Sigerson—. Mycroft logró que subiera a bordo del *Matilda Briggs* un hombre de Diógenes, pero no se trataba de un marinero, sino de un joven contrahecho, un jorobado que ya llevaba un par de años sirviendo a Sivane y que había logrado ganarse la confianza de su patrón, según explicaba el informe que Mycroft envió a Calcuta: Se llama Ernest Gograh y mucho me temo que tanto Mycroft como Sivane han juzgado mal la supuesta fidelidad de este caballero, pues los ha

traicionado a ambos.

—¿Es el tipo que encerró al viejo en una jaula? —dijo Charlie.

—En efecto. Y probablemente pensaba dejarlo morir allí.

—Pues no me resulta del todo antipático, ese tal Gograh.

—Y yo no puedo decir lo mismo que usted, mi querido amigo… El doctor Sivane puede ser un hombre insufrible y muy peligroso, pero no creo que nadie merezca morir de inanición junto a una bestia asesina.

Pues ahora que menciona al animal… —dijo Charlie haciendo caso omiso del juicio moral de Sigerson, pues ¿qué valor tenía su opinión cuando ya prácticamente habían decidido asesinar al viejo?— Cuénteme cómo ha adivinado lo de la rata y todo lo demás.

—Yo no adivino, capitán Marlow, yo…

—…usted deduce, sí; ya me sé esa cantinela. Continúe.

Sigerson soltó un gruñido de reproche.

En el *Matilda Briggs* —dijo el falso noruego— hay pistas y huellas muy reveladoras para el ojo bien entrenado, y se encuentran por todas partes. Por ejemplo, usted señaló que el barco presentaba un aspecto muy parecido al que debieron encontrar los hombres del *Dei Gratia* cuando abordaron el *Mary Celeste*, ¿recuerda?

—Claro —dijo Charlie.

—Pues esa ya era una señal clarificadora, pues implicaba que la tripulación había abandonado el barco.

—Salvo por los tres cadáveres que encontramos a bordo después —señaló el capitán.

—Cuatro cadáveres —dijo Sigerson—. Se nos había pasado por alto el cuerpo de otro marinero, al que encontré detrás de unas cajas en la bodega. Presentaba los mismos signos de violencia salvaje que los otros dos, pero este había intentado ocultarse en un hueco verdaderamente diminuto para que su asesino no lo encontrara.

A Charlie se le puso la carne de gallina.

—¿Recuerda usted el primer cadáver que encontramos? —continuó Sigerson—. ¿Un escocés fumador de cigarrillos indios que había enviudado recientemente, que había servido en la Marina Real pero al que habían licenciado anticipada y deshonrosamente, y que no se había mostrado del todo de acuerdo con el motín a bordo del *Matilda Briggs*?

—¿Qué? —exclamó Charlie—. Lo encontré a usted apoyado sobre el quicio de una puerta y observando el cuerpo de un marino al que le habían arrancado la garganta, pero…

—Veo que se le pasaron por alto esos pequeños detalles sin importancia, querido Marlow: Ese pobre hombre era escocés por fisonomía, por su hedor a whisky escocés barato (mucho más barato que el Loch Lomond de nuestro amigo Hadoque), por la medallita de plata con la flor de cardo que el ataque de su asaltante no había logrado

arrancar (reconocerá usted la flor nacional de Escocia, ¿verdad?), y por el bonito tatuaje que lucía en el brazo derecho, justo debajo del hombro, que era una representación de un barco de guerra llamado *HMS Glasgow*. Esto último no sólo acreditaba a este caballero como escocés, sino también como antiguo miembro de la Marina Real. Era un hombre de unos cuarenta o cuarenta y pocos años, y si ahora formaba parte de la tripulación de un barco privado como el *Matilda Briggs*, es que había salido del servicio activo. Si este caballero había dejado la Marina no era por motivos familiares o por problemas de salud, porque en ese caso no habría vuelto a embarcarse, y además, es muy probable que hubiera obtenido una pensión. De modo que lo licenciaron forzosamente y eso no suele ser muy honorable, ¿me equivoco, capitán? En el bolsillo de la camisa llevaba cinco de esos finos bidis de hoja de tendú y liados a mano en la India, lo cual, por cierto, también lo delata como escocés, pues tienen un sabor horripilante. —Que Sigerson dijera eso cuando Marlow no era capaz ni de imaginar esa pestilencia de cloaca que el falso noruego fumaba, resultaba cuando menos curioso—. Los dos anillos gemelos que portaba en el anular y el meñique respectivamente hablaban de su viudedad, que debía ser muy reciente, o ya se habría despojado de ambos aros, pues estamos hablando de un escocés. No debió de mostrarse muy entusiasta con el motín, pues los amotinados lo dejaron a bordo del barco al cuidado del prisionero y de una criatura muy peligrosa en lugar de llevarlo con ellos a la isla, lo cual quiere decir que no confiaban enteramente en él y que era prescindible. También quiere decir que no debía ser del todo un mal hombre, por muy escocés que fuera.

—Dígame, Sigerson —Charlie estaba anonadado, pues no recordaba del cadáver más que el charco de sangre y el cuello destrozado—, ¿es que tiene usted algo en contra de los escoceses?

—Nada en absoluto, por supuesto —respondió Sigerson—. ¿Por qué?

—Será una falsa impresión que he tenido —dijo Charlie.

Sigerson se encogió de hombros y continuó.

—Pero hablemos de las heridas que presentaba ese hombre: Le habían arrancado la garganta de un mordisco, a juzgar por el tipo de herida: hizo falta una mandíbula muy poderosa, mí querido capitán, y dos incisivos largos y muy afilados para llevar a cabo esa hazaña… Incisivos inferiores, pues el desgarro se produjo de abajo hacia arriba, tal y como mostraba la piel y la carne desgarradas… ¿Le sugiere a usted algo eso, Marlow?

—Sí, tiene usted razón. Eso no parece cosa de un gato grande o de mi perro, pero… ¿un ratón?

—Una rata gigante, capitán… Los incisivos de los roedores no dejan de crecer a lo largo de toda la vida del animal, por eso se entretienen mordisqueando madera o cualquier objeto que encuentren… ¿Vio usted

las marcas de los arañazos, producidos por unas garras de larguísimas uñas? Son esas uñas, además de su increíble fuerza física y su agilidad, las que permiten a la mayoría de los roedores trepar por las paredes a gran velocidad y horadar largos túneles en las casas.

—Yo he visto ratas grandes como gatos por todo el mundo —dijo Charlie—, pero nunca una del tamaño que está usted sugiriendo…

—A juzgar por las heridas mortales de los marinos, nuestra rata, como el resto de roedores, puede alzarse sobre sus patas traseras y entonces alcanzará una altura de cinco pies y tres o cuatro pulgadas.

—Pero el escocés —los razonamientos de Sigerson habían convencido a Charlie— debía medir poco más…

—Sí, mi querido Marlow. Pero el cuarto cadáver que encontré pertenecía a un hombre que medía exactamente cinco pies y medio, y la rata le había atacado directamente en el rostro: A ese desdichado le partió la mandíbula con los incisivos, así, mire —y Sigerson le puso una mano a Charlie en la barbilla y con la otra señaló—, de derecha a izquierda, y le arrancó la nariz y el labio superior.

—Dios santo…

—Pero eso no es lo peor, amigo mío —prosiguió Sigerson—. Como ya le dije, estamos ante una criatura extremadamente inteligente. Es astuta y posee habilidades completamente ajenas al resto de los roedores. Habrá visto usted los trucos que aprenden a realizar las ratas en el circo y en algunos espectáculos callejeros: esas criaturas son capaces de acertar dónde está la bolita negra, hacer equilibrios o salir de laberintos… Las ratas son animales que poseen cierto grado de memoria y hacen buen uso de ella. E incluso se habla del Rey Rata, que es en realidad un conjunto de ratas que viven con los rabos atados y enredados, sin salir nunca de su madriguera, y que poseen un gran ascendente sobre sus semejantes, quienes les proporcionan comida y cobijo y les obedecen ciegamente. Pero este animal… es algo como nunca antes ha visto nadie.

—¿Y cómo lo sabe, Sigerson? ¿Qué le hace pensar que se trata de un bicho tan listo?

—El hecho de que se las ha arreglado para escapar de una jaula cerrada con un cerrojo y luego se las ha ingeniado para acabar con cuatro hombres adultos y escapar a nado hasta la isla, me parece bastante sugerente.

—¿Está seguro de que huyó a la isla? —dijo Charlie, pues se le ocurrió que cuando Sigerson y él subieron al *Matilda Briggs*, quizá el monstruo aún se encontrara a bordo… y fue un pensamiento poco tranquilizador.

—Claro que sí, mi querido Marlow. Por eso quise permanecer un par de horas en el barco de Sivane, para cerciorarme de que la rata se había

marchado.

Ahora Charlie miró a Sigerson de otro modo: ¿Era admiración por la valentía de ese inglés descarado a la hora de enfrentarse a una amenaza desconocida y de la que sólo él tenía constancia? Es muy posible que así se sintiera el capitán Marlow en ese momento. Pero lo que dijo fue que le parecía que Sigerson estaba aún más loco que el viejo pajarraco por haber arriesgado la vida de ese modo.

—He llegado a considerar la posibilidad de que ese animal posea dedos pulgares prensiles, como los de los primates —continuó Sigerson—, pues la maniobra de descorrer ese pesado cerrojo, que a su vez estaba trabado por una barrita de metal que encontramos en el suelo, resultaría muy complicada para unas garras como las de los roedores… No puedo asegurar ese extremo, pero sí que estoy seguro de que estamos ante una criatura muy, muy hábil. ¿Puede usted imaginar el terror que debió sufrir el prisionero doctor Sivane cuando vio que el ser al que había atrapado estaba liberándose de su prisión y se disponía a atormentarlo, como sin duda hizo?

—¿Sivane lo había atrapado? ¿Cuándo?

—Vamos, capitán, ¿cómo cree usted que llegó el monstruo a una jaula del *Matilda Briggs*…?

—No lo había pensado…

—No, no tiene usted ese hábito, por desgracia… Sivane, sin duda alguna, la cazó en Sumatra. Debe de tratarse de una especie autóctona y de alguna región poco conocida de la isla. Y quizá el doctor no mintió del todo a Mycroft cuando le dijo que quería realizar investigaciones biológicas, ¿no le parece? Pero con suerte, mañana podremos preguntarle por ese particular al mismo doctor y… Bien, ya va siendo hora de que nos vayamos a la cama…

—No vaya tan deprisa, Sigerson… ¿Y el invento de Sivane? ¿Qué ha hecho esta vez?

Sigerson soltó un bufido de hastío…

—No puedo conocer los detalles con seguridad, capitán, pero como ya expliqué, se trata de un vehículo pesado (y lógicamente, blindado). La profundidad de las huellas de rodadas en la cubierta así lo indican, así como el gran espacio vacío que he encontrado en la bodega de carga. Y todas esas cajas de embalaje procedentes de Europa y Asia contienen maquinaria de repuesto gestionada a través del bufete Morrison, Morrison & Dodd, de Londres, que han sido los testaferros involuntarios de Sivane en este asunto. Creo que el objetivo del doctor desde el principio fue trasladar todo ese material hasta algún rincón perdido de Sumatra y allí montar su máquina de guerra, de la cual Mycroft no tiene noticia, aunque seguro que algo sospecha, claro… Mientras Sivane realizaba su trabajo de ingeniería militar, que estoy convencido

pretende vender a alguna potencia (puede que incluso a Inglaterra), el grupo del doctor sufrió el ataque de la rata y lograron atraparla viva… Con toda seguridad, Sivane pretendía llevar ese monstruo a Londres y quizá… Bueno, no pienso especular al respecto, amigo mío.

Charlie no quiso preguntar qué había pensado Sigerson. Sabía que la respuesta no le iba a gustar.

—¿Podemos irnos ya a acostar? —dijo Sigerson.

—¿Y el motín? —dijo Charlie, que estaba muerto de sueño pero no terminaba de hacerse a la idea de volver a meterse en la cama con ese individuo.

—Pero capitán, ¿es que no vio usted al dueño del *Matilda Briggs* en una jaula? ¿No le parece una evidencia bastante clara de que había habido un motín?

Charlie pensó que dicho con esa contundencia, y puesto que Sigerson le había anunciado previamente que el hombre al que buscaban era el propietario del barco, pues sí, claro que era obvio que la tripulación se había amotinado.

—Son las dos de la madrugada —dijo Sigerson—. Durmamos dos horas y después realizaremos los preparativos para nuestra pequeña expedición. ¿Le parece bien?

Charlie asintió y se echó a caminar detrás del falso noruego, en silencio.

Ya en el camarote, el capitán se puso guantes y un pañuelo en la boca y entró en el cuartucho. Olía a enfermedad y a cerrado, cosa que era mala señal. Prendió una vela y echó un vistazo a Hadoque, y para su sorpresa se encontró con que el muchacho dormía profundamente y no parecía tener fiebre. De hecho, estaba roncando y su rostro esbozaba una placentera sonrisa.

Sigerson tocó a Charlie por la espalda y dijo en voz alta:

—No era fiebre Tapanuli, sino un resfriado.

—Eso parece —dijo Charlie.

—Me alegro mucho, capitán.

—Gracias.

Esta vez, Charlie imitó a Sigerson y se acostó vestido junto a su compañero. Ni siquiera se molestó en echarse por encima la manta.

Tenía por delante dos cortas pero dulces horas de descanso.

Y no obstante…

—¿Sigerson? ¿Se ha dormido ya?

—Sí —respondió Sigerson.

—¿Qué sabe del tiempo que estuve en el Congo? ¿Y cómo lo ha deducido?

—Déjeme dormir, capitán.

—Está bien —dijo Charlie, que cerró los ojos y no pensó en absolutamente nada de lo que había escuchado esa noche, sino en otro vapor volandero, en un río africano y en un agente de comercio belga llamado Kurtz que ya estaba muerto y bien muerto.

Y así logró conciliar el sueño.

La alegría de abrir regalos

CHARLIE no era un marino de sueño pesado, sino que estaba acostumbrado a dormir con un ojo cerrado y otro abierto. Por eso se sorprendió cuando una hora y media después se despertó para asearse —Charlie siempre presumía de su reloj interno— y se encontró con que Sigerson ya no estaba junto a él en la estrecha litera. Y además, había salido sin que Charlie se diera cuenta, aunque Sigerson había dormido junto a la pared y la única salida era la del lado de Marlow.

O bien había dormido más profundamente de lo que pensaba, o Sigerson era tan ágil y sigiloso como un tigre de Bengala.

La puerta del cuartucho se abrió y apareció el rostro barbado del joven Hadoque.

—¿Mi capitán?

Charlie se sentó en su camastro y se frotó los ojos con ambas manos.

—Aquí estoy, muchacho.

—¿Dónde estoy?

—En mi camarote —dijo Charlie.

—¿Y qué hago aquí?

—Has estado enfermo y te quedaste dormido —dijo el capitán—. ¿Te encuentras bien?

—Algo anquilosado, capitán… pero me siento bien.

—Pues ve a la cocina y prepara algo de café. Y si despiertas a Rutte dile que te he enviado yo, ¿de acuerdo? —Después de la desaparición de las latas de carne y la pieza ahumada, Rutte había decidido dormir en la cocina para pillar al ladrón con las manos en la masa. Por supuesto, Charlie no se había molestado en ir a decirle que su ladrón había huido a nado hasta la playa.

—A sus órdenes—dijo Hadoque, que desapareció por la puerta del camarote.

Charlie ni tan siquiera se había quitado las botas para dormir, así que se puso en pie y se dirigió al espejo. Se miró las ojeras, se lavó la cara en la palangana y se afeitó las mejillas someramente con la navaja, pues no encontró su jabón. Después se engrasó el pelo y se peinó el frondoso bigote de una sola pasada.

“¿Dónde se habrá metido Sigerson?”, se preguntó, y se dijo que habría subido a la cubierta para aliviarse. Charlie aprovechó para entrar

en el cuartucho e hizo lo propio en un cubo, como era su costumbre. Después tiró los deshechos por el ojo de buey y a continuación escuchó una llamada a la puerta.

—Adelante, Hadoque dijo, pero quien entró fue Sigerson—. Vaya, ¿dónde se había metido usted? —Aunque en realidad lo que Charlie quería preguntar era: "¿Cómo se las ha arreglado para levantarse sin despertarme?"

—Venía a despertarlo a usted, capitán —dijo el falso noruego, cuyo rostro estaba también recién afeitado—. Espero que no le importe que haya cogido prestado su jabón —dijo, y le tendió la barrita a Charlie.

—No, no me importa respondió Marlow, y en un gesto involuntario se pasó la mano por el rostro, que le escocía un poco—. ¿Alguna novedad?

—Nada en la isla ni en el *Matilda Briggs* —dijo Sigerson—. He despertado a Aakster y Heeren y les he pedido que preparen una chalupa con provisiones para varios días.

—Bien. ¿Y Kabouter?

—El señor Kabouter también está ya levantado. Nos espera en cubierta para ayudarnos.

—¿Y por qué no lo ha enviado usted con los otros dos?

—Porque quiero tenerlo cerca, mi querido capitán.

En ese momento la puerta se entreabrió y apareció el joven belga con una bandeja entre las manos. La cafetera humeaba y había llevado varias tazas, unos mendrugos de pan y galletas saladas.

—Veo que se encuentra usted mucho mejor, Archibald dijo Sigerson, que le quitó la bandeja de las manos y la dejó sobre el escritorio del capitán—. ¿Le apetecería pisar tierra firme, muchacho?

—¿Perdón? —Hadoque miró a su capitán, que dijo:

—Decías que estabas recuperado, ¿no? Pues date unas bufadas de agua y vete a cubierta a ayudar a Aakster y a Heeren, que están preparando una chalupa…

—No, no, capitán —intervino Sigerson—; mejor tome usted una de estas tazas de café y vaya a buscar al señor Kabouter, que nos está esperando. Diríjanse los dos a la bodega y aguarden a que lleguemos, ¿de acuerdo?

Hadoque miró de nuevo al capitán, que sirvió él mismo las tres tazas y le dio una al belga.

—Capitán, si me permite una pregunta —dijo Hadoque—, ¿qué fue del mameluco al que debía atizar si se cruzaba en mi camino? Ese al que buscaban esta tarde…

—Vamos a por él a la isla —dijo Charlie.

—Estupendo. —Una sonrisa iluminó el barbudo rostro de Hadoque—. Por cierto, Rutte casi me rompe la crisma cuando me ha visto entrar

en la cocina, el muy patagón —dijo, y se marchó del camarote.

Charlie y Sigerson se tomaron el café con celeridad y el capitán hubo de meterse un puñado de galletas en el bolsillo para comerlas por el camino, pues el falso noruego ya salía por la puerta en dirección a la bodega.

Encontraron a Kabouter y a Hadoque enzarzados en una discusión. Ambos se estaban gritando en neerlandés y Kabouter había agarrado un garfio con el que amenazaba al belga.

—¡Eh, qué es lo que pasa aquí, energúmenos! —gritó Charlie.

Kabouter soltó el garfio y miró a los recién llegados con sus diminutos ojillos negros.

—Usted quiere matarme, ¿verdad, capitán? —dijo Kabouter—. Piensa usted cortarme en pedacitos y echarme de comer a los diablos marinos, ¿no es así? Dígame que no y sabré que está mintiendo, capitán… ¡Vamos, atrévase!

—¿Pero de qué estás hablando, cromagnon diminuto? —dijo Charlie —. ¿Qué ha pasado aquí, Hadoque?

El belga, que también parecía furioso, se sacó su pipa recta de la boca y dijo:

—Yo sólo le he dicho a este… cromagnon diminuto, sí… que íbamos a desembarcar en la isla. ¡Y mire cómo se ha puesto…!

—Usted, capitán, sabe que estas aguas están malditas —dijo Kabouter—, y que en la isla nos esperan aún más horrores… y yo sólo quiero salvar a mis pobres compañeros de un final tan horrible como el que ha tenido el bueno de Vogt. ¡Este lugar está embrujado y usted quiere matarnos a todos!

—Tú, papú de mil madres, yo sí que te voy a dar a ti diablos, ¿cómo te atreves…? —comenzó a decir Charlie, y se disponía a abalanzarse sobre el grotesco hombrecillo, pero Sigerson lo agarró por el brazo y lo detuvo.

—Tranquilícese, capitán —dijo Sigerson—. Y usted, señor Kabouter, le ruego que sea razonable también…

—¡Usted tiene la culpa! gritó el enano—. ¡Usted nos ha traído aquí! Usted es brujo, ¿verdad? Claro que sí, usted quiere hundir el *Friesland* desde que puso el pie a bordo…

—¿Por qué a todos les ha dado por decir que soy brujo? —susurró Sigerson al oído de Charlie; y después le dijo a Kabouter—: Señor, le garantizo que está usted en un error y sus opiniones, que ya se ha encargado de difundir por todo el barco, sólo están logrando alterar a sus compañeros. Le pido por favor que confíe en mí; haga el favor de abrir la puerta de la bodega y acompáñenos, pues necesitamos su ayuda para transportar un objeto muy delicado.

—¿Muy delicado? —dijo Kabouter.

—Sí, señor mío—dijo Sigerson—. Ya sabe usted que durante el viaje he hablado con cada uno de los miembros de la tripulación y ahora los conozco por sus nombres y sus actos. Esta misma tarde le explicaba yo al capitán Marlow que de entre todos los marinos, usted tenía el temple y la firmeza necesarios para ayudarnos en la misión que hemos de llevar a cabo esta misma mañana. Pero si prefiere quedarse en el *Friesland*…

La expresión de Kabouter se transmutó. Ya no parecía furioso, ni tan siquiera enojado. Había picado el anzuelo.

—Si necesitan mi ayuda… —empezó a decir el enano.

—Por supuesto que sí, señor, y yo personalmente se lo agradeceré dijo Sigerson, que dio dos zancadas para acercarse a Kabouter y le estrechó efusivamente la mano—. Ahora, si es tan amable, venga con nosotros.

Sigerson abrió la puerta y dejó que entraran los tres hombres. Charlie le guiñó un ojo y Sigerson asintió. Hadoque no terminaba de entender qué había sucedido allí, así que se limitó a encogerse de hombros y a morder con fuerza su pipa.

Sigerson se adelantó a todos y les indicó que lo siguieran por entre el laberinto de cajones apilados que era la bodega del *Friesland*, algo más pequeña que la del *Matilda Briggs*. Una rata se cruzó en el camino de Charlie y a punto estuvo de pisarla; entonces pensó en la otra rata, la que había descrito Sigerson, y se imaginó a una rata que pudiera alzarse más de cinco pies de altura… y el café que acababa de tomarse trepó por su garganta y tuvo una arcada.

—¿Se encuentra bien, capitán? —dijo Hadoque, que se detuvo junto a Marlow.

—El desayuno… —acertó a decir Charlie, y soltó una bocanada oscura sobre el suelo.

Hadoque lo ayudó a incorporarse y en ese momento la ratita apareció por la esquina de un cajón de embalaje y miró a Charlie… o eso es lo que él pensó.

—Malditas ratas —dijo en voz alta.

—¡Señores, aquí! —gritó Sigerson desde un rincón de la bodega y señaló a un fardo envuelto en una tela amarillenta y sucia.

—¿Qué es? —preguntó el enano.

—Paciencia —dijo Sigerson, y procedió a retirar la tela cuidadosamente.

Los hombres pudieron ver al menos tres piezas y un cajón de madera. Kabouter observaba con enorme interés, pues sus ojitos de niño (o de serpiente) estaban abiertos como platos.

—¿Es un cañón? —preguntó Hadoque.

—No exactamente —respondió Sigerson—. Se llama ametralladora Maxim y si mis fuentes no me engañan, ésta en concreto perteneció al

Cuerpo de Voluntarios de Singapur. Puede disparar hasta seiscientas balas por minuto y la puede manejar un solo hombre, aunque lo más apropiado es tener una pequeña ayuda… Una ayuda que en este caso me proporcionarán ustedes dos, señores Kabouter y Hadoque.

El enano y el belga se miraron. Y sonrieron.

—¿En serio? —dijo Hadoque.

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo Kabouter.

—Por el momento, hagan el favor de traer una carretilla para que la subamos a cubierta —dijo Sigerson—. Tenemos que montarla e instalarla en la chalupa… Y traigan también unas vasijas, pues hay que mantener el mecanismo frío, si no puede explotar. ¡Vamos, caballeros, muévanse!

Charlie se echó a reír y los dos marineros corrieron por la bodega en busca de la carretilla.

—¡Ah, señores! —les dijo Sigerson, que se había agachado junto al cañón de la Maxim y lo estaba examinando—. Si se portan ustedes bien, les dejaré disparar con ella.

—¡Hurra! —gritaron los marinos al unísono.

Charlie también sintió la excitación del momento, aunque sabía que aquello era una maldita máquina de picar carne humana.

En ese momento, la ratita volvió a cruzar por el pasillo de cajones a toda velocidad. Pero no tanta como para que Charlie no la viera pasar.

Contorno envuelto en sombras

POR primera vez desde que lo conocía, Charlie pensó que Orc O´Rourke le iba a pegar una paliza. También era la primera vez que Orc cuestionaba una orden suya.

—De ninguna manera, capitán Marlow —dijo Orc, sus velludos brazos cruzados sobre el pecho.

—Señor O'Rourke, ¿sabes que esto se parece sospechosamente a una insubordinación? —dijo Charlie.

—No, capitán, no se parece: es una insubordinación. Y si quiere enviarme al calabozo, necesitará que lo ayuden unos cuantos de esos gandules que están todavía durmiendo… Si quiere iré yo mismo a despertarlos; me gustaría ver quiénes van a ser los valientes que terminarán con la crisma rota.

—No puedo creer que estés desobedeciendo a tu capitán, Orc —dijo Charlie.

—Y yo no puedo creer que vaya a desembarcar en esa isla infernal usted solo —dijo O'Rourke.

—No voy solo, Orc; Sigerson viene conmigo, y también…

—Ya me lo ha dicho, capitán. Deje usted a Kabouter al mando del *Friesland* en nuestra ausencia. Yo ya me encuentro perfectamente.

Se encontraban de nuevo en el camarote de Charlie, que había enviado a Heeren a despertar al contramaestre. Los marinos estaban en cubierta pertrechando la chalupa y Sigerson se había quedado también arriba montando la Maxim.

—No es por tu salud, Orc —dijo Charlie—, ya sé que tienes la cabeza muy dura. Pero necesito que mi mejor hombre se haga cargo de la nave hasta que regrese.

—Que lo haga Kabouter insistió O'Rourke—. Es bueno en esto. Y de confianza.

Tú no has oído lo que Kabouter anda voceando por ahí, Orc. Dice que hay demonios en estas aguas y que el barco está embrujado.

Y ha tenido la desfachatez de decirme a mí que quiero hundir el *Friesland*. —Charlie se guardó de mencionar que Kabouter había llamado "brujo" y otras cosas igual de simpáticas a Sigerson.

O'Rourke carraspeó y dijo:

—Casi ha conseguido usted hundirlo cuando nos metimos en la

niebla, capitán. Con todos los respetos.

—Orcival O'Rourke, maldito troglodita cabezahueca, ¿no te das cuenta de que ese enano infernal puede provocar un motín?

—¿Un motín?

—Por eso lo llevamos con nosotros, Orc: No lo dejaría al mando del *Friesland* ni muerto. Y quiero vigilarlo bien de cerca, ¿comprendes?

O'Rourke soltó un gruñido y descruzó los brazos. Esa era una buena señal.

—Déjelo aquí conmigo —dijo O'Rourke y le mostró al capitán su puño derecho—. Yo me encargaré de hacer que cierre la boca.

—Quiero a Kabouter supervisado, no muerto a palos —respondió Charlie. Aunque por un momento pensó en esa posibilidad.

—¿Y Hadoque? —preguntó O'Rourke.

—Ya se encuentra bien.

—Debería quedarse a bordo —dijo O'Rourke—. Por si está infectado.

—No lo está, Orc; tú tenías razón. El chico sólo se había resfriado, nada más. Ha sudado la fiebre y ahora está en perfectas condiciones.

O'Rourke terminó de bajar la guardia.

—Está bien, capitán —dijo—. Pero quiero que sepa que preferiría acompañarlo. No me gusta nada dejarlo en manos de ese inglés tan ligero de pies… No confío en él.

—Agradezco tu preocupación, Ore, pero sé cuidar de mí mismo. Y además, si Sigerson me da problemas, siempre puedo recurrir a tu amigo Kabouter, ¿verdad?

O'Rourke torció el morro.

—¿Cuándo enviamos una partida de rescate? —dijo el contramaestre. Charlie sabía que el yanqui no era tan bruto como quería parecer a veces.

—Tienes muy claro que no vamos a volver, ¿verdad? —dijo Charlie —. Llevamos provisiones para cuatro días. Danos una semana de margen. Después, ven a buscarnos.

—A la orden, capitán Marlow.

—Y cuida de mi barco, Orc. Quiero dobles turnos de guardia todas las noches. ¿Estamos?

—Descuide.

Cuando Charlie subió a cubierta, Heeren, Aakster, Kabouter y Hadoque se hallaban maniobrando los cabrestantes para fletar la chalupa, a la que estaba encaramado Sigerson con su máquina ametralladora.

—¡Con cuidado, caballeros, con cuidado! —les decía ese marino de agua dulce. Sigerson apenas podía mantener el equilibrio y sostener la Maxim mientras la chalupa se balanceaba peligrosamente en los cables

de la grúa.

Charlie sonrió. Nadie le había dicho a ese inglés estirado que encaramarse así era una mala idea. Y él no pensaba hacerlo.

—No la soltéis de golpe —les dijo Charlie a los marinos—. Si ese tipo se cae al agua, quizá se diluya y no tendremos forma de recuperarlo.

Los hombres rieron. Sigerson no escuchó el comentario o hizo como que no lo oyó.

Charlie metió las manos en los bolsillos de su chaquetón y encontró unas galletas. Mientras las mordisqueaba, se quedó observando los manejos de los cuatro tripulantes y cómo Sigerson se afanaba en sujetar la Maxim, que había montado sobre el trípode y había sujetado a la quilla con cabos. En realidad no había mucho peligro; además, Charlie echó un vistazo por la borda y no vio señales del dragón marino. Aunque claro, el bicho podía andar cerca.

Ya eran casi las seis de la madrugada y en el cielo brillaba el lucero del alba. Allá arriba estaba Sophia Matilda Briggs, casi al alcance de la mano de Charlie. Lo mismo que el fantasmal *Matilda Briggs*, que flotaba en aquellas extrañas aguas, ahora en calma, y sus desaparecidos cargamentos y tripulación, todos ahora sueltos y triscando por algún lugar de esa siniestra isla de nieblas: Un ingenio militar obra de un demente, un grupo de amotinados… y también una horripilante criatura, una rata gigante que podía hacer truquitos como abrir cerrojos o seccionar yugulares con sus incisivos.

A Charlie le pareció escuchar, muy a lo lejos, quizás procedente de la misma isla de la Niebla, el sonido reverberante de un arpa judía, ese cacharrito de metal que se tocaba en la boca y que a más de uno le había costado un par de dientes. Era su imaginación y así lo creyó incluso cuando puso toda su atención y creyó reconocer el ritmo de una vieja canción de borrachos. Casi podía escuchar la letra:

To Glesca toon I went ane nicht
To spend my penny fee;
And a bonnie lassie gied consent
To bear me company.
Turn a hi dum a-do, Turn a hi dum day,
Turn a hi dum a-do, Turn a hi dum day

Casi, casi, casi podía escuchar la letra… y sentir el regusto del alcohol en su garganta. Pero la ilusión se disipó, igual que había llegado.

La chalupa ya estaba flotando, los hombres a bordo. Sigerson había cogido una manta con la que estaba cubriendo la ametralladora.

Charlie se palpó de nuevo el bolsillo del chaquetón en busca de otra

galleta, pero dio con el tacto frío del revólver de cañón corto que le había entregado el falso noruego. Al lado estaba la cajita de cartuchos Eley. Marlow tomó la caja, la abrió y sacó seis balas. Después cogió el revólver, un Webley idéntico al que utilizaba la Policía Metropolitana y lo cargó. Hizo girar el tambor y lo cerró. Lo sostuvo en las manos unos momentos y comprobó que en la culata no estaba grabado el número 1222 ni las manos esposadas que eran las marcas de las armas oficiales de las fuerzas del orden en Londres. Y el revólver no parecía pesar veintisiete onzas más la munición, sino mucho menos.

Volvió a meter el revólver en el bolsillo, muy cerca de su mano derecha.

Los primeros rayos del sol empezaban a salir por el este, al otro lado de la isla, y recortaron la silueta de la Montaña del Cráneo. Charlie no le había dicho a Sigerson que lo que le inquietaba de aquella formación casual de la naturaleza no era su semejanza con una calavera humana cualquiera. A Charlie le recordaba, por algún loco motivo, al contorno envuelto en sombras del perfil de un hombre al que había conocido hacía algunos años en África durante una misión que había realizado para el Club Diógenes, un traficante de marfil completamente enloquecido que le había hablado a Charlie Marlow del horror, del horror…

Y ese hombre también se lo había mostrado.

—¡Capitán! —gritó Sigerson—. ¿Está usted esperando a alguien más?

—Ah, vamos allá de una vez por todas —dijo Charlie. Pero no estaba respondiendo al inglés, sino que se lo estaba diciendo a sí mismo—. No puede ser peor que el Congo.

Cabeza de playa

LOS tambores habían dejado de sonar.

Eso fue lo primero de lo que Charlie se percató cuando la chalupa tocó el fondo arenoso de la playa. Heeren, Aakster y Hadoque saltaron al agua, igual que hizo el capitán Marlow, mientras que Sigerson se quedó a bordo de la barca con Kabouter a su lado, ambos junto a la manta que cubría la Maxim. Los marinos tiraron de la maroma y arrastraron la barca a tierra firme.

Justo delante de la cabeza ensartada en una lanza.

No era un cráneo pelado como los que O'Rourke decía haber visto con el catalejo colgado a las puertas de las chozas, sino la cabeza completa de un hombre blanco. Cuando la divisó desde lejos, Charlie le dijo a Sigerson que estaba seguro de que se trataba de la cabeza del doctor Sivane, pero el falso noruego respondió que no: "Recuerde lo inteligente y escurridizo que es ese caballero", le indicó Sigerson.

—¿Y quién diablos es éste? —dijo Hadoque, que se estaba acercando al extraño trofeo que, sin duda alguna, los indígenas habían clavado en la arena—. ¿Es el tipo al que buscaba usted, capitán?

—No —respondió Charlie.

—Vuelva aquí ahora mismo, Archibald —dijo Sigerson—. Usted y Kabouter tienen que ayudarme.

Hadoque dio media vuelta de mala gana. El joven barbudo intentaba aparentar que era más valiente que nadie, pero estaba mordiendo su pipa con tanta fuerza que apenas se le entendía una sola palabra.

Charlie miró a Sigerson interrogativamente.

—Échele un vistazo a esa cosa si quiere —dijo Sigerson—. Es uno de los amotinados del *Matilda Briggs*, no me cabe la menor duda. Vaya con los señores Aakster y Heeren y échense al suelo en cuanto se lo indique. Si no lo hacen, se interpondrán en la trayectoria de la Maxim. ¿Está claro?

La voz de Sigerson no era la del listillo que quería pasar por simpático, sino la de un hombre frío y dispuesto a disparar contra una multitud en cualquier momento. Era la voz de un hombre de Diógenes.

Charlie supo que los chistes y los juegos de salón se habían terminado por ahora.

—Está clarísimo —respondió Marlow, e indicó a sus hombres con un

gesto que lo acompañaran.

Durante todo el trecho hasta que la chalupa llegó a la playa, Aakster había estado cuchicheando al oído de Heeren, soltando risitas y señalando al enano Kabouter. Heeren no se había dignado a sonreír ni una sola vez (así de serio era el holandés tuerto) y se había limitado a ignorar a su compañero y a mirar por encima del hombro hacia el *Friesland*, como si temiera perderlo de vista para siempre. Ahora el desgarbado Aakster miraba hacia la barca donde Kabouter escuchaba atentamente las instrucciones de ese noruego tan extraño y Heeren no tenía puesta la vista en la cabeza empalada, sino en las cabañas que se veían tras ella, donde terminaba la playa y daba comienzo la jungla y…

Charlie se fijó por primera vez en aquella cosa que ocultaba la tupida vegetación tropical: ¿Se trataba de un muro? Sí, era un muro de piedra y madera, troncos muy, muy gruesos asentados sobre lo que parecían enormes sillares.

—¿Tú ves también la empalizada, Heeren? —dijo Charlie.

Heeren gruñó. Eso era un sí en el neerlandés del silencioso tuerto.

—¿Y no te parece que debe de ser muy alta?

Otro gruñido.

Charlie observó esa especie de templete de dos columnas que se alzaba en lo alto de la empalizada, en la sección que quedaba a unas yardas a la derecha del poblado, hacia el este de la península. Estaba justo encima de lo que parecía una gran puerta de doble hoja trabada por un cerrojo inmenso… ¿Qué era todo aquello? Y lo que había sobre el dintel de la puerta, la cosa circular situada en mitad de las dos columnas superiores… ¿era un gong?

Pero Charlie no tenía tiempo de atender a esos detalles.

Los tres hombres caminaban muy despacio y pisaban la arena con cuidado, como si temieran que el suelo fuera a hundirse y debajo les esperara un montón de estacas puntiagudas. Charlie estaba seguro de que eso y no otra cosa era lo que sus marinos tenían en mente.

El capitán volvió la cabeza para mirar a Sigerson, al que apenas se podía ver, pues se había situado justo detrás del montículo formado por la manta que cubría la ametralladora. Hadoque estaba a la derecha del falso noruego; Kabouter, a la izquierda, estaba quieto y silencioso y sostenía entre sus brazos una garrafa llena de agua que era casi tan grande como él. Sigerson le había dicho a Charlie que el agua era necesaria para enfriar el mecanismo de la Maxim y que si ese trasto se sobrecalentaba, la munición acabaría por estallar y convertirlos a todos en picadillo. “El señor Kabouter refrigerará el mecanismo”, le dijo a Charlie mientras le daba unos amables golpecitos al enano en el hombro.

Charlie no podía menos que admirar la habilidad de Sigerson para

convertir a ese alborotador de talla infantil en poco menos que un obediente perrito faldero.

Aakster tuvo a bien echarle coraje al asunto y se adelantó hasta la cabeza ensartada.

—Qué horror —dijo el marino—. Las gaviotas le han comido los ojos.

Charlie se acercó para ver el rostro de aquel desdichado: Era un caucásico de largos cabellos rubios y una barba rojiza. Tal y como había señalado Aakster, los pájaros (o quizá alguna otra cosa) le habían arrancado los ojos y por lo que Charlie pudo comprobar, también la lengua y las mejillas. El capitán estaba seguro de que Sigerson podía decir, con sólo echar un vistazo, cuánto tiempo llevaba muerto ese hombre, qué habían desayunado las gaviotas que lo habían mutilado, cómo se llamaban sus padres y cuánto le habían pagado por terminar clavado en la punta de una lanza.

Charlie se giró para mirar a Sigerson y ver si, incluso desde esa distancia, era capaz de leerle la mente. Justo entonces vio cómo el falso noruego tiraba de la manta que cubría la ametralladora y gritaba:

—¡Al suelo, caballeros!

Charlie tuvo tiempo de ver la horda de gorilas —porque parecían gorilas— que corría hacia ellos desde las cabañas, y cuando se tiró sobre la arena, escuchó los roncos rugidos de los atacantes y el atronador regreso del retumbar de los tambores, todo al unísono.

Pero esos sonidos quedaron sepultados en menos de un segundo cuando comenzó el infernal tableteo de la Maxim. Charlie sabía que Aakster, estirado todo lo largo que era a la izquierda del capitán, estaba gritando con todas sus fuerzas, y lo sabía no porque Charlie pudiera oírlo, sino porque el marino tenía la boca abierta de par en par. Por su parte, Heeren había caído a la derecha de su capitán y estaba mirando a Charlie fijamente con su único ojo. El holandés tuerto estaba serio y completamente inmóvil, tanto que Marlow creyó que lo había alcanzado una de las balas de la ametralladora.

El sonido de los disparos no se prolongó más de cinco segundos, aunque a Charlie le pareció una eternidad. Aún aguantó otros cinco segundos más hasta que se atrevió a alzar la vista al frente: Ninguno de esos gorilas se había aproximado a más de cincuenta yardas de la cabeza empalada. A esa distancia había una hilera de cuerpos que se retorcían y gemían, y cuando Charlie se puso en pie (primero una rodilla clavada en la arena, luego la otra, después el temblor de piernas) vio la segunda y la tercera hilera de gorilas agonizantes. Unos cuantos se arrastraban y uno de ellos se puso en pie, se despojó de las pieles y de la burda pero siniestra máscara simiesca (ahora Charlie se dio cuenta de que no eran auténticos monos, sino indígenas disfrazados) y corrió de regreso al poblado, desde donde las mujeres, los niños y los viejos gritaban

improperios contra los invasores.

Pues así es como consideraban a esos blancos que acababan de desembarcar en su playa, ¿verdad? O eso es lo que Charlie se dijo en ese momento.

Heeren también se incorporó, se sacudió las rodillas y las perneras del pantalón y soltó uno de esos gruñidos suyos hacia su capitán. “Estoy bien”, tradujo Charlie. Después, Heeren se agachó junto a Aakster y lo ayudó a levantarse. El marino alto de las cicatrices en la espalda estaba temblando como un papel de fumar en mitad de un tifón y lloraba. A Charlie le pareció comprensible.

Se giró de nuevo hacia la chalupa. Kabouter tenía en vilo la garrafa de agua y estaba derramando el contenido sobre el cañón, y Hadoque estaba maldiciendo y gesticulando (esas maldiciones tan extravagantes le resultaban muy familiares a Charlie) porque se había pillado un dedo con las tiras de munición. Sigerson se había puesto en pie y se había colocado una mano en la frente a modo de visera para poder mirar hacia el poblado, pues tenía el sol de cara.

—¿Están todos bien, capitán? —gritó Sigerson.

—¡Sí! —dijo Charlie—. ¿Y ahora qué?

—¡Deje que recojan a los heridos! ¡Hágales señas!

Charlie obedeció aunque no le hacía mucha gracia: Esos mastuerzos podían empezar a arrojarles lanzas o a dispararles flechas en cualquier momento.

Gritó varias veces sin pasar del hito que marcaba el decapitado y por medio de gestos les indicó que podían venir a por los heridos, que ya no dispararían más su cañón de fuego. Charlie les dio su palabra de honor, incluso. Pero no sirvió de nada.

Las voces de la aldea se habían apagado, al contrario que los tambores, que ahora redoblaban con más fuerza.

—¡No se fían de nosotros! —dijo Charlie hacia Sigerson.

—¡No me sorprende! —respondió el falso noruego también a voz en grito—. ¡Yo tampoco lo haría!

—¿Y entonces qué hacemos?

—¡Acérquese usted un poco, a ver si se animan!

“Claro, maldito negrero, nuez de coco, granuja”, se dijo Charlie. Pero lo hizo.

—Vosotros esperadme aquí —les dijo a Heeren y Aakster; a este último se le estaba pasando el soponcio, más por vergüenza de que otros hombres lo vieran así que por haber perdido el miedo.

Charlie avanzó diez, quince, hasta veinte yardas y se detuvo. Comenzó de nuevo a gesticular y a chillar en dirección al poblado. Ahora podía ver más de cerca a los falsos gorilas: Había no menos de cincuenta, la mayoría de ellos muertos, atravesados de parte a parte en

puntos vitales. Algunos de ellos se removían, malheridos e incapaces de arrastrarse.

Unos pocos afortunados habían salvado el pellejo.

Un indígena muy alto y con aspecto de ser un tipo muy fuerte (quizás tanto como O'Rourke) apareció por el camino que llevaba a la aldea. Portaba una lanza y traía cara de pocos amigos, pero no una máscara ni un disfraz de gorila. Iba completamente desnudo salvo por los huesos (astas muy finas y algunas gruesas como costillas) que llevaba claveteadas por todo el cuerpo.

Se dirigía hacia Charlie con paso no demasiado firme ni demasiado seguro y se detuvo justo tras la fila de los moribundos y los cadáveres. No se agachó para auxiliarlos, sino que los miró desde la altura y esbozó una sonrisa que Charlie definió como "malvada". Se estaba riendo de sus muertos.

A Charlie se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—¡Eh, tú! —gritó el capitán—. Podéis recoger a esos desgraciados, no os vamos a disparar si no hacéis nada raro. ¿Me entiendes? No bang bang. No ratatatatá —dijo, y gesticuló como si estuviera manejando la Maxim—. ¡No ratatatatá!

El indígena siguió sonriendo en silencio.

—¡No ratatatatá! —insistió Charlie, y dio un paso al frente.

El indígena dejó de sonreír y dio un paso atrás. Alzó la lanza.

—¡Eh, eh, tranquilo! —dijo Charlie, y levantó las manos—. ¡Yo estoy desarmado! —mintió—. ¡No queremos más ratatatatá!

El indígena gritó algo muy parecido a los rugidos que Charlie les había escuchado a los tipos disfrazados de monos y empezó a correr hacia él empuñando su lanza por delante. Charlie sacó el revólver del bolsillo y disparó al aire una vez.

El indígena no se detuvo.

Charlie apuntó y disparó al pecho. Se abrió un agujero junto al corazón de ese gigante cuya piel, y ahora el capitán podía verlo con claridad, no era negra ni amarilla, sino de un color ceniciento, casi gris.

El indígena siguió avanzando.

Charlie disparó una segunda vez y le acertó en la cabeza.

Ahora sí, el indígena se desplomó justo cuando había atravesado la segunda fila de cadáveres. Su cerebro se desparramó sobre la arena.

—Maldito bárbaro suicida —dijo Charlie en voz muy baja. El revólver de Sigerson humeaba en su mano.

Se giró para mirar hacia Aakster y Heeren, que permanecían en pie pinto a la cabeza empalada. Tras ellos, en la orilla, Sigerson se había levantado y estaba haciendo gestos que sólo podían significar algo así como "¡Bien hecho!" o "¡Continúe adelante!" Charlie no terminaba de oír qué le estaba diciendo.

—¡Ave de mal agüero! —gritó Charlie hacia el camino—. ¡Sal de donde estés, maldito residuo de ectoplasma! ¡Te buscamos a ti, viejo chivo sifilítico, y no a estos traficantes de carne humana! ¡Sí, tú, doctor Silvana…!

—¡Es Sivane! —respondió una voz que resonó por toda la playa—. ¡Si-va-na!

—¡Es a él a quien queremos! —gritó Charlie, y disparó de nuevo al aire—. ¡Si-va-na! ¡Entregádnoslo y os dejaremos tranquilos, pandilla de hotentotes! —Otro disparo al cielo.

Entonces Charlie se dio cuenta de que los indígenas podían ser unos bárbaros suicidas, sí, pero no tan tontos como parecía, pues habían comprendido lo que el capitán estaba diciendo: Hubo un par de disparos más, pero en esta ocasión no salieron del revólver de Sigerson, sino del Adams que Sivane le había robado a Charlie. Se escuchó el griterío y un par de indígenas desarmados corrieron, asustados, hacia Marlow. Llevaban los brazos en alto y le estaban gritando no sé qué en ese idioma suyo que no se parecía a nada que Marlow hubiera escuchado en África o Asia.

—Ahora sí que sacáis vuestra bandera blanca, ¿verdad, antropófagos descamisados?

Los dos indígenas se arrodillaron entre los cadáveres y gesticularon hacia Charlie: Señalaban en dirección al poblado.

—¿Y ahora qué queréis vosotros dos, gaznápiros?

Se escuchó un disparo más al otro lado de las chozas. Otro grupo de indígenas apareció a la entrada del camino a la aldea y señalaron hacia Charlie. Le indicaban que fuera con ellos.

Charlie bajó el arma, dio media vuelta y se echó a andar en dirección contraria, hacia la playa.

—¡Sigerson! —gritó—. ¡Me temo que el pajarraco ha volado!

En la chalupa, Sigerson se encogió de hombros y comenzó a desmontar el trípode de la Maxim bajo la atenta mirada del joven Hadoque y de Kabouter.

La piedra que habla

—¿QUIÉN diablos es esta gente? —preguntó Charlie—. No son negros, ni amarillos, ni aborígenes…

—¡Muy bien, mi querido capitán! —exclamó Sigerson—. Su capacidad para señalar lo obvio es en verdad extraordinaria, pero no le negaré que su razonamiento es perfecto. Así, una vez descartadas esas opciones, debemos asumir que, por improbable que parezca, estos caballeros son caucásicos.

—Tienen la piel del color de la ceniza —dijo Charlie—. Son grises.

—Exacto. Tan blancos como usted y como yo —dijo Sigerson, que ignoró el comentario del capitán.

Los hombres del *Friesland* habían entrado en el poblado caminando muy despacio, pero con paso firme. Las únicas armas de fuego que portaban eran el revólver que el falso noruego le había entregado a Charlie y la Maxim desmontada del señor Sigerson, cuyas piezas cargaban a cuestas entre Kabouter, Hadoque (que se había adjudicado el pesado cañón) y Heeren. Al tembloroso marino Aakster, que ya se encontraba algo más repuesto del susto —y también un tanto avergonzado, sin verdadero motivo, hemos de añadir— le habían dejado que llevara la bombona de agua para enfriar la ametralladora y un costal con provisiones.

Los nativos no los recibieron precisamente con collares de flores ni les ofrecieron zumos de coco, sino que hombres, mujeres y niños, todos ellos armados con lanzas, cuchillos de hueso y afiladas piedras, se arremolinaron en torno a los recién llegados. Observaban a los marinos con sus ojos fríos y nada huidizos, y de vez en cuando volvían la vista hacia las últimas yardas de playa, en donde otros miembros de la tribu estaban no recogiendo, sino rematando a los heridos con hachas de madera y sílex.

Charlie intentaba no mostrarse demasiado nervioso (no había vuelto a guardar el revólver, pues quería que los indígenas lo vieran), pero resultaba casi imposible ante aquella multitud a la que acababan de asestar un duro golpe por medio del cacharro infernal que inventó el señor Hyram Maxim. A Charlie no le hizo ninguna gracia ver que esos individuos no perdían el tiempo con vendajes y parihuelas, ni con las formas de auxilio más rudimentarias. Y Marlow aún estaba pensando en

ese hombretón que lo había embestido, armado tan sólo con una lanza de punta aguzada.

—Tiene usted razón, capitán dijo Sigerson, entrometiéndose de nuevo en los pensamientos de Charlie—; no es un pueblo que sienta gran aprecio por la vida. Ni siquiera por la vida de los suyos. Esos guerreros a los que he abatido desde la playa son todos parientes de los mismos individuos que los están librando de sus sufrimientos.

—Son animales —dijo Charlie—. Bestias salvajes.

—Es posible. Pero no siempre lo fueron. Mire —dijo, y señaló hacia la egregia empalizada de gigantescos troncos de madera que se alzaba sobre una base de enormes piedras rectangulares, perfectamente encajadas, y sobre las que alguien había grabado diversos dibujos y glifos que Charlie no podía apreciar desde la distancia.

Ahora se encontraban en lo que podría o no ser la plaza de la tribu; un círculo formado por las rudimentarias chozas de palos y paja, un montón de cuevas horadadas en la roca y algunas columnas de piedra y retazos de tapias que parecían los últimos restos de unas ruinas ancestrales, a las que los nativos no habían querido o sabido sacar provecho.

Desde esa especie de plaza, Charlie tenía una visión de conjunto de la empalizada ahora podía confirmar que su primera impresión era correcta y que sobre el portón había un enorme gong—, aunque la monumental construcción se perdía entre el follaje a ambos lados de la península arenosa. Aquella barrera artificial separaba ese diminuto segmento de la isla del resto desde hacía… “¿Cuánto tiempo?”, se preguntó Charlie, pues no parecía una obra reciente, sino todo lo contrario.

—Estos caníbales no han construido ese muro —dijo Charlie—. Ni por supuesto, esa doble puerta enorme.

—No, ellos no —dijo Sigerson—. Echémosle un vistazo.

—¿Cree que nos lo van a permitir?

Sigerson le lanzó una mirada condescendiente, realizó un movimiento tan rápido que Charlie no lo pudo ver (algo parecido a lo que había sucedido en su camarote cuando O’Rourke le atizó un buen puñetazo en la nariz a ese presuntuoso) y de repente, el Webley estaba en la mano del falso noruego.

Disparó una sola vez al aire y los indígenas corrieron despavoridos a sus chozas.

—Si esto le ha servido a Sivane, a nosotros también nos tiene que servir, ¿no cree? —dijo Sigerson con el revólver en alto.

Charlie soltó un gruñido al estilo de Heeren y dijo a sus hombres:

—Venid con nosotros al pie de la muralla y descansad allí. Venga, gandules.

Los cuatro marinos siguieron como buenamente pudieron a su capitán y al individuo que se había convertido, ya de forma obvia para todos, en el verdadero comandante. Desde que ese tipo que decía ser noruego —aunque estaba clarísimo que hablaba, se movía y olía como un inglés, salvo quizá por ese apestoso tabaco de pipa que fumaba había aparecido en el *Friesland* justo cuando zarparon de Calcuta, los tripulantes se habían preguntado quién sería ese pasajero tan extraño y al que nadie había visto subir a bordo, y qué trapicheos se traería con el capitán. Nadie se atrevió a preguntárselo a Marlow, por supuesto, y los marineros se fueron formando diversas opiniones conforme pararon los días. En lugar de comportarse como un individuo misterioso, huraño y huidizo, Sigerson había comenzado a conversar con este o aquel hombre, y había demostrado que era un caballero simpático y muy despabilado y dispuesto, aunque algo estirado. Parecía sentir curiosidad por las labores que realizaban todos y cada uno de los marinos y siempre estaba presto a echar un mano; igual preguntaba por un aparejo en

concreto y su utilidad, que sermoneaba a alguien explicando su teoría acerca de la relación entre las colmenas de abejas, las formaciones de bancos de peces y la estructura social del Imperio Británico en los tiempos de Charles Dickens. Además, sabía muchas cosas. Demasiadas, a juicio de ciertos tripulantes. ¿Cómo era posible que Sigerson supiera que Maarten, un veterano que había navegado por todos los océanos conocidos, guardaba un cuchillo en la bota, y que con ese cuchillo había matado en defensa propia a un negro en Saigón hacía dos años? ¿Quién le había dicho que Van den Eynde, el vigía, y el imberbe Tim Middendorp, eran “demasiado amigos”, y cómo se las había arreglado para decirlo en voz alta sin ofender a nadie? ¿Por qué ningún secreto, pasado o presente, estaba a buen recaudo si ese hombre se hallaba cerca? Además, todos tenían una teoría acerca de quién era en realidad Sigerson: unos aseguraban que se trataba en realidad de un cargo ejecutivo de alguna empresa comercial y que pensaba comprar la compañía del barón de Maupertuis; otros decían que era un yanqui traficante- de opio y que pensaba llenar las bodegas del vapor con su mercancía en cuanto llegaran a Sumatra; alguien quiso ver en Sigerson a un pariente del barón —muy posiblemente su heredero— que había subido a bordo para aprender el oficio y vigilar de cerca algún cargamento secreto y muy valioso. El joven Hadoque, en mitad de una borrachera de Loch Lomond, gritó inútilmente en belga y para todo aquel que lo quisiera saber que el noruego era en realidad un londinense muy famoso por sus inigualables hazañas, todo un caballero al que habían dado por muerto hacía muy poco tiempo, pues había sufrido un accidente fuera de su país, y que en realidad estaba a bordo del *Friesland* para superar su mayor logro: Dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Pero ninguna de esas especulaciones más o menos disparatadas preocupaban demasiado a los marineros holandeses. En realidad, lo que se preguntaban desde que habían entrado en la niebla era cuánta autoridad ejercía Sigerson sobre el capitán Marlow. Y muchos consideraban que no era poca.

Ahora, en la isla, cuatro hombres del vapor volandero *Friesland*, de la compañía Holanda-Sumatra, podían constatar que esa autoridad sobre su comandante era absoluta.

Sigerson le había devuelto a Charlie el revólver y había salido caminando a toda prisa en dirección a la empalizada. Kabouter había tenido que apretar el paso con sus cortas piernas para no separarse demasiado del grupo, pues aunque los nativos habían huido en busca de refugio, todavía asomaban sus cabezas por las puertas de sus madrigueras o por detrás de las ancestrales ruinas que formaban parte del poblado y seguían con la mirada a los extranjeros.

Los marinos encontraron un lugar perfecto para descansar en la escalera labrada en roca que conducía al gigantesco portón de la muralla, desde donde divisaban perfectamente el poblado. Compartieron tabaco y bebieron agua de sus cantimploras y Hadoque, a escondidas, los invitó a echar un traguito del whisky que llevaba en una petaca. Aquello hizo que los ánimos se distendieran un poco, aunque todos miraban de reojo hacia las chozas y de vez en cuando se sobresaltaban cuando escuchaban algún estampido lejano, procedente del otro lado del muro de madera y roca, quizá del centro de la isla.

Sigerson, al pie de la empalizada, echó un vistazo a la puerta con los brazos enjarras, emitió un par de murmullos, le guiñó un ojo al capitán y se fue hacia la izquierda siguiendo la línea de la empalizada.

Mientras tanto, Charlie hizo como que no veía el alcohol que sus hombres estaban bebiendo —quizá porque en ese momento los envidiaba— y se detuvo a contemplar también aquella colosal entrada a la isla: ¿Qué propósito tendría la puerta? ¿Cuántos hombres harían falta para mover ese cerrojo, uno de esos troncos gigantes cruzado sobre las dos hojas? ¿Cincuenta? ¿Y para qué servía el gong que coronaba el dintel? Charlie observó algunas escalas de cuerda que llevaban a la cima del muro y se dijo que salvo que los nativos descorrieran el cerrojo, esas cuerdas eran el único modo de internarse en la isla. De modo que el doctor Sivane no podía haber ido muy lejos.

Después, Charlie siguió los pasos de Sigerson y descubrió que andaba encaramado por las piedras de la base de la ciclópea muralla. El falso noruego estaba examinando ahora los gruesos troncos que formaban la parte superior de la pared, así como los dibujitos grabados en la roca. Charlie, curioso, también echó un vistazo a aquellos burdos garabatos que en realidad, según me contó Marlow, no estaban exentos de cierta belleza tosca.

No todos los dibujos representaban figuras reconocibles a primera vista, pero Charlie descifró algunas de esas primitivas escenas: había varios barcos que el capitán no pudo identificar, pues no se parecían a las embarcaciones de la Antigüedad que él había visto en los grabados de los libros, sino a los galeones del siglo XVI, pero con cuatro y cinco mástiles, castillos no sólo en proa y popa sino también en mitad de la nave, velas cuadradas y ningún remo a la vista (lo que los diferenciaba de las galeras). Estas curiosas características se alejaban de las proporciones de los viejos buques; eran más largos, mucho más anchos y posiblemente menos prácticos. Pero no había modo de saber si realmente funcionaban, o sencillamente, si alguna vez habían existido barcos así.

El estilo de los dibujos recordaba al arte con que decoraban los griegos sus vasijas y sus paredes. Había marinos desnudos que levaban velas o las recogían y hombres con faldellines y togas y largas barbas. Charlie intuyó que esos tipos de ojos almendrados y perfiles definitivamente no negroides ni asiáticos eran capitanes de barco, como él mismo. Y allí, en la piedra, había monstruos, muchos monstruos, algunos no muy distintos de los saurios cuyos huesos habían sido arrancados de la tierra y ahora adornaban inútiles museos. Había aves extrañas de largos picos y garras afiladas —Charlie sintió un escalofrío, pues se acordó del difunto Vogt y del siniestro batir de alas en el banco de niebla perpetua—, y también estaba aquella cosa que parecía un mono muy, muy grande. En una de las piedras, el simio estaba representado de espaldas, internándose en un bosque cuyos árboles le llegaban por la mitad del pecho, y en otra aparecía en mitad de una ciudad arcaica repleta de edificios y templos. Más hacia la izquierda, la secuencia mostraba a la misma criatura encadenada a la cubierta de uno de esos galeones y en la siguiente, algunos de los hombres de las naves atacaban con lanzas a la criatura en mitad de la selva mientras que otros hombres intentaban capturarla con lazos. La piedra parecía representar una costa que era la de la isla de la Niebla, pues el perfil del cráneo humano, tan semejante al perfil en penumbras de un agente comercial llamado Kurtz, era perfectamente reconocible.

—Lo está leyendo usted al revés —dijo Sigerson, que estaba encima de Charlie, subido a esos mismos sillares labrados, al pie de la sección de madera de la empalizada.

—¿Qué?

—La historia —dijo el falso noruego—. Hay que leerla, o verla, o entenderla, de izquierda a derecha. En el sentido en que escribimos los occidentales. ¿Comprende?

—Sí, Charlie lo entendió. Porque no era ningún imbécil. No obstante, había “leído” la secuencia justo al revés.

—¿Quién hizo esto? —dijo Marlow señalando las imágenes.

—Los mismos que decidieron separar la península del resto de la isla. Los antepasados de nuestros amigos del poblado. Hicieron un trabajo excelente, ¿no cree?

—¿Le gustan esas tonterías que esculpieron en la piedra?

—Los grabados no me desagradan del todo, mi querido Marlow; pero estoy hablando de la obra de ingeniería. Está construida para permanecer durante miles de años. Al menos unos doce mil, catorce mil quizás. Y no tiene aspecto de que se vaya a derruir pronto.

—¿Catorce mil años? Eso es del tiempo de Adán y Eva, señor Sigerson…

—De un poco después de la época de esos dos amantes encuerados, en realidad.

—¿Y lo hicieron los tatarabuelos de esas bestias de ahí abajo? —dijo Charlie—. No puedo creer que una gente capaz de construir esta empalizada tenga la más mínima relación con esos cafres que se dejan matar gratuitamente.

—En catorce mil años han tenido tiempo de adquirir nuevas costumbres —dijo Sigerson—. ¿Comprende lo que significa un período de tiempo tan largo para unos individuos aislados del mundo?

Charlie hizo un esfuerzo mental y sólo pudo pensar en Venus y en una chica de enormes pechos y casi desnuda que respondía al nombre de Sophia Matilda Briggs. Y pensó que en veinte años, los náufragos del *Mary Celeste* tendrían que haber cambiado mucho en ese mundo que Charlie imaginaba hostil, selvático, inaccesible… como el que sabía que existía al otro lado del muro. En veinte años tan sólo, esos marinos podrían haberse transformado en bestias… ¿Qué no podría haber sucedido en catorce milenios?

—Cualquier cosa —dijo Charlie.

—En efecto —respondió Sigerson Y la prueba está en los indígenas que no tienen ningún inconveniente en abalanzarse sobre nuestros “palos de fuego” ni en rematar a los suyos.

—¿Cómo sabe que ha pasado tanto tiempo?

—Por la madera, que pertenece a algún tipo de secuoya local. Está envejecida pero no podrida; de hecho, es muy resistente y se está fosilizando —dijo Sigerson—. Y también por los grabados de la piedra, claro. Por su nivel de desgaste, pues han estado expuestos a los elementos durante mucho, mucho tiempo… Y por el tipo de trazos y el estilo. No pertenece a ninguna de las culturas helénicas del Mediterráneo y no tendría demasiado sentido que tuviéramos aquí muestras de ese tipo de arte. Encaja mucho más con Carcosa.

—¿Carcosa? —preguntó Charlie, que jamás había escuchado ese nombre.

—Se trata de una isla situada en Africa hace milenios, amigo mío, y

también es el nombre de una ciudad y de todo un imperio —explicó Sigerson—. Carcosa se encontraba en un enorme mar interior, ya desaparecido, y del que hoy sólo queda constancia gracias a la existencia del gran lago Chad. Un segundo mar, situado más al sur, se comunicaba con el primero por un estrecho. Usted, querido capitán, que ha recorrido el río Congo y ha visitado las profundidades de la jungla del continente negro, comprenderá que no se trata de una teoría completamente espuria: El Nilo y el lago Victoria también son remanentes de lo que fue aquel mar inmenso donde florecieron diversas civilizaciones ya desaparecidas. O prácticamente desaparecidas, como puede usted constatar en esta isla.

Charlie reflexionó unos instantes acerca de las sorprendentes declaraciones de Sigerson y se dijo que sí, que la idea de los mares interiores africanos no era en absoluto disparatada.

—Esa idea es impresionante —dijo Charlie—. Pero ¿qué tendría que ver Carcosa con esta isla?

—Para los geólogos, mi querido Marlow, las piedras hablan. Lo mismo sucede para los arqueólogos y para aquel que sea un buen observador. Apostaría a que estos sillares de basalto no salieron de una cantera local, sino que los carcosanos los trajeron hasta aquí en barcos. Estas piedras narran una historia en verdad apasionante y difícilmente creíble —dijo Sigerson. A continuación se agachó en la cornisa y después descendió de un salto. Flexionó las rodillas al caer, y cuando volvió a levantarse abrió los brazos, tanto que casi le pegó un bofetón a Charlie. Pero no lo hizo.

Tomó a Charlie por el brazo y lo llevó unas yardas más hacia la izquierda para mostrarle los grabados.

—Aquellos hombres de otro tiempo arribaron en sus exóticos galeones a estas costas en busca de… ¿me atreveré a decirlo? Sí, claro que sí: En busca de un dios, o mejor, una diosa. Y en su lugar encontraron una tierra poblada por monstruos… O quizás sí que hallaron a su diosa, ¿quién sabe…?

Sigerson se quedó mirando, pensativo, a una de las representaciones del simio de proporciones exacerbadas. Charlie no comprendía de qué estaba hablando el falso noruego, pero se percató de que ese monstruo peludo era en verdad una hembra, pues tenía dos pechos a los que el anónimo escultor incluso había grabado sus pezones.

—Este caballero de aquí es, si no me equivoco, el dios Sahhindar de los antiguos carcosanos —dijo Sigerson, y señaló la figura de un hombre alto y semidesnudo enmarcado dentro de algo que podría ser una clepsidra, que a su vez estaba envuelta por el halo de una estrella que, por su tamaño, debía tratarse del sol. Ese hombre, o dios, o lo que fuera en realidad, portaba un arco con el que apuntaba al cielo, o quizás a la figura del gran mono hembra que aparecía en el siguiente sillar,

aplastando a dos hombres con sus poderosas manos—. Otto Dostmann lo menciona en su inexacto volumen *Los restos arqueológicos de los imperios perdidos* y se le puede rastrear en *El origen del culto a los Arboles* un simpático librito que he paseado por el Tíbet y la India, y que ahora mismo está bajo el colchón de mi cuartito, en su camarote. Un conocido mío, el profesor George Edward Challenger, realizó un estudio que yo considero definitivo sobre este "Señor de los Árboles", un semi dios del tiempo, la arquería, el bronce y las plantas: *El culto a Sahhindar en la Khokarsa anterior al Diluvio*. Challenger asegura que "Khokarsa" es el nombre original de Carcosa, y no seré yo quien se lo discuta… y si tiene usted ocasión, tampoco lo haga, pues el profesor es un hombre muy irascible y perfectamente capaz de tumbar a su contramaestre, créame.

—¿Y los carcosanos vinieron aquí en busca de ese Sahhindar?— dijo Charlie—. Porque aunque se le ve alto y fuerte, no parece más que un ser humano…

—No, no, capitán; la historia que nos cuentan estas piedras indica que Sahhindar acompañó a los marinos de la lejana Carcosa, y es muy posible que la expedición fuera idea suya: Challenger afirma que los "khokarsanos" (como él los llama) creían que Sahhindar era hijo de Resu, un dios de la guerra y del sol, y que robó el Tiempo a la diosa madre, pues el imperio carcosano era un matriarcado. Yo diría que lo que sucedió en realidad, o al menos lo que narra aquí el escultor, es que Sahhindar no robó el Tiempo, sino que secuestró a la misma diosa.

—¿A la diosa?

—Así es —dijo Sigerson, y señaló al simio monstruoso—. Es la deidad a la que adoraban en Carcosa. Según Challenger, la representaban como una mujer de evidentes turgencias y cabeza de águila pescadora, de cabra, de hipopótamo, de loro… Pero pienso que esta es la representación más antigua de la supuesta "madre" de Sahhindar. Y quizá la más acertada.

—¿Está insinuando que esa criatura existió de verdad? ¿Y que un cazador chalado la capturó y la transportó hasta Africa en uno de esos galeones tan extraños? —dijo Charlie.

—Ya sé que parece una historia salida del viejo y estrafalario *Marvells of Science* de Morryster, pero no es del todo imposible… —dijo Sigerson, que probablemente era muy consciente de que Marlow no conocía ese título—. No tiene usted más que echar un vistazo a la puerta de entrada que construyeron los antiguos carcosanos, ¿no le ha parecido un trabajo bastante poco provechoso, si no existe una criatura que pueda entrar o salir por ella? Y además —continuó—, quizá usted mismo se topara en África con los brutales Araki, una tribu nómada que lleva siglos causando estragos a ambas orillas del río Congo: El difunto señor Allan Quatermain, de quien habrá oído usted hablar, explicó hace muchos años en el Travellers Club que tuvo sus más y sus menos con

ellos, y contaba que los Araki adoraban a un ídolo representado por un demonio gorila al que llamaban Maytyek. Es muy probable que el origen de esa diabólica deidad, inspiradora de las tropelías de esos sangrientos asesinos, tenga relación con la diosa de los carcosanos, con el viaje de Sahhindar a esta isla y con el inmenso trofeo que el Señor de los Árboles le arrancó a este milenario Niflheim… Nada menos que Kho, la Madre de Todos.

—Kho —repitió Charlie.

—En efecto. Pero aguarde un momento… Creo que tenemos visita y puede que sea incluso más peligrosa que el segundo mejor guerrero de este pueblo. Al primero, capitán, le ha metido usted un par de balas en el cuerpo.

Charlie volvió la cabeza hacia el camino que conducía al poblado y vio a la mujer. Porque se trataba de una mujer y la reconoció por esos imposibles pechos estirados, fofos y exentos de grasa, como tiras de carne ahumada que le llegaban a la altura de las rodillas; estaban claveteados con huesos que podían ser costillas humanas.

Se trataba de una anciana desdentada y tan vieja como el invierno, como las malditas pirámides de Egipto, como la concha de una almeja antediluviana. Caminaba a paso rápido con la vista puesta en algún lugar de la muralla, sin fijarse en los extranjeros que los habían ultrajado asesinando a sus guerreros. Pero se dirigía hacia los hombres del *Friesland*.

—Por su edad, yo diría que esa sí que es “la Madre de Todos” dijo Charlie.

—Qué prometedora conversación me aguarda, amigo mío respondió Sigerson haciendo caso omiso del chiste.

—¿Y Sivane? ¿No deberíamos ir a buscarlo ya?

—Ha cruzado al otro lado de la barrera, capitán —dijo Sigerson—. Pero la isla no es muy grande. Daremos con él muy pronto.

—¿Por dónde ha entrado? —preguntó Charlie—.Yo diría que no ha tenido tiempo de subir por las escalas y saltar al otro lado de la muralla.

—Más allá, hacia el oeste, hay un boquete de dimensiones considerables —respondió el falso noruego—. Cosa de los amotinados del *Matilda Briggs*, claro está. Apostaría a que ese agujero en la empalizada es lo que más preocupa a nuestros amigos de la playa.

—¿Alguien ha traspasado esto? —dijo Charlie, incrédulo, y golpeó con la palma de la mano una de las piedras talladas. Aunque se refería a todo el muro.

—Con la ayuda del ingenio construido por el doctor Sivane dijo Sigerson—. Ya le dije que no debía subestimar a ese caballero.

—Quiero ver ese agujero.

La anciana del poblado se presentó ante ellos justo en ese momento.

—Siga adelante hacia el este como le he dicho, capitán le dijo Sigerson a Charlie—. Y aproveche para echar un vistazo a los grabados, pues resultan muy instructivos. Yo me entenderé con esta dama.

—Dígale a la vieja que no queremos problemas con ellos —dijo Charlie—. Estamos aquí de paso en busca de Sivane y nada más. Asegúrese de que lo entiende. Y usted también, Sigerson.

—Claro que sí, capitán. Así se lo haré saber. Quizá ella y yo hablemos el mismo idioma…

Charlie hizo un gesto con la mano para indicar que no le hacía gracia la broma de Sigerson —si es que era una broma— y se marchó en la dirección indicada.

A sus espaldas, Sigerson empezó a levantar las manos y a mostrárselas, vacías, a la abuela o tatarabuela de todos los salvajes.

La mujer, asaeteada en todo su cuerpo por huesos de los más diversos tamaños, parecía muy atenta. Se mordía los labios con sus encías desdentadas y toda su atención se centraba en el gesticulante extranjero que había masacrado a los guerreros de su tribu con el palo de fuego de Hyram Maxim. En un momento dado, la anciana interrumpió a Sigerson para mover los brazos e intentar dibujar el contorno de algo grande, y con los dedos mostró que se trataba de una cosa con dientes afilados que, a juzgar por la mímica (la arrugada nativa se acercó demasiado al cuello de Sigerson con la boca abierta) era aficionada a morder yugulares. La mujer señaló hacia la empalizada e indicó que algo había trepado por los troncos fosilizados (señaló a la muralla y los dedos índice y corazón de su mano derecha corretearon por una imaginaria pared vertical) y había pasado al otro lado (el índice y el corazón saltaron al otro lado de un muro formado por la palma de su mano izquierda). Después señaló hacia el poblado, en concreto hacía dos niños que se habían acercado a los marinos borrachos para arrojarles piedras —lo que provocó la ira del joven Hadoque, que los increpó al estilo del capitán Marlow—, y formó el número dos con los dedos índice y anular. Y a continuación se echó al suelo para indicar que estaba muy enferma, muy quieta, o muy muerta.

Qué pérdida de tiempo dijo Charlie, y deseó que la vieja le echara una maldición a Sigerson.

Porque esa cosa decrépita tenía aspecto de ser una bruja y no otra cosa. O al menos actuaba como tal.

El ARPA JUDÍA

CHARLIE dejó de tener curiosidad por averiguar qué aspecto tendría el nuevo invento del doctor Severus Sivane. De hecho, no quena verlo bajo ninguna circunstancia y mucho menos en manos de un grupo de marinos amotinados, de sucios traidores, de criminales, de mercenarios.

El agujero que el cacharro había practicado en la milenaria empalizada (milenaria según Sigerson, claro) medía doce pies de altura y nos veinte de ancho, era más o menos un semicírculo bastante limpio, a juzgar por los bordes que parecían cortados a cuchillo. Pero no… estaban ennegrecidos, como si se hubieran quemado.

En realidad, después de meditarlo, Charlie llegó a la conclusión de que aquello se parecía sospechosamente al agujero producido por una bala. Y estuvo seguro de que Sigerson habría compartido su opinión.

¿Qué infiernos de vehículo había construido el pajarraco? ¿Una máquina del Apocalipsis? ¿Un cañón gigante como el del Gun Club de Baltimore?

Los dibujitos infantiles de los *carconosos* o *cocarsanos* o como se quisieran llamar empezaban a traerle sin cuidado. E incluso la idea de entrar en esa jungla que ahora atisbaba al otro lado del agujero para buscar al viejo chalado también se le estaba antojando un tanto peregrina. A Charlie le importaban un pimiento las historias de Sigerson acerca de dioses de los cocoteros, monos gigantes y mares interiores nada menos que en Africa. Incluso la historia del *Mary Celeste* y los náufragos de Venus empezaba a parecerse demasiado a un cuento de hadas.

Sí, era posible que existiera una rata muy grande y muy lista, y que ahora anduviera suelta por esa selva (seguro que la ratita se las había arreglado muy bien para trepar por la empalizada con sus garras seccionadoras de yugulares). Ese era un buen motivo para no adentrarse mucho. Y si los tripulantes del *Matilda Briggs* habían robado un trasto capaz de abrir un agujero como aquel… bueno, ese era otro motivo excelente para regresar de inmediato al *Friesland*. Y al pajarraco Sivane, bien, que lo partiera un rayo.

Charlie se andaba en esas meditaciones, quién sabe si maldiciendo en voz alta a todos los implicados en el asunto (y sobre todo al señor Sigerson), cuando vio cómo las hojas de un arbusto de un color verde

intensísimo temblaban más allá del agujero, a una incierta distancia. Echó mano al bolsillo del abrigo y palpó el interior para asegurarse de que el revólver seguía allí, entre migajas de galletas saladas. Pero no lo sacó.

Cruzó al otro lado del muro a través del agujero producido, quizá, por una bala gigante. “Sólo dos o tres pasos”, se dijo el capitán Marlow y comenzó a caminar.

—Si es usted, Sivane, salga antes de que tengamos que ir nosotros a buscarlo —dijo Charlie no con demasiada convicción.

Nadie contestó.

Dos pasos más. Tres. Quizá alguno más…

—¿Doctor Sivane? Sé que es usted. Ambos estamos armados; usted tiene mi Adams y yo tengo el Webley de Sigerson. Y más munición que usted. Sería una tontería que nos matáramos el uno al otro cuando podemos salir de esta apestosa isla pacíficamente y regresar lo antes posible a… bueno, a Londres. ¿No le parece?

Silencio. Las hojas del arbusto dejaron de temblar.

Charlie miró a su espalda, hacia la empalizada que había dejado atrás. Y resultó que no había caminado dos o tres pasos y otros dos o tres pasos, sino bastante más. Mucho más. Unas cuantas yardas. Demasiadas.

El capitán Marlow no era consciente de cómo había sucedido, pero la jungla parecía haberse cerrado tras él. Ya no podía ver el agujero de bordes limpios pero quemados, pero sí la empalizada, que se elevaba por encima de los árboles más altos.

Entonces Charlie empezó a escuchar el sonido. Uno tan familiar como extraño en aquel lugar abandonado de la mano de Dios. Casi podía reconocer ese… ¿rasgueo? No, era una reverberación metálica, como… como un muelle, o como…

—¿Un arpa judía? —dio en voz alta, y entonces sintió la presión en el cuello y la asfixia, y al mismo tiempo recordó que esa misma mañana había creído escuchar a lo lejos, en la isla, el eco de una vieja canción galesa.

El bastardo que pretendía estrangularlo estaba cantando el estribillo:

—*Turn a hi dum a-do, Turn a hi dum doy*… —decía, y ese animal seguía machacándole la tráquea a Charlie con un cordón.

La primera reacción del capitán fue intentar zafarse echándose a un lado o al otro, pero se estaba ahogando. Con ambas manos palpó la cuerda que lo estrangulaba.

—…Turn a hi dum a-do, Turn a hi dum day…

Charlie no podía hacer nada salvo buscar el revólver en el bolsillo y…

—No lo mates —escuchó que una voz fría, casi como de cristales

rotos, decía a sus espaldas. Charlie habría sentido un escalofrío de no haber estado ahogándose.

—No pensaba matarlo —respondió alguien cuyo tono era mucho más suave y, por qué no decirlo, más humano. Era la voz del improvisado cantante, el tipo que estaba asesinando a Marlow. Sí, un humano con todas las de la ley. Bonita voz de borracho galés…

Charlie encontró el frío tacto del cañón corto y logró agarrar el Webley por la culata. “Bien”, se dijo, “estos dos se va a enterar”.

Sacó la mano y el arma, y a continuación vio cómo un bigotudo cuya calva estaba cubierta con un sombrero salacot salía de los matorrales verdes que habían llevado a Charlie a este lado de la muralla.

El bigotudo se estaba abrochando el pantalón con una sola mano, pues en la otra llevaba un bastón plateado. Y aunque parecía un tipo mayorcito (al menos quince años mayor que Charlie), pues su enorme mostacho blanco y las pocas canas que le colgaban en vedijas por debajo del salacot así lo atestiguaban, no se trataba de ningún viejo indefenso. De hecho, el bigotudo fue tan rápido como el mismo Sigerson: golpeó la muñeca de Charlie con su bastón y el Webley cayó a la tierra húmeda de la selva. Una bota negra lo apartó a un lado.

—Sois un par de inútiles —dijo el bigotudo mientras se agachaba para recoger el Webley, y miró a Charlie—. ¿Quiere vivir un poco más, capitán Marlow? ¿O prefiere que se le salten los ojos por la presión de la cuerda?

Charlie no comprendía qué era lo que pretendía ese individuo. ¿Es que pensaba que Marlow estaba en condiciones de responder? Y además, ¿cómo sabía su nombre?

Intentó asentir con la cabeza, pero no pudo. La negrura empezó a caer sobre sus párpados y vio chispas y relámpagos a su alrededor.

—Suéltalo —dijo el bigotudo, y entonces la presión en el cuello de Charlie desapareció.

Cayó de rodillas e intentó toser para recuperar la respiración, pero no pudo. El bigotudo lo miró desde arriba, de pie y apoyado en su bastón, y alguien le dio unos golpecitos en la espalda. Y Charlie logró emitir una serie de tosecillas agudas.

El bigotudo no dejó que Charlie recuperara la respiración y le golpeó el hombro izquierdo con el bastón de metal. Charlie intentó aullar, pero no pudo. El bigotudo le pegó de nuevo, esta vez en el rostro, y Charlie sintió cómo dos de sus muelas se soltaban de su mandíbula.

Las escupió junto con un cuajaron de sangre.

El bigotudo alzó el bastón una vez más y le pegó a Charlie en la espalda. Charlie quedó tumbado, su rostro sobre la tierra. Ahora el bigotudo le propinó un par de patadas en las costillas. Charlie intentó gemir, sin éxito.

—¿Comprende que no tengo el más mínimo inconveniente en matarlo, capitán? —dijo el bigotudo—. ¿Comprende que puedo hacerle mucho más daño y que de hecho se lo haré si no coopera con nosotros? Haga algún ruidito, capitán, si entiende lo que le digo.

Charlie puso todo su empeñó en emitir algún ruidito con la garganta. Algo salió de allí.

El bigotudo le propinó otras dos patadas y un par de bastonazos más en la espalda. Charlie logró emitir algo parecido a un gemido.

—¿Hará todo lo que yo le ordene, capitán Marlow? ¿Cualquier cosa que yo le pida?

Charlie escupió más sangre y gimió de nuevo, muy levemente. Ni siquiera él podía saber si estaba diciendo "sí".

—Ponedlo en pie —dijo el bigotudo.

Los dos hombres lo agarraron por los brazos y lo levantaron a pulso. Uno de ellos era el cantante galés, que no llevaba la indumentaria apropiada para la jungla sino que iba vestido como un ratero de Whitechapel. La gorra no le serviría para soportar las altas temperaturas del trópico (era mucho más lógico llevar un salacot como el del bigotudo), y la chaqueta remendada, la camisa blanca y sucia y los pantalones viejos parecían salidos de alguna misión de caridad de un grupo de damas cristianas de Londres. Cuando Charlie vio esa sonrisa de dientes rotos y desgastados estuvo seguro de que se trataba del artista del arpa judía. Y el aliento que apestaba a ginebra y a cosas muertas hacía mucho tiempo, lo acreditaba como un borracho galés. O quizá irlandés.

El otro individuo era un hombre muy alto, tanto o más que Sigerson, y era la viva imagen de la pulcritud en versión yanqui: Le habría faltado una estrella brillante en su chaleco de cuero de vaca para ser el sheriff de algún barrio de New York. Charlie lo miró desde el bombín, netamente británico, hasta la punta de sus embarradas botas de vaquero, y aunque tenía un aspecto ridículo, supo que no podría hacérselo saber al dueño de la voz que sonaba a botellas de cerveza rotas. Esa mirada gris y pétrea se lo impediría, y también el rifle que llevaba colgado del hombro; un Winchester 73, si Charlie no se equivocaba.

—Ahora podríamos tener una conversación acerca de su lealtad —dijo el bigotudo—. Si usted fuera imbécil, claro. Yo le diría que necesito una confirmación más y usted me escupiría sangre en la cara porque está muy enojado conmigo. Eso es lo que sucedería si yo también fuese un imbécil, ¿verdad, capitán? —El bigotudo esbozó una sonrisa muy siniestra—. Sin embargo, yo no lo soy y usted tampoco. Y para evitarnos problemas en el futuro, y por si no le ha quedado claro que aquí mando yo y que me va a entregar a cierto cobarde que viajaba con usted —en este punto comenzó a reírse abiertamente—, le voy a dar una última explicación. Y después, capitán Marlow, estoy seguro de que no tendrá

más preguntas.

El bigotudo echó un pie atrás y dijo a sus compañeros:

—Bajadle los pantalones.

Charlie intentó oponer resistencia, pero el señor Voz de Cristales Rotos le dio un codazo en la nariz y el galés le dijo en voz muy baja:

—Será mejor que no nos dé problemas, amigo.

El capitán Marlow quedó así en una postura en verdad comprometida, con los pantalones hasta los tobillos, los calzoncillos pulgueros a la vista de esos desconocidos.

—Tapadle la boca —dijo el bigotudo, y los hombres se la taparon con las manos. Charlie apenas podía respirar, de nuevo—. Si yo fuera usted, capitán, empezaría a tomarme las cosas en serio.

El bigotudo empuñó su bastón metálico, lo alzó, describió una parábola de atrás adelante y de arriba abajo, como si sostuviera un mazo de criquet, y golpeó la entrepierna de Charlie.

Algo se rompió en el interior del capitán. Quizás fuera su lealtad al Club Diógenes y a Mycroft Holmes. Aunque no podía estar seguro.

Dejaron que Charlie cayera al suelo y llorara como un niño mientras se agarraba sus partes y sollozaba con voz ahogada.

Mientras Charlie sentía el dolor de la tortura, ese relámpago que le había quebrantado el espíritu desde sus genitales hasta la garganta, el arpa de boca del galés empezó a sonar. Pero Charlie la escuchó como si llegara desde muy lejos, quizá desde el otro extremo de la isla, o quizá desde Venus. O desde más lejos.

Traidores al 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore

—ESPERO que tenga usted más suerte que el soldado Joshua Henry Bloomingdale III —le dijo el bigotudo cuando Charlie abrió los ojos—. Le di el mismo trato que a usted en Jahlreel, al este de la India, ¿ha estado usted alguna vez en Jahlreel…? Seguro que no, casi nadie ha estado allí —se respondió a sí mismo—. A usted, capitán, se lo habría comido aquel tigre asesino. Como a Joshua Henry Bloomingdale III… A ese soldado no sólo le reventé sus partes con la culata de mi fusil, ¿sabe? Además, lo dejé desnudo y atado por el cuello a una estaca clavada en mitad de un claro de la selva. Yo me aposté en un acequia y esperé a que llegara aquella bestia de ojos de fuego y cubierta por un manto de relámpagos negros… El tigre le arrancó una pierna y un brazo a Joshua Henry antes de que yo disparara sobre ese soberbio animal, justo entre los ojos. El tigre era un oponente digno, un devorador de hombres que se había acostumbrado a la carne humana. Y con respecto a Joshua Henry, bien, capitán Marlow, dejé que se desangrara. Ese muchacho, ese traidor, no tenía bemoles. ¿Me comprende, capitán? Seguro que usted, al igual que yo, entiende que no se pueden permitir ciertos comportamientos inmorales entre la tropa, o entre la tripulación, que es su caso… No me gustaría que a usted se lo comiera el tigre. ¿Entiende lo que quiero decirle, capitán?

Charlie no comprendía nada; mas aunque acaba de recuperar el conocimiento —lo había perdido en algún momento junto con algo más, algo esencial, pero no sabía el qué— era consciente de que la respuesta correcta era guardar silencio. Nada que dijera podría mejorar su situación. Lo intuía. Es más; lo sabía.

—Joshua Henry era una vergüenza para el 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore —continuó el bigotudo—. Una vergüenza. Le gustaban otros hombres, ¿sabe? Eso quizá sea normal en su gremio, entre los marinos, quiero decir, pero ¿entre los militares? Ah, no, capitán. Eso sí que no.

El bigotudo estaba sentado en el suelo con la espalda recostada sobre el tronco de un árbol enorme, una de esas secuoyas con las que los antiguos carcosanos habían construido la empalizada. Junto al bigotudo había algunas mochilas y algo grande envuelto en un hatillo o una

manta. Ese brutal individuo tenía un cuchillo grande en la mano y estaba cortando pedazos de cecina que se introducía en la boca y masticaba lentamente, sin quitarle el ojo de encima a Charlie. Los compañeros del bigotudo habían desaparecido, aunque a Charlie le pareció escuchar la remota reverberación del arpa judía del galés.

—Sí, Joshua Henry era un desviado —dijo el bigotudo—. Pero Clayton… Clayton decepcionó a los Zapadores de Bengalore. Me decepcionó a mí. ¿Sabe usted lo que hizo Clayton, capitán Marlow?

Charlie no asintió ni negó con la cabeza. Sentía no sólo el dolor en la entrepierna, sino ciertos crujidos allí precisamente… como un tejido quebradizo que se estuviera rompiendo. Y sabía que era su propia sangre coagulada. Llevaba inconsciente mucho rato. Alzó la vista hacia la copa de los árboles y se dio cuenta de que estaba anocheciendo. Cuando el bigotudo y sus muchachos lo atraparon a este lado de la muralla, acababa de amanecer.

Estaba tendido sobre su costado izquierdo, frente a lo que había sido una diminuta fogata de la que sólo quedaban algunos rescoldos. Las manos de Charlie estaban atadas a su espalda. No atadas. Esposadas. Sentía el tacto del metal en sus muñecas.

Era obvio que estaba ante profesionales que no le iban a permitir escapar fácilmente, y no ante un grupo de indisciplinados marinos amotinados.

También estaba claro que el bigotudo era un ser cruel al que le fallaba un tornillo en el cerebro.

—Clayton nos traicionó después de que yo le salvara la vida —continuó el bigotudo, que seguía masticando la cecina. Pero Charlie se percató de que aquella carne no estaba seca. De hecho, goteaba sangre Clayton no era ningún desviado, ¿sabe usted, capitán? Ningún desviado, no señor. Era un hombre de verdad. Un hombre del Imperio y de su regimiento. Como yo.

La sangre le chorreaba por el labio. El bigote blanco se le había teñido de rojo. Los ojos azules de aquel hombre brillaban a la luz de las dos o tres ascuas de la hoguera extinta.

—No le aburriré con detalles, pero le diré que Clayton tenía bien compuesta su hombría, ¿sabe lo que le quiero decir? Era más hombre que muchos a los que he conocido, capitán. Clayton no era un gran tirador, claro que no, pero sabía utilizar un cuchillo. Uno como éste… No, capitán, este mismo cuchillo —dijo, y se lo mostró a Charlie—. Con esto, Clayton le rajó la panza a un devorador de hombres… No el mismo tigre que mutiló a Joshua Henry, pues ese era mío, pero… Clayton se enfrentó a la bestia con este mismo cuchillo. El monstruo casi se lo llevó a la tumba, ¿comprende, capitán? Si no llega a ser por mí… Yo estaba cerca cuando el animal atacó a la pareja de indios, un hombre y una mujer, y también había allí una hiena enloquecida. Clayton quiso

ayudar a esa basura, dos nobles de no sé qué casta de Bundelkhund, y vaya si lo hizo: le mostró al tigre este mismo filo —dijo, y le mostró el cuchillo a Charlie para que pudiera ver el brillo y la sangre que chorreaba hasta la empuñadura—y lo atacó. Y casi, casi lo mató, capitán.

El bigotudo cortó otro pedazo de carne y lo masticó lentamente, y después lo escupió a un lado.

—Es amarga, la carne de este lagarto —dijo el bigotudo—. Comestible para mí, claro… Pero Clayton, capitán… Casi mató a la bestia. Y la bestia casi acabó con él. Pero fui yo el que disparó, el que le metió dos balas, una entre los ojos y otra en el corazón, a ese monstruo. Hice una alfombra con su piel y ahora adorna el salón de mi casa de Conduit Street. Y Clayton me dio las gracias, ¿sabe? Y me regaló este cuchillo —y volvió a mostrárselo a Charlie—. Y yo, que era su superior, le regalé un cuchillo mejor. ¿Qué otra cosa si no podía hacer, capitán? ¿Qué habría hecho usted en mi lugar? ¿Cómo podía saber yo que Clayton era un traidor?

Charlie permaneció en silencio. Ya no escuchaba el sonido del arpa judía, sino el de los tambores. No se encontraban lejos de la empalizada. Pero vistas las circunstancias, Charlie podía encontrarse en cualquier otro lugar, incluso en Venus. No podía hacer nada al respecto.

Se preguntó si Sigerson, o Hadoque, o incluso Kabouter lo habrían echado en falta.

“Claro que sí”, se dijo. “Deben andar buscándome por esta jungla desconocida, cargando con la Maxim y esperando toparse en cualquier momento con las flechas del dios Sahhindar”.

Charlie estaba delirando, pero sólo de pensamiento. Y eso era bueno.

—Clayton fue el responsable, ¿sabe? Clayton y nadie más. El me denunció —dijo el bigotudo—. Después de que yo le salvara la vida, después de que aquella bestia lo dejara malherido, nuestros superiores enviaron a Clayton de vuelta a Inglaterra y lo licenciaron. La noticia me llegó a la India y lo sentí por él y por el 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore, porque habíamos perdido a un buen hombre. Pero más tarde recibí su carta, y a continuación la otra carta por la cual me retiraron del servicio activo. A mí, capitán, que había servido en Rorke’s Drift y en Kabul y en el Tíbet y… A mí. ¿Se lo puede creer?

Charlie podía creérselo o no. Tanto daba.

—Clayton tuvo la desvergüenza de confesarme por escrito que había puesto en conocimiento de nuestros superiores lo que yo le había hecho a Bloomingdale… ¡Como si hubiera tratado a ese blandito de Surrey de un modo que no se mereciese! —El bigotudo miró ahora al cielo y después a su cuchillo. Luego tomó su bastón metálico y con él se ayudó a ponerse en pie—. Dígame, capitán Marlow, ¿es que los hombres que

cometen el pecado de la sodomía merecen algo mejor que morir desangrados? ¿No cree usted que Joshua Henry, que andaba pervirtiendo a los mejores de entre los Zapadores de Bengalore, en verdad estaba destinado a que un tigre le lanzara unas cuantas dentelladas?

Charlie no contestó. Aquella macabra historia empezaba a interesarle. No tanto como le hubiera gustado al bigotudo, pero le interesaba.

—¿Cree usted que es justo, capitán, que el mejor tirador que ha tenido el Ejército Británico se vea obligado a regresar a Londres como un vulgar mamarracho? ¿Es justo que todo un oficial mencionado en diversos despachos tenga que pedir limosna por las calles, cuando se ha jugado el pellejo por su reina en Charasiab y en Sherpur? ¿Le parece bien que los traidores reciban una recompensa y que los valientes se conviertan en escoria a la que le está prohibida la entrada en los clubes de jugadores de naipes? ¿Es eso lo correcto, capitán?

Ahora el bigotudo se estaba acercando muy peligrosamente a Charlie con su bastón. Marlow esperaba un nuevo golpe, quizá el golpe que iba a terminar definitivamente con su vida.

Pero eso no sucedió.

—Porque en eso me convertí yo, capitán Marlow: en una escoria que vagabundeaba por las calles en busca de cobijo, de un bocado, de una mujer a la que pudiera tratar como merece una mujer —dijo, y sus ojos brillaron—. Así me encontró el hombre que me salvó, ¿sabe, capitán? En un jergón de madera con una mujer de la calle, en un almacén de Poplar, junto al Támesis. Así me halló el hombre que se convirtió en mi salvador, el único hombre capaz de comprender que el valor de un soldado no tiene nada que ver con un vestido manchado de sangre, con una puta de dos peniques muerta, ahogada en sus propias heces. Ese hombre comprendía. ¿Usted también comprende, capitán? ¿O es como los demás?

Sí, Charlie comprendía que estaba en manos de un loco en un lugar perdido de la mano de Dios. ¿Y dónde estaban sus hombres?

—Siempre he tenido fe en los marinos, capitán —prosiguió el bigotudo—. Usted ya es consciente de que ahora trabaja para mí, y yo no soy un cualquiera. Eso ya lo ha entendido. Usted es uno de los míos. Por eso quiero que lo comprenda todo. Quiero que sepa que el hombre que me sacó del arroyo era… bien, era el hombre más sabio y más bueno que he conocido nunca. Y ese individuo que viajaba con usted, ese hijo de mala madre, ese entrometido y estirado bastardo lo mató en Suiza. Lo arrojó sin piedad por una garganta de rocas y agua, y yo mismo fui testigo. Por eso estoy aquí. Por eso usted y yo estamos aquí ahora mismo. ¿Me entiende, capitán?

—¿Sigerson? —dijo Charlie, y se arrepintió en el mismo momento en

que se le escapó el nombre en apenas un hilillo de voz. Esperó el nuevo bastonazo que nunca llegó. Qué suerte.

—Eso es —dijo el bigotudo—. Sigerson. Así se hace llamar ahora. Bien. Se convirtió en Sigerson hace ya un par de años y como Sigerson morirá, capitán. Yo mismo le retorceré el pescuezo para ver cómo exhala su último aliento. Con mis manos, capitán. Con mis manos.

Y se las mostró a Charlie sin soltar el bastón ni el cuchillo. Estaban sucias, ennegrecidas por la sangre de la carne cruda que había estado comiendo.

—Pero antes —dijo el bigotudo—, antes pienso castrarlo. Y quizá me coma sus genitales. ¿Qué le parece, capitán Marlow? Masticaré sus genitales y me los tragaré. ¿Qué le parece?

A Charlie le pareció que ese hombre hablaba en serio. Y no pudo contenerse:

—A mí ya me ha castrado. ¿También piensa comerse mis genitales, ahora que los ha convertido en picadillo? —respondió Charlie y se preparó a morir de un último golpe de bastón.

Cerró los ojos y apretó los dientes (y sintió el dolor en la mandíbula y el hueco que habían dejado sus dos muelas) y esperó a que llegara el final.

Pero lo que sucedió es que Charlie escuchó la risa (un sonido nada agradable) del bigotudo. Se estaba carcajeando.

Charlie volvió a abrir los ojos.

—Usted es un valiente, capitán Marlow —dijo—. El Club Diógenes sólo elige a los más duros y a los mejores, ¿verdad? Es usted un fanfarrón y un suicida, como mi viejo amigo Danny Dravot, que en paz descanse…

El bigotudo limpió el cuchillo en su pantalón y lo enfundó en el cinturón, junto al Webley que le habían arrebatado a Charlie. A continuación metió la mano en un bolsillo del abrigo, sacó una petaca con funda de cuero y la acercó a los labios de Marlow.

—Beba un poco y escúpalo —dijo el bigotudo.

Charlie obedeció y echó un trago, pero no lo escupió, sino que se lo tragó y casi de forma instantánea lo vomitó. Aquello era algún tipo de brandy muy fuerte y muy peleón, casi todo alcohol, y Charlie rabió por el dolor que le produjo en las heridas de la encía. Se retorció en el suelo e intentó gritar —aunque no lo consiguió, pues estaba prácticamente ronco—. El bigotudo se reía y disfrutaba de la escena.

—Eso le desinfectará la boca —dijo—. Es uno de los rincones más sucios del cuerpo, ¿lo sabía usted, capitán? Casi tanto como el trasero añadió, y volvió a reírse—. Supongo que no querrá que le ponga unas gotas de este brebaje en su maltrecha entrepierna, ¿verdad?

—¡No! —casi logró gritar Charlie.

—No, claro que no… Pero lo haré y después le sacaré el ojo derecho con el cuchillo del traidor Clayton, que el diablo se lo lleve, si no contesta a mis preguntas. Y si obedece, capitán Marlow, le daré un poco de carne cruda de lagarto y agua.

—¿Quién es usted? —se atrevió a preguntar Charlie—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—¿Sigerson no le ha dicho que vengo pisándole los talones desde Europa? Ah, ese cobarde no se fiaría ni de su padre, si es que alguna vez ha sabido quién era su padre… Conozco su nombre, capitán Charles Marlow, porque aún mantengo contactos en el Club Diógenes… y ya sabe que nunca se sale del todo de los servicios de inteligencia. Charlie escuchó esa sorprendente declaración y pensó que Sigerson estaba en lo cierto: Había topos en el club. Y esa era una muy mala noticia—. Con respecto a quién soy, le diré que ese bastardo mentiroso al que pienso dar su merecido me llamaba, con mucho acierto, el segundo hombre más peligroso de Londres. Y en estos momentos, capitán, soy el hombre más peligroso de esta isla.

Entonces, el bigotudo dio media vuelta y se dirigió hacia el montoncito con sus pertrechos junto a la secuoya. Tomó el hatillo de tela y se acercó hasta Charlie. Dejó el bastón en el suelo y procedió a desenvolverlo. Y le mostró el contenido a Charlie.

—Cuando desembarcamos por la gruta, un poco más al norte, nos topamos con este lagarto que caminaba sobre sus patas traseras. Ocho pies de alto, capitán, y unos treinta de largo contando el rabo… Tiene un sabor horrible, pero no es venenoso. Un tigre podría comerlo. Y yo como cualquier cosa que pueda comer un tigre.

El capitán Marlow vio la cabeza del animal en la manta que aún chorreaba sangre. No se trataba de un lagarto, por mucho que el bigotudo se empeñara en llamarlo así. De hecho, esa criatura tenía cierto aire de semejanza con el dragón marino que había visto asomarse por el costado del *Friesland*. Pero la cabeza no era del tamaño de un barril, sino mucho más pequeña. Quizá como una calabaza grande. Tenía dos ojos pequeños, negros y muertos, ambos medio cerrados por un párpado lateral, como los pájaros y los reptiles. La cabeza era ovoide y la frente era un amplio triángulo invertido con un pequeño cuerno del color del marfil justo encima del hocico. El bigotudo la levantó y la separó de la manta para que la mandíbula colgara y Charlie pudiera contemplar los colmillos de la bestia y una lengua bífida, larga y de color púrpura.

Charlie podía oler los pedazos de carne putrefacta en la boca del animal.

—Yo mismo lo abatí. Tres disparos. Porlock le acertó un par de veces con el Winchester, pero mis blancos fueron mortales. Porlock sabe que yo soy mucho mejor tirador que él. El trofeo es mío… ¿Ha visto esta

hilera de dientes afilados cómo cuchillas? ¿Sabe la velocidad a la que se abalanzó sobre nosotros este lagarto? Es muy, muy rápido, capitán… Dígame, ¿cree realmente que en esta isla puede haber algo más letal que yo?

Y en ese momento, la rata gigante de Sumatra cayó sobre el bigotudo.

EL mejor momento del día

MÁS tarde, Charlie llegaría a la conclusión de que la rata había estado agazapada todo el tiempo entre las ramas más bajas de la secuoya, observando a los dos humanos: el indefenso que estaba sufriendo unos dolores horribles y el torturador que se estaba zampando un pedazo de monstruo antediluviano mientras hablaba de las vilezas que había cometido a lo largo de su vida.

Charlie también se percató (fue una deducción al estilo *sigersoniano*, un término que, según Marlow, él mismo acuñó) de que la rata había aguardado el momento más propicio, esto es, cuando el bigotudo estuvo desarmado, pues durante todo ese tiempo había tenido en la mano un cuchillo de caza. Quizá se tratara de una coincidencia o sencillamente de puro instinto, pero para Charlie Marlow aquello fue una señal inequívoca de que la rata era un animal muy inteligente. Tanto como para reconocer un arma afilada. Lo cual le daba la razón, como de costumbre, al falso noruego.

Eso no era ningún consuelo.

A pesar de que Charlie no sentía demasiada simpatía por Sigerson, no le habría importado ni lo más mínimo tenerlo a su lado en esos momentos. Preferentemente, con la Maxim montada y lista para descargar una lluvia de proyectiles sobre aquellos dos engendros que el Diablo, caprichoso, había reunido en aquel averno envuelto en tinieblas eternas.

A ojos del indefenso capitán Marlow, la rata no era exactamente una bendición venida del cielo. O al menos no parecía nada celestial.

Una sombra de color gris oscuro cayó con sus afiladísimas garras por delante, las clavó en las espaldas del malnacido bigotudo que le había hecho pasar un mal rato a Charlie —y que era el responsable de, al menos, la muerte de un soldado llamado Bloomingster o Bloomandale o algo por el estilo, y también de una pobre prostituta portuaria de Londres— y lo arrojó al suelo.

Charlie vio cómo esa cosa meneaba el rabo y le daba un par de latigazos al veterano de no sé cuántas batallas. Después, la criatura volvió la cabeza durante un segundo en dirección al pobre Marlow, que ni siquiera pudo gritar, y sus miradas se cruzaron. La jungla se estaba sumiendo en penumbras, pero los ojos del monstruo se iluminaron, y

eran rojos. Charlie no sólo sintió la inteligencia que penetró en lo más profundo de su ser desde ese cuerpo peludo —los pelos también eran brillantes y limpios como los de un gato—, sino la intrínseca maldad que transmitía el monstruo. “Tú serás el siguiente”, escuchó Charlie que le decía la rata, pues sólo entonces reconoció al animal que había matado a cuatro hombres en el *Matilda Briggs*, el gigantesco roedor que Sigerson había descrito tan bien (“cinco pies y tres o cuatro pulgadas”, había dicho el falso noruego, y había acertado), una máquina de desgarrar cuellos con sus incisivos inferiores.

La rata mordió al bigotudo en el hombro y el antiguo miembro del 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore aulló con toda su alma y maldijo a todos los traidores, cobardes, sodomitas e hijos de muchos padres que hubiera en el universo.

A la rata, los insultos del bigotudo le traían sin cuidado. Ya le había clavado los dientes a su presa y no pensaba soltarla por nada del mundo.

—¡Atraviesa a ese cerdo de parte a parte! —acertó a decir Charlie mientras forcejeaba inútilmente con las esposas. Estaba seguro de que ni la rata ni su torturador lo habían escuchado.

El bigotudo tanteó con su mano derecha en busca del revólver que llevaba colgado del cinto y acertó a coger el Webley de Charlie (de Sigerson en realidad), pero la rata le asestó un zarpazo en la mano. El arma cayó cerca de Marlow. Muy cerca.

Ahora, el bigotudo usó la mano izquierda para tomar el cuchillo que le había regalado un tal Clayton, un tipo muy decente, a juicio de Charlie.

En esta ocasión fue la rata la que recibió una profunda puñalada en un costado, encima de una de las patas traseras. Charlie se maravilló de que el monstruo pudiera aullar sin soltar el bocado con que tenía sujeta a su presa.

—¡Eso es, mataos los dos, endemoniados zuavos de pacotilla! —volvió a gritar Charlie, aunque sólo consiguió emitir un leve susurro.

El Webley de Sigerson estaba tan cerca… Y si Charlie no hubiera estado esposado…

“Confórmate con escuchar los gemidos de dolor de esos dos pitecántropos”, se dijo.

El bigotudo sacó el filo del cuchillo de entre los músculos de la rala y se disponía a asestarle el golpe de gracia cuando sonó el primer disparo. Le acertó a la rata en una de sus esperpénticas orejas, que más se parecían a las de un murciélago que a las de un simpático roedorcillo de despensa. La mitad de la oreja desapareció con el estallido y el rostro de Charlie se cubrió de sangre de rata.

Ahora sí, el monstruo de Sumatra soltó a su presa y los dos depredadores aullaron de dolor casi al unísono. En otras circunstancias,

Charlie habría disfrutado mucho de ese sonido.

De hecho, sonrió.

El sonido del siguiente disparo se entremezcló con el estallido de un trueno. El relámpago iluminó la escena por un segundo y Charlie vio que la bala se había incrustado en la tierra húmeda, a pocas pulgadas del bigotudo. La rata ya no estaba allí, sino encima de Charlie, echándole su pútrido aliento.

Otro relámpago iluminó el rostro de la rata. Sus mandíbulas estaban abiertas, su sonrisa de bestia infernal dividida por esos incisivos como puñales curvos, los ojos como dos llamas rojas que pretendían atravesar el alma del capitán Marlow…

El animal emitió un sonido estridente que, Charlie confesó, sólo podía ser una especie de carcajada aguda y malévola. O quizá un llanto de furia contenido. O quizá ambas cosas. Después le mostró sus garras, con sus pequeños deditos y, por supuesto, sendos pulgares prensiles como los de los primates. Ese dichoso Sigerson siempre tenía razón hasta en el más mínimo detalle… Las largas uñas se rozaron unas con otras y la rata, muy despacio, posó uno de sus dedos, una de esas uñas, en la nariz de Charlie. Lo tocó y lo presionó levemente con ella.

“¿Qué es esta cosa?”, se preguntó Charles Marlow cuando, por segunda vez en muy poco tiempo, se dispuso a morir.

Pero el tercer disparo, que acertó a la rata en el lomo, lo libró del zarpazo que le habría arrancado el rostro y de la subsiguiente dentellada que le habría desgarrado la yugular.

La bestia dio media vuelta, saltó por encima del cuerpo del bigotudo, que se estaba retorciendo de dolor, y lo último que vio Charlie fue que la rata se escabullía por entre unos matojos. La persiguió una última bala (la detonación sonó desde un lugar mucho más cercano, justo detrás de Charlie), pero no la alcanzó. De eso Marlow estaba seguro.

El hombre de la voz de cristal roto, el dueño de un Winchester 73 (“Porlock”, recordó Charlie) pasó sus botas de vaquero por encima de Marlow y se agachó junto al bigotudo.

—Coronel —dijo la voz de espejos triturados—. Tienen a Sigerson.

—Saca la petaca de mi bolsillo —dijo el bigotudo, que ahora resultaba ser nada menos que un coronel.

El hombre llamado Porlock obedeció y se la ofreció al bigotudo, que echó un largo trago. Le devolvió la petaca a Porlock y le dijo:

—Aplícamela en las heridas. ¡Ya!

Porlock, de nuevo, obedeció.

El bigotudo miró a Charlie y le dijo con una sonrisa:

—No se preocupe, capitán. Me dolerá a mí más que a usted.

Charlie observó cómo el rostro del coronel se contraía de dolor y escuchó los aullidos. Los mofletes del viejo militar pasaron del rojo

intenso a un blanco mórbido en segundos.

Fue la visión más agradable que Charlie había tenido en todo el día.

EL novio

PORLOCK resultó ser un individuo mucho menos comunicativo que su jefe —desde el principio le había quedado claro a Charlie quién mandaba allí—. Esa especie de sheriff medio yanqui, medio británico, remendó de un modo bastante competente al bigotudo coronel y le dio el parte con sorprendente economía de vocabulario. Economía y precisión.

—Los nativos los han matado —dijo Porlock—. El más joven, barbudo, belga, borracho, ha escapado. Sigerson está preso. Lo están vistiendo.

—¿Que lo están vistiendo? —dijo el coronel.

—Flores. Aceites. Adornos. Lo están vistiendo. Como a una furcia.

El bigotudo se echó a reír.

—Espero que se turnen para abusar de él… aunque es posible que eso le guste, o eso decía el profesor —dijo—. Lo más probable es que lo violen y después lo torturen; todos esos salvajes son iguales en la India, en Africa y hasta en Whitechapel. Aquí no será distinto. Quizá dejen algún pedazo para mí… Quiero verlo.

El coronel no tenía el mejor aspecto del mundo, pues la rata le había causado daños bastante serios. Pero al parecer, sus ansias de venganza eran superiores a su dolor.

Porlock ayudó a que el bigotudo se incorporara —apenas se tenía en pie y hubo de caminar dando tumbos hasta la secuoya para apoyarse— y después señaló a Charlie con la punta de su Winchester. Miró a su jefe.

—No, no lo vamos a matar —dijo el coronel—. Este marinerito aún puede sernos de ayuda para atrapar a nuestro hombre… aunque el bastardo tiene más vidas que un gato, puedes creerme, Porlock. La única vez que lo tuve a tiro, yo no llevaba un arma encima, ¿te lo puedes creer?

Porlock no respondió.

—¿Verdad que aún nos puede ser útil usted, capitán Marlow?

Charlie asintió de mala gana.

—Así me gusta. Y estoy seguro de que si yo puedo andar, usted también, capitán.

Porlock agarró a Charlie por la axila y lo levantó sin esfuerzo aparente. Charlie cayó de rodillas, pues la entrepierna le dolía

horrores… Porlock lo volvió a levantar y esta vez Charlie se sostuvo en pie.

—Si no puede caminar a nuestro ritmo, capitán, tendré que meterle una bala en la cabeza —dijo el coronel, que ahora se estaba apoyando en su bastón de metal para moverse—. O quizá le pegue un tiro en el trasero y lo deje morir en una lenta agonía. Pueden pasar horas, salvo que alguna bestia, como esa cosa que me ha atacado, acabe con usted de una vez por todas. Como sucedió con Joshua Henry, ¿verdad?

Charlie se dijo que no sería muy difícil caminar a la velocidad del bigotudo. Ninguno de los dos estaba preparado para salir corriendo.

Renquearon durante media hora larga a través de la jungla, a ciegas, y en algún momento, el sonido de los tambores se reanudó. Porlock les abrió el paso a golpe de machete, pues ya conocía el camino y, aun en la oscuridad, se movía como si pudiera atravesar con la mirada las tinieblas de la noche. Porlock era un ser muy, muy extraño.

Durante el trayecto cayó la tormenta tropical que habían anunciado los relámpagos. Charlie no podía quitarse de la cabeza el rostro de la rata. Tenía la sensación de haber visto a un auténtico demonio que se había reído de él. A pesar de la lluvia, los tambores siguieron redoblando.

Se estaba empapando hasta los huesos.

El coronel tiraba de la cuerda que había atado al cuello de Charlie.

Tiraba de una cuerda que le había atado al cuello. El viejo cazador de tigres no se detuvo ni un instante a descansar, y Marlow hubo de tener mucho cuidado para no tropezar y caer al suelo, pues sabía que si eso sucedía, como mínimo recibiría otra paliza. Eso si el bastardo bigotudo no le pegaba un tiro en la cabeza o en el trasero.

Charlie no entendía cómo era posible que el coronel pudiese caminar después de las heridas que la rata le había infligido. En un par de ocasiones, el capitán Marlow se acercó lo suficiente a las espaldas del bigotudo y comprobó que la chaqueta estaba empapada en sangre. De hecho, iba dejando un reguero tras de sí.

Aquel hombre era muy, muy duro. Y Charlie se dijo que quizá el coronel fuera realmente la criatura más peligrosa de toda esa maldita isla.

Porlock se paró en seco y alzó una mano para que el bigotudo y Charlie se detuvieran. A continuación guardó el machete, se descolgó el rifle del hombro y desapareció entre la espesura.

—¿De verdad era usted un agente de Diógenes? —le dijo Charlie al coronel con voz ronca.

—Capitán, no sabe quedarse callado, ¿verdad? —respondió el bigotudo y dio un fuerte tirón a la cuerda. El nudo corredizo alrededor del cuello de Marlow se estrechó un poquito—. Estuve haciendo

servicios para la Reina en el Himalaya hace veinte años. Contra los rusos, ya sabe. Y contra otras cosas que rondan por aquellas montañas, en la región de Selgina…

No terminó la frase y Charlie no quiso saber más. Él mismo había estado en Rusia hacía ya tiempo, mucho antes de que se convirtiera en el patrón del *Friesland*.

—¿Y por qué lo dejó? —preguntó Charlie.

El coronel dio media vuelta y señaló a Charlie con su bastón.

—Me ascendieron y me marché a la India con el ejército. Pero uno nunca abandona del todo a Diógenes, capitán. Y Diógenes tampoco lo abandona del todo a uno. ¿Es que no lo sabe?

Charlie lo sabía. De hecho, no había conocido hasta ese momento a ningún antiguo agente del club, como si el retiro le estuviese vedado a los hombres de Mycroft Holmes.

Porlock regresó en ese momento y con un gesto les indicó que lo siguieran.

Anduvieron un corto trecho hasta un grupo de árboles desde donde se divisaba la empalizada. En el templete sobre el dintel del portón y bajo cubierto, había varios nativos alumbrados por sendas antorchas. No obstante, Charlie se dio cuenta de que allá arriba, en la muralla, había más movimiento. Aunque estaba oscuro y la lluvia empeoraba la visibilidad, Marlow fue consciente de que la totalidad del poblado había ascendido a lo alto del muro. Los indígenas estaban entonando algún tipo de cántico o invocación compuesta por expresiones indescifrables.

Aunque quizá una de esas palabras fuera “Kho”. Quién sabe…

El artista del arpa judía se encontraba acuclillado junto a unos matojos, mirando discretamente hacia el claro. Volvió la cabeza hacia los recién llegados y dijo:

—Ahí lo tiene por fin, coronel. Casi envuelto con lacito y todo. Si lo hubiera planeado usted, no le habría salido mejor.

El bigotudo le tendió a Porlock la cuerda con que sujetaba a Charlie y se acercó, apoyado en su bastón, hasta el lugar donde se encontraba el estrangulador galés.

—Amordazad al capitán —ordenó, y Porlock le metió un pañuelo en la boca a Charlie y lo miró a los ojos.

No le dijo nada a Charlie. Aquella mirada fue suficiente para entender que debía portarse bien.

—Es nuestro día de suerte, ¿eh, coronel? —dijo el galés.

El bigotudo se sentó en un tronco y sacó algo voluminoso de su morral.

—Sí, una suerte estupenda la mía —respondió—. Aunque hubiera preferido ponerle las manos encima al entrometido.

El coronel empezó a manipular el irreconocible instrumento que

había sacado de su bolsa, tomó el bastón metálico, y sólo entonces se dio cuenta Charlie de que aquello no era un bastón convencional, sino el cañón de un fusil desmontable y de extrañísimo diseño. Cuando el coronel encajó el cañón sobre el mecanismo del gatillo, que terminaba en una especie de culata en forma de letra u, sonó un chasquido y el crujido de unos muelles. El ex agente de Diógenes introdujo una bala de considerable tamaño por una abertura lateral.

La lluvia arreció en ese instante, y sin embargo los tambores empezaron a redoblar con más intensidad. El cántico de los nativos de la isla se había convertido ahora en un eco repetitivo y sólo se escuchaba la desordenada aclamación de voces superpuestas que gritaban "Kho, Kho, Kho…"

El coronel seguía manipulando el arma; se apoyó sobre una palanca que produjo un estridente chirrido y a continuación cerró el obturador con un golpe seco. Apoyó el cañón sobre el hombro del galés, que se arrodilló en el suelo.

Aunque el cielo se había cerrado sobre la isla y se encontraban rodeados por la oscuridad, las dos débiles antorchas de la muralla llegaban a iluminar el pedestal de piedra que se levantaba en mitad del claro.

Era, por supuesto, un altar.

Tenía base circular y sobre él se alzaban dos columnas paralelas, a las que estaba atado por las muñecas el señor Sigerson. Los salvajes lo habían desnudado y lo habían cubierto de collares de flores.

Se trataba de una visión grotesca: un falso noruego —o un verdadero inglés— sometido y disfrazado de sombrero de Aspen en mitad de una jungla hostil, y bajo el punto de mira del arma de un loco depravado.

Sin embargo, aquello no tenía sentido.

Charlie maldijo el momento en que Porlock le había puesto la mordaza y empezó a forcejear con las esposas y a emitir gruñiditos. Porlock se volvió hacia él y alzó la culata del Winchester para golpearle en el rostro. Charlie señaló hacia el altar de piedra con los ojos, con la barbilla, con todo el cuerpo y Porlock no llegó a descargar el golpe. No era ningún imbécil y había comprendido que Charlie quería decir algo. Algo importante.

Porlock le quitó la mordaza y dijo:

—Intenta gritar y te mataré. Aunque tampoco importa demasiado si gritas. Pero lo haré igualmente.

—¿Es que no se han dado cuenta? —dijo Charlie—. ¿Por qué han dejado ahí a Sigerson esos hotentotes?

Por un momento, la gélida mirada del hombre del Winchester se suavizó.

—Qué quiere decir.

—Que no lo han desnudado y atado a la columna para dejarlo en ridículo —dijo Charlie—. Es un sacrificio. ¿No lo entiende?

—Sí. Y lo va matar el coronel—dijo Porlock, y se dispuso a amordazar a Charlie de nuevo, pero el capitán insistió:

—¡Lo van a sacrificar a una de esas cosas que rondan por la isla! ¡Algo va a llegar en cualquier momento!

Porlock miró a Charlie como si fuera un salivazo que acabara de escupir al suelo.

—¿Es que no han visto ustedes ese muro? —dijo Charlie—. ¿Por qué creen que está ahí?

Ahora, Porlock volvió la cabeza hacia el claro y vio a Sigerson en el altar. Después miró la empalizada y entonces sonó el gong del templete.

—Coronel -llamó Porlock.

—Esos piojosos van a lograr que falle si siguen armando ruido —dijo el bigotudo.

—Coronel —insistió Porlock.

—Esto es por el profesor —dijo el coronel.

Y justo en ese mismo instante, mientras el coronel apretaba el gatillo, los árboles que rodeaban a aquel grupo de maleantes y al capitán Charles Marlow empezaron a saltar por los aires.

La diosa Kho estaba llegando al claro para recoger a su novio.

JORKENS PIDE OTRO WHISKEY

—¿SERÁ usted tan amable de llamar al camarero? —dijo Jorkens y me mostró su vaso vacío.

—Yo mismo iré a la barra a por él —le respondí.

El señor Hannay se levantó de su butaca y dijo:

—Le acompaño. Yo también tomaré otro.

Cuando íbamos de camino al bar escuché la voz de Jorkens que decía:

—¡Sin soda, por favor!

Hannay me dio un codazo y dijo:

—El viejo Jorkens acabará pillando una buena cogorza esta noche… Por favor, camarero, tres whiskeys dobles. Tullamore Dew. Sin soda.

—Yo preferiría… —intenté decir, pero Hannay me interrumpió.

—No permitirá que nuestro amigo se emborrache solo, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondí.

Hannay se acodó en la barra y señaló hacia nuestros asientos junto a la chimenea.

—¿Ve usted? —me dijo.

—¿A qué se refiere, señor?

—A ese hombre que está sentado justo a espaldas de Jorkens. O el otro, ese anciano al que le ha estado dando la espalda toda la noche. O esos dos que se encuentran justo al respaldo de su sillón… Todos ellos quieren escuchar la historia de Jorkens. No son amigos nuestros, pero quieren oírlo todo. Y no serán capaces de invitarlo a una copa… En fin, ¿qué le parece?

—Creo que el señor Jorkens es un hombre educado, y no le importaría que esos caballeros se unieran a nosotros… A fin de cuentas, aquí todos conocen al señor Jorkens.

—Pero no son sus amigos —dijo Hannay—. Pero no, no me refería a esos gorrones… Le preguntaba por esa historia sobre Charlie Marlow. ¿Qué opina?

—Que me gustaría conocer el final antes de aventurar nada —respondí—. Aunque me parece que ya sé quién era ese tal Sigerson…

—Chissst, no adelante acontecimientos, señor. Y de todos modos, ¿cree usted algo acerca de esa rata de Sumatra? ¿O de esa isla

misteriosa?

Me detuve a pensarlo durante unos instantes.

—No sé qué pensar…

—Eso mismo me sucede a mí cada vez que escucho a Jorkens. ¿Conoce usted la del aviador que llegó a Marte?

—Sí, claro —respondí. Iba a añadir que yo mismo conocí a A.V. Terner, el hombre que había viajado a Marte en 1924 desde el aeródromo de Ketling, pero Hannay me dio otro codazo y señaló hacia el anciano que se aproximaba a nosotros. Era el mismo que se hallaba sentado justo detrás de mí sillón. Iba vestido con un traje de tweed bastante raído y pasado de moda. Caminaba muy despacio, apoyándose en un bastón negro.

—¿Le está gustando la historia, caballero? —le dijo Hannay al anciano, un hombre decrépito si en mi vida he visto uno: era extremadamente delgado y en otro tiempo debía haber sido alto, aunque ahora caminaba muy encorvado.

El viejo lo miró con unos ojos azules y acuosos, sin duda alguna afectados de cataratas, y los cerró levemente para poder ver al hombre que le había hablado. Se quedó mirando así a Hannay durante unos segundos, intentado reconocerlo, y finalmente dijo con voz severa:

—Creo que no tengo el placer de conocerlo a usted, señor.

—Y yo tampoco a usted, pero no le estoy preguntando quién es, sino qué le parece el relato de Jorkens —dijo Hannay sonriendo y a sabiendas de que estaba comportándose de un modo bastante grosero.

La expresión del anciano se tornó hosca y esbozó una sonrisa retorcida y muy desagradable en respuesta a las chanzas del escocés.

—No sé de qué me está hablando —dijo el viejo y nos empujó a ambos lados para hacerse un hueco en la barra—. Camarero, lléveme mu soda a mi sillón. Y apunte lo de estos caballeros en mi cuenta.

—Se lo agradezco —le dije y extendí mi mano para que me la estrechara—. Este es el señor Richard Hannay, y yo soy…

—Me importa un bledo quiénes sean ustedes —me dijo el viejo mientras se rascaba el bigote. Se dio media vuelta y miró a mi compañero—: Y usted, señor Richard Hannay… ándese con cuidado y guárdese las espaldas, no vaya a tener algún accidente al salir del club.

Y dicho esto, el viejo regresó cojeando a su asiento.

Hannay se echó a reír de nuevo y en ese momento, el camarero nos sirvió los whiskeys y llenó un vaso con soda para el anciano.

—Yo se lo llevaré a ese caballero —le indiqué al barman y cogimos las copas.

Hannay le entregó su bebida a Jorkens y tomó asiento, y yo le di su vaso de soda al viejo, que se me quedó mirando, pues no terminaba de reconocerme.

—Le pido disculpas si le hemos importunado —le dije—. El señor Hannay sólo estaba bromeando.

—Ya, ya —respondió—. Pues ese amigo suyo debería tener cuidado con esas bromitas.

—Lo siento mucho —dije.

—Pero usted, señor, es todo un caballero —continuó—. ¿Ha estado en el ejército, por un casual?

—Así es—contesté—. Infantería. Estuve en Sudáfrica con los Coldstream Guards, y me hirieron cuando estuve con los Fusileros Reales de Inniskilling en la Gran Guerra. Soy el capitán… —empecé a presentarme y de nuevo extendí mi mano, pero Hannay me interrumpió:

—¡Jorkens nos reclama, compañero! —gritó para que lo oyera todo el club—. ¡Y muchas gracias por la copa, amigo! —dijo ahora dirigiéndose al anciano—. ¡Ahora puede usted escuchar el resto de la historia sin problemas de conciencia!

Jorkens y Hannay brindaron escandalosamente y yo regresé a mi asiento. Escuché que el anciano me decía, a mis espaldas:

Parece usted un buen chico. Estaba seguro de que era usted un veterano… Lástima que sea irlandés.

Y entonces, Jorkens dio una palmada para llamar nuestra atención Y dijo:

—¿Dónde nos habíamos quedado? Ah, sí; la diosa Kho llegaba a la cita con su nuevo novio…

Loch Lomond aguado

CHARLIE había sufrido los efectos de una tormenta de nieve en el Estrecho de Bering; había visto cómo un tsunami arrasaba todo un pueblo costero en la isla de Rokovoko; había estado en el ojo de un tornado en una casita de madera en Kansas; y se había arrojado por la borda de un velero que fue completamente destruido por un tifón. Incluso sabía lo que era un terremoto, pues estuvo a punto de morir aplastado por el muro de una casa en un pueblo español llamado Lorca durante un seísmo.

La sensación que tuvo cuando la diosa Kho pasó por encima de él fue incluso peor. Los árboles más pequeños salieron despedidos por los aires y los medianos se quebraron como si fueran decorados de una mala obra de vodevil. La lluvia y la oscuridad no permitieron que Charlie viera a esa criatura que poseía tal poder de destrucción pues no parecía tanto un animal como una deidad auténtica—, pero recordó los burdos grabados en las piedras de la empalizada: los dibujos de un anónimo artista venido hasta aquel rincón del planeta desde una isla en el interior de Africa para inmortalizar a un monstruo de proporciones ciclópeas.

Y ahora, allí estaba. Otro monstruo más. El segundo. Tres, en realidad, si contaba al coronel bigotudo. Cuatro, quizás, pues Charlie había detectado la inhumanidad del hombre llamado Fred Porlock… si es que en verdad era un hombre. Algo le había indicado a Marlow que Porlock no era lo que parecía, en ningún sentido.

De hecho, Porlock fue el único capaz de reaccionar ante la llegada de aquella mole inmensa a la que Marlow sólo pudo intuir recortada contra la débil luz de las antorchas que ardían a duras penas en el templete de la ancestral muralla.

Porlock cayó al suelo de espaldas por el impacto de las pisadas del monstruo, pero ya tenía el Winchester en sus manos y lo disparó hacia el frente y hacia arriba, justo detrás del lugar donde se encontraba Charlie, que también se había desplomado.

La criatura pasó por encima de ellos y partió por la mitad los árboles que habían servido de refugio al músico galés y al coronel. Los dos hombres fueron despedidos por los aires de una brutal —y quizás involuntaria— patada, y Charlie lo supo porque escuchó sus gritos. No sintió lástima por ellos.

Porlock rodó sobre sí mismo, plantó una rodilla en el suelo y disparó ahora en dirección contraria, hacia el claro —donde Sigerson aguardaba su destino—, pues sabía que el monstruo ya había pasado por encima de ellos y ahora se dirigía al altar. Repitió el disparo. Repitió suerte dos veces más y echó un vistazo atrás para ver cómo Charlie lograba ponerse en pie y salía corriendo de aquella zona catastrófica. Charlie volvió la cabeza justo en ese momento y su mirada se cruzó con los ojos grises, pétreos, de Porlock. No pudo escuchar lo que decía ni leyó sus labios; estaba demasiado oscuro (no tanto como para no ver aquellos ojos brillantes que lo taladraron), pero Charlie casi escuchó la voz de cristales rotos que le decía: "Ya te cogeré".

Lo último que el capitán Marlow vio de aquel hombre fue cómo se levantaba, alzaba el rifle y volvía a disparar sobre la cosa que se dirigía hacia el altar.

Charlie corrió como pudo, el lomo agachado y la cabeza por delante. Se golpeó un par de veces con las ramas y las hojas mojadas, y el agua torrencial le azotó en el rostro. Estaba muy lejos de sentirse libre y esperaba que en cualquier momento la mole oscura que había surgido de las tinieblas lo aplastara; que el demonio de Sumatra apareciera en su camino erguido sobre dos patas y que lo mirase con sus ojos rojos y le mostrara su sonrisa divida por los incisivos inferiores; que una bala (le calibre .22 procedente de un Winchester 73 le atravesara la espalda y le reventara el corazón de una vez por todas…

Tropezó, o mejor, se escurrió con algo grande que se había interpuesto a su paso. Algo del tamaño de un perro grande, pero muy resbaladizo, como una roca blanda cubierta de líquenes, o bien… ¿la rata gigante?

Charlie se golpeó el rostro contra una roca de verdad, de las que no son blandas. Su nariz se acababa de quebrar y entró a participar en el concurso de dolores físicos que estaba sufriendo. Hasta el momento, su entrepierna llevaba ventaja sobre todo lo demás, pero la nariz rota se quiso imponer.

—Deje que lo ayude, capitán —dijo una voz conocida que se abrió paso entre el ruido de la tormenta. Una mano se posó sobre el hombro de Charlie—. Casi se mata por culpa de esa babosa.

Era el joven Hadoque, que estaba tan empapado como Charlie. La barba del muchacho chorreaba como un grifo abierto. Llevaba la pipa recta, obviamente apagada, en la boca.

—Se me ha mojado todo el tabaco —dijo Hadoque mientras ayudaba a que su comandante se levantara—. ¿Le queda a usted, capitán?

—En el bolsillo interior de mi abrigo —respondió Charlie con naturalidad—. Disculpa que no te lo ofrezca yo mismo, pero ya ves dijo, y se dio media vuelta para que Hadoque pudiera ver las manos esposadas.

—Ah —dijo Hadoque—. Han sido esos mamelucos, ¿no? Esos tres que lo llevaban atado del cuello como a una cabra… Son amotinados del *Matilda Briggs*, ¿verdad?

—No, no; esos venían por su cuenta —dijo Charlie—. ¿Qué has dicho antes de una babosa?

—Mírelas —dijo Hadoque y señaló a su alrededor. A los árboles y a las rocas.

Estaban por todas partes y eran, en efecto, del tamaño de pastores alemanes. La que se había interpuesto en el camino de Charlie, al menos, era así de grande. Había algunas más reptando por los troncos de las secuoyas o deslizándose sobre sus propios fluidos por entre las raíces gigantes que asomaban aquí y allá.

Junto a ellos, pegada lateralmente a una piedra que medía unos ochos pies, había una babosa del tamaño de una vaca, sus enormes antenas gruesas como brazos humanos.

Eran unos bichos repugnantes. Y fascinantes.

—Han salido con la lluvia —explicó Hadoque mientras metía la mano en el interior del bolsillo del abrigo de su capitán—. No he visto ni una sola de las pequeñitas.

—¿Qué ha sucedido en el poblado? —dijo Charlie, aunque se hacía una idea.

—Vayamos a cubierto si le parece bien, capitán. Podremos fumar y echar un trago —dijo Hadoque—. E intentaremos abrir esas esposas, ¿qué le parece?

A Charlie le pareció la mejor idea que había oído nunca.

Se cobijaron en el tronco hueco de uno de esos árboles gigantescos, sobre un montón de serrín que parecía y olía como estiércol húmedo. Pero después de un rato, Charlie logró entrar en calor.

Por la abertura de la entrada podían ver cómo las enormes babosas reptaban lentamente y dejaban tras de sí su rastro de babas pegajosas que se deshacían al contacto con el agua de lluvia. No era la escena más desagradable que Charlie hubiera contemplado en su vida. Casi se sentía acunado por ese curioso sonido que se escuchaba en su improvisada madriguera, un “crich, crich, crich” constante que al capitán Marlow le traía algún recuerdo lejano, pero no sabía exactamente cuál.

Hadoque se guardó su pipa mojada en el bolsillo y lió un par de cigarrillos que no logró encender con sus fósforos, pues también estaban húmedos. Lo intentó con las cerillas del capitán y desistió. Después sacó del bolsillo su petaca y acercó el gollete a la boca de Marlow, que echó un traguito. La mandíbula le dolía horrores y el alcohol hizo su efecto.

—Sabe aguado —dijo Charlie.

—El imbécil de Kabouter quiso gastarme una bromita —respondió Hadoque—. Que en paz descanse ese enano… Pero en fin, esto sigue

siendo Loch Lomond…

—Cuéntame cómo sucedió —dijo Charlie.

Hadoque miró a su comandante durante dos o tres segundos y bebió. Cubrió un eructo con el dorso de la mano y dijo:

—Esos endiablados salvajes de la isla no son tan tontos como yo había pensado, ¿sabe, capitán? Yo estaba con mis compañeros cuando llegó la vieja y vi cómo se marchaba usted hacia el oeste por la empalizada. El señor Sigerson estuvo intercambiando gestos con ese pellejo patizambo durante un buen rato, hasta que la mujer empezó a tirarle de la manga para que lo acompañara al poblado. Entonces Sigerson se acercó a nosotros y nos explicó, muy excitado, que esas bestias de piel gris hablaban un idioma que se parecía a otro muy antiguo, uno que Sigerson llamó *curicasino* —”carcosano”, corrigió mentalmente Charlie—, y que había logrado descifrar bastantes palabras sueltas. Decía que estaba seguro de que el “curicasino” era el padre o el tío de otra lengua… una que al parecer tiene que ver con un caldero de estofado —"caldeo”, tradujo Charlie para sí—, y que es la madre o la prima de lo que hablaban las gentes de Cornualles en no sé qué época muy lejana…

—Abrevia, Hadoque —dijo Charlie—. No me interesa si esa gente habla tagalo o bereber. ¿Qué le dijo esa bruja a Sigerson?

Hadoque echó otro trago de whisky con agua sucia.

—Lo que el señor Sigerson entendió es que esos fulanos con taparrabos estaban muy enfadados, capitán Marlow. Muchísimo. ¿Y sabe por qué?

—Por qué —dijo pacientemente Charlie, que empezó a notar que el ambiente se estaba llenando de polvillo. Se sacudió el abrigo y comprobó que eran diminutos trocitos de madera, como el serrín húmedo sobre el que estaban sentados.

—Porque, fíjese usted, capitán, primero sufrieron el ataque de los amotinados del *Matilda Briggs*, que aparecieron en la playa subidos en un artefacto infernal, un carro sin caballos que disparaba proyectiles enormes… Los traidores de ese barco iban bien armados y la tomaron con los salvajes; al parecer incluso se llevaron a algunas mujeres… Pero eso no es todo, capitán —Hadoque volvió a beber, y Charlie le quitó la petaca con muy poco tacto y aprovechó para echar él mismo un trago, pues se estaba enfriando de nuevo y le dolía todo el cuerpo, pero sobre todo la nariz—; lo peor es que unos días después apareció en el poblado una bestia inimaginable, un monstruo que según el señor Sigerson había escapado de la bodega de ese barco fantasma. Y al llegar a la isla, el engendro abominable se dedicó a robar niños nativos… ¿Qué le parece, capitán? Apuesto a que no imagina qué clase de animal era ése…

—Una rata gigante —dijo Charlie sin pensarlo—. De Sumatra, en

concreto.

—¿Cómo lo sabe? —dijo un sorprendidísimo Hadoque.

—Soy capitán de un vapor volandero y patrón de un montón de mamarrachos peligrosos, Hadoque. Tengo que ser listo por necesidad, ¿no?

Hadoque se encogió de hombros y volvió a ponerse la pipa mojada en la boca.

—Sigerson nos dio instrucciones de permanecer donde estábamos, pues pensaba acompañar a la vieja hasta las chozas para echar un vistazo. Yo me ofrecí a acompañarlo, pero no quiso que lo hiciera. Si este inglés tozudo no se hubiese negado, quizá ahora las cosas serían de otro modo…

—¿Inglés? —dijo Charlie un tanto divertido.

—Bueno, capitán… En el *Friesland*, todos saben que no es noruego. Algunos piensan que es un pariente del barón Maupertuis, pero en mi opinión…

Tu opinión no viene al caso, Hadoque —dijo Charlie—. Y no te conviene pensar tanto en cuestiones que no te incumben, ¿queda claro? Cuéntame qué pasó después.

—Bien, capitán… Sigerson dejó que la vieja se lo llevara a tirones de la manga. Como le he dicho, a mí no me gustó ni un pelo que se marchara él solito, pero ya ve… Mientras tanto, Heeren y Aakster siguieron vagueando en esas escaleras de piedra y Kabouter no paraba de dar la lata pues quería que montáramos nosotros mismos la ametralladora de Sigerson… y ojalá le hubiera hecho caso a ese enano cabezota y malicioso, capitán, pues de haber sido así, quizás esos energúmenos sin alma se lo habrían pensado dos veces antes de atacarnos.

—Dios mío —dijo Charlie, aunque ya conocía el final de la historia, pues Porlock había sido bastante claro al respecto.

—Aakster, ese buen hombre tan espigado y tan simpático, se levantó y se fue en dirección a unos matojos cercanos para aliviarse, y un par de minutos después, reapareció tambaleándose en dirección a nosotros… Del costado le salía la punta de una lanza y no pudo llegar a la escalinata, pues otra lanza lo ensartó a la altura del pecho. Un puñado de esos demonios corrió hacia nosotros por derecha e izquierda, empuñando sus hachas de piedra y más lanzas, y por el camino del pueblo llegaban más de esos cabestros criminales. Créame, capitán, cuando le digo que presentamos batalla: Heeren dejó a un par de ellos en el suelo a puñetazo limpio, y un hacha le quebró el cráneo mientras estaba estrangulando con sus propias manos a un nativo enorme… Y el pequeño Kabouter demostró que tenía tanto valor como malas pulgas: sacó un cuchillo que llevaba escondido en la bota y mantuvo a raya a los

salvajes durante un rato. Repartió tajos a diestro y siniestro, ese hombrecillo… pero acabaron con él. Yo tuve más suerte, pues cuando vi que estábamos en inferioridad numérica de forma tan aplastante, le aticé bien fuerte a esos… esos…

—Majaderos, sátrapas, miserables —apuntó Charlie.

—Majaderos, sí —repitió Hadoque—. Y tuve la suerte de escapar siguiendo el mismo camino que había tomado usted, por el pie de **la** muralla hacia el oeste. Lo último que vi de mis compañeros fueron sus cabezas clavadas en picas, como la de ese individuo que estaba en **la** playa. Los mataron sin piedad, capitán. Son unos cobardes, capitán. Unos auténticos cobardes…

Hadoque se tapó el rostro con ambas manos para ocultar sus lágrimas. Charlie suspiró y pensó en los pobres marinos a los que el destino, Sigerson, Mycroft Holmes, el Club Diógenes, y sobre todo, el capitán Charles Marlow, habían llevado a esa isla perdida para morir.

Le devolvió a Hadoque su petaca de Loch Lomond aguado, y el joven belga apuró el contenido de un solo trago. Lo necesitaba.

Hadoque le habló del agujero en la empalizada, el mismo que Marlow y había cruzado horas antes, y le explicó a su comandante cómo lo había buscado a quinientas yardas a la redonda. También le dijo que antes de que anocheciera, se atrevió a regresar para echar un vistazo al poblado y vio cómo llevaban a Sigerson, desnudo y atado de pies y manos, hacia la misma escalinata donde habían asesinado a los marineros holandeses. Hadoque describió las obscenas—por extrañas manipulaciones que los salvajes realizaron sobre el cuerpo del falso noruego, pues lo untaron de pies a cabeza con aceites y otros ungüentos y le colocaron flores en los rincones más insólitos de su cuerpo. El belga creyó en ese momento que lo estaban aderezando con especias para meterlo directamente en la olla y después zampárselo enterito, y eso le ocasionó otra llantina, pero esta vez no pudo aplacarla con alcohol. Así que Charlie le contó que eso no había sucedido, que nadie se había comido a Sigerson… sino que simplemente, los nativos se lo habían entregado a un horror andante que en esos momentos andaba suelto por aquella selva, un gigante imposible al que los salvajes adoraban como a un dios —o mejor, como a una diosa—, y que salvo que se hubiera producido un milagro, ni él ni Hadoque podrían hacer ya nada por salvar al estirado inglés.

—Parece que ha escampado —dijo Charlie—. Deberías volver al *Friesland*, muchacho. O al menos intentarlo. Aunque lo más probable es que te mate esa cosa que se ha llevado a Sigerson, o la rata, o cualquier otro de los monstruos que seguro rondan por ahí afuera. Aunque quizás sean los nativos los que ensarten tu cabeza en una lanza, o acaso los tres criminales que me han puesto estas esposas y me han dado una buena paliza te atrapen y te torturen y al final te metan una bala en la cabeza o

en el trasero… Son unos tipos muy peligrosos, esos tres. Y muy obstinados. Venían siguiendo a Sigerson desde Calcuta, o como me ha dicho uno de ellos, desde mucho más lejos… Al parecer atracaron en algún lugar al oeste y entraron a esta parte de la isla por unas grutas; quizá puedas intentar escapar por ahí… Sí, creo que podrías ayudarme a reventar esto —se refería a las esposas— y después volver con O'Rourke. Dile de mi parte que en cuanto se cumpla el plazo que le di para venir a buscarnos, puede levar anclas y llevarse el *Friesland* de vuelta a casa. Sí, díselo si no te matan en el camino.

—¿De qué está hablando? —dijo Hadoque—. ¿No piensa venir conmigo?

—Tengo que cazar a un pajarraco, marinero. Uno muy viejo y muy calvo; un pajarraco que es el principal responsable de que tú y yo estemos aquí. Un pajarraco que ya ha metido en problemas ha demasiados hombres como nosotros —dijo Charlie y pensó en el capitán Briggs y en los marinos del *Mary Celeste* y por supuesto también en una muchacha llamada Sophia Matilda a la que nunca, nunca, nuca iba a conocer.

Porque ahora, Charlie había tomado una decisión: iba a matar a Severus Magog Sivane. La idea de atraparlo y llevarlo vivo a Londres le parecía absurda en esos momentos. Y estaba seguro de que Sigerson habría estado de acuerdo con él. A fin de cuentas, ambos eran hombres de Diógenes.

—Le ayudaré con las esposas —dijo Hadoque—. Pero no crea ni por un segundo que pienso abandonarlo aquí, capitán Marlow. Bajo ningún concepto, y me importa tres pimientos si cuando regresemos a bordo del *Friesland* quiere encerrarme en el calabozo y tenerme a pan y agua. ¿Comprendido?

Charlie sonrió al muchacho.

—Bendita sea tu juventud y tu nobleza, Hadoque —dijo Charlie—. Pero estás como una cabra.

Cuando salieron de su refugio, las babosas gigantes habían desaparecido como por ensalmo. Las hojas de los árboles seguían goteando y la jungla se había tornado aún más oscura, pues el cielo seguía nublado.

Hadoque utilizó una piedra para romper la cadena de las esposas y Charlie se sintió mucho más aliviado al poder estirar los brazos, que se le habían quedado entumecidos.

En realidad, sentía que todo le dolía menos, aunque la nariz le palpitaba como si le estuviera creciendo un apéndice nuevo en mitad del rostro. Estaba lejos de encontrarse bien.

Discutieron durante un rato la conveniencia de marcharse de allí en busca de Sivane o pasar la noche en el hueco del árbol, pero la discusión

quedó zanjada cuando vieron la enorme termita, tan grande como un conejo de campo, que apareció por el agujero de la secuoya milenaria donde habían estado al resguardo de la lluvia.

Charlie sacó su brújula de bolsillo y comenzaron a caminar hacia el norte de la isla.

Comida y postre

—HAN pasado por aquí —dijo Charlie.

Hadoque se sacó un pañuelo para taparse la nariz. El hedor de las heces desparramadas y la carne en proceso de descomposición era insufrible. El belga no fue capaz de acercarse al cadáver para tocarlo, al contrario de lo que había hecho su comandante, que estaba acuclillado junto al revoltijo de tripas y órganos reventados.

La mitad inferior del monstruo muerto reposaba sobre un gran charco, medio hundido en el barro. Era un macho, pues el correoso miembro viril, del tamaño del antebrazo de Charlie, le colgaba entre las patas. Enhiesto debía haber sido tan grande como el de un caballo.

Charlie observó que el animal había sido un bípedo de color verde grisáceo. La piel era rugosa como la de un cocodrilo y poseía un largo y grueso rabo con dos crestas paralelas de plumas. Tenía las rodillas articuladas igual que los seres humanos; en vida, aquella cosa se había alzado sobre unas poderosas garras con tres dedos cuyas uñas eran del tamaño de cuchillos Bowie.

Lo que quedaba de la parte superior del animal, esto es, un pedazo del torso de la bestia que aún conservaba un bracito proporcionalmente diminuto y una cabeza que medía casi cinco pies, se encontraba cincuenta yardas más al norte. Era mucho más grande que la cabeza que le había enseñado el bigotudo coronel (Charlie le dedicó un pensamiento bastante nefasto a su torturador y se lo imaginó colgando de las fauces de una bestia como aquella, pidiendo auxilio y socorro y perdón por sus pecados), pero sin duda se trataba de la misma especie.

Era un maldito dinosaurio, vaya si no. Y Charlie había decidido bautizarlo con el nombre científico de Monstruo Gigante N° IV cuando el bigotudo le mostró el ejemplar que había cazado. Los otros animales que Charlie se había permitido bautizar en la Clasificación Zoológica Marlow incluían al dragón marino (MGN II), a la diabólica rata de Sumatra (MGN III), a la diosa Kho (MGN V), a las babosas (MGN VI) y a la termita (MGN VII). Charlie había empezado a numerar a la familia Monstruo Gigante —Charlie no entendía de categorías, órdenes, clases o divisiones— con el extraño pájaro que le había contagiado una enfermedad mortal al pobre Vogt. “Ya he perdido a cuatro hombres”, se dijo Charlie. “Cinco, si contamos a Sigerson”.

Alguien, con toda seguridad Sivane y muy probablemente dos o tres individuos más que Charlie sabía, iban a pagar por esas muertes.

—Deberíamos comer algo —dijo Charlie.

—Veré si encuentro algún fruto por ahí, capitán —dijo Hadoque y salió disparado hacia un conjunto de árboles.

—Espera, espera —dijo Charlie—. Me refiero a este bicho. Tengo entendido que no es venenoso. No sabe muy bien, pero es comestible.

—Huele a rayos fritos, capitán —dijo Hadoque—. No pienso tomar un bocado de eso. Además, será peligroso encender una fogata… y ni siquiera tenemos cerillas.

Charlie se metió una mano en el bolsillo y sacó su caja de fósforos. La agitó ante los ojos del muchacho y se la arrojó.

—Pruébalas ahora —dijo Charlie.

Hadoque sacó una y la frotó contra la lija lateral de la cajita. Saltó una chispa y la cerilla prendió.

—Úsala para encender tu pipa —dijo el capitán—, pues tienes razón con respecto a lo de hacer una hoguera. Espero que el tabaco que fumas no sea tan apestoso como el que llevaba Sigerson; si no, podrán seguirnos el rastro hasta el fin del mundo. ¿Tienes un cuchillo, por un casual? No, ese era Kabouter, que en paz descanse… Bien, veamos…

Charlie se limpió el barro de las botas y se dirigió hacia los árboles astillados que marcaban el camino tomado por el artefacto de Sivane. Habían encontrado el rastro al amanecer y aunque en principio Marlow pensó que se trataba de las huellas del paso de la diosa Kho, pronto encontró algunas marcas de rodadas, la mayoría borradas casi totalmente por la lluvia, como las que el desaparecido (y presumiblemente ya difunto) Sigerson le había mostrado en los montoncitos de arena a bordo del *Matilda Briggs*. La presencia del cadáver de un imponente ejemplar de Monstruo Gigante Número IV seccionado en dos partes (por un cañonazo, presumiblemente) confirmó que iban por buen camino. A fin de cuentas, Sivane había regresado a la isla por algún motivo y Marlow estaba seguro de que lo que ese pajarraco chalado pretendía era recuperar su armatoste. ¿Cómo iba a hacerlo? De eso Charlie no tenía ni idea. Pero esa era la intención del viejo. Después de todo, como Sigerson había explicado, el doctor era un genio.

A espaldas de Charlie, Hadoque había fruncido el ceño y a pesar de lo que había dicho su comandante, se había encaramado a un extraño árbol frutal del que pendían unas bolas rojas tan grandes como piñas tropicales. El belga no paraba de refunfuñar “no pienso comer carne de un lagarto podrido, ¡no, señor!” en voz bajita, pero no tanto como para que Charlie no pudiera escucharlo.

Marlow encontró un par de astillas punzantes y se las llevó hasta el

cuerpo del saurio. Con dos palos no podía cortar aquella piel rugosa, pero sí podía clavarlos y desgarrar el pellejo.

Hadoque observó desde el árbol el trasiego de su patrón con el animal muerto mientras mordía una de esas frutas rojas e intentaba tragársela. Acabó por escupirla.

—¡Esto sabe a calcetín, capitán Marlow! —le gritó.

Marlow logró atravesar la coraza escamosa del monstruo a base de pinchazos y después de un rato arrancó un filete repleto de venas coaguladas y ninguna grasa. Charlie se lo llevó a la boca y le dio un mordisco, pero no consiguió cortar más que un pedacito de aquella carne tan fibrosa.

—Está demasiado dura —dijo Charlie. La sangre le chorreaba por la barbilla. Pensó que debía parecer un caníbal—. Es puro músculo de las patas, Hadoque. Quizá más arriba, junto a las vísceras…

El belga seguía mordisqueando cosas que colgaban de los árboles, parecieran o no frutos, y al final dio con una especie de peras grandes que por dentro tenían sabor y textura parecidos al de la uva de vino. Cogió un par para llevárselas al capitán, que se había metido hasta las rodillas en aquel revoltijo de tripas y vísceras con un palo en cada mano.

—Capitán, eso que está haciendo es asqueroso —dijo Hadoque—. Pruebe una de éstas que he encontrado, verá qué ricas están…

—Aguarda, muchacho —dijo Charlie y hundió los dos palos en la parte superior del empeine de la bestia muerta.

Se escuchó un sonido agudo que tenía algo de silbido. Procedía del interior del animal.

—¿Qué infiernos es eso, capitán?

—Creo que son gases…

Lo que quedaba del vientre del saurio empezó a agitarse. El pellejo verdoso se contrajo y se abombó en algunos puntos.

La piel se quebró, finalmente. Aquí. Allí. Un poco más acá. También un poco más allá. Incluso en la pierna que Charlie no había perforado con su improvisado instrumental de carnicero.

Los gusanos asomaron sus cabezas. Rojas como fresas. Pero mucho más grandes.

—Que me parta un rayo —acertó a decir Hadoque.

A Charlie le dio un vuelco el estómago. Sintió arcadas, pero no tenía nada que vomitar. Aún así, soltó bilis teñida de rojo por la boca.

Ya no le quedaba dentro ni un gramo de carne de Monstruo Gigante Número IV Y no le quedaban ganas de comer ni mucho ni poco de este otro ejemplar. Charlie había oído decir a un médico que trabajaba para Diógenes, un tipo muy alto y estirado llamado Thorndyke, que el tamaño de las larvas de insectos que nacían en los cadáveres determinaba la hora y la fecha del deceso. En ese momento, a Charlie le

hubiera encantado que el doctor Thorndyke estuviera allí para medir con su instrumental a esos gusanos con mandíbulas como pinzas de cangrejo por boca, peludos y de un color verde casi fosforescente, para ver si podía decir cuánto tiempo llevaba muerto el dinosaurio. Charlie calculó que el más pequeño de esos bichos mediría unas treinta pulgadas.

No, ya no le quedaban ganas de masticar la dura y putrefacta carne del monstruo. Pero el destino siempre ofrecía más opciones a los que sabían aprovecharlas.

—Bueno, capitán, ¿no prefiere tomar una de estas frutas? Son muy dulces —dijo Hadoque.

Charlie se volvió hacia el belga y le dijo:

—Guárdame una para el postre, muchacho.

Carroñeros

TENÍAN un regusto parecido al de los frutos secos, así como una textura gelatinosa. Definitivamente, eran comestibles. Y una vez Charlie les arrancó el peludo pellejo y la cabeza colorada, hasta disfrutó de su sabor.

Hadoque contempló cómo su comandante ensartaba con los palos puntiagudos a un par de gusanos y se los llevaba bajo un árbol para despellejarlos y comerles las entrañas. Ahora fue el belga quien sintió mareo y arcadas, y a punto estuvo de vomitar cuando Charlie le ofreció un pedazo de carne de gusano espetada en la estaca. Marlow se entretuvo en explicarle a Hadoque todos los pormenores de la degustación: cuál era el poder evocador del aroma que exhalaba este plato exquisito, cuán tierna era aquella carne, cómo se deshacía en la boca…

Charlie ya había comido gusanos con anterioridad en otras parles del mundo. Nunca tan grandes y jamás gusanos nacidos de un cadáver. Pero siempre hay una primera vez para todo.

Se habían sentado a la sombra de un grupo de árboles más pequeños en cuyo centro había una roca plana que ejerció perfectamente la función de banco y mesa: Si hubieran tenido una cesta con panecillos y un mantel, se dijo Charlie, habría parecido que estaban haciendo un picnic. Sólo que los emparedados eran de gusano de treinta y tantas pulgadas (una especie también conocida como MGN VIII) y los estaba comiendo sin pan.

Hadoque ya se había llenado la panza con sus peras con sabor a uva y había vuelto a encender la pipa. Se estaba entreteniendo en rellenar la petaca con el zumo oscuro de esas frutas exóticas cuando empezaron a escuchar los aleteos sobre sus cabezas y un poco más allá, justo donde habían quedado los restos del dinosaurio.

Charlie y Hadoque se miraron interrogativamente.

—Suena como… —empezó a decir el belga, pero Charlie se llevó el dedo índice a los labios y lo hizo callar.

Se levantaron de la improvisada mesa de picnic y caminaron, agachados y procurando ocultarse tras los gruesos troncos, hasta un lugar desde donde pudieran ver qué estaba sucediendo.

Los dos marinos contemplaron la escena con renovada fascinación:

del cielo estaban descendiendo pájaros, al menos una docena, que se arremolinaban en torno a los dos pedazos del cadáver del monstruo.

Pero no se trataba de pájaros, claro, sino de algo distinto. Por ejemplo, carecían por completo de plumas y estaban recubiertos de una piel coriácea de color marrón brillante. Además, si el saurio que en vida había caminado erguido y sobre dos patas tenía —incluso muerto— algo que recordaba a una gallina carnívora y desproporcionadamente grande, estas criaturas calvas eran reptiles con membranosas alas de murciélago y larguísimos picos dentados que estaban utilizando para desgarrar la carne de la carroña. Había al menos media docena y Charlie vio cómo uno de ellos ensartaba a un gusano, lo arrojaba al aire y después lo engullía de un bocado. Muchos gorriones hacían eso mismo.

Charlie también pudo ver las zarpas que tenían por patas esas criaturas y supo que se trataba de un grupo de MGN I, la misma clase de animal que le había causado la muerte al viejo Vogt.

Sintió un escalofrío.

—Son como buitres devorando a un carnero muerto —dijo Hadoque—. Los he visto hacerlo muchas veces.

—Era lógico que aparecieran carroñeros respondió Charlie—. Lo extraño es que no llegaran antes, pues yo diría que el cadáver lleva ahí por lo menos un día, si no más tiempo…

—Es cierto —dijo el belga—. ¿Cómo es posible que no lo hayan localizado antes desde el cielo?

Los reptiles voladores ya eran una veintena y se habían repartido entre los dos pedazos de cadáver. Charlie constató que los marinos del *Friesland*, quienes habían atisbado por un momento al monstruo que casi se había llevado volando a Vogt, estaban en lo cierto: esos pajarracos —Charlie recordó por un instante a Sivane y después borró la imagen de su mente— debían de medir entre diez y quince pies de punta a punta de las alas. Y como todas las criaturas que había encontrado en la isla de la Niebla, parecían verdaderos demonios.

—No lo sé con certeza—dijo Charlie—, pero es posible que no hayan querido acercarse a la carroña porque…

Charlie Marlow pudo contar esta historia porque en ese preciso instante, el joven Hadoque lo empujó con todas sus fuerzas hacia un lado y dejó que la bestia cornuda se estrellara contra el tronco de la secuoya desde la cual observaban a los saurios alados. El árbol crujió igual que el cuello de ese nuevo animal, que tras el golpe quedó tendido. Lo mismo que Charlie.

Marlow intentó incorporarse rápidamente y pudo ver a esa especie de rinoceronte con tres cuernos, dos largas astas que le salían de la frente y una punta curva y más corta que nacía en su hocico.

“Monstruo Gigante Número IX”, lo clasificó mentalmente. "Treinta

pies de largo y unos ocho o nueve de alto”, calculó, y Charlie se dijo que aquel bicho era incluso más grande que el cadáver seccional lo en dos partes del MGN VII. Su piel era de un tono grisáceo, como la de los elefantes, y alrededor del cuello tenía una protuberancia circular, un collarín, que lo hacía parecer un primo iletrado de William Shakespeare. Se trataba de un cuadrúpedo de cola más bien corta y en esos momentos el monstruo estaba agonizando.

—Demonio de diplodocus —dijo Hadoque desde el suelo, a lo que Charlie respondió:

—He visto esqueletos de diplodocus y no se parecen en nada a esa cosa.

—Tanto da —dijo Hadoque.

—Tienes razón, muchacho. Y gracias por salvarme la vida —dijo Charlie y le tendió una mano para levantarlo—. Te decía que esas aves no se han atrevido a tocar la carroña porque quizás había algún depredador cerca. Parece que yo estaba en lo cierto.

Entonces escucharon las descargas, no menos de cinco disparos, y a continuación el estruendo de una veintena de pares de alas gigantes que empezaron a agitarse al unísono.

Charlie y Hadoque se volvieron hacia el lugar donde los carroñeros se estaban dando un buen festín para ver cómo los monstruos alzaban el vuelo, salvo dos que habían quedado tendidos en el barro y otro que estaba aleteando inútilmente sin lograr elevarse. Y al tiempo que esto sucedía, Charlie giró una vez más la cabeza para ver al enorme ejemplar de MGN VII, alias “el bípedo cabezón con demasiados dientes en las mandíbulas”, que se abalanzaba sobre ellos a toda velocidad.

Esta vez fue Charlie quien le salvó la vida al belga, pues lo empujó a un lado y las garras del monstruo pisaron justamente en el lugar donde un segundo antes se habían encontrado los dos marinos.

Pero el dinosaurio no los buscaba a ellos, sino a los reptiles voladores.

—¡Pero qué locura de…! —empezó a gritar Hadoque mientras se limpiaba el barro de la cara, y Marlow le tapó la boca con la mano. No se quedó con ganas de saber qué insulto creativo y sacado del propio acervo de Charlie iba a utilizar ahora el muchacho para describir la situación.

—Cállate, marinero —le dijo al belga, y continuó en un susurro—: Tenemos que ser más discretos, Hadoque. Estamos rodeados por monstruos y por si no te has dado cuenta, también hay hombres armados muy cerca. Y no creo que se trate de nuestros compañeros del *Friesland*. Ven conmigo y no te levantes por nada del mundo.

El dinosaurio la había emprendido con el ave Roe que no podía volar (a Charlie le había gustado la denominación de Hadoque más que la

suya propia de MGN I) y en esos momentos la había atrapado entre sus mandíbulas y estaba masticándola, la cabeza del reptil alado colgando de la terrible quijada del monstruo verdoso.

Charlie y Hadoque se arrastraron por la tierra mojada muy despacio para ocultarse tras el cuerpo del rinoceronte de los tres cuernos y desde allí pudieron ver cómo un grupo de cuatro hombres ataviados como marineros y armados con fusiles se plantaban ante el gigantesco bípedo y empezaban a disparar contra él. En el cielo, los roes planeaban formando un círculo a la espera de que la batalla finalizase y pudieran quedarse con los restos mortales de los vencidos.

—Están locos, esos valientes —dijo Hadoque.

—Lo que están es muertos, esos imbéciles —dijo una voz a la espalda de Charlie.

Se trataba de un verdadero gigante, un hombre muy alto y corpulento, de unos cincuenta años. Lucía unos negrísimos bigotes y llevaba un rifle Lee-Enfield de cerrojo en la mano izquierda y un Colt del .38 en la derecha. Los galones que adornaban la bocamanga de su guerrera de color azul marino y la gorra de plato blanca (aunque algo ennegrecida por la suciedad) no dejaban lugar a dudas de qué oficio ejercía ese individuo.

—Soy el capitán Carey, del *Matilda Briggs*. Y si os portáis bien dejaré que me llaméis Black Michael. Así que decidme, ¿quién infiernos sois vosotros dos, par de granujas?

Otro menú exótico

—No diré que se trate de magia negra, pues no creo en esas paparruchas, pero mis hombres están convencidos de que esa maldita rata es un demonio al que jamás debimos molestar. Y estoy seguro de que tienen razón.

El capitán Carey no se había quedado para ver cómo el enorme dinosaurio bípedo daba cuenta de sus hombres. Por el contrario, había apuntado a Charlie y al joven Hadoque con sus armas y los había obligado a caminar ante él por un sendero natural bastante discreto.

Charlie miró un par de veces por encima del hombro mientras se alejaban de la matanza y pudo ver cómo el monstruo lanzaba una dentellada sobre uno de los marinos que le disparaban y lo partía por la mitad. Los reptiles voladores seguían planeando en círculos y en cuanto cesó el sonido de los rifles, comenzaron los aullidos y los gritos de socorro.

Y el capitán Carey tan sólo sonreía.

—Esos pobres cretinos se presentaron voluntarios para buscar comida —dijo el capitán—. Necesitamos carne para los enfermos, ¿sabéis? Los cuatro tipos que han decidido pasar el resto de su vida en el vientre de uno de estos bichos eran los únicos que estaban lo bastante sanos como para salir a cazar. Bueno, también yo… Y Gograh, claro. Pero es evidente que ese jorobado tiene cosas mucho mejores que hacer, ¿no creéis?

Carey les hablaba de todas esas cosas como si Charlie y Hadoque supieran tan bien como él a qué se estaba refiriendo. Charlie le dio un codazo a su compañero, que asintió, pues no necesitaban más gestos para entenderse: estaba claro que el capitán del *Matilda Briggs* había perdido la razón.

Cuando Carey les había preguntado quiénes eran, Charlie se apresuró a explicar que ambos eran también marinos y que él era el capitán de un vapor volandero llamado *Friesland*, de la compañía Holanda-Sumatra. También le dijo que habían llegado a la isla por pura casualidad, pues se habían desorientado en un extraño banco de niebla y habían encallado en unos arrecifes cercanos. Habían desembarcado en una cala diminuta de la zona oeste de la isla y el joven Hadoque y él se habían extraviado cuando se habían internado en la jungla en busca de comida. Toda la

tripulación del *Friesland*, que por cierto iba bien pertrechada con armas de todo tipo y condición, debía de estar peinando la selva en busca de su capitán y del muchacho belga, al que todos querían como a un hermano.

El capitán Carey miró a Charlie durante unos segundos con semblante serio y a continuación le guiñó un ojo y se echó a reír escandalosamente, tanto que Charlie temió que llamara la atención del dinosaurio.

—Podéis llamarme Black Michael si queréis, granujas mentirosos —les dijo—. Y ahora, desfilad los dos delante de mí —añadió y los animó dándoles unos amables golpecitos con el cañón de su rifle.

La senda, que estaba repleta de siniestros insectos y arácnidos del tamaño de melones que se cernían sobre las cabezas de los marinos, los condujo a un camino mucho más amplio, esta vez obra de seres humanos: Algo había arrancado, quebrado y aplastado árboles y había dejado tras de sí unas huellas de rodadas que incluso a Hadoque le resultaban ya familiares.

—¿Sabéis algo? —dijo el capitán Carey—. Me importa un bledo quiénes seáis. Es la pura verdad.

—¿A dónde nos lleva, capitán? —preguntó Charlie.

—Llámame Black Michael, compañero. Porque tú también eres capitán, ¿no? Otro capitán de pacotilla como yo, ¿verdad? —dijo, y volvió a reírse.

—¿Dónde vamos, capitán? —insistió Charlie.

Black Michael carraspeó, pues no le gustó que Charlie le hiciera el desprecio de no tutearlo y le dijo:

—¿Adónde? Pues al campamento, por supuesto. A la muerte de un modo u otro, señor capitán del *Friesland.*

—Es Marlow—dijo Charlie—. Capitán Charles Marlow.

—Y yo soy Archibald Hadoque, cobarde negrero grandullón —dijo el belga—. Seguro que no tendría valor de enfrentarse conmigo si estuviera usted desarmado, pedazo de reptil renegado…

Black Michael le pegó en los riñones con la culata del fusil y Hadoque cayó al suelo. Charlie le tendió una mano y le indicó con un gesto que mantuviera cerrada la boca.

—Vais a morir, tenedlo por cierto; aunque lo más probable es que no os mate yo —dijo Carey—. Enfermaréis, no os quepa la menor duda. Y si no os mata la enfermedad, Gograh os descuartizará o pensará algo incluso más creativo. Tampoco me sorprendería que esta noche el demonio de Sumatra se llevara a alguno de vosotros a su madriguera… es insaciable, ese roedor. Parece que come por siete u ocho…

—Háblenos de esa rata —le pidió Charlie—. Si no tiene inconveniente, claro.

—Ningún inconveniente, señor capitán —dijo Black Michael con

retintín—. A fin de cuentas, estoy conversando con dos cadáveres andantes…

»Ya os he dicho que no creo en brujerías, pero sí es cierto que ese animal es el más inteligente que he visto en mi vida. Nos ha diezmado en menos de una semana. Y lo ha hecho a conciencia. ¿Sabéis cuántos hombres del *Matilda Briggs* desembarcaron en la isla? Treinta y tres, además de Gograh y servidor. ¿Y sabéis cuántos quedan vivos? Nueve, además de Gograh y servidor. Y de esos nueve, al menos siete no sobrevivirán a esta noche. Un par de ellos son jóvenes, como el mozalbete aquí presente (¿Hadoque, dices que te llamas?) y quizá se recuperen… Pero lo normal es que a esos, la rata se los lleve, como seguramente os sucederá a vosotros dos.

Black Michael hizo una pausa que Charlie interpretó como "dramática", pero cuando volvió la cabeza y lo vio encenderse un cigarrillo, se dio cuenta de que se había equivocado. El sentido teatral de ese hombretón era de otra clase y no precisamente narrativo…

—Sabréis tan bien como yo que si un depredador puede elegir entre dos presas, elige siempre a la más débil. La más fácil. O, como sería nuestro caso, la más enferma… Porque los animales no son como nosotros, pues carecen de orgullo. Pues bien, ese demonio nos ha atacado noche tras noche desde que Gograh hizo que acampáramos y siempre se ha llevado consigo a hombres sanos. ¿Y sabéis por qué? Porque sabe que así acabará con todos nosotros… y eso es porque es una bestia muy, muy lista. Vaya si no.

Charlie ya había oído hablar a Sigerson de la rata gigante en esos términos, pero no esperaba un ejemplo de inteligencia como el que estaba relatando el capitán Carey… si es que en verdad era capitán, pues Charlie ya empezaba a sospechar que no.

—Nos quiere a todos muertos porque nos recuerda. La rata demonio sabe que fuimos nosotros quienes la arrancamos de su madriguera en aquel rincón perdido de Sumatra… El calvito quería cazarla a toda costa, claro que sí… Ese viejo gruñón le tendió una buena trampa. El calvito tenía una jaula bien preparada para atraparla: en lugar de queso, puso a Harvey Cheyne, el grumete del *Matilda Briggs*, ¿qué les parece? Y la rata picó el anzuelo y cayó en el cepo. Y se zampó al grumete Harvey, a ese cumplidor hombrecito californiano que no tenía más de quince o dieciséis años, vaya si no…

Black Michael se echó a reír, pero en esta ocasión no se trataba de una risa sincera, sino de una carcajada forzada y bastante triste, quizá incluso siniestra.

—Ese fue el primer momento en que mis hombres y yo empezamos a considerar seriamente hacer algo contra el calvito… Se llamaba Sivane, ¿sabéis? Pero ahora el calvito debe de estar muerto y en la panza de la rata demonio. Lo dejamos en una jaula contigua a la de la rata y si el

demonio ahora está aquí, eso significa que escapó de la bodega del *Matilda Briggs*… Espero que se lo hiciera pasar muy mal al calvito. Sí, esa idea me gusta.

Black Michael cerró los ojos: quizá imaginaba a la rata dando zarpazos a través de los barrotes de la jaula, lacerando al doctor Sivane, pero pronto salió de su ensoñación.

—Fue Gograh quien nos azuzó. Fue Gograh el que habló con la tripulación y les dijo que el dueño del barco merecía un castigo, que el calvito se había pasado de la raya… Ese jorobado me convenció incluso a mí. Podéis creerme, pues ahora mismo estoy aquí y no a bordo del *Matilda Briggs*. Gograh era el felpudo del calvito: ese tirano lo llamaba "montón de guano", "inútil contrahecho", "vomitiva gárgola" y otras lindezas igual de agradables. Y Gograh se comportaba como un perfecto esclavo. Parecía un hombrecillo sumiso e incapaz de hacer daño a una mosca… ¿Y sabéis algo? Fue Gograh el que decidió encerrar al calvito de la barba de chivo junto a la rata para atormentarlo. ¿No os decía que ese Gograh es individuo con mucha imaginación? Quizá no tenga ni un gramo de bondad en su cuerpo, pero ¡diablos!, sabe cómo tratar a bastardos como mi antiguo patrón…

Y de nuevo se echó a reír, esta vez con más ganas.

—También fue Gograh, claro que sí, el que nos propuso que desembarcáramos en la isla. "La conquistaremos con el omnimóvil de Sivane", nos dijo. "Traeremos con nosotros las riquezas que encontremos allí… ¡y mujeres nativas para todos!" Y los hombres lo jalearon, y yo también, vaya si no. De modo que decidimos seguirlo… Dejamos a bordo a McConnell y a unos cuantos más que no terminaban de aceptar la idea de seguir a un maldito jorobado allá por donde quisiera ir y los demás dejamos que Gograh nos guiara… ¡Deberíais haberlo oído gritar desde el principio! Amigos, ¡Gograh debería estar internado en Bedlam! Pero no… Gograh está aquí, en esta maldita isla, y ha conseguido que nos maten a todos… Porque yo ya estoy muerto, amigos… Y también vosotros, claro. Pero no es sólo culpa de la rata, sino también de ese jorobado…

—¿Qué es el omnimóvil? —preguntó Charlie, aunque sabía perfectamente que se trataba del nuevo invento del pajarraco.

—Ah, señores capitán y marinerito belga, tendréis que verlo con vuestros propios ojos para creerlo. Tened paciencia, amigos, tened paciencia…

»Cuando llegamos a la playa, Gograh se encargó de amilanar a los nativos que allí encontramos con el cacharro del calvito… No tuvimos que matar a muchos y sólo sufrimos una baja, un sueco al que supongo ya se habrán zampado los caníbales, pues no nos molestamos en enterrarlo. —Charlie recordó la cabeza empalada en la playa—. Los indígenas dejaron que nos lleváramos a unas cuantas muchachas. Eran

tan feas, las condenadas, que yo pienso que esa gente habría tenido que darnos las gracias por haberlos librado de ellas. Pero ya se sabe cómo son los salvajes, ¿verdad? En fin, los muchachos se divirtieron mucho con esas chicas mientras estaban más o menos enteras, pero yo no he sido capaz de acercarme a esas cosas feas y flácidas a las que mis hombres maltrataron demasiado… Casi me alegré cuando Gograh decidió ejecutarlas para comprobar la precisión del punto de mira del omnimóvil (ya lo veréis, compañeros, ya lo veréis) y las alineó para practicar con ellas tiro al blanco: sólo quedaron pedacitos de esas pobres chicas.

Y de nuevo, Black Michael se echó a reír. Hadoque estuvo a punto de volverse para darle un buen sopapo a su captor, pero Charlie, que ya conocía la capacidad del ser humano para generar horrores gratuitos, lo contuvo.

—Hazle caso al señor capitán, chico —le dijo Black Michael al belga—. No querrás que te mate tan pronto, ¿verdad? Tu patrón tendría que cargar contigo el trecho que nos queda hasta el campamento.

—¿Y por qué habría de hacerlo el capitán Marlow? —dijo Hadoque—. No necesito santa sepultura; prefiero que me devoren esas aves carroñeras…

A espaldas de los marinos del *Friesland*, Black Michael respondió con absoluta naturalidad:

—Porque mis hombres enfermos necesitan comer. Y porque Gograh le ha cogido el gusto a la carne humana.

Charlie y Hadoque se detuvieron en seco y volvieron las cabezas.

—Sí, amigos —dijo Black Michael sonriendo—. Yo también. Y debo deciros que empiezo a sentir apetito.

Historias de campamento

EN 1888, cuando entró por la puerta del Club Diógenes en Pall Mall para presentarle a Mycroft Holmes el informe acerca de su viaje por el río Congo, el capitán Charles Marlow se juró que esa sería la primera y última vez que contaría la historia del agente comercial de primera Kurtz, que traficaba con marfil para una empresa belga y conseguía su material a precios irrisorios; del pequeño reino de horrores indecibles que había creado Kurtz en una zona impenetrable de la selva y cómo gobernaba con mano de hierro entre sus súbditos; de cómo ese hombre enjuto y enfermizo decidía caprichosamente sobre la vida y la muelle de sus semejantes (que ya no lo eran, pues él se había convertido en el Dios del Antiguo Testamento); de las lecciones que Kurtz le ensenó a Charlie durante su estancia en el Infierno y, sobre todo, de cómo Charlie Marlow había segado la vida de aquel monstruo deleznable y el modo en que Charlie había comprendido, finalmente, que en realidad Kurtz no era más que otro ser humano vulgar y corriente, tan capaz como cualquiera de cometer las mayores aberraciones imaginables.

Pero el bueno de Charlie se mintió a sí mismo, como ya había hedió en tantas otras ocasiones, pues yo mismo he escuchado de sus labios la historia de Kurtz e incluso alguien, un amigo del capitán Marlow, un caballero llamado Korzeniowski, la puso por escrito… Pero ese amigo fue prudente y eliminó, por supuesto, todas las referencias a Diógenes y al asesinato que Charlie cometió.

Esa es la verdad.

Después de haber estado en los dominios de Kurtz, Charlie pensaba que ningún horror podría impresionarle ya, pues conocía el canibalismo, la mutilación gratuita, la degradación más abominable y todo lo que supusiera el quebrantamiento del espíritu humano.

Con ese pensamiento en la cabeza proseguía Charles Marlow el camino hacia el campamento de los amotinados del *Matilda Briggs*.

“No puede ser peor que el Congo”, se repetía a sí mismo una y otra vez. Aunque el anuncio de que pensaban devorarlos, igual que podrían haber hecho los nativos de la playa de la isla, no lo tranquilizó en lo más mínimo.

Black Michael tuvo que darle un par de buenos golpes en las costillas al joven Hadoque para que prosiguiera su camino, pues el belga no

parecía dispuesto a convertirse en la comida de nadie y menos de “unos Judas iconoclastas y renegados”, en expresión literal del belga. Charlie, sin embargo, había decidido guardar fuerzas para el momento en que se presentara una buena ocasión de escapar e incluso de atacar; la gelatinosa carne de gusano le había producido una digestión algo pesada, pero debía de ser buena, pues se encontraba mejor.

Cuando le pidió permiso a Black Michael para aliviarse discretamente tras unos matojos, aquel caníbal reconocido se apostó junto a Marlow para no perderlo de vista. No obstante la humillación, Charlie comprobó que no tenía diarrea y que de hecho, se sentía fuerte y dispuesto para proseguir la caminata, aunque todavía sufría fuertes dolores en la entrepierna y el dolor de la nariz rota se le había extendido a toda la cabeza. Hadoque miraba a su comandante de cuando en cuando y Charlie imaginó que se le debía haber hinchado la cara hasta hacerlo parecer un monstruo.

Otro monstruo más en aquel paraje de monstruos.

Hubieron de sortear un barranco cruzando por el tronco de una secuoya y mientras caminaban por encima de la escurridiza madera recubierta de musgo, Charlie creyó escuchar un lamento procedente de las profundidades de aquella sima.

—Aún queda alguno vivo —dijo Black Michael.

—¿A quién se refiere? —dijo Charlie.

—No estoy seguro, pero creo que esa era la voz del negro Malloy. Un yanqui, ¿sabéis? Decía que era hijo de esclavos y a los blancos nos odiaba más que a nada en el mundo. Tuve que azotado un par de veces en cubierta porque no se portó demasiado bien con sus compañeros —dijo Black Michael y se echó a reír por enésima vez—. Es gracioso.

—¿Qué se supone que es gracioso, capitán Carne de Horca? —preguntó Hadoque.

—Dos de mis hombres se despeñaron aquí mismo —explicó el capitán Carey y señaló con el cañón del Lee-Enfield a sus pies—. Pat y Paddy. Paddy era irlandés, como yo, y estaba borracho. Pat era un inglés como tú, señor capitán, e incluso se parecía un poco a ti: También era un mentiroso. Pat quedó agarrado a una rama de la que, como veis, no queda más que el estabón. El chiste es que el negro Malloy, que odiaba tanto a los blancos y que recibió sus buenos treinta latigazos en la cubierta del *Matilda Briggs* por culpa de un par de blancos, fue el único que se asomó al precipicio y le ofreció su mano a Pat para ayudarlo a subir. Y justo cuando logró enganchar a Pat por la muñeca, ese inglés perdió las fuerzas y se dejó caer al abismo. Y arrastró consigo a Malloy. ¿No os parece gracioso, marineros?

De nuevo, del barranco surgió un lastimero gemido humano y a Charlie se le heló la sangre en las venas. Hadoque también se había

quedado sin palabras.

—Sí, es Malloy —dijo Black Michael—. Si las arañas de ahí abajo tienen las mismas costumbres que las que mi difunto padre tenía en el establo de las ovejas, ese negro debe estar ahora mismo envuelto en un capullo de telarañas y uno de esos monstruos se lo está comiendo vivo, muy despacio, muy despacio, a bocados pequeñitos, ñam, ñam, ñam… Si creéis que las arañas que hemos visto en la senda eran grandes, entonces no querréis saber el tamaño de la que asomó por el borde del precipicio anteayer… No creo que pudiera acabar con ella si le disparase todas las balas del Colt.

Cuando llegaron al otro lado del barranco, Hadoque dijo al oído de Charlie:

—Casi prefiero que me coma una de esas arañas antes que este oso mal peinado.

—Cállate de una maldita vez —respondió Charlie y el muchacho agachó la cabeza y siguió mascullando en voz baja.

El camino creado por el omnimóvil de Sivane reapareció muy pronto, en mitad de la jungla, lo que llevó al capitán Marlow a desoír su propio consejo y le dijo a Black Michael:

—¿Y cómo cruzó ese cacharro de ustedes este cortado?

—¿Que cómo lo hizo? Pues muy sencillo, señor capitán: Bajó **hasta** el fondo y trepó por la otra pared.

—¿Perdón?

Black Michael volvió a reír, esta vez con muchas más ganas.

Charlie no llegó a comprenderlo ni siquiera cuando llegaron al campamento que, en efecto, no era peor que el Congo, ni muchísimo menos. Pero sí más grotesco.

Antes de verlo, Charlie y Hadoque olieron la peste a carne carbonizada. Y no tardaron en dar con el montón de cadáveres aún humeante a pesar de la lluvia torrencial que había caído durante la noche.

—Son los muchachos que han muerto estos días por culpa de la rata —dijo Black Michael y señaló la pila de cuerpos—. Al menos, los que han sufrido la enfermedad. Si ese bicho te muerde o simplemente te araña, puedes empezar a rezar por tu alma. Y si andas muy cerca de uno de los moribundos, también la puedes pillar… salvo que tengas mucha suerte y seas inmune a esa maldita fiebre.

A continuación, Black Michael se guardó el Colt en la cartuchera, se abrió la guerrera, se levantó los faldones de la camisa blanca (que ya estaba casi negra) y les mostró su panza peluda: Tenía las heridas apenas cicatrizadas de tres profundos arañazos producidos por una garra que Charlie ya había visto desde muy cerca.

—Esto me lo hizo el demonio de Sumatra durante la tercera noche

que pasamos en la isla —dijo Black Michael—. Lo vi por el rabillo del ojo cuando le estaba arrancando la garganta a un muchacho alemán, un tipo llamado Jurgen. Era muy callado y ni siquiera rechistó cuando la rata le clavó sus dientes… El demonio me vio y se abalanzó sobre mí. Le disparé una vez con el Colt, pero acertó a dejarme este recuerdo… Estuvo a punto de sacarme las tripas. Además de matar a Jurgen, arañó a otros dos de mis hombres y ambos cayeron víctimas de la fiebre. Es una agonía que por suerte dura poco.

—Uno de mis tripulantes murió en el *Friesland* a causa de una fiebre como la que comenta usted —dijo Charlie—. Pero no lo arañó esa rata demonio, sino un lagarto volador, un carroñero como los que vimos cuando usted nos encontró.

—Eres un embustero, señor capitán —dijo Black Michael.

—No, no lo soy, señor capitán —respondió Charlie.

—¿Ah, no? Entonces hay más bichos contagiosos ahí fuera. Pero a vosotros dos eso os debería dar igual…

Para Charlie, aquello era un misterio más. ¿Cómo era posible que el monstruo que atacó a Vogt en la cubierta del *Friesland* le transmitiera la misma enfermedad que contagiaba la rata gigante de Sumatra?

—Fiebre Tapanuli —dijo Charlie en voz alta sin darse cuenta—. La corrupción negra de Formosa…

—¿Qué dices, señor capitán? —preguntó Black Michael.

—¿Y usted no enfermó a causa del zarpazo? ¿Nada de nada?

—¿Al margen de que ese monstruo casi me saca las tripas? Claro que sí… Pasé unas horas retorciéndome sobre una manta y escuchando los gritos de Gograh, pero me recuperé. Para vuestra desgracia.

Charlie esbozó una sonrisa. Una muy pequeñita.

—Tú también eres inmune, muchacho —le dijo Marlow a Hadoque—. A ti te sucedió exactamente lo mismo.

—Sí, es una verdadera suerte —respondió el belga—. Lástima que ese gran fariseo me vaya a cortar en pedacitos para comerme.

—Ya veremos, Hadoque…

La pira funeraria se encontraba a unas cien yardas del campamento, que estaba en la ladera de una montaña. Charlie tardó un ratito en darse cuenta de que se trataba de la misma formación orográfica que vista desde el mar parecía un cráneo humano. O el perfil ensombrecido de Kurtz. No se percató de inmediato porque antes había visto a los cinco hombres enfermos que estaban tirados en el suelo formando un círculo alrededor de una hoguera; también vio una cosa metálica muy grande con unas ruedas enormes y estriadas que había cabido a duras penas en la bodega de carga del *Matilda Briggs*; y por último vio el cadáver de un simio gigante, atado con cadenas a los dos árboles más grandes que Charlie había visto en toda su vida.

Una escotilla se abrió en la parte superior del cacharro, junto a una gran chimenea cilíndrica de la que salía humo gris, y se asomó una cabecita de pelo alborotado y rostro feo y desencajado que gritó:

—¿Ha traído la comida, capitán? ¡Qué bueno, qué bueno, qué bueno! —Y empezó a gritar "¡Aaaaayyyyyeeeeee.!" como si lo estuvieran matando… o quizá como manifestación de alegría. Era imposible saberlo.

—Amigos —dijo Black Michael—, ese es el señor Ernest Gograh, mi actual patrón y benefactor. Salúdenlo con la mano como si fuera un Lord del Almirantazgo y reconozcan ante él que es su superior y el amo de toda la maldita Creación. Quizá entonces Gograh decida perdonarles la vida. Pero yo no tendría muchas esperanzas de ser ustedes.

Gograh terminó de salir de las entrañas de la máquina y se puso en pie para empezar a bailotear. Llevaba una bata blanca, como las que usan los médicos en los hospitales, cuyas faldas revoloteaban aquí y allá. Era, en efecto, el jorobado más feo y desaliñado que Charlie se hubiera encontrado nunca.

Y seguía gritando, gritando, gritando…

Señor Supremo

—Es una hembra muy joven —dijo Gograh—. Nos la habríamos comido, pero la necesito entera. Ya empieza a oler a putrefacción. Lo notan ustedes dos, ¿no?

Visto de cerca, el jorobado, un hombre joven que aún no habría cumplido los treinta años, resultaba incluso más desagradable. Sí, era tan feo como parecía y un poco más, y Charlie hubo de darle un pisotón a Hadoque antes de que el belga abriera la boca para decirle a Gograh algún improperio sin sentido pero con muy mala intención. Charlie lo sabía muy bien, pues a fin de cuentas, eran los improperios habituales del capitán Marlow.

Ernest Gograh era un maníaco y para darse cuenta de ello no había más que mirar la desolación que lo rodeaba: la pira funeraria de los hombres que lo habían seguido en sus delirios, los supervivientes que estaban agonizando entre mantas, el cadáver encadenado de un simio imposible y el completamente desquiciado (y con toda probabilidad falso) capitán de un barco fantasma.

Y además, Gograh olía como una pocilga. Su hedor era tan intenso como el del animal muerto.

Charlie arrugó la nariz involuntariamente.

—Sé que no soy muy alto —dijo Gograh, que en verdad medía poco más que el doctor Sivane—, pero deben saber ustedes que se encuentran ante el hombre más grande que jamás vayan a conocer. Arrodíllense ante su amo.

—No —dijo Charlie de un modo tan cortante y tajante que Hadoque no pudo contener una sonora risotada. Black Michael se le quedó mirando con los ojos abiertos como platos, sorprendido ante la osadía del “señor capitán”, como le gustaba llamarlo. Quizá en ese momento, el comandante de los amotinados (casi el único amotinado que quedaba con vida, en realidad, pues el resto estaban moribundos) empezó a pensar que Marlow no había mentido y que era un verdadero capitán de barco.

Gograh había bajado por un lateral del omnimóvil hasta situarse encima de una de las cuatro enormes ruedas —tenían unos seis pies de diámetro, calculó Charlie— con cubiertas negras que no eran metálicas como las que se veían en cualquier carro o coche de caballos, sino de

caucho. Charlie había oído hablar de esas nuevas cubiertas que no sólo protegían la estructura de la rueda, sino que también amortiguaban los golpes y se agarraban mejor al firme, pero nunca antes las había visto. E imaginó que nadie las fabricaría tan grandes.

El jorobado, que hasta el momento había mostrado una expresión de superioridad en su rostro, aunque se había mostrado relativamente amable (o más bien, condescendiente) con los marinos del *Friesland*, retorció sus facciones en una mueca de odio indecible. Sus ojos soltaron chispas ante la negativa de Marlow.

Charlie estuvo a punto de taparse las orejas para no escuchar el grito de Gograh, pero en lugar de desgañitarse, el jorobado relajó los músculos faciales y sonrió.

—Comprendo —dijo muy despacio—. Claro, claro… Los comprendo perfectamente… El capitán Carey les ha dicho alguna bobada sin importancia, ¿no es así? Les ha contado una mentirijilla… ¿Verdad que le ha gastado usted una bromita pesada a estos dos caballeros, capitán?

—Por supuesto —dijo Black Michael sin pensarlo, aunque no podía saber de qué estaba hablando su patrón.

—El capitán Carey les ha dicho a ustedes que pensábamos comérnoslos. ¿A que sí?

Ni Charlie ni Hadoque contestaron.

—Y ustedes dos, tontos de capirote, lo han creído a pies juntillas…

Charlie y el belga intercambiaron miradas. No sabían qué pretendía Gograh con ese nuevo discurso.

—No pienso hacerles daño, por supuesto que no prosiguió Gograh—. Admito que estos días, en algún momento, hemos tenido que recurrir a la carne humana como último extremo para alimentarnos… Pero no se trata de un hábito, ¿verdad que no, capitán Carey?

Black Michael negó varias veces con la cabeza, muy nervioso.

—No, claro que no… Además, en el *Matilda Briggs* hay comida suficiente para todos. Y ustedes vendrán con el capitán y conmigo. Pero antes tendrán que prestarme su colaboración. Es más, tendrán que obedecerme. Y ahora mismo ustedes dos se van a arrodillar ante mí y a jurarme lealtad por encima de todas las cosas. Soy el Supremo Señor de esta isla y dentro de poco, lo seré de todo el mundo.

Charlie se dio cuenta de que estaba ante una versión distorsionada —si esto podía ser—, esperpéntica y en realidad ridícula del señor Kurtz. Si no hubiera sido por los cadáveres quemados y por los marinos enfermos, Charlie se habría echado a reír ante aquella parodia del traficante de marfil del Congo. Porque Gograh casi parecía un villano salido de una opereta cómica, con esos gritos, esos aspavientos, esa grandilocuencia vana… El señor Kurtz habría encadenado a Gograh y habría hecho que lo torturasen durante días, semanas o meses.

Y no obstante los modos y las palabras del jorobado, Ernest Gograh estaba rodeado por un halo de maldad que a Charlie le impedía tomárselo a broma. Ese hombre había logrado hacerse con el control de la tripulación de un barco, había robado un arma militar formidable, era el responsable de una treintena de muertes y ahora quería… ¿Qué era lo que Gograh quería en realidad? ¿Qué tenía pensado?

—De rodillas —dijo Gograh—. ¡Ahora!

—¡Nunca, zapoteca de truenos y rayos! —le gritó Hadoque, pero Charlie le dio un tirón de la manga y dijo:

—Obedece al amo. —Y se arrodilló muy lentamente.

Hadoque alzó la vista para mirar al jorobado a los ojos.

—Yo sólo obedezco a mi capitán —dijo.

—Pues arrodíllate de una vez, cotorra charlatana belga —respondió Charlie.

Y Hadoque, a regañadientes, hincó la rodilla en la tierra mojada.

—Bien —dijo Gograh y esbozó una triunfal sonrisa de autosuficiencia. A continuación miró a Black Michael y dijo—: Vaya a ver cómo están los enfermos, capitán Carey. Y traiga a uno de ellos. Tengo hambre.

Vosotros os lo perdéis

HADOQUE estuvo a punto de volverse loco mientras veía cómo Black Michael despedazaba a machetazos el cadáver de un marino del *Matilda Briggs* que había fallecido a causa de la fiebre maligna.

—Este es Georgie Hellstrom —dijo Black Michael, y le seccionó un brazo de un solo golpe de machete—. La rata no le mordió ni le arañó. Georgie simplemente se puso enfermo ayer por la mañana y ahora miradlo…

—¿Piensa comerse a alguien que ha muerto de una enfermedad contagiosa? —dijo Charlie.

—Es contagiosa para otros, no para mí —respondió Black Michael—. Y parece que tampoco para Gograh.

El capitán Carey tuvo que dar varios tajos para atravesar el fémur izquierdo del difunto Georgie Hellstrom. Se daba bastante maña, tal y como observó Charlie, lo que indicaba que ya había realizado ese trabajo con anterioridad.

No, aquello no era la ribera del río Congo. Pero empezaba a parecerse cada vez más. Charlie ya no sabía cómo evitar que Hadoque hiciera alguna tontería y lograra que los matasen a los dos.

Gograh había regresado rápidamente al interior del omnimóvil y Charlie echó un vistazo al vehículo mientras sus captores estaban ocupados. Obviamente pensó en aprovechar la ocasión para escapar, pero en cuanto se alejó unos pasos del campamento, el cacharro de Sivane giró silenciosamente la torreta donde estaba instalado el cañón y Charlie quedó bajo el punto de mira. El jorobado abrió una compuerta lateral (algo parecido a la ventanilla de un coche de caballos) y le gritó:

—¿Adónde cree que va usted?

Y Charlie dio medio vuelta.

El omnimóvil era un vehículo impresionante. Ahora que podía verlo, le resultó evidente que aquel agujero de la empalizada que separaba la península del resto de la isla no lo había producido una bala gigante, aunque estaba claro que los proyectiles del omnimóvil eran muy grandes. Ese cañón rodante (pues Charlie llegó a la conclusión de que se trataba de eso y no de otra cosa) debía de disponer de otras armas, aunque era incapaz de imaginar cómo habría hecho el agujero.

El vehículo medía unos diez pies de altura (ruedas incluidas), veinte

de anchura y unos veinticinco de largo. El pajarraco Sivane no lo había pintado de ningún color, de modo que las planchas de metal que lo recubrían, unidas entre sí y al esqueleto del carro por medio de remaches grandes como puños, emitían un característico brillo plateado. La chimenea del omnimóvil seguía soltando humo, lo que significaba que la caldera que lo propulsaba debía de estar encendida… si es que ese cacharro funcionaba con vapor, como el *Friesland*. Charlie empezó a pensar que aquella cosa estaba provista de algún tipo de motor distinto… De hecho, el humo era demasiado oscuro para tratarse de vapor y olía a petróleo quemado o algo parecido.

Hadoque se acercó a Charlie bufando y Marlow le dijo:

—¿Qué te parece esto? —Y señaló al omnimóvil.

—Un montón de chatarra, capitán. —Y añadió—: Quiero estrangular a ese Black Michael. Y también al bebe-sin-sed jorobado que se oculta ahí dentro como el cobarde que es. La próxima vez que salga de su escondrijo…

—No saldrá —dijo Charlie—. O al menos, no dejará que le pongamos un dedo encima.

—¿Qué es lo que están haciendo aquí estos brutos sombríos y desalmados, capitán? ¿Por qué no nos han matado ya?

—Porque Gograh nos necesita.

—Pero ¿para qué?

—No estoy seguro, pero tengo alguna idea al respecto. Quizá tenga que ver con esa cosa muerta que tienen ahí encadenada —dijo Charlie, que agarró a Hadoque de la manga y lo llevó hacia el cadáver del monstruo que yacía junto al árbol. Tenía cadenas en los brazos y una que sujetaba el cuello del animal con una argolla.

—¿Con este gorila?

—Está muy lejos de ser un gorila normal —explicó Marlow—. Es un MGN V, pero muy joven.

—¿Un qué?

—Una cría de simio gigante, como la diosa Kho que se llevó a Sigerson. No la pude ver con claridad, pero aquella sombra se levantaba no menos de veinte pies del suelo. Esto que Gograh tiene aquí mide ocho o nueve pies y Gograh ha dicho que se trataba de una hembra joven. ¿A ti te parece que ese rostro lastimero es de un adulto, Hadoque?

El belga observó los ojos negros, entrecerrados y secos de la bestia.

—No sabría decirle, capitán…

—¡Muchachos! —les gritó Black Michael—. ¡Si no me ayudáis con el cuerpo, no tendréis derecho a recibir una parte del asado!

El capitán Carey estaba espetando pedazos de carne humana en la hoguera rodeada por los marinos enfermos. El olor los estaba

despertando. Y pedían comida.

—Qué horror —dijo Hadoque—. Seguro que esos hombres no se han percatado de que van a zamparse a uno de sus compañeros

—Sí —respondió Charlie—. Es posible. —Y a continuación le gritó a Black Michael—. ¡Ahora no tenemos hambre, capitán Carey!

—¡Vosotros os lo perdéis, imbéciles!

Dijo esto con la boca llena. Estaba mordisqueando los dedos de la mano requemada de Georgie Hellstrom.

Una lista de quejas

GOGRAH no había vuelto a salir del omnimóvil ni para recoger su comida. Black Michael pasó por la escotilla lateral un muslo entero del marino muerto para que su patrón tomara el almuerzo. Poco más tarde, la escotilla volvió a abrirse un instante para arrojar los desechos. Charlie le echó un vistazo al pedazo de carne que olía a jamón asado y comprobó que Gograh no había comido demasiado.

Black Michael ordenó a Marlow y a Hadoque que se sentaran y los marinos pasaron la tarde holgazaneando… al menos en apariencia. Charlie intentó hablar con Carey varias veces, pero el gigante de los largos bigotes oscuros no estaba de humor para charlas. Tenía cierto aire melancólico y aunque no dejó de apuntarlos con el Lee-Enfield, de vez en cuando echaba miradas nerviosas a su alrededor o se acercaba demasiado el cañón del fusil a la barbilla.

El gigante irlandés que había llegado a las aguas que rodeaban la isla de la Niebla convertido en capitán del *Matilda Briggs* ahora estaba completamente desquiciado. Charlie podía leer en los ojos de ese hombre algunas de las ideas que le estaban rondando la cabeza. Y no todas eran buenas.

Charlie le pidió a Hadoque que tuviera paciencia. El belga estaba empeñado en atacar de frente y a pecho descubierto a esos dos malvados, y no le importaba que una bala de cañón lo fulminara.

Marlow decidió que a esas alturas, a él tampoco.

Comenzaba a oscurecer y las largas sombras de las secuoyas se proyectaban sobre aquel siniestro risco negro que se alzaba sobre toda la isla y que semejaba una calavera gigante. Gigante, como todo en aquel paraje imposible. Empezaron a escucharse los sonidos nocturnos de la selva y a Charlie le pareció escuchar gruñidos, rugidos y quizá lamentos procedentes de la cima, en lo alto de la Montaña del Cráneo. Charlie se preguntó qué tamaño tendrían allí los murciélagos —eso suponiendo que los lagartos voladores no fuesen en realidad los murciélagos autóctonos— y si no los atacaría por sorpresa alguno de los depredadores naturales de esa jungla. O algún depredador que estaba allí de visita, como la rata gigante de Sumatra.

Se acercó muy despacio hasta Black Michael y se acuclilló a su lado.

—Capitán Carey, ¿por qué no le ha pegado ya un tiro a ese maldito

jorobado? —dijo con voz pausada y sin el menor tono de reproche. Antes, cuando había intentado entablar conversación con Black Michael, se había limitado a realizar comentarios inocentes acerca de la extraña niebla que ocultaba la isla a ojos de los marinos, su experiencia como capitán o la humedad de la selva que se le metía a uno en los huesos hasta el tuétano. Charlie no había querido tocar ningún tema espinoso. Temía la reacción del gigante.

Ahora ya no.

—¿Qué? —dijo Black Michael en un tono realmente estúpido. Parecía ausente, ensimismado o incluso drogado. Quizá era un efecto secundario de comer la carne de un enfermo de fiebre Tapanuli. O un efecto secundario de comer carne humana, a secas. Charlie no lo sabía y no pensaba averiguarlo nunca.

—Aún podemos ayudar a esos hombres enfermos. Acabemos con Gograh, capitán. Podemos hacerlo. Después saldremos todos de esta isla. Puede venir con nosotros. —"Y vendrás con nosotros, atado y bien atado, no creas que te voy a dejar suelto en mi barco, Black Michael", pensó Charlie.

—Gograh nos matará a todos si intentamos algo —dijo Carey. Su mirada estaba perdida en el fuego de la hoguera—. Ya estamos muertos, señor capitán. Morimos en cuanto pusimos un pie en esta isla.

—¿De verdad le gusta comer carne humana? —dijo Charlie. ¿De verdad le parece razonable devorar a esos hombres que estaban a su cargo?

Black Michael alzó la vista hacia Charlie.

—Nunca he sido capitán.

—Ya lo sé —dijo Charlie—. Usted no está a la altura.

Black Michael se encogió de hombros.

—Sivane me eligió como capitán cuando nos entrevistó —explicó Carey—. Le dije que podía hacerlo. El calvito no quería a un capitán auténtico a bordo, sino a alguien que lo obedeciera… —Hizo una larga pausa, dejó el Lee-Enfield apoyado en las rodillas y sacó un cigarrillo que se encendió con manos temblorosas. Charlie consideró la posibilidad de atacarlo en ese momento, pero decidió esperar. El cañón del omnimóvil, por lo que Marlow había visto, giraba sobre sí mismo con gran rapidez y no podía estar seguro de que Gograh no estuviera observándolos en ese preciso instante. Además, le había parecido ver algún movimiento cerca, en los árboles que estaban más cerca del pie de la montaña. Charlie temía que, tal y como había dicho Black Michael, la rata los atacara en cuanto se hiciera de noche—. ¿Cree que estoy comiendo carne de estos muchachos por capricho? Aquí no hay nada comestible… o fácil de atrapar. Los chicos a los que vieron cuando los encontré a ustedes, salieron del campamento decididos a cazar cualquier

cosa, incluso una de esas bestias enormes y dentudas, con tal de ayudar a sus compañeros enfermos. Y ya ve usted lo que les pasó… Un monstruo se los comió a ellos.

—Ayúdeme, señor Carey—dijo Charlie—. Capitán Carey. —Charlie intentó sonar tan amable que se dio cuenta de que su tono era el de un auténtico blandengue.

Black Michael alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Marlow.

—Váyase al Infierno, señor capitán —respondió—. Estamos todos muertos.

—Es usted un maldito cobarde —dijo Charlie y dio media vuelta para dirigirse hacia el omnimóvil.

Hadoque había observado la escena desde una distancia prudencial.

Estaba impaciente por hacer algo. Lo que fuera.

—Vete a charlar con Carey —le dijo Charlie al belga—. Pregúntale lo que sea. Y si puedes, dale una buena tunda y desármalo. Yo me ocupo de Gograh.

El joven sonrió y puso una mano en el hombro de Charlie.

—Duro con ese oficleido —dijo Hadoque, que dio dos pasos hacia la hoguera, volvió la cabeza para mirar a su comandante y le dijo—Capitán, ¿usted sabe lo que es un oficleido?

—No —respondió Charlie.

—Y si me permite la pregunta, ¿sabe usted lo que significa alguno de esos insultos que nos dedica usted a mis compañeros y a mí cuando quiere meternos en vereda?

—Casi ninguno —admitió Charlie—. Son palabras que he leído u oído por aquí y por allá.

—Ah —dijo Hadoque con semblante serio—. Ya me lo imaginaba.

Y el joven siguió su camino mientras empezaba a gritarle improperios sin sentido a Black Michael. Charlie estaba seguro de que Hadoque no quería morir sin saber, al menos, lo que significaba “oficleido”. Y no había podido satisfacerlo.

Lo haría si lograba sacarlo de allí. Se llevaría a Hadoque a la Biblioteca del Museo Británico si era necesario.

Charlie se plantó en pocas zancadas junto al omnimóvil y empezó a golpear la plancha metálica que sabía era una compuerta deslizante. Primero con los puños y después la emprendió a patadas.

—¡Gograh! ¡Ernest Gograh! —gritó Charlie—. ¡Sal de ahí, invertebrado calabacín! ¡Quiero hablar contigo!

Lo primero que escuchó Charlie fue el “¡aaaaaayyyyyyeeeee!” que resonó en el interior de la máquina. Era furia homicida.

La escotilla superior se abrió y apareció el feo rostro del jorobado.

—¡¿Te atreves a dirigirte a mí en ese tono, insecto?! ¡¿A mí, a tu amo

y señor?!

—Sé perfectamente quién eres —respondió Charlie—. No sólo un caníbal y un cobarde, sino un traidor.

—Mi patrón, el doctor Sivane, era un tirano —comenzó a decir Gograh en un intento de justificar el motín del *Matilda Briggs*—… Pero eso no te incumbe a ti, piltrafa.

—Eres un traidor a Gran Bretaña —dijo Charlie.

—Gran Bretaña es mía. O lo será. Es cuestión de tiempo —dijo Gograh escupiendo salivazos desde el techo del omnimóvil. Charlie pensó que Napoleón debía parecerse a ese tipejo.

—Eres un traidor al Club Diógenes, Ernest Gograh —dijo Charlie—. Y tu comportamiento te convierte en una bestia inmunda y miserable. Pienso llevarte ante Mycroft Holmes para que te encierre en la celda más lóbrega de Newgate. Pasarás el resto de tus días a base de pan y agua, traidor.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué estás diciendo, gusano?! —gritó Gograh, su rostro desencajado por el odio. Pero pronto esbozó una mueca de desprecio que se transmutó en una expresión inteligente, o quizás tan sólo astuta. De todos modos, Charlie sabía que el deseo más ferviente del jorobado en esos momentos era hacerle daño. Mucho daño—. ¿Quién eres?

—Ya te lo dije, engendro degenerado: Soy el capitán Charles Marlow del vapor holandés *Friesland*. Y también soy un hombre de Diógenes. Como tú.

Gograh sonrió. Sus dientes eran negros, como la grasienta mata de pelo que casi le caía sobre los hombros.

—No sé qué es ese club al que perteneces, ni me interesa formar parte de él —dijo Gograh.

—El Club Diógenes dejó de recibir tus informes, como bien sabes. Porque dejaste de enviarlos. ¿Acaso pensabas que Mycroft Holmes no iba a mandar a alguien en tu busca?

—Tú no has venido hasta aquí por mí, sino por el doctor. Por Sivane, ¿verdad? Y por el omnimóvil. A Mycroft Holmes le importa un pimiento el pobrecito Gograh —dijo el jorobado poniendo voz de falsete—. El contrahecho Gograh es sólo un peón sin importancia para los planes del gran Mycroft Holmes, ¿verdad? No importa qué le suceda al pequeño y frágil Gograh, pues es sólo un hombrecillo feo y deforme…

—Yo también soy un peón de Diógenes —dijo Charlie—. Pero he demostrado que valgo mucho más que tú, megalómano antropófago.

—¿Con que eso piensas, capitán de medio pelo? Pero claro, a ti Diógenes no te ha puesto en manos de un torturador como Sivane y yo he pasado años al servicio de esa cacatúa. Yo he sufrido su insolencia y sus abusos, sus insultos y sus pataletas de viejo llorón. Ha sido a mí a quien Sivane ha humillado y torturado y…

Charlie dejó de escuchar el discurso. Le habría contado a Gograh su estancia en el Congo, en los dominios del difunto señor Kurtz, pero Marlow sabía que no iba a servirle de nada. No pensaba competir con él en materia de misiones degradantes.

Echó un vistazo por encima del hombro hacia la hoguera para ver si Hadoque se había hecho matar de una vez por todas y comprobó que no, pero casi: Black Michael se había puesto en pie y estaba apuntando al belga con el fusil, mientras que Hadoque se desgañitaba ante él, pegaba saltitos y… sí, acababa de arrojar su gorra de marino contra el suelo y la estaba pisoteando. Casi resultaba cómico. Como Gograh.

—¿…y Mycroft Holmes me lo ha agradecido una sola vez? ¡No! —Gograh se estaba sobreexcitando, lo cual podía ser bueno… o muy malo. En cualquier caso, era lo que Charlie buscaba: que Gograh se centrara en sus quejas, en sus desventuras, en su odio hacia toda la Humanidad, y que se olvidara de accionar las defensas del omnimóvil, o las armas o lo que demonios fuera que el jorobado tenía pensado utilizar para matar a Charlie—. Pero ahora tengo mis propios planes. Y esa monstruosidad muerta —sacó una mano por la escotilla para señalar al cadáver del simio gigante encadenado al árbol— me va a ayudar a llevarlos a cabo.

—Tú sí que eres un llorón, Ernest —dijo el doctor Sivane y golpeó a Gograh en la cabeza con una piedra que sostenía entre ambas manos.

Watson

CHARLIE me confesó que en ese punto, los acontecimientos comenzaron a sucederse a tal velocidad que apenas supo cómo reaccionar. De hecho, sólo logró ordenar en su cabeza lo que había sucedido mucho después.

Era evidente que no había visto venir a Sivane, pues el doctor había aprovechado el despiste del jorobado —que estaba lamentándose, discutiendo, presumiendo y amenazando a Charlie— para deslizarse por el otro lado de su omnimóvil y encaramarse sobre el techo.

La cabeza de Gograh desapareció dentro del vehículo y el viejo chivo calvo, que tenía la ropa hecha jirones, lanzó uno de sus graznidos en tres tiempos —"¡Heh! ¡Heh! ¡Heh!"— y saltó por la escotilla al interior de aquella fortaleza rodante.

"Bien", pensó Charlie de forma automática, pues aunque no sabía si la situación mejoraba o empeoraba, al menos sí que había cambiado. Marlow se disponía a trepar por una de las planchas laterales del omnimóvil para unirse a la fiesta que sin duda había comenzado en las entrañas del cacharro —se escuchaban los "¡aaaaayeeeee!" del jorobado junto a las siniestras risotadas del doctor Sivane, que de vez en vez exclamaba "¡vaca sagrada!"— cuando escuchó el disparo a sus espaldas.

Volvió la cabeza esperando ver a Hadoque en el suelo, mortalmente herido, pero en su lugar se encontró con una escena sutilmente distinta:

Hadoque, en efecto, estaba tendido. Se había agachado justo a tiempo, antes de que la rata gigante de Sumatra se abalanzara sobre Black Michael, que había disparado el Lee-Enfield contra el monstruo y no contra el joven belga.

Ahora la rata estaba mordiendo al gigante irlandés en el cuello y Hadoque se arrastraba en dirección al fusil que había salido volando y había caído junto a la hoguera. Los marinos enfermos del *Matilda Briggs*, envueltos en mantas, ni se inmutaron. Charlie pensó que quizá estaban muertos. Y también pensó que ahora tenían un rifle cargado. Quizá pudieran reducir a Sivane y a Gograh o sencillamente acribillarlos a tiros. Quizá pudieran huir en ese mismo instante y dejar la isla de la Niebla para siempre. Quizá…

La rata estaba sobre el cuerpo de Black Michael y se dio media vuelta para mostrarle las fauces abiertas a Hadoque, que se encontraba muy

cerca del Lee-Enfield. El belga empezó a decir algún dislate —Charlie creyó oír que llamaba bachibuzuk a la rata— y Charlie corro hacia la hoguera.

Y el omnimóvil empezó a tremolar.

Un motor se había puesto en marcha. El humo que salía de la chimenea del vehículo se tornó negro y muy denso. La torreta del cañón comenzó a girar sobre sí misma, cada vez a mayor velocidad. De unas aberturas laterales del omnimóvil, unos agujeros rectangulares que a Charlie le habían pasado completamente desapercibidos, surgieron enormes llamaradas de gran intensidad.

Sonó un trueno —o algo que parecía un trueno— y Charlie cayó al suelo, y un momento después estaba cubierto de astillas de madera y de pedazos de algo que parecía carne podrida. La secuoya gigante cayó hacia la ladera de la montaña. El simio muerto y sus cadenas se habían volatilizado.

La torreta del cañón recién disparado seguía girando sin control, las lenguas de fuego se alternaban, primero a la izquierda del vehículo, luego a la derecha. Charlie se preguntó si esas cosas que escupían llamas habrían tenido que ver con el agujero de la empalizada. No era imposible que así fuera.

El omnimóvil echó a rodar lentamente. Hacia la montaña, por suerte.

—¡Capitán! —gritó Hadoque—. ¡La rata se lleva a este mostrenco!

Era cierto. El demonio de ojos rojos venido desde Sumatra se las estaba ingeniando para llevarse el pesado cuerpo de Black Michael hacia unos matorrales. Hadoque había logrado hacerse con el rifle y disparó varias veces en dirección al monstruo, que se alejaba del campamento. El gigante irlandés estaba gritando. La rata había clavado sus incisivos en la clavícula de Carey y lo arrastraba a gran velocidad.

Charlie logró ponerse en pie, echó un último vistazo hacia el omnimóvil descontrolado que se alejaba de ellos y corrió hacia Hadoque. Le quitó el Lee-Enfield de las manos justo cuando la rata de Sumatra y Black Michael desaparecían por entre unos árboles.

Marlow disparó y, por encima del sonido de los truenos del cañón, de los árboles que se quebraban al paso del pesado vehículo y de los gritos de Carey, se escuchó el agudo aullido de la rata.

Charlie sabía utilizar bien un fusil. Mucho mejor que aquel jovenzuelo belga. Volvió a acerrojar el arma y apuntó por segunda vez al lugar por el que el monstruo había desaparecido.

—¡No dispare ahora, hombre!

Ese no era Hadoque. Ni tampoco el pajarraco Sivane, ni el jorobado Gograh. Pero Charlie reconoció la voz y era la última que esperaba escuchar en esos momentos. De hecho no esperaba volver a oírla nunca jamás.

Charlie se giró para mirar con sorpresa al falso explorador noruego Sigerson, a quien había visto por última vez desnudo, vestido con flores y hojas y untado de aceites, atado a dos columnas sobre un altar de sacrificio y al que suponía devorado por la diosa Kho. Pero la sorpresa fue doble, pues no se encontró con ese extraordinario (y extraordinariamente cáustico) agente de Diógenes, sino con una mole negra que caminaba sobre dos patas y se había detenido ante Charlie y Hadoque para rugir y golpearse el pecho con sus peludos puños.

Charlie alzó el fusil contra este nuevo ejemplar de MGN V (mono gigante), que debía de ser el primo o el hermano del ejemplar que Gograh había matado y que el omnimóvil había desintegrado, y escuchó de nuevo la voz de Sigerson:

—¡Que no dispare ahora, capitán! ¿Es que no me ha oído la primera vez?

—¡Dispare a ese anacoluto, capitán Marlow! —dijo Hadoque. Charlie pensó que esa palabra, “anacoluto”, no era de las suyas. El belga iba incorporando nuevo vocabulario a su acervo.

—¡No lo haga!

Este monstruo no medía más de nueve pies, de modo que era considerablemente más pequeño que la diosa Kho. Pero aún así, resultaba impresionante. Y más todavía cuando Charlie vio asomar la cabeza del falso noruego por encima del hombro izquierdo de la criatura.

Sigerson susurró algo al oído de la bestia, que se agachó para que el hombre de Diógenes pudiera bajar de sus espaldas.

Charlie y Hadoque retrocedieron un paso. Sigerson se dejó caer con las rodillas flexionadas y volvió a incorporarse con cierta dificultad. Ahora no estaba vestido —por decirlo de algún modo— con flores y hojas, sino con un pellejo de piel parda que le cubría desde los hombros hasta medio muslo. Llevaba el pellejo a modo de capa.

El gorila gigante dejó de rugir y empezó a emitir sonidos guturales y a señalar con el hocico en dirección al lugar por el que había escapado la rata. Sigerson le dio unos amables golpecitos en la pata y le dijo:

—Tranquilo, amigo, tranquilo. —A continuación miró a Charlie y a Hadoque y dijo—. Capitán Marlow y joven Archibald, me alegro mucho de verlos a ustedes dos.

Y el falso noruego se desplomó.

El simio rugió al cielo y se golpeó de nuevo el pecho con los puños.

—¡Mate al monstruo, capitán! —gritó Hadoque, y el enorme mono se encaró con el belga y le dio un empujón que lo mandó al suelo dos yardas más allá.

—Sigerson —dijo Charlie, que se agachó junto al falso noruego. Le dio unos cachetes y Sigerson levantó una mano para que Marlow se

detuviera—. ¿Cómo ha sobrevivido usted? ¿Se encuentra bien?

—Me temo que no demasiado —dijo sin levantarse—. De hecho, yo diría que me quedan unas veinte o treinta horas de vida. Así que lo mejor será que las aproveche de la mejor manera posible, ¿no cree, amigo mío?

Y entonces se agarró del brazo de Charlie y empezó a ponerse en pie, muy despacio y con mucha dificultad.

—Está usted herido —dijo Charlie.

—No, mi querido Marlow. Estoy enfermo. Y si no me equivoco, voy a morir de un gravísimo ataque de ironía.

—No comprendo…

—Fiebre Tapanuli, capitán. Hace unos años hube de fingir ante mi más viejo y querido amigo que la sufría para atrapar a un hombre muy peligroso. Los engañé a todos, ¿sabe? Mi amigo creyó que realmente yo podía morir. Y ahora… Pero no tenemos tiempo para eso. Debemos seguir el rastro de la rata y encontrar el nido.

—¿Nido? —preguntó Charlie.

—La ratita no venía sola, capitán —dijo Sigerson—, sino que traía en su vientre a un puñado de crías. Y ha dado a luz en la isla.

—Pero… ¿cómo lo sabe? —dijo Marlow.

—Porque ha diezmado el campamento de Gograh y no creo que esa criatura, por grande que sea, necesite tanta comida como la que se ha procurado —dijo—. Estaba cazando para dar a sus crías carne fresca, que quizá sea para su especie un buen complemento a la dieta de leche materna.

Charlie iba a añadir alguno de sus comentarios, pero Sigerson se volvió hacia Hadoque, que estaba gritándole barbaridades al simio gigante y retándolo a una pelea limpia y en igualdad de condiciones. El monstruo observaba al belga, se rascaba la cabeza y la entrepierna de vez en cuando y soltaba gruñiditos. Podría haber partido en dos al muchacho con sus manos.

—Archibald, haga el favor de dejar en paz a mi peludo amigo y escúcheme con atención —dijo Sigerson—. Tengo que encomendarle una misión muy importante. ¿Será capaz de prestarme toda su atención?

—Por supuesto que sí, señor Sigerson —dijo Hadoque—. Estoy a sus órdenes… si le parece bien a mi capitán.

Charlie asintió. No le resultó difícil volver a convertirse en el segundo de a bordo.

—Perfecto, entonces —dijo Sigerson—. Quiero que suba usted a lomos de este gigante tan simpático y vaya a buscar el omnimóvil.

—¡De ninguna manera! —gritó el belga—. ¿Cómo pretende que me acerque siquiera a este babuino cubierto de pulgas? ¡Ni hablar!

Sigerson se soltó del hombro de Charlie, se renqueó hasta el joven

marino y le dijo con solemnidad:

—Estoy hablando muy en serio, Archibald. Le estoy pidiendo que haga algo realmente difícil. Yo mismo lo haría, pero es esencial que el capitán Marlow y yo vayamos tras la rata de Sumatra. Tenemos que destruir a su descendencia, pues se trata de una especie no autóctona de la isla de la Niebla y por lo que sabemos, carece de depredadores naturales que puedan controlar a su especie. Invadirá toda la isla y acabará con todas las criaturas que viven aquí.

—¿Que no tiene depredadores naturales? —dijo Hadoque—. Usted no ha visto a las bestias con las que el capitán y yo nos hemos encontrado, señor Sigerson… Lagartos gigantescos con cuernos, lagartos gigantescos con la boca repleta de colmillos, lagartos gigantescos que vuelan…

—¿Recuerda usted al señor Vogt, Archibald?

—Por supuesto; que en paz descanse…

—Ese hombre murió de fiebre Tapanuli y no se la transmitió la rata de Sumatra, sino una de esas criaturas voladoras… un pterodáctilo, según los paleontólogos. ¿Quién cree usted que contagió al saurio alado?

—La rata… —susurró Hadoque.

—Sí, la rata —dijo Sigerson—. Imagínese en qué puede convertirse esta isla si permitimos que las crías que han nacido aquí (y créame, eso ya ha sucedido) vuelvan a reproducirse…

Charlie estaba escuchando con gran atención y se imaginó una jungla en donde las ratas gigantes campaban a sus anchas. Vio en su mente la imagen de uno de esos dinosaurios carnívoros (el MGN IV) acechando entre las secuoyas a alguna víctima y cómo a continuación las ratas saltaban sobre el monstruo desde los árboles, cientos, miles de demonios de ojos llameantes…

Pero a Charlie le importaba un bledo lo que le sucediera a esa apestosa isla y esa era la verdad.

—Yo iré con Hadoque — dijo Charlie, que levantó el Lee-Enfield casi sin darse cuenta—. Usted puede irse a cazar ratas si quiere, Sigerson. No voy a permitir que el chico vaya solo tras ese artefacto infernal… Además, están esos dos asquerosos individuos a los que pienso dar su merecido.

—Usted vendrá conmigo, capitán —dijo Sigerson. Y estaba hablando muy en serio—. Mi gigantesco amigo primate es joven pero muy inteligente, mucho más que algunas personas a las que conozco. Acabaremos con el nido y después iremos a buscar a Archibald. —Se acercó esta vez a Charlie, apartó a un lado el fusil y le dijo en voz muy baja—: El verdadero peligro está en las ratas. Hágame caso esta vez, por favor.

Charlie le tendió el rifle y dijo:

—Tómelo y encárguese usted de esos roedores.

Por favor, capitán. Amigo mío… estamos perdiendo el tiempo y cada segundo es fundamental.

Charlie desistió. Esta vez le tendió el rifle a Hadoque, pero Sigerson intervino de nuevo:

—No, capitán Marlow. El rifle nos será más útil a nosotros.

Sigerson se acercó al simio y empezó a balbucear sonidos que parecían ronquidos y eructos, y a gesticular bajo la atenta mirada del animal. Tal y como había dicho el falso noruego, los ojos del monstruo expresaban cierta inteligencia. Sigerson le indicó a Hadoque que se acercara, le dijo algo al oído y después volvió con el coloso, que se agachó y apoyó los brazos en el suelo, como los gorilas, con los que guardaba un remoto parecido.

—Aúpese, Archibald—dijo Sigerson, y Hadoque trepó por la espalda del monstruo. El muchacho estaba temblando de miedo—. Agárrese fuerte.

—¿Cómo se maneja esto? —dijo el belga.

—¿Sabe usted montar a caballo?

—¡No!

—Bueno… Seguro que se las apañará bien de todos modos. Y no tendrá problemas para seguir el rastro del artefacto de Sivane, pues va dejando tras de sí un camino de árboles destrozados. ¿De acuerdo?

Hadoque soltó un exabrupto. No, no estaba de acuerdo. Pero iba a hacer lo que le habían pedido.

—Está bien—dijo Sigerson—. ¡Vamos, Watson, no tenemos tiempo que perder! —gritó y le dio un azote al monstruo, que salió corriendo a toda velocidad por la senda de destrucción del omnimóvil. Hadoque iba chillando a lomos de la bestia. Charlie pensó que en cualquier momento saldría despedido y se mataría.

—¿Watson? —preguntó Charlie.

—Así he bautizado a nuestro nuevo amigo —dijo Sigerson—. Me recuerda a alguien muy querido para mí… Es tan diligente, tan obediente y tan listo como él.

—¿Tiene usted un perro que se llama Watson? —dijo Charlie.

—No, qué va —respondió. Una sombra cayó sobre los ojos de Sigerson. Pero desapareció tal como vino—. Vamos a cazar ratas, capitán.

Sigerson comenzó a cojear hacia los matorrales por donde había desaparecido el demonio de Sumatra. Charlie echó un último vistazo a los cuerpos de los marinos del *Matilda Briggs*, que no se habían percatado del pandemónium que se había desatado a su alrededor.

—¿Y esos hombres, Sigerson? —dijo Charlie—. ¿Los vamos a dejar ahí?

Sigerson volvió la cabeza y dijo:

—Si no están muertos ya, lo estarán dentro de muy poco. Como yo—. Hizo una pausa. Intentó aspirar una bocanada de aire y apenas pudo retenerlo en los pulmones, pues comenzó a toser. Escupió una flema al suelo y añadió—: No se entretenga.

Charlie comprobó el cargador del fusil. Un peine estaba vacío. En el otro quedaban tres balas. Se preguntó si Black Michael llevaría más munición encima.

Echó a andar detrás de Sigerson.

Puré

EL falso noruego era un individuo muy hábil en todos los sentidos. No sólo era un rastreador nato, tan bueno o quizás mejor que algunos indios americanos a los que Charlie había conocido, sino que sabía perfectamente lo que hacía y por qué lo hacía. Mientras se agachaba junto a este matorral u olisqueaba junto a aquel árbol, en lugar de decirle a Charlie qué había visto —si es que veía algo, pues las copas de las secuoyas tapaban la luna casi por completo; Sigerson se estaba alumbrando con las cerillas de Charlie, que se apagaban muy pronto— o qué había olido, le explicó por qué era prioritario acabar con el nido de ratas.

—Quiero que comprenda por qué es tan importante que destruyamos a esos animales —le dijo—. Aunque estemos relativamente cerca de Sumatra, esta isla está en aguas que pertenecen a Inglaterra y no a Holanda. Por lo tanto, pisamos suelo inglés. ¿Lo sabía usted?

—No. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza —dijo Charlie.

—Hay más personas que conocen este lugar. No sólo los antiguos carcosanos pasaron por aquí, sino al menos un alemán, un par de franceses, algún holandés y, por supuesto, varios ingleses. Ya le hablé de algunos libros que mencionan este Niflheim, ¿recuerda?

—Claro —dijo Charlie, aunque de aquello ya hacía una eternidad. O unos pocos días. O menos.

—Entre las personas que se han interesado en los últimos tiempos por la isla de la Niebla se encuentra un caballero al que usted conoce personalmente. Le estoy hablando del barón Maupertuis, su patrón nominal.

—¿En serio? —dijo Charlie—. ¿Maupertuis? Pero Sigerson, el viejo trabaja también para Diógenes…

—Pero no es un voluntario… Al menos, no en el modo en que usted y yo lo somos. Maupertuis investigó la existencia de esta isla hace años y realizó unas complicadas maniobras financieras y políticas para obligar al Gobierno Británico a que le cediera el territorio por un precio simbólico.

—Aguarde, conozco perfectamente la historia del barón, pero… ¿era ésta la isla que quería comprarle a Inglaterra?

—Claro que sí, mi querido capitán. Yo mismo tuve algo que ver (en

realidad bastante, por no decir mucho) en el cambio de estrategia de Maupertuis. El barón tenía muchos negocios secretos con demasiados países distintos… países que estaban enfrentados, compañías que se hacían la competencia más rabiosa… Maupertuis jugaban con demasiadas barajas. Fue laborioso, pero no me resultó difícil conseguir los documentos que pusieron de rodillas a ese caballero tan ambicioso e implacable, unos documentos que ahora están en poder Mycroft.

—¿Fue usted? —dijo Charlie.

Sigerson asintió con una sonrisa, pero no pudo evitar un ataque de tos. Ahora se echó al suelo y comenzó a reptar sobre la tierra todavía húmeda, buscando un rastro que para Marlow era invisible. Encendió otro fósforo y, con mucho esfuerzo, se puso de nuevo en pie. Parecía agotado.

—Es sangre humana —dijo Sigerson—. Del hombre al que la rata se ha llevado.

—Black Michael —dijo Charlie—. El capitán del *Matilda Briggs*. Nos llevó a Hadoque y a mí hasta el campamento de Gograh. A punta de fusil.

—Tanto da su nombre —respondió Sigerson.

—Supongo que sí —dijo Charlie y pensó en el barón Maupertuis. Era un hombre de setenta y tantos años, pero parecía más joven; alto y corpulento y calvo como una bola de billar. Llevaba uno de esos monóculos que se perdía en su cara, ancha como la de un cerdo. Al parecer Maupertuis procedía de familia humilde, o al menos se había criado en la calle, pues tenía los hábitos menos decorosos que se pueda imaginar: escupía en el piso de su mansión, bebía directamente de la botella, se ventoseaba en público y desconocía el más mínimo tratamiento de respeto. Se decía que su nombre no era Maupertuis, que el título lo había comprado… Pero Charlie no sabía nada con certeza al respecto. Sin embargo, ese individuo era el dueño de una flota comercial, vivía rodeado de lujos, se codeaba con los prohombres de todo el continente e incluso había sido capaz de extorsionar al gobierno británico… ¿y todo por conseguir el título de propiedad de aquel infierno con rostro de calavera?— Dígame, ¿qué quería Maupertuis?

—Esta isla.

—Sí, pero ¿por qué?

—¿Aún no lo sabe, capitán Marlow? Pensaba que después de todo lo que ha visto aquí ya se habría formado una idea bastante clara… Maupertuis quería lo mismo que Sivane, quien sin duda le confió a Gograh sus planes… ¿Cree usted que Sivane llegó a esta isla por pura casualidad? ¡Por supuesto que no, hombre! Sivane sabía perfectamente adónde iba y qué era lo que estaba buscando.

—No comprendo —dijo Charlie. Pensó que desde que conocía a

Sigerson, y de eso hacía muy poco tiempo, ya había dicho “no comprendo” al menos un centenar de veces. Aunque en realidad eran unas cuantas menos—. Sivane había construido un artefacto militar en secreto para venderlo a las potencias y luego capturó a la rata…

Como de costumbre, Sigerson lo interrumpió:

—Sivane no construyó ese fantástico vehículo acorazado tan sólo para comerciar con él, querido capitán, sino para traerlo a la isla de la Niebla. Es un arma, como bien sabe. El doctor Sivane venía de safari.

—¿Quería cazar monstruos? —dijo Charlie.

—Quería *capturar* monstruos. Concretamente, quería llevarse a los reyes.

—¿Los reyes?

—La especie a la que pertenece el joven Watson. Los colosos de veinte pies de altura, capitán, capaces no sólo de sobrevivir, sino de reinar en este paraje tan hostil… y tan maravilloso. Sivane quería un par de esas criaturas. Un macho y una hembra, en concreto.

Charlie estaba fascinado ante la explicación de Sigerson. Ya empezaba a entender (por fin) qué era lo que todos esos locos y megalómanos querían, y comprendía por qué el jorobado Gograh pensaba que Gran Bretaña sería suya algún día. Pero Charlie quería escucharlo en boca de otro. Lo que se le estaba pasando por la cabeza era tan… colosal…

—¿Se imagina, amigo mío, lo que cualquier nación del mundo podría hacer con un ejército de bestias de ese tamaño? ¿Un millar de ellos? O mejor, ¿diez millares? ¿Cien? ¿Cree que habría alguien que pudiera oponerse a los designios del mandatario que dispusiera de un arma semejante? El vehículo de Sivane es una máquina de guerra, capitán, pero estas criaturas… estos reyes… pueden arrasar ciudades enteras. Pueden cruzar valles y ríos y montañas y desafiar a los cañones más potentes. Pueden demoler murallas. ¿Qué haría París ante una invasión de monstruos cómo estos? ¿Y Londres, capitán Marlow? Los reyes son un arma definitiva e indiscutible. —Sigerson se interrumpió, tosió, escupió varias flemas y algo sólido, y dijo—: Ya he descansado. Sígame.

—Espere —dijo Charlie—. No vamos a matar a la rata. Y mucho menos a sus crías.

Sigerson no se molestó en darse la vuelta.

—Sé lo que está pensando —dijo el falso noruego mientras proseguía su camino dando traspiés—. Y se equivoca.

—Me importa un bledo que sea usted brujo, que sepa lo que se me pasa por la cabeza o que piense que tiene razón. Vamos a marcharnos de aquí de inmediato y dejaremos que los demonios de Sumatra acaben con esos reyes suyos. Nadie va a montar un criadero de gorilas gigantes para conquistar el mundo. ¿Está claro? Mi querido Marlow, estaría

totalmente de acuerdo con su razonamiento en otras circunstancias, pero no dispone de toda la información. Sí, ninguna potencia mundial y tampoco ningún maníaco va a utilizar a los reyes de la isla, porque están muertos. O casi muertos.

—¿Qué quiere decir?

—La rata los infectó —dijo Sigerson—. Ahí arriba, en la cueva, vive la familia de Watson. Sus padres, un anciano y otro adulto algo más joven, una hembra… Cuando llegué a la cueva, el ejemplar más viejo y el otro macho estaban muertos. La hembra joven estaba enferma y la que me tomó del altar de los salvajes empezaba a tener síntomas. Ahora también se está muriendo. —Volvió a escupir un pedazo de sí mismo y sufrió un acceso de tos más fuerte. Sigerson se apoyó en un árbol para vomitar y Charlie tuvo que ayudarlo para que no se desplomara. Cuando recuperó el aliento dijo—: Vamos, capitán.

—¿Y Watson? —dijo Charlie.

Sigerson se rió. Sin demasiadas ganas.

—Es fuerte como una roca —dijo—. Cuando la hembra me llevó a la cueva, ese jovenzuelo tan simpático no se encontraba demasiado bien. No creo que tenga más de tres años. Pero ya lo ha visto… Yo diría que, al igual que Archibald, Watson es inmune. Se convertirá en el rey de la isla de la Niebla. En un rey sin reina, claro está, y sin posibilidad de descendencia. Este lugar es demasiado pequeño para que existan otras colonias… demasiado pequeño para que convivan varias familias reales… Es por aquí, amigo mío.

El lugar al que Sigerson los llevó era mucho más tupido y estaba relativamente lejos de la montaña. La vegetación había formado una maraña difícilmente penetrable, pero el falso noruego encontró el paso adecuado: un túnel de tres pies y unas cuantas pulgadas de diámetro excavado por la rata gigante en la misma maleza.

Olía a almizcle y también a sangre y a putrefacción.

—Es aquí —dijo Sigerson.

—¿Por qué no dejamos que estos monstruos se adueñen de la isla? Me da igual que este infierno sea británico, holandés o alemán.

—Porque la rata también puede ser un arma formidable, capitán. ¿Para qué cree que la quería el doctor Sivane?

Sí, Charlie comprendía que el viejo chivo la quería para estudiarla y quizá para utilizarla como transmisora de enfermedades tan terribles como la fiebre Tapanuli. Y ahora, Charlie estaba seguro de que el doctor Sivane había sabido desde el primer momento que había cazado una rata gigante preñada de pequeñas ratitas gigantes. Ese pajarraco había pensado en todo. Era muy listo, sí, y muy escurridizo, por supuesto… Marlow se preguntó qué habría sucedido en el interior del omnimóvil, cuál de los chalados, Sivane o Gograh, habría salido vencedor, y si

Hadoque se habría partido ya el cuello al caerse del simio al que Sigerson llamaba Watson porque le recordaba a no sé quién.

—Yo iré primero —dijo Charlie.

—La rata puede estar dentro.

—Por eso mismo.

Charlie se colgó el Lee-Enfield a la espalda, se arrodilló y comenzó a gatear por el agujero verde. Sigerson lo siguió con dificultad.

Ambos hombres avanzaban en completo silencio. Charlie se detuvo en un recodo para mirar hacia atrás, pero allí adentro no penetraba ni el más débil de los rayos de luna. Sigerson, que se había retrasado un poco, lo alcanzó y le dio un empujón sin decir palabra.

Charlie continuó adelante y volvió a detenerse cuando escuchó los gemidos y los bisbiseos. ¿Se habría equivocado el falso noruego y los habría conducido al nido de algún tipo de serpiente gigante?

—Sigerson —llamó Charlie en voz baja—. Las cerillas.

Charlie esperó un instante hasta que Sigerson le palpó una pierna para que se diera la vuelta. El túnel era bastante estrecho. Marlow prendió un fósforo y vio que el agujero se abría poco más adelante. Y también pudo ver las botas de Black Michael asomando por la abertura.

Los bisbiseos y los gemidos se escuchaban ahora con mucha claridad.

Era un lugar más amplio que el túnel, aunque también cubierto por la vegetación. Seis pies de diámetro y cinco de altura. Charlie se pudo poner en pie, aunque su cabeza rozaba las hojas y las ramas apelmazadas. Ayudó a Sigerson a que se incorporase también. El falso noruego tenía que agacharse más que el capitán Marlow.

La débil luz de la cerilla se apagó y Charlie hubo de encender un segundo fósforo para cerciorarse de que aquella pesadilla era real.

Los dos hombres de Diógenes vieron el nido de la rata gigante de Sumatra. Y a sus crías. Y los restos de sus víctimas, osamentas humanas enteras esparcidas por todas partes. Y a Black Michael, que todavía respiraba, aunque a duras penas.

Era una docena, todas ellas del tamaño de ratas adultas, un par tan grandes como gatos. A algunas todavía no les había crecido todo el pelo y mostraban parcelas de una piel de color rosáceo, como la de los cochinillos.

Estaban arremolinadas sobre el cuerpo de Black Michael y le mordisqueaban las manos, las piernas y el rostro. Una de ellas había perforado el pecho del capitán del *Matilda Briggs* con sus incisivos. El bisbiseo era el aire de los pulmones de Carey, que se escapaba por el agujero.

La rata madre no estaba. Pero para Charlie eso no era un consuelo.

—No tengo balas para todas —dijo el capitán Marlow.

—Hagámoslo con cuidado —respondió Sigerson—. Son muy jóvenes

aún y no podemos permitir que escape ninguna.

Y a pisotones y a culatazos, procedieron a machacar a las jóvenes ratas hasta que las convirtieron en un puré sanguinolento. Los chillidos de los animales y el crujido de los huesos se le metieron a Charlie en la cabeza.

Una docena completa de ratas gigantes de Sumatra. Y fue sencillo porque los animales apenas podían abrir sus ojos o moverse. Estaban ahítas de carne humana y aún así, habían seguido comiendo.

Cuando terminaron la faena, Charlie se agachó junto a Black Michael.

—¿Me oye, capitán Carey? —dijo, pero Carey no respondió ni lo miró. Las ratas le habían comido los ojos, la lengua y los carrillos. El aire seguía saliendo de su pecho y sonaba como un fuelle roto. Tenía la panza agujereada en varios puntos y por un costado se le estaban desparramando los intestinos.

Sin embargo, Black Michael aún vivía.

—Acabe con su sufrimiento, capitán Marlow —dijo Sigerson.

Charlie encontró el Colt de Black Michael entre la pulpa de rata. Estaba descargado.

Bajó el cañón del Lee-Enfield, lo apoyó en la frente de Black Michael y disparó una sola vez.

Cómo sobrevivir a una noche con la diosa

SEGÚN Charlie, la historia que contó Sigerson acerca de lo que había sucedido con la diosa Kho era un tanto confusa. Quizá se debiera a que el falso noruego ya no podía levantar los pies del suelo, sino que los arrastraba y Charlie tenía que ir cargando con él. Sigerson apenas podía respirar y de vez en cuando se detenía para vomitar, aunque no tenía absolutamente nada en el estómago.

Charlie ni siquiera quería plantearse la posibilidad de que él hubiera contraído la fiebre Tapanuli. Tenía muchas opciones de que así fuera. Había estado en un campamento donde se respiraba la enfermedad, en el nido del animal que la transmitía, y ahora llevaba encima a un moribundo que le estaba echando el aliento y las babas encima todo el tiempo. Al mismo Charlie empezaba a costarle mucho trabajo respirar.

El capitán Marlow sintió cómo Sigerson iba perdiendo la consciencia conforme avanzaban en la selva. Le preguntó por su verdadero nombre, pero Sigerson no se dejó engañar. Y después le preguntó por la diosa Kho.

—Los nativos me entregaron a la diosa para aplacar sus iras —dijo—. Según ellos, yo sería el nuevo novio de Kho. O eso creí entender. ¿Sabe usted que me desnudaron y me cubrieron de flores y aceites?

—Sí —dijo Charlie, que le había contado todo lo sucedido desde que dejó a Sigerson en compañía de la vieja bruja desdentada. Pero Sigerson ya no era el mismo de antes, no prestaba la misma atención ni lo interrumpía en mitad de un pensamiento. Estaba agotado y muy, muy enfermo. No había hecho ningún comentario ante el relato de Marlow, pero soltó un par de gruñidos significativos cuando Charlie le habló del coronel bigotudo y los dos hombres que lo acompañaban. Marlow sabía que Sigerson los conocía, o debía tener noticia de su existencia pues andaban tras él. El falso noruego farfulló algo acerca de una roca arrojada desde una montaña, mencionó un nombre (“Moran”), y Charlie creyó entender que dijo “rifles de aire comprimido”.

¿Qué habría sido de ese trío de criminales?, se preguntó Marlow, y deseó que alguno de los habitantes de la isla —cualquiera de los de la serie MGN, preferiblemente— se los hubiera zampado.

—Fue delicada conmigo, esa criatura —dijo Sigerson—. Más que la

mayoría de las mujeres a las que he conocido. Me llevó con mucho cuidado en las palmas de sus manos, amigo mío. En las palmas de sus manos…

—¿Y no pensaba comérselo a usted? —dijo Charlie.

—Eso pensé yo al principio, capitán, pero… Ya ve que no fue así.

—¿Entonces?

—Usted es un marino curtido y un hombre de Diógenes —dijo—. Pero tiene un estómago sensible, por lo que he podido observar.

Charlie gruñó. Le hubiera gustado ver a Sigerson comiendo gusanos gigantes.

—No importa —dijo Charlie.

—Ya. Bien, le diré que esa criatura, esa reina, me quería realmente como novio —dijo Sigerson, y justo entonces se desmayó. Charlie se detuvo para darle unos cachetes en el rostro y logró que el falso noruego regresara al mundo de los vivos.

—Tiene que aguantar, Sigerson…

—Tengo que escribirle a Watson —dijo—. Necesito papel y pluma. Watson tiene derecho a saber que aún estoy vivo, ¿comprende, capitán? Le debo una disculpa…

Charlie no entendía nada, salvo que Sigerson estaba delirando. ¿Por qué iba a escribirle al simio gigante para contarle que aún estaba vivo?

—Hábleme de la diosa Kho —dijo Charlie—. ¿Qué es eso de que lo quería a usted cómo novio?

—Pues eso mismo, amigo mío… Nunca he sido muy aficionado a contarle a nadie detalle alguno de mi vida íntima y mucho menos he hecho gala de mis conquistas. Pero esa giganta quedó prendada de mí, ¿sabe usted, capitán?

—¿Quiere usted decir que esa mona quería…?

—Sí, mi querido amigo, así es.

Charlie no sabía si Sigerson había querido decir lo que había dicho. No podía creerlo. Y tampoco quería creerlo.

—¿Y entonces? —dijo Charlie.

Sigerson se echó a reír.

—Estoy aquí con usted, ¿verdad?

—Claro… Pero, escuche, Sigerson, la diferencia de tamaño…

—Hice lo que pude, capitán. Como cualquier otro hombre.

—Pero es imposible que…

—Piense que los caballeros no disponemos de un solo recurso para… galantear con las damas.

Y dicho esto, Sigerson volvió a desvanecerse.

Charlie logró que despertara de nuevo, pero el falso noruego no terminó de volver en sí. Seguía delirando, le pidió de nuevo papel y

pluma y le dijo a Watson que lo sentía, que tendría que haber confiado en él… Marlow se alegró de no conocer más detalles acerca del modo en que había logrado sobrevivir a su encuentro con la diosa Kho. Tenía suficiente con los detalles que le proporcionó su febril imaginación.

Buenos motivos para gritar

EL pequeño gran Watson estaba jugando con Ernest Gograh. O torturándolo, pues se dedicaba a empujarlo cada vez que intentaba ponerse en pie. Charlie había escuchado los gritos de terror ("¡aaaaaaayyyyyyyeeeee, aaaaaayyyyyeeee!") desde muy lejos.

Cuando los vio, Charlie llevaba sobre los hombros el cuerpo inconsciente de Sigerson. Lo dejó en el suelo y tomó el fusil.

Hadoque estaba sentado muy cerca del borde del acantilado, mirando hacia el norte y fumando su pipa. La niebla que rodeaba la isla impedía que los rayos del sol naciente penetraran en el mar, pero se percibía algo de luminosidad.

Charlie había regresado hasta el campamento, donde comprobó que los cuatro hombres del *Matilda Briggs* habían fallecido. La rata de Sumatra no había vuelto por allí. Sólo Dios sabría adónde se había dirigido ese demonio.

Pronto llegarían los carroñeros.

Después de detenerse a descansar unos minutos, había seguido el camino de destrucción creado por el omnimóvil, el mismo que habían seguido Hadoque y Watson. Charlie tuvo que subir por la ladera de la montaña con Sigerson a cuestas hasta llegar a una zona repleta de cantos rodados, junto al precipicio al pie del Monte del Cráneo. Allí encontró al joven simio gigante, al perverso jorobado caníbal y al muchacho belga.

Gograh fue el primero que lo vio llegar.

—¡Ayúdeme, por piedad! —gritó ese hombre deforme que no sabía hablar en voz baja—. ¡Mate a este monstruo! ¡El pobre Gograh hará todo lo que usted quiera, señor capitán! ¡Gograh será bueno y fiel, señor capitán!

—¡Cállate, parásito miserable, pacta-con-todos! —le dijo Hadoque.

El monstruoso Watson giró la cabeza y al ver a Charlie dio un respingo, se echó a Gograh sobre el hombro ("¡aaaaaayyyyyeeeee!") y salió trotando en dirección a Hadoque.

—¡Capitán! —llamó el belga alertado por la llegada de la bestia, y se puso en pie de un salto—. ¿Se encuentra usted bien?

Charlie se aproximó. Seguía llevando el Lee-Enfield en alto. No sabía muy bien si apuntar al simio o al jorobado.

—Sigerson se está muriendo, tal y como él mismo había dicho.

—Ese hombre siempre tiene razón —dijo Hadoque.

—Pues no creo que en esta ocasión le haga mucha gracia. Veo que tienes a Gograh. ¿Y Sivane? ¿Y el omnimóvil?

—Venga conmigo —dijo el belga y llevó a Charlie hasta el borde del acantilado, donde las aguas rompían contra los arrecifes.

Hadoque señaló al fondo y Charlie echó un vistazo, pero no vio gran cosa. Estaba demasiado oscuro.

—El macaco y yo llegamos justo en el momento en que los dos bebe-sin-sed saltaron del trasto, que por cierto, se despeñó y ahí abajo debe estar, hecho pedacitos contra las rocas. No sé cómo funcionaba ni me importa, pero no creo que pudiera subir y bajar paredes, como nos dijo el gigante en aquel cortado… ¿Está muerto, ese bellaco irlandés? Bien, se lo merecía… —Hadoque sonrió—. El viejo y el jorobado siguieron zurrándose hasta que nos vieron llegar… Parecían dos gatos enzarzados. Sivane salió corriendo en dirección a la jungla y Gograh intentó subir por aquella pared —el belga señaló a la escarpada ladera rocosa, repleta de oquedades—. Ahí lo cazamos y mi amigo peludo se lo ha quedado de mascota.

—¿Y Sivane, Hadoque? —insistió Charlie.

El belga se encogió de hombros y esbozó una sonrisilla culpable.

—Escapó, capitán. Mi compañero, el pulgoso, se echó a ese vendedor de alfombras al hombro como un saco de patatas y juntos rastreamos esta parte de la selva. Pero ese maldito palurdo de los Cárpatos…

—…es muy escurridizo —completó Charlie—. Sí, ya lo sé. Marlow miró cómo el simio gigante dejaba que el jorobado pusiera los pies en tierra, tan sólo para cogerlo por las piernas y zarandearlo a lo bruto. Charlie se alegró de que Gograh por fin tuviera un verdadero motivo por el que gritar. Casi podía plantearse la idea de dejarlo en la isla en lugar de llevarlo de vuelta a Londres…— Veo que has hecho buenas migas con Watson, muchacho.

—Bueno, siempre se me han dado bien los bichos —mintió flagrantemente Hadoque—. En realidad es un monito muy simpático y muy listo, ¿sabe? Un pedazo de pan, si en mi vida he visto uno. Sigerson, como de costumbre, tenía razón… Y por cierto, capitán, ¿de verdad está tan mal, el pobre?

—Ve tú mismo a echarle un vistazo —dijo Charlie—. Prepara unas parihuelas para transportarlo.

—¿Con qué?

—Con dos palos, tu abrigo y tu camisa.

Hadoque quedó pensativo unos instantes. Miró en dirección al cuerpo de Sigerson y después hacia Watson y Gograh. Sonrió.

—Quizá no haga falta, capitán —dijo.

Charlie tardó unos segundos en comprender lo que quería decir Hadoque. Tenían un mulo de carga de la especie MGN V Era una buena idea, pues a fin de cuentas el belga ya se las había arreglado bien él solito. Incluso mejor que Charlie.

—Si crees que puedes dominar al coloso… —le dijo a Hadoque.

—Por supuesto que sí, capitán.

—Me alegro, pues vas a hacer el viaje de regreso tú solito y tendrás que cargar con Sigerson y con Gograh.

—¡Cómo! ¿No viene usted?

—Vinimos a por el pajarraco y no pienso marcharme de aquí sin él.

—Entonces yo también me…

—No. Llama a Watson, ya que te llevas tan bien con él, y ve a por Sigerson. Yo voy a tener unas palabras con ese jorobado devorador de marineros.

—¿Y qué pasó con esa rata gigante? —dijo Hadoque—. ¿Acabaron con ella?

—Aún anda suelta por la isla. Pero debe de estar muy enfadada, pues se ha quedado sin descendencia. Debemos andarnos con mil ojos…

Charlie echó un pie atrás, pues sintió un repentino mareo. Hadoque lo sujetó por ambos brazos y le dijo:

—¿Se encuentra usted bien, capitán Marlow?

—Es sólo cansancio, muchacho. Ocúpate del mono y del moribundo.

—¿Y no será que está usted enfermo?

Charlie no respondió, de modo que ambos se aproximaron a Watson.

Hadoque tardó un buen rato en convencer al simio gigante de que abandonara por un momento a su aterrorizado juguete y en cuanto el belga y el mono se alejaron, Gograh se tiró a los pies de Charlie y rompió en un estridente llanto.

Charlie le golpeó en la espalda con la culata del fusil para que se apartara y Gograh se arrastró hacia atrás. En sus ojos no había una sola lágrima. El jorobado estaba fingiendo, cosa que a Charlie no le sorprendió.

—¿Quieres llegar vivo a Londres, traidor? —dijo Marlow.

—¡Sí! ¡Sí, amo! ¡Haré todo lo que me pida, amo! ¡Todo!

—Bien —dijo Charlie—. El doctor Sivane confiaba en ti, ¿no es así?

—Sí, sí, claro que sí, amo. Y usted también puede confiar en mí, le serviré como un perro fiel, pero por favor, mantenga a ese monstruo alejado…

—El te habló de los reyes, ¿verdad? Y de esta isla.

—¿Los reyes? —dijo Gograh, y su expresión mostraba sincera sorpresa.

—Los monos gigantes —explicó Charlie—. Como ese al que te voy a

entregar si no me dices la verdad.

—¡Ah! ¡Los reyes! ¡Claro que sí, amo, señor capitán! El doctor, mal rayo lo parta, los llamaba “los poderosos” —dijo Gograh—. Quería capturar a una pareja para…

—Ya me sé esa parte, sucio gusano traidor. Y tú decidiste robarle el plan a Sivane.

—Yo odio al doctor, amo. Como usted, amo. Lo veo en sus ojos… ¿Verdad que me entiende?

—Vas a pagar por tus crímenes, caníbal deforme —dijo Charlie. Pero lo que quiero saber es cómo supo Sivane de la existencia de “los poderosos” y quién le indicó cómo llegar a esta isla.

Gograh pareció dudar por un segundo.

—Eso… eso no lo sé, amo… Gograh sólo ha sido un criado para el malvado doctor Sivane…

Charlie le golpeó en el rostro y el jorobado empezó a gritar de nuevo.

—Deja de chillar, traidor, o haré que el mono te disloque todas las articulaciones del cuerpo. ¿Quién fue?

—¡Fue… un hombre muy rico y poderoso! ¡Pero no sé su nombre!

Charlie estaba harto de esa criatura repugnante. Esta vez no golpeó a Gograh, sino que acerrojó el Lee-Enfield y le pegó un tiro en la pierna izquierda.

El jorobado aulló.

—¡Dime quién fue! —dijo Charlie.

—¡Maupertuis! ¡El barón Maupertuis! ¡El maldito barón Maupertuis!

A Charlie no le sorprendió la respuesta. Y sabía que a Mycroft Holmes no le iba a gustar nada de nada.

—Y cuéntame, ¿desde cuándo te vendiste tú a Maupertuis? —preguntó—. ¿Desde el principio? ¿Desde que Diógenes te metió en la casa de Sivane?

Gograh se estaba quitando el cinturón de los pantalones para hacerse un torniquete en el muslo. La bala se lo había atravesado limpiamente pero corría peligro de desangrarse. Charlie conocía de primera mano esa clase de heridas y sabía que dolían mucho.

—¿Te pagaba mucho, traidor? —dijo Charlie sin dejar que Gograh respondiera—. Espero que haya merecido la pena… ¿También pensabas entregarle los gorilas a Maupertuis?

—¡No! —gritó el jorobado—. ¡Ese era Sivane! ¡Yo…!

—Tú pensabas lo mismo que el pajarraco, maldita sea la hora en que naciste, despojo humano… ¡Hadoque! ¡Hadoque! ¡Trae aquí a Watson y quita de mi vista a este traidor!

—¡No, por favor, amo! ¡He dicho la verdad! ¡He dicho la verdad, amo! ¡Piedad, piedad…!

Charlie aún le dio otro puntapié antes de dar media vuelta y dirigirse hacia Hadoque, que se encontraba junto a Sigerson. El mono gigante estaba junto a unos árboles, comiendo unos frutos enormes y de color ocre que Charlie no había visto en ninguna otra parte de la isla.

—Si realmente puedes hacer que Watson haga de porteador, convéncelo ya y lárgate de aquí —dijo el capitán Marlow—. Intenta llegar a la empalizada y busca el agujero por el que entramos. Te encontrarás con los salvajes, pero no te entretengas con ellos: No se acercarán a vosotros si vais con Watson. Coge la barca y si no está, roba una de los nativos y lleva a Sigerson y a Gograh a bordo del *Friesland.*

—Volveremos a por usted —respondió Hadoque.

—Esperadme en la playa —dijo Charlie—. En la playa, Hadoque. Dile a O'Rourke que es una orden. No me esperéis más de veinticuatro horas, porque si no he aparecido entonces es que estaré muerto.

—Como ordene usted, capitán.

—Y ten mucho cuidado con el jorobado. Está herido, pero se es traidor como una serpiente.

—Ya lo sé, capitán Marlow.

—Buen chico, Hadoque. Buen chico.

Charlie se agachó junto al postrado Sigerson, que estaba pálido y empapado en sudor.

—¿Me oye usted? —dijo Charlie. No obtuvo respuesta—. Voy a buscar a Sivane. Lo llevaré a bordo del *Friesland* o lo mataré. Probablemente haré lo segundo. ¿Me ha comprendido?

Sigerson no dio señales de vida. Apenas respiraba.

—Y si no consigo que me maten aquí y usted no se muere muy pronto, tendremos una charla en mi barco. Sobre mi patrón, Maupertuis. ¿Le queda claro?

Sigerson no respondió.

—Ah, váyase al Infierno, maldito brujo de barraca de feria —dijo Charlie. Echó a caminar para despedirse de Hadoque, pero volvió la cabeza y añadió—: Procuremos no morir ninguno de los dos, ¿de acuerdo, Sigerson?

Esta vez Charlie no esperó a que el falso noruego le respondiera.

Los cazadores cazados

HADOQUE le había dicho: “Por ahí se marchó Sivane”. Y “por ahí” era un montón de jungla que el belga ya había recorrido con Watson.

“Hacia el este”, se dijo Charlie.

Le quedaba tan sólo una bala en el peine del cargador del Lee-Enfield. Sus nociones de rastreador eran nulas. ¿Dónde estaba Sigerson cuando lo necesitaba de verdad? Muriéndose de camino al *Friesland*.

Al menos el falso noruego tenía una buena excusa para no estar allí en ese momento. Charlie, sencillamente, era de la clase de hombres a los que les gusta cumplir con su deber. Eso era lo que él decía. Y a continuación remataba el comentario añadiendo: “Que curiosamente, es el mismo tipo de hombres a los que no les gusta perder”.

Charlie había llegado a la isla de la Niebla en busca del doctor Severas Magog Sivane y aunque se escondiera debajo de la última piedra o en la copa del último árbol, el capitán Charles Marlow pensaba dar con él y llevarlo a Londres. O matarlo.

Ya había transigido bastante con Ernest Gograh, un montón de estiércol subhumano al que Charlie no había matado cuando pudo porque quería entregárselo a Mycroft Holmes envuelto con lacito. Para que el señor Holmes lo metiera en un lugar donde Gograh no volviera a ver la luz del día y también para que el caníbal contrahecho hablara con el patrón de Diógenes acerca de cierto noble llamado Maupertuis.

Otro nombre en la lista negra del capitán Marlow.

Charlie sonrió mientras pensaba que en breve tendría que buscar un nuevo barco, pues la Holanda-Sumatra dejaría de existir junto con el barón.

Al pajarraco Sivane no lo había conocido de un modo tan “íntimo” como al jorobado, pero Charlie quería muerto a ese genio de la ciencia. La única bala que le quedaba en el fusil sería para el hombre que había enviado a la tripulación de un barco a la muerte en una isla repleta de horrores, y a la tripulación de otro barco nada menos que a Venus.

A pesar de sus diferencias, Sigerson y Charlie habían logrado entenderse bien desde el principio: ambos sabían que Sivane nunca construiría un “distanciador” para rescatar a los hombres del *Mary Celeste*. La joven Sophia Matilda Briggs estaba condenada a vagar el resto de sus días por los páramos de un planeta lejano. Así que, para

evitar males mayores y nuevas desgracias, lo más sensato era acabar de una vez por todas con el genio.

Eso era lo que Mycroft Holmes tendría que haber hecho desde un principio y eso es lo que pensaba hacer el capitán Charles Marlow.

No, Charlie no era ni remotamente capaz de seguir un rastro del modo en que Sigerson lo hacía. Pero lo que sí podía hacer era acechar entre los árboles, recorrer el mismo camino todas las veces que hiciera falta y peinar la isla de arriba abajo. Charlie podía persistir. E insistir. Y eso haría hasta que las fuerzas lo vencieran o, más probablemente, cuando un MGN de la clase que fuera se lo comiese. Eso si no había contraído la fiebre Tapanuli.

Anduvo durante horas atento a los sonidos de la jungla y tirándose al suelo cada vez que escuchaba los pasos de algunos de los gigantes de la isla. En un claro se topó con un grupo de cuatro ejemplares de tricornudos, los saurios a los que Charlie había bautizado como MGN IX. Parecían una familia bastante pacífica (había dos ejemplares muy jóvenes) y estaban pastando tranquilamente. Encontró huellas recientes y profundas de lo que con seguridad era un MGN VII, uno de esos carnívoros que caminaban sobre dos patas, y sintió deseos de mandar a paseo la búsqueda de Sivane. Una escolopendra del tamaño de una boa le pasó por encima mientras se echó unos minutos a descansar junto a un grupo de árboles enanos de los cuales colgaba una extrañas vainas que parecían fetos humanos. También tuvo que machacar alguna que otra de esas arañas que se descolgaban de las redes que tejían entre las copas más altas y también mató de un culatazo a un mosquito —tan grande como una ensaladera— que intentó picarle.

Si aquel lugar era el sueño de cualquier científico, para Charlie era una pesadilla. Encontró un frutal de esas peras que sabían a uva y se estaba comiendo una, cobijado bajo unas ramas frondosas, cuando escuchó las voces. El capitán Marlow abandonó su almuerzo (ya era media mañana) y se encaminó sigilosamente hacia el lugar de donde creía que procedía el sonido.

Conforme se acercaba, distinguió con claridad alguna palabra. Y el tono iracundo. Y reconoció al individuo que estaba vociferando.

Charlie esbozó media sonrisa cuando miró por entre la tupida vegetación hacia el círculo yermo y vio la estaca y al hombre desnudo que estaba atado a ella por el cuello con una soga. No le permitía moverse ni dos yardas en círculo.

Era el bigotudo. El hombre al que Porlock y su amigo, el arpista y estrangulador galés, llamaban “coronel”. Y lo que gritaba a todo pulmón resultaba revelador: no conocía el nombre del individuo que lo había dejado en una posición tan incómoda (y tan familiar para él), pero Charlie sí.

—¡Te mataré, viejo enano calvo! —decía el bigotudo. Las heridas que

la rata le había infligido en el hombro y en la espalda estaban cosidas con hilo. Era una costura bastante fea y mal hecha. Pero no sangraba—. No sabes con quién te has topado, ¡ah, no, señor! Te mataré, claro que te mataré, pero antes… antes te haré cosas que ni siquiera puedes imaginar, ¡ah, qué cosas te haré, pequeño bastardo! Tu piel… te la arrancaré con una navaja de barbero y muy poco a poco. Y te haré comer las tiras de tu propio pellejo, chivo del demonio, claro que sí… Y tus ojos… ¡Ah, tus ojos! Los reventaré con alfileres, ¿sabes? Como si fueran huevos duros. Y después te castraré y te tragarás tus propios…

Charlie sabía por experiencia que el carácter del coronel era extremadamente rudo, pero es que además, estaba seguro de que al bigotudo, que presumía de ser un gran cazador de tigres, no se le escapaba la ironía de la situación, muy semejante a la que había sufrido cierto soldado del 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore. Y eso hacía que el coronel estuviera aún más furioso.

Marlow no quería creer lo que estaba viendo y lo que estaba oyendo, pues era demasiado bueno para ser verdad. Recapituló mentalmente: “viejo, enano, clavo, pequeño bastardo, chivo”… Se trataba de Sivane. El pajarraco había cazado al bigotudo y le había dado una buena ración de su propia medicina. Había convertido al coronel en un cebo. ¿De dónde había sacado el doctor esa soga? Ni idea. Quizá se la había fabricado él mismo. Después de todo, se suponía que era un genio. Y ¿cómo había atrapado al bigotudo? Sin duda, por la espalda.

Y sin duda también, el doctor Severus Sivane estaba acechando muy, muy cerca, esperando a que llegara su verdadera presa… Y por lo que Charlie sabía, después de que los planes de Sivane se hubieran ido al garete —los reyes, colosos o poderosos estaban todos muertos salvo el joven Watson; el omnimóvil estaba destruido en el fondo de un acantilado—, sólo le quedaba un interés en la isla: el demonio de Sumatra.

¿Era la rata gigante un animal tan inteligente como habían creído Sigerson y Black Michael? ¿Estaría ese demonio acechando al coronel, agazapado en algún lugar de la selva —como Sivane, como Charlie— en silencio, quizá royendo un trozo de madera? ¿Caería en la trampa? La experiencia de Marlow dictaba que la rata se encontraría en la rama de un árbol, esperando a que alguien, el cazador oculto, cometiera un error. Era una criatura no sólo muy lista, sino también muy paciente. Como el mismo Marlow.

Charlie apuntó con el cañón hacia el bigotudo y aguardó. Aún le dolía la entrepierna y la hinchazón de la nariz se había extendido por todo su rostro, que estaba caliente como el horno de Satanás.

Se sintió tentado de disparar. Le habría gustado hacerlo.

El coronel siguió su retahíla de amenazas de tortura, de insultos orquestados (era mucho más preciso y certero que el mismo Charlie o

que Hadoque, aunque mucho menos pintoresco) y pasó el tiempo. Charlie aprovechó la vigilancia para preguntarse si Hadoque habría logrado llegar sano y salvo a la muralla; si los nativos se habrían atrevido a emboscar a la extraña comitiva encabezada por Watson; si Gograh no habría utilizado algún sucio truco para escapar; si el falso noruego Sigerson aún estaría vivo… Incluso pensó en la chica de Venus, la muchacha de veintidós años a la que imaginaba saliendo del interior de una concha gigante, como las que sin duda se encontraban en las aguas cercanas a la isla de la Niebla.

Charlie perdió la noción del tiempo. Desde donde estaba no podía ver el sol y no quería cambiar de posición aunque empezaba a ponerse nervioso.

Y entonces, el doctor Sivane demostró que no era un cazador nato como el coronel y se dejó ver ante todo el que deseara mirar.

—Cállese ya, hombre —dijo el pajarraco, que apareció de entre unos matojos. Llevaba entre las manos el rifle desmontable del bigotudo. Charlie dedujo que Sivane había cogido al coronel con la guardia baja, por la espalda y le había arrebatado el arma. No era extraño, pues ese era el estilo del escurridizo doctor—. Me está dando usted dolor de cabeza.

El coronel se echó a reír.

—¿Dolor de cabeza? —dijo el bigotudo—. Yo sí que te voy a dar dolores de cabeza, viejo. Te voy a…

Y comenzó de nuevo con su lista de torturas indescriptibles.

Mientras tanto, Charlie pensó que era el momento de hacer lo que tenía que hacer. De modo que puso el ojo en el punto de mira y esperó a tener a Sivane donde quería.

Pero tenía una sola bala.

Y el pajarraco iba armado. Si Charlie fallaba…

—¡Quieto donde está, doctor! —gritó Charlie—. ¡Ni se le ocurra moverse!

El doctor Sivane no hizo caso, claro. Alzó el cañón del rifle y apuntó hacia el lugar de donde creía que procedía el aviso.

Era la dirección correcta.

Charlie apretó el gatillo. Y falló. Por muy poco.

Porque la rata gigante de Sumatra acababa de caer sobre el pajarraco, que gritó “¡Vaca sagrada!”

—¡Claro que sí! —gritó el coronel—. ¡Acaba con el vejestorio, monstruo! ¡Muérdele, claro que sí!

El bigotudo se reía a carcajada limpia. La rata estaba enganchada al cuello del doctor Sivane, que estaba intentando barbotear algo. Pero no podía. Ya no tenía garganta con la que hablar, gritar o decir “¡Heh! ¡Heh! ¡Heh!”

Charlie salió de los matorrales y se dejó ver. El coronel lo vio a él.

—¡Pero si es mi buen amigo, el capitán Marlow! —dijo—. Venga usted aquí y tenga la bondad de buscar algo con lo que cortar esta soga, ande, sea bueno…

Pero Marlow no tenía la más mínima intención de acercarse. La rata se estaba dando un buen festín con Sivane, que pataleaba en el aire. El demonio de Sumatra lo estaba destrozando. Charlie le dedicó un pensamiento a su idealizada Sophia Matilda Briggs y al resto de las gentes del *Mary Celeste* y se dijo que acababan de perder cualquier posibilidad de regresar a casa.

—¡Acérquese, capitán! ¡Sea bueno! —dijo el bigotudo.

La rata no dejó de morder el cuello del doctor Sivane hasta que lo seccionó por completo. Después dio un zarpazo y arrojó la cabeza a los pies del desnudo coronel. Ya no habría más “vacas sagradas”.

El demonio se volvió para mirar a Charlie. Y Charlie miró a los brillantes ojos rojos del demonio.

¿Sabía esa cosa que Marlow había convertido en puré a sus crías? ¿Era eso posible? ¿Se trataba de una rata tan lista como Sigerson y podía leerle el pensamiento?

La rata gigante de Sumatra dio media vuelta, se levantó sobre las pasas traseras ante el bigotudo coronel y emitió un sonido agudo. Sus fauces estaban abiertas.

—No, monstruo —dijo el coronel, su rostro desencajado—. Te retorceré el pescuezo con mis propias manos, monstruo… ¡Capitán Marlow! ¿No quiere ayudar a este veterano? ¿No quiere sacar de un aprieto a un antiguo compañero de Diógenes?

—Púdrase, coronel —dijo Charlie, y echó a correr en dirección contraria sin mirar atrás.

Escuchó los berridos del bigotudo y los chillidos de la rata durante un rato, y recordó cómo el sonido de las ratitas machadas del nido casi le había taladrado el cerebro.

Pero al final, los gritos se perdieron en la distancia.

“Jock Hawk’s Adventures In Glasgow”

LA bala no le alcanzó, aunque cuando Charlie vio a Porlock supo que no fue un error del tirador ni del rifle. El hombre de los ojos de hielo y el semblante de piedra no fallaba nunca, por mucho que el coronel bigotudo dijera lo contrario.

Charlie frenó su carrera hacia el sur de la isla —apenas se había detenido a descansar—, hacia la empalizada que ya había divisado desde una elevación natural del terreno, cuando vio el polvillo que se levantó a sus pies. Y después escuchó la detonación.

O esa fue la sensación que tuvo.

Casi tiró a un lado el arma descargada y alzó los brazos, pero no lo hizo.

Porlock apareció por entre un grupo de árboles pequeños con el Winchester humeante en las manos. El galés iba detrás.

—Tira el arma —dijo Porlock, que no dejó de apuntar a Charlie.

—No —respondió el capitán Marlow. ¿Ahora que estaba tan cerca de regresar al *Friesland* se topaba con esos bastardos? ¿Tan pequeña era esa isla? Sí, claro que sí.

Porlock disparó de nuevo a los pies de Charlie, que soltó el Lee-Enfield. Pensaba conservarlo para amilanar a los salvajes. Pero eso ya no era posible. Quizá ni tan siquiera llegara a la empalizada…

El galés corrió hacia Charlie con un revólver en una mano y su cuerda de estrangulador en la otra. Le puso las manos a la espalda y se las ató utilizando las esposas rotas que Marlow no había logrado quitarse. Porlock se aproximó a ellos a paso tranquilo.

—Vuestro jefe tiene problemas muy graves —dijo Charlie—. Gravísimos, diría yo.

—¿Qué le pasa al coronel? —preguntó el galés, que estaba apretando la cuerda. Charlie sintió cómo el riego sanguíneo se detenía en sus muñecas.

—Está desnudo y atado a una estaca —dijo Marlow—. No muy lejos de aquí, hacia el norte. Un tipo al que conozco… mejor dicho, un tipo *muerto* al que conocía, pensó que el coronel sería un buen cebo para esa rata que lo atacó, ¿la recordáis? Una cosa con orejotas y unos dientes enormes… La última vez que vi al bigotudo, el monstruo pensaba darse un festín con él. Si os dais prisa, quizá lo encontréis vivo…

—¡Pero qué mentiroso es el capitán! —dijo alegremente el galés.

—Estáis perdiendo un tiempo muy valioso —dijo Charlie.

Porlock no había dejado de mirar a los ojos del capitán.

—No miente —dijo Porlock.

—¿Te lo vas a tragar, Fred? —dijo el galés.

—En qué dirección —dijo Porlock.

Charlie señaló con la barbilla.

—Todo recto.

Porlock se colgó el Winchester al hombro y echó a correr.

—¡Eh, Fred! ¿Y qué hago con el capitán? —gritó el galés, pero Porlock no respondió. Se perdió en la espesura—. Aaaah, qué diablos… Creo que me he ganado un descanso. Y tú tampoco tienes muy buen aspecto que digamos. Pareces enfermo…

Empujó a Charlie a la sombra de una secuoya y después lo sentó en el suelo. El galés hizo lo propio, enfundó el revólver en la cartuchera del cinturón y sacó el arpa judía. Se la puso en los labios y la hizo vibrar varias veces: boinnnng… boinnnng…

—¿Por qué no me ha matado tu amigo? —dijo Charlie—. ¿Y por qué no me has matado tú?

Porque el coronel te quiere vivo, capitán —respondió el galés, aunque Charlie casi no entendió lo que dijo, pues no se sacó el arpa de la boca.

—Sigerson ya no está en la isla —dijo Charlie. No lo sabía, pero tenía esperanzas de que así fuera.

—Eres un mentiroso —dijo el galés—. A mí no me engañas. Cuando Porlock regrese con las manos vacías te pegará un tiro. Y yo habré descansado un ratito.

—Sigerson ha vuelto a mi barco —insistió Charlie, pero la única respuesta que obtuvo fue una virtuosa sesión “boinnng… boinnng…"

El galés continuó así durante un cuarto de hora hasta que se detuvo, sacó una petaca del bolsillo de su chaqueta y echó un trago.

—¿Quieres, capitán?

Charlie lo pensó durante un segundo.

—¿Por qué no? —dijo.

El galés se echó a reír y le acercó la boca de la petaca. Charlie bebió y cuando el líquido empezó a bajar por su garganta empezó a toser y escupió en sus pantalones lo que quedaba.

—¿Pero qué es eso? —dijo Charlie, que sentía náuseas.

—Un Parker Especial —dijo el galés—. Lleva un poco de todo lo que puedas encontrar en cualquier taberna de Glasgow.

—Nunca había oído hablar de ese Parker Especial —dijo Charlie—. ¿Me das un poco más?

El galés volvió a reírse y él mismo volvió a beber.

—Así me gusta, capitán —dijo—. Ya sé que al principio sabe un poco fuerte, pero uno se acostumbra pronto.

Le acercó de nuevo la petaca a la boca y Charlie dio un trago más largo. Mantuvo el licor en la boca, dejó que le quemara las encías heridas y lo escupió en la cara del galés.

—¡Eh! —gritó el arpista y se echó las manos a los ojos, pero Charlie ya se le había tirado encima. Le dio un cabezazo en la nariz, y después otro y a continuación otro más. Y siguió golpeándole el rostro con la frente hasta que el galés dejó de moverse.

Charlie volvió a sentarse. Él mismo se había hecho daño y estaba empezando a ver estrellitas por todas partes. Sintió algo húmedo que le chorreaba por la nariz hasta la boca. Era su propia sangre.

Estaba muy mareado.

—Eres un bastardo desagradecido, capitán —dijo el galés. Se había apoyado sobre un codo y sangraba por una brecha en la frente. Había sacado su revólver—. Ya me importa un bledo que el coronel te quiera vivo, ¿sabes?

Apretó el gatillo justo en el momento en que Charlie se arrojaba hacia su izquierda. La bala le dio en el brazo.

Dolía horrores.

El galés se puso en pie.

—Además, has derramado mi Parker Especial. Es mi propia receta, ¿sabes, capitán?

A Charlie, claro, le daba exactamente igual.

—Ayer no pude hacer un buen trabajo contigo, capitán, pero hoy… hoy va a ser distinto. Porque tenemos tiempo.

El galés se enfundó de nuevo el revólver, metió una mano en el bolsillo y sacó otra cuerda. Una de color rojo.

—Esto es lo mío, ¿sabes? La seda. Me encanta el tacto de la seda.

Le dio una patada a Charlie en el costado y lo obligó a tenderse boca abajo. El galés se sentó a horcajadas sobre él.

—*To Glesca toon I went ane nicht to spend my penny fee* —empezó a cantar, y pasó la cuerda por el cuello de Charlie. Se interrumpió para toser y apretó con fuerza—… *And a bonnie lassie gied consent to bear me company*…

Entonces Charlie escuchó el rugido y sintió que la cuerda se aflojaba y caía muerta. De repente, ya nadie estaba subido a sus espaldas.

Marlow rodó sobre sí mismo y vio el negro hocico del imponente Watson sobre él, sus mandíbulas abiertas, la respiración agitada. Olía como una maldita cloaca.

—¿Hadoque? —acertó a decir Charlie, pero nadie le contestó.

El simio gigante miraba con curiosidad a Marlow.

—Veo que vas de vuelta a casa, amigo —le dijo Charlie, pero el simio no reaccionó. Por supuesto, Charlie no esperaba que Watson fuera capaz de responder.

Hizo un esfuerzo para ponerse en pie y lo consiguió, pero cayó al suelo de nuevo. El brazo lo estaba matando. Por no hablar de su nariz, la entrepierna, sus costillas… Y ese temblor que sentía en todo el cuerpo ¿era fiebre? ¿Fiebre Tapanuli?

Estaba a punto de desvanecerse, pero sintió cómo un par de manos colosales lo tomaban en volandas y lo depositaban en un hombro peludo. Y un momento después, comenzó la tortura del traqueteo.

Charlie no podía esperar que el animal tuviera demasiada consideración con él.

Mientras el monstruo corría por la selva con su carga humana a la espalda, Charlie aún pudo ver el cuerpo del galés, que había terminado a veinte yardas de distancia. Deseó que el estrangulador estuviera muerto.

—*Turn a hi dum a-do, Turn a hi dum day*… —cantó Charlie. El verdor de la jungla se movía a gran velocidad. Pero pudo completar el estribillo de esa canción de borrachos que hablaba de un campesino llamado Jock Hawk—: *Turn a hi dum a-do, Turn a hi dum day*…

Y después dejó de sentir el traqueteo y las pulgas (muy, muy grandes) que saltaban por entre los pelos de Watson, pues quedó inconsciente.

El resto de este cuento de hadas

CHARLIE despertó en la oscuridad y lo primero que pensó fue que se encontraba en el estómago de un simio gigante. Se había convertido en una versión selvática de la historia de Jonás y la ballena.

De hecho, se sentía como si lo hubieran masticado entero. No había un centímetro de su cuerpo que no le doliera.

Escuchó una puerta que se abría y entró algo de luz. Estaba en su camarote.

—¿Capitán?

La puerta se cerró. Era Hadoque.

—Estoy vivo —dijo Charlie.

—A duras penas —respondió Hadoque—. Pero sí. ¿Quién le disparó?

—Tengo hambre —dijo el capitán y volvió a quedar inconsciente.

La segunda vez que despertó sintió un zumbido muy intenso en los oídos. Y un olor nauseabundo que había invadido el camarote. Era humo.

—Algo se está quemando —dijo Charlie—. Algo muerto y putrefacto.

—Es sólo tabaco —respondió Sigerson.

—Está usted vivo —dijo Charlie.

—Y usted sigue siendo un experto en señalar lo obvio. Sea bueno y tómese la sopa.

—¿Qué sopa?

—Esta sopa, capitán —dijo Sigerson, que le mostró a Charlie un cuenco que olía a cebolla. Había algunas patatas flotando.

—Quiero carne —dijo Charlie.

—Se lo diré a Rutte. Tómese esto. ¿Puede usted solo?

—Claro que sí.

Y dicho esto, volvió a perder la consciencia.

La tercera vez lo despertó un manotazo en la cara. Charlie abrió los ojos y contempló el rostro sin afeitar del contramaestre del *Friesland*.

—¿Me has pegado, señor O'Rourke?

—¿Yo? Qué va, capitán. Se lo habrá imaginado usted. Tiene que comerse la sopa —dijo, y le mostró el mismo cuenco que le había enseñado Sigerson. También era sopa, pero de pescado. Había un par de gambas flotando.

—Quiero carne —dijo Charlie.

—En cuanto lleguemos a Padang le traeré un filete, capitán. Ahora cómase esto. Tiene que reponerse.

—¿Estás tú al mando, Orc?

—Esas fueron sus órdenes, capitán.

—Entonces nunca llegaremos a Padang. El barco se hundirá o lo estrellarás contra un iceberg.

—Cállese y coma —ordenó el contramaestre.

Charlie se incorporó en la cama y sintió pinchazos en su brazo izquierdo y en la entrepierna. Se tocó el rostro. La nariz volvía a estar en su sitio pero seguía hinchada.

Se tomó la sopa, eructó y le dijo a O'Rourke:

—¿Cómo es posible que siga teniendo sueño?

Pero no escuchó la respuesta del contramaestre porque se quedó dormido.

El siguiente despertar fue mucho más dulce. Estaba solo, el camarote no estaba inundado por el humo y nadie le estaba metiendo sopa por los ojos. Charlie se levantó y buscó su cubo. Se alivió en él, arrojó los desechos por el ojo de buey y miró al exterior. Era de noche. Venus estaba ahí afuera, en la bóveda celeste, en alguna parte. El mar estaba calmo. Corría una ligera brisa.

Charlie cerró la escotilla y comprobó que estaba entero. Podía mover el brazo, aunque le dolía mucho. Fue a la mesa y abrió el cajón en busca de su botella de Armagnac y entonces recordó que Sivane se la había reventado en la cabeza a O'Rourke. Después le echó un vistazo a su cuaderno de bitácora e intentó leer las últimas anotaciones. Eran obra del contramaestre, y aunque se trataba de notas muy breves, no se entendía ni una sola palabra, ni tan siquiera las fechas. Orc tenía la caligrafía de un niño muy pequeño.

Se aseó en la palangana y se afeitó. Después se puso unos pantalones y una camisa limpia, se acercó a la puerta del cuartucho de Sigerson y la abrió sin molestarse en llamar.

El falso noruego estaba sentado en la cama, escribiendo algo en unos papeles.

—Buenas noches, capitán. Asumo que mató usted a Sivane, al fin.

—No —dijo Charlie—. La rata lo hizo por mí.

Marlow le explicó lo que había sucedido después de que Sigerson se convirtiera en un peso muerto. Al menos todo lo que Charlie recordaba. Fue desordenado y confuso en su narración, pero Sigerson no lo interrumpió.

—Entonces, ¿presume usted que el coronel ha muerto? —dijo el falso noruego.

—Yo diría que sí.

—Bien. Bien —dijo Sigerson—. ¿Y no tuvo usted tiempo de registrar el cuerpo del doctor?

—No vi ningún motivo para quedarme allí más tiempo, desarmado y expuesto ante la rata de Sumatra —dijo Charlie—. ¿Por qué?

—Por nada. No tiene importancia.

Entonces Charlie lo recordó.

—Es por su cuaderno, ¿verdad? El que estaba en clave. El que Sivane le robó.

Sigerson asintió.

—Pero como le digo, no tiene importancia.

—¿Por qué está usted vivo? —dijo Charlie.

—Porque soy un hombre muy afortunado, amigo mío. Como Archibald, que también ha resultado ser inmune a la fiebre Tapanuli. Y como usted, que o bien es inmune, o ha gastado toda su suerte en este viaje… Por cierto, ¿sabe quién le salvó la vida?

—Lo último que recuerdo es que el mono me echó sobre su hombro como si yo fuera un saco de trigo y empezó a trotar.

—Watson es un auténtico prodigio de la naturaleza —dijo Sigerson—. El nombre le cae que ni pintado y será un gran rey de la isla… El animal, querido amigo, lo dejó junto al agujero de la empalizada, donde O'Rourke lo estaba esperando con una partida de marinos del Friesland. Incluso han recuperado la Maxim.

—Y usted le debe la vida a Hadoque —dijo Charlie.

—Y a Watson. Archibald me explicó con pelos y señales cómo los nativos huyeron horrorizados cuando nos vieron aparecer junto con el animal… Lamento mucho habérmelo perdido, pues estaba inconsciente. El joven Archibald se las arregló para que el simio nos escoltara hasta la barca y ese joven belga nos llevó de vuelta al *Friesland*. El señor O'Rourke encabezó la expedición de rescate que lo encontró a usted.

—¿Y por qué el mono hizo eso por mí?

Sigerson sonrió.

—Ya le dije que es un animal muy inteligente. Nunca lo sabremos con certeza, y no me gusta suponer… pero yo diría que usted le había caído bien y Gograh le caía mal.

Charlie se encogió de hombros. Sabía que no iba a obtener nunca una explicación mejor.

—Ahora que lo menciona, ¿y el jorobado? —preguntó Charlie.

—En la sentina, amigo mío. O'Rourke le sacó la bala que usted le disparó… Mycroft estará muy contento de verlo.

—Seguro que sí. Y espero que el señor Holmes me busque un nuevo trabajo cuando le eche el cerrojo a la compañía Holanda-Sumatra.

—No se preocupe; no creo que Mycroft desmantele la empresa cuando destruya al barón Maupertuis. Quizá introduzca algunos

cambios, pero estoy seguro de que usted podrá continuar siendo el comandante del *Friesland.*

Charlie se encogió de hombros otra vez. No le importaba demasiado.

—¿Está escribiendo su informe para Diógenes? —dijo.

—No… Algo así… En realidad es una carta privada, pero… Sigerson cogió los papeles, los arrugó y después los tiró por el ojo de buey del cuartucho—. No, creo que no la enviaré.

—Haga lo que le venga en gana —dijo Charlie—. Voy a subir a cubierta. ¿Qué hora es?

—Las tres de la madrugada —dijo Sigerson—. ¿Le importa que lo acompañe?

—Ya le he dicho que puede hacer usted lo que quiera.

Los dos hombres se abrigaron y subieron por las escaleras. Se levantaron las solapas, pues la temperatura había bajado bastante. Después se dirigieron a babor y se acodaron en la baranda. El marino que estaba de guardia, Maarten, se presentó ante el capitán para preguntarle si se había recuperado del todo. No se dignó a saludar a Sigerson.

El falso noruego sacó su pipa y la cargó con el tabaco que Charlie había aprendido a odiar. Transcurrieron unos segundos en silencio hasta que Sigerson lo rompió.

—Si no fuera imposible, diría que está usted disgustado conmigo.

—No. No es eso —dijo Charlie.

—¿Entonces?

—¿No lo adivina usted, señor brujo lector de mentes que todo lo sabe?

Sigerson sonrió.

Por supuesto que sí —dijo—. Es sólo que estaba intentando ser amable con usted. Sé que le disgusta mucho mi proceder habitual… Le pido disculpas por ello.

—Ahórrese el teatro, Sigerson, y haga directamente su truquito de magia. Dígame, ¿qué es lo que me hace sentir como si fuera un montón de basura? ¿Qué es lo que me hace creer que todo lo que ha sucedido no ha sido más que una pérdida de tiempo, una desgracia y un fracaso? ¿En qué estoy pensando?

Sigerson se sacó la pipa de la boca y la utilizó para señalar a un punto en el cielo despejado, una estrella que desprendía una luminosidad rojiza aquella noche. La estrella a la que Charlie había mirado tan sólo un instante antes.

El capitán Charles Marlow se esforzó por corresponder a la sonrisa del falso noruego.

Última ronda

JORKENS apuró el whiskey de un trago y esbozó una sonrisa de satisfacción. Le encantaba contemplar los rostros de su público cuando terminaba de contar una historia. Nos miraba uno por uno (incluso a los curiosos que se acercaban discretamente a escuchar) y examinaba las diferentes expresiones. Esa noche Jorkens se iba a marchar a casa satisfecho, pues yo estaba francamente impresionado por el relato e incluso Hannay, que desde el principio se había mostrado escéptico, al menos se había divertido mucho con la historia.

—Un amigo mío, un cazador llamado Manson, me habló de ese Gograh —dijo Hannay, que también apuró su bebida de un trago—. Trabajaba en Africa para un tal Voight, un científico.

—El señor Manson viene de cuando en cuando por el Billiards —apunté.

—Charlie me dijo que Gograh se arrojó por la borda del *Friesland* durante el viaje de regreso, cuando estaban cerca de la costa africana —explicó Jorkens—. Y Dirk Manson también me habló de ese jorobado. Es una historia muy curiosa…

—Con permiso de ustedes, caballeros, tendremos que dejar ese cuento para otro momento —dijo Hannay—. Es bastante tarde, ¿no les parece?

Jorkens consultó su reloj de pulsera y dijo:

—Es cierto. Por favor, Dick, ¿puedes decirle al camarero que pida un taxi?

Hannay se ofreció a llevar a Jorkens en su coche oficial, cosa que el viejo agradeció efusivamente.

—¿Usted se queda? —me dijo Hannay.

—Quizá tome otra copa —respondí—. Me gustaría pensar un poco en toda esa historia tan extraña… y esas pobres personas encalladas en el planeta Venus, ¡nada menos!

Hannay soltó una risotada.

—No termine de creerse todo lo que cuenta Jorkens —dijo—. Es un poco exagerado y lo que no sabe, se lo inventa.

Nos estrechamos la mano y los vi salir por la puerta del club. Yo volví a la barra para pedir un whiskey con soda cuando sentí que alguien me tocaba el hombro.

—Señor veterano de los Coldstream Guards y de los Fusileros Reales de Inniskilling, ¿me acompañaría usted en la última copa de la noche?

Era el anciano que se había sentado tras de mí. Ya me había olvidado del feo incidente con Hannay.

—Por supuesto, señor…

—Moran —dijo—. Sebastian Moran.

—Es un placer. Capitán… —empecé a presentarme, pero el camarero llegó con mi copa y la botella de Tullamore Dew y dijo:

—¿Desea el caballero otra soda?

—No, no. Y tampoco sirva el whiskey de este caballero; nos marchamos ya. Y haga el favor de pedirnos un taxi.

El camarero se llevó la botella y la copa y yo dije:

—¿No quería usted que tomáramos la última ronda, señor?

—Claro que sí, ¿acaso duda de mi palabra?

—En absoluto, señor.

—Pues venga conmigo; será un placer para mí ofrecerle en mi casa algo mejor de lo que sirven aquí.

No pude decir que no a la invitación del señor Moran, de modo que nos dirigimos al guardarropa para recoger nuestros abrigos y salimos a la calle, donde ya nos estaba esperando el taxista. Abrí la puerta para que Moran entrara en el coche y yo subí por la otra puerta.

—A Conduit Street —indicó el anciano al conductor, que arrancó el motor y puso el automóvil en marcha.

—Es usted muy amable, señor Moran —le dije.

—En absoluto. Me encanta charlar con personas educadas, sobre todo si son veteranos. Aunque sean irlandeses.

Me encogí de hombros. No era el primero ni el último inglés que tenía ciertos prejuicios. Lo contrario también es bastante habitual.

—¿Debo asumir que usted también ha prestado servicio a la Corona en el ejército, señor? —pregunté.

—Oh, claro que sí —dijo—. Pero de eso hace ya tanto tiempo… Acabo de cumplir noventa y siete años, caballero; ¿se lo puede usted creer?

—Aparenta usted bastantes menos —dije yo educadamente.

—Aparento ser la momia de Tutankamón, señor—me respondió—. Soy un auténtico fósil, así que no insulte mi inteligencia con esos comentarios condescendientes.

—Lo siento…

—No se preocupe… Soy partidario de llamar a las cosas por su nombre, ¿sabe? Una furcia siempre será una furcia, por mucho que pertenezca a la nobleza, ¿me comprende usted?

—Sí, claro —mentí. Y el anciano se dio cuenta. En efecto, no tenía ni

un pelo de tonto.

Me miró fijamente con sus acuosos ojos azules que, por un momento, destellaron al reflejar el rayo de luz de una farola.

—No, no comprende ni una sola palabra —dijo, y no sé si se dirigía a mí o si se lo estaba diciendo a sí mismo—. No importa… Una furcia de clase baja o de clase alta, una furcia viva o una furcia muerta, ¿qué más da…?

El taxista estaba entrando en Westminster y nos encaminaba hacia Mayfair. Empezó a llover sin previo aviso. Con fuerza.

—Por ejemplo —me dijo Moran—, ¿usted qué piensa de mí?

—¿Qué quiere decir?

—¿Quién cree que soy yo?

—Pues… un orgulloso veterano al que no le gusta que le tomen el pelo —respondí con toda sinceridad.

Moran se echó a reír.

—Sí, sí… en efecto. ¿Y eso me convierte en un ejemplo para la ciudadanía? ¿Soy un londinense perfecto?

—Probablemente —dije.

—Probablemente, probablemente —repitió, y siguió riéndose—. ¿Y si le digo que estuve un tiempo en la cárcel? ¿Me creería?

—Algunas personas muy decentes a las que conozco han estado presas —dije yo—. Durante la guerra, por ejemplo…

—No, no, no, no, no —dijo Moran con vehemencia—. Le hablo de la cárcel de verdad, no de un prisionero de guerra. Le hablo de Newgate y de Princetown. Yo estuve encerrado durante quince años, ¿sabe? Desde 1894 hasta 1909. Quince largos años…

No me quedó más remedio que preguntar.

—¿Qué hizo usted?

—¿Que qué hice? ¡Nada! ¡Nada en absoluto! —gritó—. Al menos, no llegué a hacer nada…

—¿Entonces lo acusaron falsamente?

El anciano sonrió y me mostró sus encías desdentadas, y no pude evitar reconocer que, aunque sin dientes, aquella era la sonrisa de un gran felino.

—No —dijo—. Había pruebas suficientes para demostrar que había intentado matar a un hombre. Con premeditación. Me aposté frente a su casa y quise volarle la cabeza de un disparo, pero… me pilló. Era un individuo muy astuto, ese odioso drogadicto malnacido…

—Seguro que usted tenía buenos motivos para hacer lo que hizo —dije yo—. Si además era un drogadicto…

—Un drogadicto y sólo Dios sabe qué más cosas, ¿me entiende usted, caballero? Sólo Dios lo sabe… Cochero, deténgase aquí —dijo Moran.

Utilizó esa palabra, “cochero”, y no “chófer” o “conductor” o “taxista”. El anciano era un hombre de otra época y eso me hizo reflexionar acerca de lo que me estaba contando: No se puede juzgar a todos los hombres por el mismo rasero.

Descendimos del taxi y Moran me permitió que pagara el viaje.

Lo ayudé a cruzar la calle hasta la verja que daba a una casa de dos pisos que era antigua, pero tenía muy buen aspecto. Moran sacó sus llaves, abrió la puerta de la reja y subimos los escalones hasta la entrada del portal.

—Adelante —me dijo y me adentré en la oscuridad.

El anciano pasó tras de mí y encendió la luz de un vestíbulo austero, alumbrado por una araña con una treintena de bombillas. Se apoyó en mí para subir las escaleras que llevaban al siguiente piso.

—¿Y sube usted solo todos los días? —dije.

—Yo solito.

—¿Y no ha pensado en instalar un ascensor en la casa?

—¿Ascensor? —dijo—. Eso es para desviados, caballero. Yo soy un hombre.

Me llevó (en realidad, lo llevé yo, pues cargó todo su peso en mi brazo) hasta un impresionante salón repleto de trofeos de caza. Había toda clase de animales, desde la cabeza de un cocodrilo y la de un rinoceronte, hasta los habituales gamos y ciervos, pasando por un elefante africano e incluso un gorila. Pero sin duda, la mayor adquisición de Moran era el tigre al que había convertido en alfombra y que dominaba el suelo de la habitación. En vida, aquel animal había sido un auténtico monstruo, cosa que me llevó a pensar en la historia de Jorkens.

—Espero que no le moleste el olor a naftalina —dijo Moran—. Si no la utilizara, mis bestias se habrían apolillado hace ya muchos años.

Mientras yo observaba todo aquello, el anciano se acercó a un inmenso mueble bar del que sacó sendos vasos bajos y una botella de whisky (que no whiskey) escocés. Pensé que a Hannay le habría gustado aquel ambiente.

Moran me sirvió con generosidad y él se puso unas gotas de licor en su vaso. Después se puso de nuevo en pie, se dirigió con paso cansado hacia una puerta lateral del salón y me dijo:

—Deje que le muestre una cosa, caballero.

El anciano desapareció durante unos segundos y yo me dediqué a admirar la belleza y el colorido de los animales muertos, e imaginé, como siempre ha sido mi costumbre, que los ojos vítreos de esas criaturas me estaban observando.

El tigre de la alfombra pareció mover sus mandíbulas. Pero eso fue fruto de mi imaginación.

Moran regresó con algo entre las manos.

—Entonces es usted aficionado a la caza —dije, pero el anciano hizo caso omiso a mi comentario. Se limitó a depositar entre mis manos un cuaderno de piel y me dijo:

—Échele un vistazo. Esa cosa me libró de la pena capital. ¿Qué le parece?

Abrí el cuaderno y pasé las hojas cuidadosamente. Estaba escrito hasta la mitad, más o menos. Encontré algún dibujo de un mapa y miré con atención los textos escritos con una letra abigarrada y cursiva, de la vieja escuela… pero no entendí una sola palabra, porque aquello no era más que una sucesión de números y letras sin sentido.

—¿Qué se supone que es? —pregunté.

Moran volvió a mostrarme su sonrisa que, definitivamente, se parecía demasiado a la del tigre de la alfombra.

—La verdad, caballero, no tengo la más remota idea de su contenido. Lo encontré en el bolsillo de la chaqueta de un muerto, ¿sabe? Un decapitado, por más señas. Pero es un cuaderno muy valioso. Tanto como mi vida.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando me detuvieron, hace ya tantos años, quisieron acusarme del asesinato de un muchacho imberbe, un joven ricachón al que le gustaba mucho jugar a las cartas… Pero no le gustaba perder. Y sobre todo, no le gustaba que le hicieran trampas. Así que, caballero, tuve que matarlo.

Aquella declaración me puso los pelos de punta, pero no dije nada.

—No se asuste, ahora ya no soy capaz de hacer esas cosas. ¿Sigue usted pensando que este anciano es un ejemplo de ciudadanía?

No respondí.

—Ya me lo imaginaba —dijo Moran—. Pero como le he explicado, nunca llegaron a acusarme de ese asesinato, ¿sabe usted? Y no lo hicieron porque tenía ese cuaderno, sí, ese mismo cuaderno que tiene usted entre las manos, para negociar con las autoridades. No con las más altas, sino con las más secretas… Si ha escuchado la historia que ha contado ese viejo chiflado de Jorkens, ahora sabe qué era el Club Diógenes, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—Pues Diógenes estaba muy interesado en que ese cuaderno no saliera nunca a la luz. Yo lo tenía bien guardado, bajo llave, en un lugar que sólo yo conocía. ¿Comprende?

No dije nada, pero comprendía perfectamente.

—Sí, chantajeé a esa gentuza, caballero. Les di mi palabra de que el cuaderno nunca caería en las manos equivocadas. Y a fin de cuentas está en clave, ¿verdad? Nadie puede leerlo salvo el maldito drogadicto que lo

escribió…

Moran me quitó el librito de las manos con una rapidez inusitada y añadió:

—Y en lugar de mandarme a la horca, me encerraron quince años en la cárcel. ¿Qué le parece?

Una vez más, no respondí.

El anciano tomó su vaso, apuró el whisky y dijo:

—Me gustaría mostrarle algo que está en ese otro cuarto… ¿Le importa acompañarme? Es mi *sanctorum* particular y no permito que nadie lo vea. Pero usted… usted me cae bien. Es un veterano, como yo.

—Es muy tarde —dije—. Debería marcharme ya.

—¿En serio? ¿O es que teme que vaya a hacer algo contra usted? No le tendrá miedo a un fósil viviente como yo, ¿verdad?

—¿Qué quiere enseñarme?

—Venga conmigo, por favor, venga…

Lo tomé del brazo y caminamos muy despacito.

—Le va a encantar, caballero, le va a encantar… Y usted sabrá apreciar su valor y su belleza más que nadie que haya podido ver esta maravilla…

El anciano prendió la luz del cuarto, que tenía una mesa pequeña en el centro, una silla, un montón de papeles y un anaquel abierto en la pared que ocultaba una caja fuerte. Al otro lado de la mesa había una lona que ocultaba algo. Algo grande.

Moran se acercó a la caja fuerte, giró la rueda en varias direcciones (me miró por encima del hombro para asegurarse de que no intentaba atisbar la combinación) y guardó el cuaderno. Después se acercó a la mesa, se apoyó para descansar y continuó hasta la lona.

—Dígame si es o no es un prodigio.

Y tiró de la lona.

—Con mis propias manos y con mis dientes —dijo—. Con estas manos, caballero, y con mis propios dientes. Desarmado y completamente desnudo. Y yo, amigo mío, acabé con la bestia. Dígame si es o no es un prodigio, caballero.

No se lo dije. Pero reconocí la oreja rota y el pelo brillante y las garras de larguísimas uñas, y los incisivos inferiores, grandes como puñales curvos.

Y los ojos vítreos que Moran, con muy buen criterio, había elegido de color rojo.

Como un demonio.

Apéndice:
Índice onomástico y toponímico

Aakster: Marino holandés del *Friesland*. Su nombre completo era Klaas Gerrit Aakster. Sus padres murieron cuando Klaas era muy joven y se encargó de él su tío Jan, que era un sacerdote que no toleraba el pecado. Jan Aakster azotó por primera vez a su sobrino cuando Klaas Gerrit tenía ocho años, pues lo descubrió tocándose la entrepierna en el dormitorio que compartían. Los castigos continuaron hasta que Klaas cumplió trece años, edad a la que arrojó a su tío desde lo alto del campanario de la iglesia. Después, Klaas se enroló en el *Delft*, un barco pesquero, y se echó a la mar. Nunca volvió a rezar.

Adán: El primer hombre según los textos bíblicos y la tradición coránica. John Kendrick Bangs, en la continuación a su novela *A House-Boat on the Styx* (1895), hizo que el "difunto" Sherlock Holmes, que había perecido —supuestamente— en los acantilados de Reichenbach junto al profesor Moriarty, se encontrara con Adán durante la búsqueda del bote robado por el capitán Kidd (*Pursuit of the House-Boat*, 1897); por su parte, el doctor Logan Clendening escribió y publicó en 1934 el panfleto "*The Case of the Missing Patriarchs"*, donde un Holmes fallecido a la edad de ochenta años deduce ante Dios quiénes, de entre una multitud en el Cielo, son Adán y Eva. Es en esta aventura apócrifa donde el Maestro de Baker Street pronuncia su inmortal frase: "Elemental, mi querido Dios; no tienen ombligos". El nombre de Adán (o Adam) tiene su origen, en realidad, en el Padre Fundador de la civilización subterránea que se encuentra en el valle del Gwan-Gi: según las tradiciones de dicho pueblo, Adam fue el primer dinosaurio inteligente y logró salvar a algunos de los suyos durante la catástrofe planetaria ocasionada por la caída del meteoro que generó el cráter de Chicxulub (en la actual península de Yucatán) hace 65 millones de años.

Africa: El Continente Negro que vio nacer a Tarzán de los Monos. Plinio el Viejo, que visitó las colonias romanas de Castra Mare y Castra Sanguinarius, dijo *"ex Africa semper aliquid novi"*, siempre hay algo nuevo en Africa. Plinio el Viejo probablemente se refería a los reptiles peludos que el explorador Hareton Ironcastle encontró en la región casi extraterrestre de Gondoroko, a las ruinas de Opar y de Kór, a la Ciudad

de Piedra que estuvo poblada por simios albinos, a la leyenda del Gorila Dorado cuya veracidad comprobó el explorador William Glenmorgan (igual que el aventurero Kenneth Hale comprobó la verdad del mito del inmortal Hombre Gorila), a los prodigiosos monstruos Gorga, Kongamato y Mokélé-Mbémbé (entre otros muchos), a las minas de codiciado vibránium de Wakanda, a los reinos de Babar y Zamunda y a la República de Zamaro, al valle de Kukuanaland, a las momias de N'Kantu (de los Swarili) y Allamistakeo, a los inmortales egipcios Tak-Ne y Pharos, a los esquivos devoradores de orquídeas llamados "jeeps" (unos animales tetradimensionales que viven en nuestras tres dimensiones), a la tribu de *Pithecanthropus* que Joseph Jorkens encontró en Mozambique, y a otras muchas maravillas que existen o han existido en esa tierra imposible, pero que ahí está. El paso del noruego Sigerson por Africa tuvo lugar justo después de los acontecimientos narrados en el presente volumen, y será debidamente explicado por el presente autor en una obra que podría titularse *Las mazmorras de Veltopismakus.*

Alemania: País europeo que vio nacer al tirador y aventurero Oíd Shatterhand, llamado Kara Ben Nemsi en Oriente, y propietario de los dos famosos rifles *Bdrentoter* y *Hemystutzen*. Antes de dar comienzo a sus viajes por el mundo, el joven Shatterhand (cuyo verdadero nombre era Karl Schultze) visitó en 1865 al profesor Otto Lidenbrock, de Hamburgo, para proponerle una nueva expedición al centro de la Tierra. El cascarrabias Lidenbrock, harto de los indeseables que lo habían difamado al regreso de su célebre viaje, pensó que el muchacho era otro bromista que pensaba reírse de él y lo echó a puntapiés de su casa. Oíd Shatterhand viajó por todo el mundo, se hizo íntimo amigo de Winnetou, trabajó con Sandokán en alguna ocasión (así lo constata Paco Taibo II en su novela *El regreso de los Tigres de la Malasia*), y en su vejez llegó a subir a bordo del *Meteor*, la aeronave del Kapitan Mors *der Luftpirat*, donde disparó el *Hemystutzen* contra el doctor Mabuse. En la década de 1930, un aventurero de piel broncínea que aseguraba ser "heredero de Atlantis" empezó a operar en Alemania bajo el nombre de Sun Koh, aunque en el resto del mundo se le conoció como "el Doc Savage nazi". Existe la friolera de ciento cincuenta crónicas sobre este individuo que preconizaba "el resurgimiento de la Atlántida", cosa que algunos dicen que tuvo lugar en 1945.

Amazonas: Río de Sudamérica. Se dice que en la ribera del Amazonas todavía vive una raza de felinos humanoides que podrían tener su origen en un experimento realizado por hechiceros de Mu o en la manipulación genética de científicos extraterrestres procedentes del planeta Ymir. La Meseta de Maple White (o Maple White Land) se encuentra en un punto cercano al cauce de este río. En 1887, Orc

O'Rourke recorrió el Amazonas de arriba abajo junto con el capitán Owen Kettle cuando se convirtieron en prisioneros de un misterioso encapuchado que comandaba un barquito de negras velas llamado *Dark God of Yith.*

Arabia: En realidad, la península arábiga. Buena parte de las aventuras del mítico príncipe Shariff, como su enfrentamiento con el *djinn* Dhulah, su estancia en las mazmorras subterráneas del maléfico Gulmar Khan, la batalla contra los hombres hormiga venidos de los cielos, su matrimonio con la misteriosa doncella Saldiva (que guardaba en la torre de su palacio un horrible, escamoso, dentudo y tentaculado secreto), o el sacrificio final del príncipe para salvar al mundo entero, tuvieron lugar en Arabia hacia el siglo V de nuestra era. Y fue en Arabia donde el detective Card Nichols y el doctor Alexander Countable encontraron el cuerpo incorrupto de Shariff, en el Valle de las Espadas Negras (forjadas todas ellas con el maravilloso elemento llamado prodígium), de donde lo sacaron y revivieron para llevarlo hasta el New York del año 1887.

Araki, los: Tribu nómada centroafricana, adoradora del dios Maytyek. Los Araki vivieron una época, de esplendor hacia 1905, cuando fueron liderados por el jorobado Ernest Gograh, que robó el robot gigante Mightech, un invento del profesor Arnold Voight para controlar a esa tribu de asesinos caníbales. Los Araki sufrieron las iras de Tarzán de los Monos en dos ocasiones: la primera en junio de 1914, cuando intentaron atacar la hacienda Greystoke justo en el momento en que estaba sufriendo una invasión de vegetales andantes de la especie alienígena *Chromolaena triphidata* enviados por el doctor Fu Manchú; y la segunda en diciembre de 1931, cuando los Araki fueron poseídos por el espíritu de un viejo enemigo de Tarzán, el insidioso Nicolás Rokoff, y secuestraron a Jane Clayton Porter. Los últimos Araki fueron definitivamente ejecutados por Jomo Kenyata durante la Revolución Mau Mau de 1952.

Armagnac: Brandy elaborado en la región gascona que le da nombre. El capitán Marlow tenía una botella de Armagnac como reserva personal en un cajón de su camarote, a bordo del *Friesland*. Esa botella se la había regalado un viejo amigo, el arponero canadiense Ned Land, que a su vez la había robado de la bodega personal del *Nautilus* hacía años. El capitán del *Nautilus*, un príncipe indio que se hacía llamar Nemo, la había obtenido de Alexis Ladeau o Landeau, quien se la entregó a Nemo en 1839 como recompensa por su colaboración con el *chevalier* Auguste Dupin en la investigación de la extraña muerte del investigador alemán Von Junzt. *Monsieur* Ladeau (o Landeau) había

heredado la botella de su padre, que logró escapar de Francia durante la revolución gracias a la ayuda de un aventurero inglés conocido como la Pimpinela Escarlata. Curiosamente, la botella se la había entregado al padre de Ladeau (o Landeau) un reverendo llamado Christopher Syn, que aseguraba que el brandy se lo había entregado en mano el siniestro Espantapájaros de Romney Marsh, y que por lo tanto, era un auténtico licor de contrabando. Era cierto, pues el capitán Clegg se había encargado de introducirlo por la noche en Inglaterra con la ayuda de un marino y pirata cojo, Long John Silver, que la había distraído de una taberna francesa. La botella había estado en un estante del establecimiento durante cien años sin que nadie se atreviera a tocarla, pues allí la había dejado olvidada su propietario, un muchacho de la Gascuña que había comprado el brandy en su pueblo para entregárselo como presente al Señor de Treville, capitán del cuerpo de mosqueteros del rey Luis XIII.

Azores, islas: Archipiélago portugués situado en el océano Atlántico, cerca del cual apareció el *Mary Celeste*. Una teoría apunta a que el archipiélago de las Azores son un remanente de lo que antaño fue Atlantis, o al menos, la base de operaciones del brujo Kathulos en la época anterior a que el mítico continente se hundiera. Doc Savage se apoderó de diversa tecnología encontrada en la ciudad de TAZ, sumergida hace 10.000 años y que formó parte de dicho continente. Un discípulo del profesor Challenger, el profesor Maracot, descendió en batiscafo hasta una ciudad atlante cercana a las Azores, y allí se enfrentó al Señor del Rostro Oscuro, un adorador del dios fenicio Baal que probablemente fuera el ya mencionado Kathulos.

Bedlam: Manicomio londinense que es el escenario de una aventura de la detective Georgina Phillimore titulada *Secret of the Headless Madman* (Polar Detective Library, 1905) y escrita por Rosie Ferret. Hacia 1761, la institución estaba dirigida por un malvado demente, George Sims, que no salió muy bien librado tras la muerte “accidental” de uno de los internados, Lord Mortimer. Bedlam posee una cámara secreta donde vive una criatura extraña, peluda y con muchas patas, a la que los internos llaman cariñosamente Karloff.

Bering, Estrecho de: Estrecho que une (o separa, depende de cómo y cuándo se mire) Alaska con Rusia. Según nos cuenta Jules Verne, la familia de cirqueros Cascabel tuvo muchos problemas para cruzarlo, muchos más que diversos homínidos de los más variados tamaños y especies que lo cruzaron miles de años atrás, entre ellos una tribu de Hombres de Piltdown.

Bengalore: Región al este de la India, cuyo nombre suelen confundir los investigadores holmesianos con Bangalore o Bangalur (que no está al este, sino al sur de la India). En Bengalore se conserva, en el hangar privado de un príncipe, un vimana (un artefacto volador) construido por los llamados "Yavanas" de la Antigüedad. Y funciona.

Billiards Club de Londres: Club de billar donde, es bien sabido, nadie juega al billar. En realidad, lo que allí se estila es beber whiskey y cotillear acerca de viejos amigos muertos. Las historias de este club fueron recogidas por Edward John Moreton Drax Plunkett, XVIII barón de Dunsany, uno de los habituales del Billiards y conocido e íntimo amigo del viajero Joseph Jorkens. A mediados de la década de 1930, algunos miembros de esta institución abandonaron el club y fundaron otro, el Storytellers Club, donde sí que se juega al billar habitualmente. Pero Lord Dunsany no fue uno de ellos.

Bloomingdale III, Joshua Henry: Soldado británico que formó parte del 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore. Homosexual. Antes de que un tigre llamado Shere-Khan lo desmembrara, fue un chico muy querido por su familia y sus compañeros. Aunque nunca lo supo, su concepción fue fruto de un desliz amoroso de su madre con un individuo llamado Edward Hyde.

Borneo, isla de: La tercera isla mayor del mundo, cuyo nombre en bahasa indonesio es Kalimantan. Allí nació un príncipe malayo que se convertiría a mediados del siglo XIX en un pirata y azote de los opresores británicos llamado Sandokán, que visitó en una ocasión la isla de la Niebla. Según Thomas Mayne Reid, el capitán Alexander Redwood, de la Marina Mercante Norteamericana, naufragó en Borneo con sus hijos y un grupo de hombres en 1892, y allí hubieron de enfrentarse al legendario *Mías rombi*, el Gigante Rojo, que era un enorme gorila escarlata. No obstante, el capitán James Brooke, agente del Gobierno Británico en Sarawak y azote de corsarios, afirmó en 1841 que el rojizo *Mías rombi* "nunca excedía los cuatro o cuatro pies y medio de altura".

Brahmaputra: Río asiático que nace en el suroeste del Tíbet. En otro tiempo se le conocía por el nombre de río Dyardanes. El famoso príncipe Sandokán acribilló a tiros, a orillas del Brahmaputra, a un hermoso ejemplar de triceratops, el cual estaba a punto de embestir contra un grupo de siete muchachas vírgenes que se estaban bañando desnudas. Sandokán procedió a galantear con las doncellas para recibir sus agradecimientos, pero resultó que no eran auténticas mujeres, sino malvadas sirenas que pretendían ahogarlo en el río para después devorarlo. El bueno de Yáñez, amigo íntimo de Sandokán, ahuyentó a

las sirenas con los disparos de una pistola mágica que le había regalado un brahmín, y le salvó la vida a su compañero.

Briggs, capitán Benjamín Spooner: El capitán del *Mary Celeste*, propietario de ocho de las veinticuatro partes del barco. Nunca le gustó la pinta de ese hombre extraño, calvo y un tanto misterioso que decía llamarse Abel Fosdyk.

Briggs, Sophia Matilda: Hija del capitán Benjamín Briggs, desaparecida a la edad de dos años junto con la tripulación del *Mary Celeste*. Damos cumplida noticia de ella y de sus padres en la novela *Los náufragos de Venus*, del presente autor.

Caprona, isla de: Isla situada cerca de la Antártida, a la cual difunto Edgar Rice Burroughs dedicó tres divertidísimas novelas. Algunos afirman que los supervivientes del accidentado vuelo 815 de Oceanic Airlines terminaron en Caprona, aunque esto no está nada claro, pues es posible que todos hayamos soñado ese vuelo.

Caproni: Marino italiano que descubrió la misteriosa isla de Caspak (rebautizada Caprona) en 1721. Existe un volumen escrito por Gian Cario del Poggetto que recoge el viaje de Caproni, publicado en 1751 en Florencia, y que lleva por título *Viaggio della gloriosa goletta Sildavia all ´isola dei mostri terribili*. Por desgracia, no existe traducción al castellano de este libro prácticamente inencontrable, aunque se dice que el difunto Juan Perucho tenía un ejemplar de una supuesta edición catalana de 1788. También hay referencias al viaje del *Sildavia* en *Los restos arqueológicos de los impelios perdidos* de Otto Dostmann, en el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt (el autor germano también aseguraba haber visitado Caprona), y curiosamente, en una novela barata escrita por el guionista de cómics y autor *underground* Jubelo Fowler, titulada *J.C. versus the Devil Dinosaur* (Black Mojo Publishers, Massachusetts, febrero de 1966).

Calcuta: También Kolkata y Koükata (en bengalí). Desde finales del siglo XVII, la Compañía Británica de las Indias realizó los más diversos trapícheos en la India desde Calcuta. En noviembre de 1941, esta ciudad vio el desenlace de una extrañísima supersaga de Doc Savage que nunca llegó a la imprenta, pues se extravió de camino a la editorial Street & Smith. Tenía por título *War of Kali's Priestesses*, y daba comienzo con la visita al piso 86 del Empire State Building de New York de una dama peruana que se hacía llamar Isabella Linares, quien solicitaba la ayuda de Doc y de sus Cinco Increíbles para dar con el paradero de un familiar

desaparecido misteriosamente en la India. Muy pronto la misma Isabella fue secuestrada por un grupo de asesinas adoradoras de Kali, lo que llevó a Doc Savage y a sus amigos hasta Calcuta, donde se vieron metidos de lleno en la guerra entre dos bandas criminales rivales lideradas por sendas mujeres. La organización dirigida por la apache parisina conocida como Irma Vep se llamaba Les Nouveaus Vampires y se encargaba de la prostitución y el robo a gran escalo en la ciudad; la otra facción, que contaba con una red de sacerdotisas de Kali asesinas y utilizaba drogas y técnicas de control mental para extorsionar a los principales prohombres de Calcuta, estaba comandada por la bellísima Clara (o Claire) Riveau, una peligrosísima y sensual villana que años antes había fingido su propia muerte en Perú. Obviamente, la malvada *madame* Claire había tomado la identidad de Isabella Linares para lograr la ayuda de Doc Savage en su guerra contra Irma Vep, y durante la batalla final en el templo de Kalighat, las dos maestras del crimen lucharon a muerte, se mordieron e intentaron sacarse mutuamente los ojos bajo la atenta mirada del aventurero americano, que no se atrevió a tomar partido por ninguna de ellas. Ambas mujeres desaparecieron en mitad de una gran explosión y nunca se encontraron sus cuerpos.

Carcosa: Nombre de una ciudad, una isla y un imperio que floreció en los mares (*khemus* en carcosano) interiores de Africa hace unos 12.000 años. Aparece en los textos que el señor Sigerson cita en el presente volumen y es el escenario de la obra teatral *El Rey Amarillo*, un texto maldito e irrepresentable. El señor Ambrose Bierce recogió el testimonio de un nativo carcosano (publicado en el *San Francisco Newsletter* del 25 de diciembre de 1886), un tal Hoseib Alar Robardin, a través del nada célebre médium E.S. Bayrolles. El señor Philip José Farmer reconstruyó algunos viejos cantos carcosanos en sus novelas sobre “Khokharsa”, *Hadón de la antigua Ofiar* y *Huida de Opar*, y el señor Christopher Paul Carey ha tomado el relevo del mitógrafo creativo de Peoría en esta labor arqueológica creativa. Aunque la civilización de Carcosa (y también la isla) desaparecieron hace miles de años, es muy posible que una versión onírica de esta ciudad sobreviva en algún rincón de la mutable Tierra de los Sueños, pues algunos viajeros que han atravesado las Puertas de la Llave de Plata, como el señor Randolph Cárter, aseguran que la han visitado en épocas relativamente recientes; pero este dato no debería ser significativo, pues es bien sabido que el tiempo se comporta de un modo muy distinto en dichas regiones ajenas al mundo de la vigilia, como el avisado lector podrá comprobar en el volumen *Necronomicón Z* (Dolmen, 2012), del presente autor. La ciudad medieval de Carcasonne, en Francia, recibe su nombre de la ciudad de Carcosa, y más concretamente de su nombre latino, *Carcaso*.

Carey, capitán Michael: Llamado Black Michael. No era un capitán auténtico y ya tenía experiencia en motines: En el año 1888, encabezó una revuelta a bordo del *Fuwalda*, y se apiadó de dos pasajeros británicos, el matrimonio Clayton, a los que dejó abandonados (pero vivos) en algún lugar de la costa oeste de África. Algunos investigadores como Dale L. Walker y John Harwood (en su artículo *"What happened to Black Michael?"*) afirman que Black Michael y Black Peter Carey, el criminal atrapado por Sherlock Holmes en 1894 —según nos cuenta el doctor John Watson en una de sus crónicas— eran una y la misma persona. El difunto Philip José Farmer refrendó esa opinión en su biografía de Lord Greystoke, titulada *Tarzán Alive*! (1972), que recogía el artículo de Walker y Harwood. No obstante, el presente volumen demuestra que Black Michael y Black Peter eran, en realidad, hermanos que compartían una misma profesión y ciertas tendencias inmorales. En 1891 nació el único hijo conocido de Michael Carey a bordo del bote *Black Barnacle*. Bluto Carey fue fruto del involuntario ayuntamiento carnal de Black Michael con la dueña del *Black Barnacle*, una misteriosa y horripilante anciana a la que llamaban La Bruja del Mar. El joven Bluto creció para convertirse en un pendenciero y violento marino que durante años mantuvo un enfrentamiento abierto con otro lobo de mar, un norteamericano tuerto al que apodaban Popeye y al que se relacionado en diversas ocasiones con una sociedad secreta formada por Mandrake el Mago, Flash Gordon y el Fantasma que Camina.

Carnehan, **"Peachey" Taliaferro**: Agente del Club Diógenes y masón. Rudyard Kipling dio noticia de este militar y espía inglés en su novela corta *El hombre que pudo reinar*. Lo que no dijo Kipling acerca del señor Carnehan, lo recogió el presente autor en el volumen *Cuaderno de bitácora del Matilda Briggs* (Academia de Mitología Creativa 'Jules Verne" de Albacete, 2005).

Challenger, profesor George Edward: El irascible escocés que llevó un pterodáctilo vivo hasta Londres desde la meseta de Maple White (Brasil) en 1894. Sus hazañas fueron recogidas por el periodista Edward Malone y editadas por Arthur Conan Doyle, y el presente autor recogió el encuentro entre Challenger y el doctor Van Helsing en un relato titulado *"Los sabios en Salamanca"* En 1919, Jules Castier escribió "*The Footprints in the Ceiling*", un pastiche humorístico (o una crónica absolutamente verídica; esto nunca lo sabremos) de cómo Sherlock Holmes fue contratado para encontrar al desaparecido Challenger, y Stephen Theaker publicó la narración del viaje a la Luna de Challenger en su novela *Professor Challenger in Space*. Otros autores han intentado rellenar huecos en la biografía de este científico, pero ninguno de ellos, por pudor, se ha atrevido a explicar qué sucedió durante el asunto de la

llamada Maravilla de Hammersmith, en el que también estuvo implicado el señor Holmes. Los lectores más salaces quizá puedan imaginar por qué al misterioso Superdotado de Hammersmith que había preñado a ciento cinco mujeres en una semana lo llamaban "Vigor".

Charing Cross: Estación londinense. El 5 de diciembre de 1905 se hundió el techo de la estación y casi pilló al doctor John Watson, que estaba esperando la salida de un tren hacia Fulworth (Sussex Downs), donde pensaba visitar a su amigo, el señor Sherlock Holmes. La acompañante del doctor Watson, una dama sin identificar, murió en el siniestro.

Cheyne, Harvey: Grumete del *Matilda Briggs*, utilizado en un rincón desconocido de Sumatra por el doctor Sivane como cebo para cazar a la rata gigante. Harvey había nacido en 1876 en California, y era hijo de Harvey Cheyne Sr., un magnate de los ferrocarriles. En 1891, el joven Harvey calló por la borda de un trasatlántico de vapor a las aguas donde se cruzan las corrientes del Labrador y el Gulf Stream, y fue rescatado por pescadores de la goleta *We're Here*. El capitán Disko Troop se ocupó personalmente del muchacho, logró que perdiera sus tontos hábitos de niño rico y malcriado, y lo convirtió en un hombre hecho y derecho. Después de diversas aventuras y peripecias con sus amigos marinos, un Harvey mucho más maduro fue hallado por sus padres en Gloucester (Massachusetts), que recompensaron al capitán Troop empleando a su hijo Dan en la flota de importación y exportación de té de los Cheyne. El joven Harvey se comprometió entonces a trabajar en las líneas comerciales marítimas de su padre, pero lo que hizo en realidad fue embarcarse como grumete en un barco procedente del puerto de Innsmouth, a las órdenes del capitán Barnabas Marsh, que lo llevó hasta Inglaterra, donde Harvey recibió el visto bueno de Sivane y logró enrolarse en el *Matilda Briggs* para vivir su mayor aventura en tierras desconocidas. El señor Rudyard Kipling escribió en 1896 una amable novela basada en el viaje del muchacho a bordo del *We're Here*, y tiene por título *Captains Courageous* (Capitanes intrépidos), cuya lacrimógena adaptación cinematográfica se hizo muy famosa en España por la canción del *"Pescadito llorón"*.

China: Patria del doctor Fu Manchú y de un importante proveedor de té que se estableció en Limehouse (Londres) bajo el nombre de Quong Lee. Uno de los guerreros de terracota, Meng Tian, despertó en el año 205 a.C. del embrujo al que un hechicero había sometido al ejército del emperador Quin Shi Huang convertido en una estatua viviente y casi indestructible, y desde entonces vivió las más prodigiosas aventuras: Una de las más recordadas quizá sea su enfrentamiento con los Mi-Go

del Himalaya en sus galerías horadadas en la roca y cómo salvó una aldea tibetana de la amenaza de los crustáceos Hongos de Yuggoth.

Clayton: Del 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore. Se llamaba John y era hijo de un duque inglés reconvertido en conductor de coches de caballos, quien conoció al señor Sherlock Holmes durante el asunto que Watson publicó bajo el título de *El sabueso de los Baskerville*. En el volumen *Cuaderno de bitácora del Matilda Briggs* se recogen los servicios que John Clayton prestó al Club Diógenes, su viaje a la costa africana para detener a un agente comercial de primera llamado Kurtz, y cómo aquel viaje a bordo de un barco llamado *Fuwalda* terminó con un motín, con un desembarco forzoso en la costa oeste africana, y con el nacimiento de otro John Clayton que fue adoptado por un antropoide hembra, una manga- ni que respondía al nombre de Kala.

Coldstream Guards: Regimiento de a pie del ejército británico que se remonta a tiempos de Cromwell. Lord Dunsany formó parte de este regimiento. El coronel Daniel MacGregor "MacDare" también fue uno de los Coldstream Guards, y con ellos combatió en una ocasión contra unos monstruos venusinos enviados por el villano extraterrestre Me-Kong.

Colt del .38: El revólver que llevaba encima Black Michael. Había pertenecido al teniente coronel Kirby Yorke, de la Caballería de los Estados Unidos. Cómo llegó el arma a manos del marino irlandés es un misterio, aunque parece que tiene relación con cierto acontecimiento en la vida de Yorke, sobre el cual ha especulado el investigador Emilio Carrión Tendero, y que tendría que ver con una entidad alienígena llamada Sh'mballah, la cual estuvo enterrada en un pueblo de Dakota del Norte llamado Cráter Falls hasta 1977, año en que Sh'mballah fue destruido por las fuerzas conjuntas del general Thaddeus Ross y un monstruo verde de origen desconocido.

Conduit Street: Calle del centro de Londres, donde vivía el coronel Sebastian Moran. Durante los años que el coronel estuvo preso en Newgate, la casa de Conduit Street quedó al cuidado de la madre de Moran y cuando ésta falleció, se encargó la labor de mantenimiento a una mujer llamada Rosie Ferret, que escribió allí una larga serie de novelas de misterio y aventuras.

Cook, capitán James: Explorador y cartógrafo británico del siglo XVIII. Fue Cook quien reclamó la isla de la Niebla para Inglaterra, aunque no se atrevió a desembarcar en la playa. Llegó por casualidad, pues su barco se internó en la bruma. Cuando vio el perfil de la Montaña

del Cráneo casi le dio un pasmo.

Costa da Morte: Costa gallega. El *Nautilus* tuvo un enfrentamiento con un kraken muy cerca de la Costa da Morte.

Cráneo, cueva del: Cueva secreta en la jungla de Bangalla, propiedad de los pigmeos Bandar y del Fantasma Que Camina. Se dice que fue esculpida por sabios venidos de allende los mares hace miles de años, lo que indica que fue obra, muy posiblemente, de un grupo de seguidores de Kathulos, el brujo atlanteano al que muchos llaman "el Rostro de Calavera".

Cráneo, Monte o Montaña del: Formación natural (o no) de la isla de la Niebla, en cuyas cuevas vivió una estirpe de megaprimates durante siglos. El señor Arturo Fernando Botella García-Gómez, mitógrafo creativo, ha especulado acerca del origen de este curioso accidente geográfico, y lo ha relacionado con civilizaciones a las que identifica (erróneamente) con Atlantis, y que tendrían que ver con un científico japonés conocido como el doctor Infierno.

Cribb, Tom: Boxeador inglés de finales del siglo XIX, de la época en que se boxeaba con los puños desnudos. Cribb fue Campeón del Mundo tras derrotar al ex esclavo negro Tom Molineaux en una polémica pelea de treinta y cinco asaltos. Se retiró a Woolwich (Londres) en 1839, donde permaneció hasta su muerte en 1848. En febrero de 1846 recibió la visita de un hombre joven que aseguraba venir "de parte de Porlock", y le entregó a Cribb una nota que decía: *"Zuul no está muerto"*. Ese fue el comienzo de una aventura que llevó al ex boxeador hasta las catacumbas donde habitaba el inmortal rosacruz Mejnor, y hubo de formar equipo con el místico Zanoni para evitar el advenimiento del dios sumerio Volguus Zildrohar, también conocido como Gozer el gozeriano.

Club Diógenes: En Pall Mall (Londres). El señor Kim Newman estableció que la fundación del club fue muy anterior a 1872, pero nosotros sabemos que no es así. El Club cerró sus puertas hacia 1929, aunque todos sabemos que Diógenes siempre está presente en Inglaterra.

Dei Gratia: El bergantín canadiense que encontró al *Mary Celeste*. Su capitán, un tal Morehouse, era muy amigo de Benjamin Briggs, y había cenado con él la noche anterior a la partida del *Mary Celeste*. Morehouse rechazó cualquier tipo de recompensa por haber encontrado y recuperado el barco fantasma.

Dickens, Charles: Célebre autor inglés que logró vivir de su obra, lo cual muchos considerarían hoy una auténtica osadía por su parte. En la novela *Los perezosos*, que escribió en colaboración con su amigo y compañero de correrías Wilkie Collins, se retrató a sí mismo como bohemio y enemigo de los trabajos duros. Diversos autores pasticheros han intentado resolver el problema de su última e inconclusa obra, *El misterio de Edwin Drood*, utilizando al señor Sherlock Holmes como hilo conductor. Pero *El misterio*… sigue siendo eso, un misterio.

Dios del Antiguo Testamento: También conocido por su nombre de guerra, Yahvé (o Jehová). Se le atribuyen poderes como el de hacer que hablen las vides en llamas, la apertura de mares pequeños y el derrumbamiento de murallas por medio de ondas acústicas. Se dice que posee una voz atronadora y una sobrenatural capacidad de persuasión, capaz de convencer a los incautos de realizar actos atroces, como asesinar a sus propios hijos. No parece mucho más poderoso o ecuánime que otras deidades, como el Gran Cthulhu, Galactus o el señor Kurtz.

Dostmann, Otto: Autor del rarísimo volumen *Los restos arqueológicos de los imperios perdidos* (Der Drachenhaus, Berlín, 1809), trabajo que enmienda en muchos puntos la obra postuma de Isaac Newton *The Chronology of Ancient Kingdoms* (1728). El presente autor aportó novedosa información sobre Dostmann en el índice onomástico de su novela *Sherlock Holmes y los zombis de Camford* (Dolmen, 2010), y espera dar cumplida noticia de él en una biografía novelada que tendría por título *Vida y viajes de Martin Schultze, hijo del barón Vordenburg, de Gratz, que consagró su vida al estudio de los nosferatus y hubo de enfrentarse a la diabólica condesa Carmilla y al aristocrático Lord Ruthven; descendiente del viajero portugués Rafael Hitlodeus, que descubrió la Isla de Utopía a finales del siglo XV; del aventurero alemán Simplicius Simplicissimus, que luchó en la Guerra de los Treinta Años y visitó el rano subterráneo de Centrum Terrae; de Lemuel Gulliver, primero cirujano, y luego capitán de barco; y del barón de Munchausen, incomparable aventurero que recorrió todo el mundo, viajó a la Luna y al fondo del mar, y llevó a cabo hazañas sin cuento. Con algunas explicaciones, mapas, cronologías y genealogías*. La aparición de esta obrita no tiene fecha prevista. De hecho, puede que nunca salga a la luz.

Dravot, Daniel: Masón y agente del Club Diógenes que acompañó a Sebastian Moran en una misión de espionaje en el reino asiático de Selgina. Años después, Dravot llegó a proclamarse rey de Kafiristán. Murió crucificado por sus súbditos.

Dummkopf, profesor: Nacido en Boston. Fotografió el olor, embotelló música, congeló la aurora boreal y fue el primero en aplicar el análisis espectroscópico a la mente. También fue el inventor del "telepompo", un aparato que telegrafiaba la materia a través de cables eléctricos, lo que demuestra que se trataba de un aparato mucho menos sofisticado que el "distanciador" de Sivane. Dummkopf telegrafió con éxito un sello de tres centavos y un gato vivo. Cuando intentó telegrafiarse a sí mismo desde su oficina de Joy Street a su piso de Phillips Street, el profesor perdió su cuerpo. Su cabeza fue expuesta en el Museo del Arsenal de Central Park (New York), y un año después, el escritor Edward Page Mitchell tuvo a bien sacar la cabeza de Dummkopf de su vitrina y colocarla sobre el esqueleto de un extinto dinornis neozelandés, y le proporcionó los ojos de vidrio de un león africano, una lanza guerrera de Fiji para que le sirviera como bastón, y una manta sioux que lo ayudara a pasar desapercibido. Presumiblemente, Dummkopf aún está vivo.

Escott, el señor: Un fontanero que sacó un calcetín viejo de las cañerías de la casa que el Club Diógenes le proporcionó al doctor Severas Sivane. En realidad se trataba del señor Sigerson. Curiosamente, señalaremos que un fontanero llamado también Escott se comprometió con una doncella, una tal Agatha, que trabajaba en Appledore Towers (Hampstead), tal y como recogió el doctor John Watson en su crónica sherlockiana *"La aventura de Charles Augustus Milverton"*.

Estados Unidos de América: Un país que se dice joven. Durante el siglo XIX, en los territorios que acabaron formando los diversos estados de esta nación, surgió un nuevo tipo de psicópata al que se denomina "desperado". Muchos de estos desperados pasaron por el pequeño pueblo minero de Deadwood (en lo que hoy es Dakota del Sur), además de muchos individuos de diversa (y dudosa) fama, como Harry Flashman, Deadwood Dick, Calamity Jane, el coronel Sebastian Moran, Wyatt Earp y Fred Porlock. En un breve cuento del escritor norteamericano Norm Eldritch (un relato que el autor canibalizó para escribir su novela *The Killed People*, 1961) se afirma que durante algún tiempo, el conde Drácula estuvo enterrado en el cementerio masónico del Monte Moriah, justamente al lado de la tumba de James Butler Hickock, alias Wild Bill. Otros autores, como Silver Kane y Lem Ryan, han tocado temas parecidos en sus respectivas obras *Rancho Drácula* (1960) y *Cazadores de vampiros* (1983).

Eva: La primera mujer según los textos bíblicos y la tradición del Corán. La Eva original, que pertenecía a la especie originaria de la civilización subterránea del Gwan-Gi, murió a manos de un gigante

extraterrestre al que los saurios inteligentes llamaban “El Celestial Azul”.

Fantasma Que Camina, el: También llamado “El Hombre Que Nunca Muere”, entre otros muchos apodos. Una leyenda de Bangalla que reside en la Cueva del Cráneo, en lo más profundo de la jungla. Un tal Guran recopiló y editó en 1946 un volumen que recogía todos los refranes bangallanos referentes a esta leyenda, un libro titulado *Dichos de la jungla*, que está dedicado *“A mi amigo de la infancia, Kit Walker”*.

***Friesland*:** Vapor volandero que aparece mencionado en una crónica del doctor John H. Watson, concretamente en *“La aventura del constructor de Norwood”*, donde el doctor habla sobre “el terrible asunto del vapor holandés *Friesland*, que estuvo a punto de costamos la vida a los dos” (a Watson y al señor Sherlock Holmes de Baker Street); y también en un libro de viajes del periodista Edward Malone que lleva por título *El mundo perdido*: “La única otra prueba que yo puedo traer a colación procede del libro de ruta del vapor *Friesland*, de la travesía Holanda-América.. Lo curioso es que ambas citas se refieren a un mismo hecho sucedido a finales de 1894 en aguas británicas, tal y como el presente autor explicó en su artículo “*La Conexión Friesland*’, incluido en el volumen de estudios holmesianos *Sherlock Holmes y lo outré* (2007), al que habrá de dirigirse el lector.

Fosdyk, Abel: El nombre que utilizó el doctor Sivane durante su viaje a bordo del *Mary Celeste*. Curiosamente, en noviembre de 1913, *The Strand Magazine publicó* una carta del señor A. Howard Linford, de Oxford, que se titulaba *“Abel Fosdyk Papers”* y que narraba una curiosa teoría acerca de lo que sucedió en aquel barco en 1872.

Fusileros Reales de Inniskilling: Regimiento irlandés de infantería del ejército británico, al cual perteneció Lord Dunsany. Después de la II Guerra Mundial, el 1er Batallón de Fusileros de Inniskilling pasó una temporada en Birmania, donde tuvieron sus más y menos con un pueblo de enanos malvados y perversos conocidos como los Tcho-Tcho.

Génova: Una de las muchas patrias de Cristóbal Colón. Existe una crónica medieval que narra cómo los muertos se levantaron del cementerio más antiguo de la ciudad para devorar a los vivos y cómo un misterioso extranjero ataviado con extraños ropajes devolvió a los cadáveres a sus tumbas por medios mágicos.

Glasgow: La ciudad más grande de Escocia. Tiene muchos más

fantasmas que Edimburgo. Sherlock Holmes nunca estuvo en Glasgow; que sepamos, pero el doctor Watson sí que disfrutó de la compañía de muchas damas en diversas tabernas de la ciudad en diversas ocasiones.

Gobi, desierto del: Gran desierto de Mongolia donde el doctor Sivane encontró el cráter producido por un artefacto artificial enviado desde el planeta Venus. En el desierto del Gobi hay algunas zonas inexploradas donde se dice que viven los siniestros olgoi-jorjoi (*Olghoi-Khorkhoi*, que quiere decir literalmente "gusano intestino"), unos extraordinarios gusanos desconocidos para la ciencia que podrían ser autóctonos del cráter Severus Magog Sivane. El escritor Iván Efremov recogió en un relato de 1944 el testimonio del científico soviético Mikahil Ilich, que a finales de la década de 1930 lideró una expedición para tomar medidas geodésicas en el Gobi y se topó con una de estas extrañas criaturas.

Gograh, Ernest: Histérico y traidor jorobado. Sobrevivió a los hechos narrados en estas páginas y terminó en Africa, donde se convirtió en ayudante de otro científico, el profesor Arnold Voight. Por supuesto, Gograh también traicionó a Voight y le robó a Mightech, un gigantesco robot con forma de simio con el que el jorobado intentó conquistar el mundo, sin éxito.

Goring, Septimius: El negro responsable de la matanza del *Mary Celeste*, según Arthur Conan Doyle.

Gran Bretaña: Isla al norte de Europa. En tiempos pretéritos se la conocía como Albión. Valerio Argento, el galo conocido como "El Legionario de Plata", anduvo por la isla de Albión peleando con pictos y bátanos años antes de su viaje al planeta Marte, donde fundó una colonia romana.

Gran Lama: Cabeza visible del budismo. El doctor Watson escribió incorrectamente "Gran Llama" (*Head Llama*) en una de sus crónicas, lo que ha ocasionado infinitud de especulaciones sherlockianas, que básicamente se preguntan si el noruego Sigerson visitó en realidad al dios de unos camellos andinos.

GUN Club de Baltimore: Agrupación de veteranos de la Guerra de Secesión norteamericana, especialistas en balística y en construcción de armas. En el año 1866 enviaron un proyectil tripulado a la Luna, una hazaña que, años después, fue muy duramente criticada y ninguneada por el periodista neoyorquino Gideon Spillet. Juan García Rodenas

afirmó en su crónica sherlockiana "*La aventura del magnicidio resuelto*" (incluida en el volumen *Antes de Bator Street*, 2006) que el Gun Club fue uno de los grupos que formaron parte de la conspiración para asesinar a Abraham Lincoln. Sus miembros más destacados fueron los señores J.T. Maston, Impey Barbicane y el capitán Nicholl (que veinte años después de su viaje a la Luna intentaron desplazar el eje de la Tierra a golpe de cañón), así como el explorador Hareton Ironcastle, los profesores Tryphon Tornasol y Walter Mark Haley, los doctores Hans Zarkov, Benton Quest, Strangelove y Emmet Brown, y el ingeniero y agente secreto Angus McGyver. El británico Bernard Quatermass fue propuesto para la membresía del club en diversas ocasiones, pero rechazó la amable oferta con cierto desaire todas las veces.

Gwan-Gi, valle de: Un valle mexicano envuelto en nieblas perpetuas, que fue explorado por el doctor Alexander Countable y sus amigos y ayudantes. Estaba poblado por una civilización de saurios inteligentes humanoides así como por dinosaurios más convencionales. Del valle del Gwan-Gi procedían el detective de New Yorkjohnny D. Noser y el gángster Peter A. Nodon, hijos adoptivos del doctor Countable. Se puede encontrar más información (pero no demasiada) sobre este rincón ignoto en la novela *Card Nichols investiga… el misterio de la armadura pródiga* (2009), del presente autor, así como en el tratado mexicano *Vera Historia de los Balcanes de la Nueva España* (existe una primera edición de 1753 y, contra toda lógica y sensatez, una segunda edición de 1748) de Martín Diaz (sin tilde en la "i").

Hadoque, Archibald: Marino holandés y de origen belga que fue tripulante del *Friesland* a las órdenes del capitán Charles Marlow, a quien admiraba sobremanera. Llegó a convertirse en capitán y se hizo muy conocido por sus pintorescos insultos (heredados de Marlow), por su afición por el whisky Loch Lomond, y por heredar la mansión de un antepasado en el pueblecito valón de Moulin no sé qué. A la vejez, durante una visita a Londres en la que pasó por el Billiards Club, contó a un nutrido auditorio cómo en una ocasión había viajado a la Luna en compañía de un joven periodista, compatriota suyo. Y algunos de los presentes incluso se creyeron la historia.

Hannay, Richard: Escocés nacido en 1874. Agente secreto y soldado cuyas aventuras fueron recogidas por John Buchan en varias novelas que deberían estar publicadas en castellano (sólo hay una de ellas, *Los 39 escalones*). Rick Lai, mitógrafo creativo woldnewtoniano, asegura en su artículo "*The Secret History of Captain Nemo*" que Hannay se enfrentó a diversos hermanos y parientes del profesor Moriarty. Fue Richard Hannay quien pronunció la frase "Yo no soy Sherlock Holmes", que

muchos han atribuido a diversos detectives muy torpes.

Hawk, Jock: Campesino inglés del siglo XVIII y protagonista de la canción favorita del arpista y estrangulador Parker, *"Jock Hawk's Adventures in Glasgow"*. Fue asaltado un par de veces por Dick Turpin y en una ocasión presenció una lluvia de ranas.

Heeren: Marino holandés del *Friesland*. No llegó a contar nunca a nadie cómo perdió su ojo, y por supuesto, nosotros tampoco lo sabemos.

Hellstrom, Georgie: Marino del *Matilda Briggs*. Muy callado. Su más íntimo amigo era un médico de Sussex llamado Steve Strange, quien no sólo realizaba exitosas operaciones de apendicetomía, sino que también sabía realizar trucos de magia y juegos de manos.

Himalaya: Cordillera asiática situada en Tíbet y Nepal. Es el hogar del homínido inteligente llamado yeti, metoh-kangmi y abominable hombre de las nieves (entre otros muchos nombres), una criatura que ha sido avistada por numerosas expediciones, como la del conde Waldemar Daninsky en 1974. En el Himalaya viven también los Mi-Go, una raza de crustáceos extraterrestres inteligentes los cuales llegaron a la Tierra desde Yuggoth (también conocido como Plutón). El explorador noruego Sigerson recorrió en 1892 algunos de los túneles excavados por los Mi-Go y envió a Mycroft Holmes un informe al respecto. Hacia 1950, Joseph Jorkens le explicó a su escéptico contertulio del Billiards Club de Londres, el señor Terbut, que los platillos volantes procedían del Himalaya, pues todas las tripulaciones de esos artefactos que Jorkens había visto estaban compuestas por abominables hombres de las nieves. Ver también **Selgina.**

Holanda: País propietario de Sumatra durante mucho tiempo. Existe una novela de 1895, escrita por un autor indonesio, que explica la invasión de Holanda por ratas gigantes en el año 1940. Ni siquiera hemos podido transcribir el título de la obra, pues sólo la conocemos porque la menciona un personaje en la novela *Nezim, el hombre del futuro*, perteneciente a la serie del héroe español Don Sansón (Héroes Intrépidos n°84, Editorial Casona, mayo de 1946).

Holmes, Mycroft: Hermano mayor de Sherlock Holmes y fundador del Club Diógenes. Casi omnisciente. Un caballero muy perezoso que hizo muchas, pero que muchas cosas no sólo por su país, sino por el planeta Tierra. Su interés por la desaparecida tripulación del *Mary Celeste* era genuina.

Hombre Que Nunca Muere, el: Uno de los nombres que recibe el **Fantasma Que Camina**. Puede que este apodo sea una exageración y puede que no.

Hong Kong: Una isla. Encomendamos al curioso lector a que consulte *Tai-Pan*, magnífica novela de James Clavell, donde encontrará información más que satisfactoria sobre Hong Kong y la Casa Noble.

India, la: Patria del príncipe Dakkar, también conocido como el capitán Nemo. Fue parte de la India el continente hundido de Kumari Kandam, del que se habla en los textos literarios Tamil (como el *Silappadhikaram*) y que a veces se ha identificado con Lemuria. La isla de la Niebla es un fragmento ínfimo de Kumari Kandam, junto con Ceilán. El detective indio Shankarlal, cuyas aventuras por todo el mundo recogió el señor Tamilvanan en una serie de novelas desde mediados del siglo XX, hubo de enfrentarse en 1964 a un hechicero inmortal que aseguraba proceder de Kumari Kandam. Shankarlal venció al malvado y descubrió que no era un hechicero de Lemuria, sino un brujo de Atlantis cuyo verdadero nombre era Kathulos. Otro detective indio, Pattukottai Prabhakar (acompañado de su fiel Suba), resolvió en 1987 el extraño caso de un asesino en serie que enviaba cartas a la policía bajo el nombre de Ilango Adigal, el príncipe asceta que escribió el milenario *Silappadhikaram*. Cuando Prabhakar disparó contra el loco criminal una bala en la cabeza, el asesino se convirtió en polvo ante los atónitos ojos de los detectives.

Inglaterra: Patria de Sherlock Holmes y una parte del Reino Unido. La tierra de los anglos. La comida de Inglaterra no es muy buena, que digamos.

Jahlreel: Pequeña región al este de la India que, hacia 1883, fue escenario de las masacres perpetradas por al menos dos tigres devoradores de hombres. El testimonio que el coronel Sebastian Moran presenta en el presente volumen está refrendado en parte por un capítulo descartado de su libro *Three Months in the jungle* (Tres meses en la jungla, 1884), que fue rescatado por el señor Steve Clarkson en su panfleto *The man-eater of Fahlreel: or, The adventure of a heavy-game hunte in India: bang a transcription of an original manuscript found in a portmanteau said to have belonged to the famous Shikari, author, and military officer, Colonel Sebastian Moran, formerly of the First Bangalore Pioneers* (en castellano: El devorador de hombres de Jahlreel, o, la aventura de un cazador de caza mayor en la India: Que es la

transcripción del manuscrito original encontrado en un portamantas que supuestamente perteneció al famoso *shikari*, autor y oficial militar, el coronel Sebastian Moran, antaño del 1er Regimiento de Zapadores de Bangalore (sic), publicado original y únicamente por The American Press, Inc, en Baltimore (Maryland), en febrero de 1970).

Jorkens, Joseph: Contador de historias de salón y audaz viajero. Lord Dunsany le pidió permiso para recoger los relatos que Jorkens contaba en el Billiards Club, incluso los más peregrinos e increíbles, como el del aviador que llegó a Marte o el de la criatura que se encontraba en un pantano africano. El señor Philip José Farmer aseguraba en su biografía del doctor Clark Savage Jr. que Jorkens era descendiente de los duques de Greystoke, igual que el detective Sam Spade, los escritores Kilgore Trout y Robert Blake, el profesor Moriarty, el doctor Fu Manchú y otros muchos individuos célebres. Y no tenemos motivos para dudarlo.

Kabouter: Enano y marino holandés del *Friesland*. No era ningún duende malvado, sino un pobre desgraciado. Robert Louis Stevenson escribió un relato corto basado en las andanzas de Kabouter antes de su viaje a bordo del *Friesland*, pero el cuento no se publicó nunca y acabó perdiéndose, quizás para siempre.

Kabul: La ciudad más grande Afganistán. El doctor Watson se acostó con una damita de Kabul, que lo durmió leyéndole unos pasajes del *Rigveda*, en sánscrito.

Kafiristán: Región lindante con la India y con Afganistán compuesta por multitud de aldeas-reino. Daniel Dravot fue monarca de Kafiristán, al igual que Alejandro Magno.

Kalimpong: Puerto de montaña indio en el Bajo Himalaya. Fue allí donde un tal Ruhrky, agente de diversas organizaciones criminales y servicios de espionaje, encontró al yeti Gargon en 1898. Gargon se encuentra ahora disecado en los sótanos de Camp Briton, en Camford.

Kansas: Estado de los tomados. Charles Marlow vivió las consecuencias de un tornado en Kansas cuando tenía quince años: Se había escapado a América tras una chica llamada Selma, que en realidad no quería nada con el muchacho. Fue una pérdida de tiempo.

Katmandú: Capital de Nepal, a 1.400 metros de altura. En Katmandú vive todavía un yogi que, con la fuerza de su mente y de su

espíritu, se esfuerza por evitar que llegue a nuestro planeta la onda expansiva de un cataclismo cósmico sucedido hace millones de años en un lugar tan lejano que no podemos ni tan siquiera concebirlo. Pero se acerca cada vez más.

Ketling: Aeródromo inglés. Durante la I Guerra Mundial, Ketling sufrió el ataque de unas cucarachas gigantes voladoras enviadas por los hunos, y fue el escenario de una batalla campal entre los monstruos (engendrados en el laboratorio de Herr Doktor Krueger) y el misterioso aviador conocido como G-8.

Kettle, capitán Owen: El capitán sin barco cuyas hazañas recogió Charles John Cutcliffe Wright Hyne en diversas crónicas. Se dice que era igualito, igualito, igualito que otro marino, el capitán Davey Proffit. El señor Alan Moore asegura que el capitán Kettle estaba a sueldo del Club Diógenes, pero ni nosotros ni Charlie Marlow tenemos constancia de ello.

Kipling, Rudyard: Periodista del *Northern Star*, diario británico de la India. Masón. Cronista involuntario de algunos hombres de Diógenes. En una ocasión recibió por error una carta dirigida a alguien llamado James Phillimore; todos los intentos de Kipling por dar con el tal Phillimore fueron infructuosos, de modo que leyó la carta, se quedó pensativo durante un par de días y por último decidió destruirla y no hablar con nadie nunca de lo que había leído.

Kho: La "Madre de Todos" de los antiguos carcosanos. Diosa. En realidad se trataba de la hembra de una especie de antropoide gigante, antecesor del *gigantopithecus blacki*. La estirpe a la que pertenecía Kho se extinguió oficialmente en 1934 con el hundimiento de la isla de la Niebla. No obstante, otros ejemplares de esta familia de monstruos fueron avistados años después: En 1948, la expedición Osborne encontró un primate gigante en una isla en el Pacífico Sur, y el doctor Tony Druid aseguró haber avistado a una criatura a la que denominaba "Gorgilla" en Borneo allá por 1959. En 1961, un varón de esta especie se enfrentó a un kraken en las cercanías de la isla de Faro y más tarde fue capturado por expedicionarios financiados por la empresa Pacific; hacia 1965, otro macho fue hallado por oficiales de las Naciones Unidas en las profundidades de la jungla de la isla Mondo (y algunos registros afirman que el animal, no demasiado inteligente, colaboró en la destrucción de un robot gigante construido por un científico japonés llamado doctor Hu). Poco después, en 1968, el propietario del circo norteamericano Remington y un cazador llamado Morgan (un descendiente no reconocido del coronel Sebastian Moran) compitieron por capturar a

Gorga, una leyenda viviente que se ocultaba en las regiones selváticas de Gondoroko (África central); y a mediados de la década de 1970, la empresa Petrox llegó a capturar al menos otros dos especímenes en una latitud cercana a la de la isla de la Niebla y quizá un tercero en Corea del Sur. También hay otros documentos que atestiguan la existencia de los llamados "megaprimates" en otros rincones del mundo y en épocas tempranas, como la aparición de uno de estos monstruos en la ciudad de Edo (la moderna Tokyo) en algún momento del siglo XII, o la destrucción causada en la muralla de Chinchilla de Motearagón (en la actual provincia de Albacete, España) por otro mono gigante hacia el año 1350, según atestiguan algunas crónicas de la época. También existen referencias a la presencia de estos gargantúas venidos de la prehistoria en el continente americano: Se conserva una versión del relato del trampero Thomas Haukins, un hombre de la frontera y agente secreto de George Washington durante la revolución, que tuvo contacto amistoso en tierras americanas con una criatura apodada "King Colosso" por el grupo paramilitar de los Rangers hacia 1780. También se ha recogido en el seno de una antigua familia mexicana el encuentro de Federico Arencibia —poseedor del puñal mágico Sayaka de la volcánica Ciudad Celeste—, que a mediados del siglo XIX visitó una de las entradas a los subterráneos del valle del Gwan-Gi, donde hubo de enfrentarse a los soldados del taimado sargento Gómez y a uno de estos anacrónicos megaprimates. Hay informaciones contradictorias acerca de la supuesta llegada a New York de un ejemplar capturado por un director de cine de cuarta categoría (un tal Denhell o Danhem) hacia el año 1931 o 1932, así que debemos descartarlo de nuestra lista de avistamientos.

Khokarsa: Nombre con que el profesor Challenger y otros investigadores, como Philip José Farmer, denominan a la ciudad, isla e imperio de **Carcosa.**

Korzeniowski: Józef Teodor Konrad Korzeniowski, más conocido como Joseph Conrad, nombre con que firmaba sus obras este escritor polaco que eligió escribir en inglés. Se convirtió en algo así como el cronista no oficial del capitán Charles Marlow, aunque nunca mencionó (con mucha prudencia por parte de Conrad) su filiación al Club Diógenes.

Kurtz: Agente comercial de primera de una compañía marfilera belga. Se da cumplida noticia de este caballero en el presente volumen, así como en la novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad y en la película *Apocalypse Now* de Francis Ford Coppola.

Lee-Enfield: Un rifle de cerrojo. El que tenía Black Michael era uno de los primeros que se fabricaron. En 1900, Card Nichols utilizó un Lee-Enfield cargado con balas de plata para matar a un hombre lobo llamado Jack Russell.

Lhasa: Capital administrativa del Tíbet. Sigerson visitó Lhasa. El director de cine alemán Fritz Lang tenía un proyecto para filmar una película ambientada en dicha ciudad sobre un asesino de niños, pero no consiguió presupuesto para realizar *M, el yeti de Lhasa.*

Loch Lomond: Un whisky escocés. En una ocasión, el capitán Hadoque encontró una rata dentro de una botella de Loch Lomond, pero se bebió el whisky igualmente.

Londres: Base de operaciones de Sherlock Holmes hasta que se retiró en 1903. Cada cierto tiempo, el señor Holmes regresa a Londres para pasear por Baker Street y por los barrios más antiguos de la ciudad, pero asegura que ya no reconoce ni los tugurios ni sus viejos escondrijos, y que ya nada queda de ese lugar donde siempre era 1895, porque nunca lo fue.

Lorca: Población de la región española de Murcia que ha sufrido una larga serie de terremotos a lo largo de su historia. En lo alto del castillo de Lorca se ven buitres y otras aves que pertenecen a un cetrero. El dueño del bar que se encuentra allá arriba asegura que los ancianos de Lorca hablan de la vez en que apareció por allí un pájaro muy, muy muy grande, muy posiblemente un pterodáctilo.

Maarten: Marino holandés del *Friesland*. El negro al que Maarten había matado en Saigón se llamaba Septimius Goring y era un criminal peligroso. Sigerson sabía que Maarten no era un mal hombre.

Magno, Alejandro: El conquistador de Persia, por ejemplo. Alejandro Magno ha servido de ejemplo a muchos indeseables a lo largo de la historia, y Daniel Dravot fue sólo uno de ellos. Un autor español, El Persa, escribió un interesantísimo artículo sobre Alejandro y las hormigas gigantes.

Malloy: Marino norteamericano del *Matilda Briggs*. Era hijo de esclavos negros y su anhelo era conseguir dinero suficiente para montar una taberna sólo para negros en Virginia. Su nieto tuvo una taberna en un pueblo americano llamado Candy City.

Manson, Dirk: Cazador. El lector encontrará información sobre Manson en la novela *Sherlock Holmes y los zombis de Camford.*

Marlow, capitán Charles: Protagonista de esta novela. Existe una carta dirigida a Mycroft Holmes que desvela muchos secretos sobre el final de Charles Marlow, y está editada en un número de la revista literaria *Ayvelar* y también en el volumen compilatorio *Cuaderno de bitácora del Matilda Briggs.*

Marte: Planeta. También llamado Barsoom. Lo han visitado tantos terrícolas que no merece la pena consignar aquí un listado completo: Michael Kane, John Cárter, el doctor Nic-Nac, Valerio Argento, Perry Rhodan, el doctor Omega, James Bond, Gulliver Jones… Las cartografías marcianas son bastante inexactas.

***Mary Celeste*, Bergantín:** Su historia es bien conocida por los marinos y por los aficionados a los cuentos de misterio. El señor Farmer propuso una solución al enigma en su novela revisionista *The Other Log of Phileas Fogg*, y también recogió la declaración de John Gribardsun (en *Time's Last Gift*, ver también **Sahhindar**), que aseguraba haber estado a bordo del *Mary Celeste* en 1872. El lector habrá salido de dudas leyendo el presente volumen de qué sucedió realmente en aquel dramático viaje, y podrá conocer más detalles si lee *Los náufragos de Venus*, novela del presente autor.

Matilda Briggs: Un barco del que hemos dado cumplida noticia en este libro. No obstante, tenemos noticia de otro navio de idéntico nombre que arribó a un puerto de Massachusetts a finales de la década de 1960, tal y como se explica en el siguiente (y brevísimo) relato del presente autor, que está "*dedicado con respeto a la memoria de Don Pendleton… y a todas la victimas (culpables, sin duda) del Ejecutor*

Carnicería en el Matilda Briggs

(Un relato del Maestro y el Ejecutor)

El último tripulante vivo del *Matilda Briggs* se arrojó a los pies del hombre vestido de negro y comenzó a farfullar algo entre lágrimas.

—Diría que es vietnamita —comentó el decrépito anciano que se hallaba detrás de Mack Bolán. Una apestosa vaharada de humo negro llegó hasta las fosas nasales del Ejecutor. No le gustaba el aroma de aquella mezcla de tabaco para pipa.

—Sí —dijo Bolán—. Está pidiendo clemencia.

—¿Y se la concederá? —dijo el viejo a sus espaldas—. Creo que hubo un tiempo en que a usted se le conocía como “Sargento Piedad”, ¿verdad, señor Bolán?

El Ejecutor arrojó a un lado la Big Thunder descargada y sacó la Beretta del cinturón. Incluso se entretuvo en quitarle el silenciador mientras el asiático lloraba y le manchaba las botas de mocos.

—Por lo que sé de usted —dijo Bolán—, creo le gustaría que entregáramos este montón de estiércol a las autoridades.

—Es una opción —respondió el anciano.

—Y en cuanto tenga una oportunidad, el bastardo volverá a arrojar mujeres y niños a las ratas en la bodega de un barco igual que éste.

—No podemos descartar esa posibilidad, señor Bolán —dijo el viejo.

—Admito que si no hubiera sido por su ayuda, jamás habría encontrado este nido de piratas y traficantes…

—Eso también es cierto. ¡Y nada menos que en Massachusetts, en plena civilización norteamericana!

—Pero aún no entiendo cómo ha adivinado que el cargamento entraría por este puerto, y no a través de New York.

—Yo nunca adivino ni supongo, señor Bolán. Es un hábito pernicioso para la mente deductiva. Las evidencias estaban ahí, para cualquiera que no se limitara a mirar, y observara con detenimiento ciertos detalles: La carta al bufete de abogados Morrison, Morrison & Dodd tenía un matasellos muy claro, amigo mío. Y ese hombre con el que usted “conversó”… ése que perdió parte de su dentadura, sí, ya sabe a quién me refiero… no sólo habló de un cargamento de armas y de las monstruosas ratas de la bodega, sino que mencionó el nombre francés de una taberna que se encuentra ahí mismo, al otro lado del muelle…

No era difícil atar los cabos… Pero el resto ya lo sabe usted, ¿verdad?

Mack Bolán asintió. El viejo era, en verdad, un tipo muy listo. Quizá el más listo que jamás hubiera conocido.

—Pero yo no soy quién para conceder clemencia —dijo Bolán, y apuntó con la Beretta a la cabeza del pirata vietnamita—. Yo no soy el juez. Soy la sentencia. Soy el Ejecutor.

El anciano se acercó a Bolán, le puso una mano en el hombro y a continuación echó un vistazo a la carnicería que los rodeaba: En la cubierta del *Matilda Briggs*, un barco procedente de Sumatra y recién llegado a los Estados Unidos de América con un cargamento de armas, había toda una colección de orientales acribillados, acuchillados, desmembrados… Una orgía de sangre perpetrada por el hombre vestido de negro.

Y sí, también había dos italoamericanos pertenecientes a un clan

mafioso de Massachusetts. Los mismos que habían dado órdenes estrictas respecto al comportamiento de las esclavas y los niños capturados por los piratas: “A engordar ratas cuando se desmanden”, habían dicho.

—Y yo no soy ningún blandengue —replicó el viejo—. Termine de una vez, señor Bolán, y marchémonos de aquí.

Mack Bolán apretó el gatillo.

Los pasos de los dos hombres, serenos y calmados, resonaron por la pasarela hasta el muelle. Allí se separaron, y prosiguieron caminos si no opuestos, al menos muy distintos.

Matthews: Boxeador británico y maleante que, de un puñetazo, le arrancó el colmillo izquierdo a Sherlock Holmes en la sala de espera de la estación de Charing Cross, tal y como se recoge en la crónica de Watson *“La aventura de la casa vacía”*. Curiosamente, el señor Sigerson aseguraba que este mismo individuo también le había saltado un colmillo de un puñetazo en Charing Cross, cosa que debería dar en qué pensar al atento lector. Matthews no era un mal hombre y logró enderezar su vida criminal, de modo que abandonó Inglaterra, se marchó a los Estados Unidos, y en Philadelphia se casó con una buena chica italiana. Durante años entrenó a boxeadores amateur como los marinos texanos Dennis Dorgan y Steve Costigan, e incluso a algunos profesionales como el hermano de Costigan,

Mike, o Joe Morgan, que a su vez entrenó al campeón Ted Grant. Entre los descendientes de Matthews se encuentran el púgil italoamericano Robert Balboa, el oficial Marión Cobretti del Departamento de Policía de los Angeles, o un veterano de la guerra de Vietnam llamado J. James Rambo.

Maupertuis, barón: Un villano cuyos planes colosales fueron frustrados por Sherlock Holmes. Lo que sucedió con Maupertuis tras los acontecimientos narrados en esta novela aún está por contar.

Maxim, sir Hiram Stevens: Inventó no sólo una ametralladora, sino también una bombilla (por cuya patente tuvo serias disputas con Thomas Edison), un inhalador para asmáticos, un helicóptero que habría de funcionar con dos rotores, e incluso una elaboradísima trampa para ratones, que habría sido de gran utilidad a Charlie Marlow en la isla de la Niebla. Maxim realizó la primera instalación eléctrica en un edificio de New York, allá por la década de 1870. Fue un buen amigo del doctor Alexander Teophilus Countable y colaboró con él en un par de proyectos sin mayor trascendencia.

Mayfair: Un barrio de Londres, y también el apellido uno de los cinco ayudantes de Doc Savage.

Maytyek: Deidad africana adorada por la tribu de los Araki. Se le representa con la figura de un gorila demoníaco. Actualmente, en Madrid, hay un templo secreto dedicado a Maytyek, y sus adoradores se reúnen cada sábado por la noche para contarse historias de monos.

McConnell: Marino escocés del *Matilda Briggs* que fue asesinado por la rata gigante de Sumatra. Sigerson dedujo todo de él, salvo su nombre.

Meca, la: La ciudad más importante del mundo musulmán. Nadie sabe muy bien qué significa ese nombre.

Meixía: Pueblo gallego adonde viajó Mycroft Holmes en busca de una mujer. Los rumores sobre la presencia de licántropos en Meixía son ciertos.

México: Un país extraño, patria de héroes como el Puma, el Llorón o el Santo. El panteón relacionado con Cthulhu tiene representaciones autóctonas en México, tal y como atestiguan diversos autores, entre ellos José Luis Zárate, que dedicó al particular su obra *Xanto. Novelucha libre.*

Middendorp, Tim: Joven marino de la tripulación del *Friesland*. Se acostaba con un compañero, el vigía Van den Eynde. Murió a la edad de ciento veinte años en una isla paradisíaca del Caribe. Nunca tuvo hijos.

Molineaux, Tom: Boxeador negro de inicios del siglo XIX. George MacDonald Fraser escribió una novela titulada *Black Ajax* (1997) sobre la carrera de Molineaux, e incluía un testimonio del padre del famoso militar británico Harry Flashman, que estuvo presente durante el combate entre Molineaux y Tom Cribb.

Mongolia: Un país asiático. El poeta Francisco Bonal García contó hace años la anécdota de una expedición que investigó unas grutas en un rincón apartado de Mongolia (posiblemente en el desierto del **Gobi**), de los informes que la expedición entregó al gobierno mongol, y del subsiguiente bombardeo aéreo de la zona.

Moran, coronel Sebastian: Se da cumplida noticia de él en este libro. Además de sus libros de caza y viajes *Caza mayor en el Himalaya occidental*, 1881 (al cual añadió en 1893 un apéndice que jamás editó

sobre la persecución del explorador noruego Sigerson) y *Tres meses en la jungla* (1884), escribió diversas crónicas sobre su fallecido patrón, el profesor James Moriarty, rescatadas recientemente por el señor Kim Newman: Se trata de *"The Hound of the D'Ubervilles, "A Volunte in Vemilion", "The Problem of the Final Adventure", "A Shambles in Belgrcaw", "The Red Planet League"* y *"The Adventure of the Six Maledictions"*. A Moran se le atribuye la autoría de tres documentos editados por Vernon Mealor, reunidos en el volumen titulado *The File on Colonel Moran*, y aparece como compilador en los llamados *Moriarty Papers* (Los documentos de Moriarty), de dudosa procedencia. El doctor John H. Watson leyó los textos sobre caza del coronel, y les dio buen uso, como el lector podrá comprobar si consulta la novela *Sherlock Holmes y los zombis de Camford*, del presente autor.

Morrison, Morrison & Dodd: Bufete de abogados londinense situado en el 46 de Oíd Jewery. Estaban especializados en tasación de maquinaria y el doctor Sivane contrató sus servicios para que gestionaran la compra de los materiales necesarios (procedentes de todo el mundo) para la construcción del omnimóvil. Los autores que escriben pastiches sobre *"El caso de la rata gigante de Sumatra*" tienden ("convenientemente", como dice un irónico Alan Saunders) a olvidarlos. Los responsables de bufete quedaron tan satisfechos por la recuperación del *Matilda Briggs* y su cargamento —pues fue remolcado hasta costas inglesas por el *Friesland*— que dedicaron muchos esfuerzos en averiguar quién había sido el artífice del rescate, y un par de años después lograron que el señor Mycroft Holmes les dijera, al menos, el nombre de un caballero que intervino en el asunto. A finales de 1896, el bufete Morrison, Morrison & Dodd recurrió a dicho individuo cuando uno de sus clientes, el señor Robert Ferguson (de Ferguson y Muirhead, comisionistas de té con domicilio en Mincing Lane), les realizó una consulta referente a los vampiros, un tema que caía muy lejos de la esfera de actividades de estos abogados.

Morryster: Denostado autor inglés del siglo XVII, responsable del compendio *Marvells of Science*. Tanto Ambrose Bierce como Howard Phillips Lovecraft tenían noticia de este esquivo volumen y lo mencionan respectivamente en los relatos *"El hombre y la serpiente*" (1890) y *"El ceremonial"* (escrita en 1923). *Marvells of Science*, publicado por primera vez a principios del siglo XVIII en Inglaterra, es un compendio de hechos sobre demonios, ángeles, el Cielo y el Infierno, entre otras muchas materias. El señor Sherlock Holmes tenía un ejemplar en su casita de Fulworth (Sussex Downs) y estaba en la estantería de su biblioteca junto con *Out of Doors* del reverendo John George Wood. Otro investigador que poseía y consultaba con frecuencia

el tratado de Morryster era el doctor Martin Hesselius, cuyo ejemplar terminó en la biblioteca del *ghost-finder* británico Thomas Carnacki. Morryster, al igual que Abdul Al-Hazred, murió devorado por un monstruo invisible.

Nemor, Theodore: Científico lituano inventor de una máquina desintegradora (y también reintegradora). Durante su juventud estuvo asociado con los profesores Dummkopf y Vehr, y en esa época publicó en el diario *The Sun* de New York el artículo titulado "*Flamantes tonterías de un mentecato autotitulado doctor*", que era una crítica al único libro del doctor Severus Sivane. Años después le mostró su invención al profesor George Edward Challenger en el domicilio londinense de Nemor, y tuvo la desfachatez de desintegrar y reintegrar al profesor y dejarlo sin un solo pelo. Como respuesta a esa afrenta, y quizás también por las intenciones del lituano de vender su aparato a los rusos, Challenger desintegró a Nemor para siempre jamás.

Nepal: Estado soberano del sureste asiático. En Nepal se encuentra el punto más alto de la Tierra, el monte Everest, y también una de las criaturas más voraces (y menos conocidas) de nuestro planeta, un monstruo ciego y gigantesco que recibe el nombre de Bholemus.

Newgate: Prisión londinense donde pasó encerrado algunos años el coronel Sebastian Moran. Ottis Mercer, un colaborador del señor Sherlock Holmes, también estuvo algún tiempo a la sombra en Newgate. Fueron presos de Newgate Giacomo Casanova, sir Thomas Malory, Daniel Defoe, Ben Jonson y el capitán Kidd. La prisión cerró en 1902 y fue demolida en 1904. Uno de los obreros encontró entre los escombros los restos de un cuarto repleto de libros que habían escrito los presos (incluso una obra teatro debida a la pluma del citado pirata Kidd), pero todos se perdieron.

New York: Hogar de nacimiento del detective consultor Card Nichols, que se conocía al dedillo todos los subterráneos de la ciudad, y del que el lector podrá obtener más información si consulta la novela *Card Nichols investiga… el misterio de la armadura pródiga* (QVE, 2009), del presente autor. El señor Philip José Farmer escribió un relato sobre un tal señor Howller, que aseguraba haber sido testigo en octubre de 1931 de la caída de un simio gigante desde lo alto del Empire State Building, en Manhattan (un barrio de New York). El ambiguo aventurero escocés Seth Pride se marchó a New York hacia 1904, y en dicha ciudad tuvieron lugar algunas de sus más sonadas, imposibles y psicotrónicas aventuras.

Niebla, isla de la: Emplazamiento de esta aventura, que se hundió hacia 1934 en aguas del Índico.

Nilo: Río africano que hace miles de años era parte de los dos mares centrales. Aún quedan cocodrilos en el Nilo.

Noruega: Supuesta patria del notable explorador Sigerson y también del vikingo Erik el Rojo. El hijo de Erik, Leif Erikson, descubrió América y la bautizó con el nombre de Vinland. Un descendiente de estos vikingos, el gran cazador Thorvald Larsson, se convirtió durante años en enemigo del neoyorquino Card Nichols. No obstante, Larsson colaboró con Nichols en 1929, en el último caso del detective, que está recogido en la novela *Viaje al centro de las hormigas*, obra del presente autor.

Jartum: Capital de Sudán, que se encuentra entre los dos brazos del Nilo, el brazo Azul y el brazo Blanco. Su nombre significa "trompa de elefante". Fue en Jartum donde el noruego Sigerson visitó a un califa que no estaba allí, sino en Omdurmán. La duda que se plantea es: ¿a quién visitó entonces Sigerson?

O'Rourke, Orcival: Llamado "Orc". Contramaestre del *Friesland* y boxeador *amateur*. Tras sus viajes a bordo del *Friesland junto* con el capitán Charles Marlow, O'Rourke se convirtió en un marino detective, cuyas hazañas fueron recogidas por F.M. Walker (que quizás fuera el escritor FM. Cotton Walker, autor de novelas como *Casque & Cowl*, 1875, o quizás no lo fuera), y se publicaron entre 1901 y 1902 como parte de la Polar Detective Library. El señor Todd Rutt, representante del estado de F.M. Walker, ha autorizado expresamente al presente autor a utilizar el nombre de Orc O'Rourke en este libro, y nos ha facilitado el título de las diecinueve novelas conocidas del marino norteamericano: *Salt Of The Seas, A Blow In The Dark* (no confundir con el relato de Amanda Minnie Douglas publicado en el número de enero de 1898 de *The People's Homes Journal*, ni con *The Man from London, or, A Blow in the Dark*, una historia de Nick Cárter publicada en 1902), *The Crime Buster, The Indian Gem, White Man´s Burden* (basada en el poema homónimo de Rudyard Kipling), *Detective Of The Deep, The Oíd Woman´s Tale* (basada en la historia escrita por Mary Martha Sherwood), *The Golden Serpent* (que no es la misma historia que la aventura del detective norteamericano Nick Cárter del mismo título, ni tiene relación con *La serpiente de oro*, primera novela del peruano Ciro alegría), *Under Scrutiny, Blind Marís Trust, An Obscure Clew, Lost In The Pacific, Nowhere To Turn, By His Beard, The Terror Tunnel* (que no está relacionado con el

clásico relato de ciencia ficción de Walter Wood "*The Tunnel Térror*", 1907), *Caught In The Act, A Rogue's Last Act, A Newspaper Incident* y *Brought To Justice*. Esperamos que el señor Rutt dé a la imprenta próximamente una selección de aventuras de O'Rourke.

Padang: Un puerto de Sumatra y la mayor ciudad de Indonesia. En enero de 1798 arribó a dicho puerto un barco chino abandonado en cuyas bodegas había ciento un ataúdes que contenían los cuerpos sin vida de unos hombres delgados, de piel pálida y largos colmillos. Los marinos que recuperaron el barco decidieron incendiarlo y devolverlo al mar que lo había llevado hasta allí.

Paddy: Marino irlandés del *Matilda Briggs*. Se lo comieron las arañas gigantes de la isla de la Niebla.

Pall Mall: Calle donde se aglutinaban los clubes más prestigiosos de Londres: El Reform, el Travellers, el Diógenes… También se encuentran allí algunos clubes secretos, como el New' Travellers, que está decorado con retratos de Odiseo, Lemuel Gulliver, el Rey Mono, Simbad, el Preste Juan o Charles Marlow7, entre otros.

París: Patria de Arséne Lupin, *gentleman-cambrioleur*. París fue el escenario de la batalla que puso fin a la guerra entre el imperio criminal de Fantomas y el silencioso ejército del doctor Fu Manchú en el año 1964.

Parker Especial: Una bebida inventada por Parker, galés, estrangulador y virtuoso del arpa de boca (o arpa judía). De acuerdo con el señor Sherlock Holmes, Parker era un individuo bastante inofensivo, aunque Charlie Marlow no tenía esa misma opinión. Miembro de la banda de Moriarty desde 1887. Tuvo un nieto nacido en los Estados Unidos que se convirtió en un notable ladrón profesional y al que algunos investigadores han llamado "el Tarzán Urbano". El investigador woldnewtoniano Rick Lai asegura que Parker era medio indio y que había aprendido los métodos de los asesinos thugs, pero en realidad, todo lo que Parker sabía sobre estrangular, beber y tocar el arpa judía lo aprendió en las calles de Glasgow.

Pat: Marino inglés del *Matilda Briggs*. No se lo comieron las arañas gigantes, sino unos gusanos gigantes con grandes colmillos.

Pekín: Capital de China. El Rey Mono intentó abrir allí una sucursal del New Travellers Club de Londres en 1812, e incluso buscó un local

invisible situado en una de las calles principales de la ciudad, pero hasta la fecha no ha conseguido llevar allí a ninguno de los Grandes Viajeros.

Poplar: Barrio portuario de Londres. El profesor Moriarty reclutó allí al coronel Moran, que acababa de destripar a una dama.

Porlock, Fred: Miembro de la organización del profesor James Moriarty, muy cercano al profesor y a su segundo, el coronel Sebastian Moran. Los investigadores sherlockianos han especulado durante años acerca de la verdadera identidad de Porlock, corresponsal de Sherlock Holmes y supuesto traidor a la banda de Moriarty: se ha dicho que en realidad era Arthur Conan Doyle, Mycroft Holmes, la señora Cecil Forrester, el coronel Sebastian Moran, el más joven de los hermanos Moriarty e incluso la señora Hudson. Sin embargo, todo apunta a que este enigmático personaje, que aún era un sicario en activo a finales de la década de 1920 —como se muestra en la novela *Candy City* (Ilarión, 2010), del presente autor—, estuviera relacionado directamente con la anécdota contada por el poeta inglés Samuel Taylor Coleridge, que jamás pudo concluir satisfactoriamente su poema *Kubla Khan* (compuesto antes de 1797) porque fue interrumpido por alguien que venía *"From Porlock'* ("desde Porlock", que es una ciudad inglesa, o "de parte de Porlock"). Otro dato incierto sugiere que en 1876, Fred Porlock mató en Tascosa (Texas) a un hombre llamado Lin McAdam para robarle su Winchester 73. El lector encontrará más información sobre Fred Porlock en la novela corta *La rata gigante de Sumatra en el Oeste* y en el artículo *"El pez piloto que acompaña al tiburón"*, incluido en el volumen *Viaje al fondo del valle*, del colectivo Los Chirrioneros (Círculo Holmes, 2013).

Portsmouth: Ciudad de Hampshire, en la costa sur de Inglaterra. Del puerto de Portsmouth solía partir el capitán Jack Aubrey de la Marina Real durante las guerras napoleónicas, y es el lugar que vio nacer en 1828 al doctor Severus Magog Sivane. También nació allí Christopher Standish, cuyo padre fue asesinado por piratas de la hermandad Singh en el año 1536, frente a la costa de Bangalla: El joven Christopher, que tenía veinte años por aquel entonces, fue el único superviviente de la batalla, cuyo espectacular final contempló desde la playa. A Standish lo encontraron unos miembros de la tribu de pigmeos Bandar, que cuidaron de él y lo llevaron a un lugar escondido en la selva y conocido como la Cueva del Cráneo. La estirpe de Standish se prolongó durante al menos veintidós generaciones más, que sepamos.

1er Regimiento de Zapadores de Bengalore: Su nombre original es *1st Pioneers of Bengalore*. Un regimiento de la India durante la ocupación

británica, al cual perteneció el coronel Sebastian Moran. Los estudiosos sherlockianos aseguran que este regimiento nunca existió y lo han querido identificar (como nos ha asegurado en comunicación privada el señor Juan Antonio Molina Foix, traductor del Canon sherlockiano para la editorial Valdemar) con el Corps of Madras Sappers and Miners (The Queen's Own) [Cuerpo de Zapadores y Minadores de Madrás al servicio de la Reina], el cual consistía en dos regimientos separados de ingenieros y zapadores. No obstante, esta línea de investigación es errónea, pues el regimiento existió: Tras la deshonrosa marcha del coronel Moran y la llegada de su sustituto, el coronel Edmund Blackadder (venido del 19° Regimiento de Fusileros del África Oriental), los hombres de este cuerpo fueron enviados a una misión de rescate en una zona montañosa de Jahlreel, en donde se había extraviado un grupo de exploradores. Los Zapadores de Bengalore penetraron en una cueva que los trasladó un millón de años atrás en el tiempo, hasta un valle secreto poblado por una tribu de *gigantopithecus blacki*, quienes mataron y devoraron a todos los militares británicos. Uno de los soldados del regimiento, Patrick Wickham Gascoyne Beresford Steed, escapó a la masacre y regresó a su propia época para dar parte a sus superiores, que decidieron borrar el nombre del 1er Regimiento de Zapadores de Bengalore de sus archivos y de los libros de historia.

Quatermain, Allan: Gran cazador colonial británico. Sus crónicas fueron recogidas en diversos volúmenes por Henry Rider Haggard, aunque muchas de sus aventuras aparecen de vez en cuando en este o aquel volumen. Por ejemplo, el escritor Miguel Angel Naharro desenterró recientemente el relato *"Allan Quatermain y la tribu de la Araña"*, íntimamente relacionado con la crónica sobre el aventurero Jonathan Baker titulada *La maldición de la diosa Araña* (Dlorean Ediciones, 2012), y el señor Alan Moore ha hecho lo propio en su egregia saga *The League of Extraordinary Gentlemen*. Hasta el señor Juan Perucho le dedicó unas páginas a Quatermain (al que llamaba "Quartelman") en su libro *Historias secretas de balnearios.*

Rata gigante de Sumatra: El animal que da título a la presente novela. Se trata de una especie emparentada con el *Rhizomys sumatrensis*, la gran rata del bambú de Sumatra, de la que habla el señor Alan Saunders en su sugerente artículo "*The Sumatran Devil"* (publicado originalmente en el número 2 del boletín *Llama Droppings* de la asociación The Head Llamas; el presente autor tradujo y editó en castellano el texto bajo el título de "*El demonio de Sumatra*" en el número 3 del boletín *Paradol Chamber* de la Academia de Mitología Creativa "Jules Verne" de Albacete). Por otra parte, la rata de Sumatra también es el ancestro de un tipo de rata prehistórica, ya extinta, del

tamaño de un gato y que vivió hasta hace tan sólo mil años en Timor (curiosamente, al sur de Sumatra): Así lo explica otro investigador sherlockiano, el señor Xavier Mauméjean, que se hizo eco de la noticia en su artículo "*Le Rat géant de Sumatra*" (publicado el 1 de enero de 2003 en la página web de la Société Sherlock Holmes de France). En el texto, Mauméjean se acerca mucho a la verdad sobre la rata, aunque se equivoca de punto a punto cuando explica que la célebre Expedición Challenger de 1894 a la Tierra de Maple White, en Brasil, en realidad se dirigió hacia una isla situada al oeste de Sumatra y a la que denomina "Skull Island" (la isla del Cráneo). Tanto la teoría de la falsificación realizada por el cronista del profesor Challenger como la identificación geográfica resultan erróneas: Por una parte, existen pruebas de que la Expedición Challenger sí que se dirigió a una meseta perdida en el Amazonas, pues años después, en 1917, el explorador Hareton Ironcastle y el doctor Clark Savage Sr. realizaron una nueva incursión en dicha zona; y por otra parte, "Skull Island" es el emplazamiento utilizado en algunas películas, como por ejemplo, *Braindead* (*Tu madre se ha comido a mi perro* es el imaginativo título en castellano), que Peter Jackson dirigió en 1992, y en la que aparece un mono-rata de Sumatra, un híbrido genéticamente imposible que transmite un virus zombificador. Al lector le resultará evidente que el señor Jackson y sus predecesores en el cine se inspiraron en la verdadera isla de la Niebla para crear la ficticia "Skull Island".

Regen Insel, Die: Nombre alemán de la isla del Trueno, situada en el Pacífico. Doc Savage y sus Cinco Increíbles la visitaron en abril de 1933, y durante la II Guerra Mundial, diversos grupos militares de los Estados Unidos y de las fuerzas del Eje la utilizaron como base de operaciones. Los servicios de inteligencia de los países en contienda se referían a este lugar por su nombre en clave, "Isla Dinosaurio", que a partir de la década de 1960 cambió por el de "Isla Zero" o "Isla de los Monstruos".

Resu: Uno de los dioses carcosanos. El nombre de este dios ha sobrevivido hasta nuestros días en un tipo de uva de vino que se cultiva solamente en Sardinia, en los alrededores de la ciudad de Cagliari. Es posible que esta uva fuera llevada a Italia por marinos carcosanos en tiempos ancestrales.

Rokovoko, isla de: También llamada "isla de Kokovoko". Se encuentra al este de la isla de Othaheite, en el Pacífico. Otto Dostmann la menciona en su tratado *Los restos arqueológicos de los imperios perdidos* y habla del extraño comercio entre los nativos de Kokovoko y unos seres del mar a los que ofrecían sacrificios humanos. La isla está repleta de ruinas de piedra que, en opinión del veterano marino Obed Marsh,

recordaban a las ruinas que se hallan en Ponapé y en la isla de Pascua. Un gigantesco arponero llamado Queequeg, que trabajó a bordo del *Sumatra Queen* de la flota de los Marsh de Innsmouth, y que vio el fin de sus días en el *Pequod* (un ballenero de Nantucket a cargo del capitán Ahab, medio hermano de Obed Marsh) no sólo había nacido en Rokovoko o Kokovoko, sino que era hijo de Walakea, el rey de la isla. El *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt también dedica todo un capítulo a esta isla, y aporta algunas interesantes teorías acerca de la desaparición de sus nativos, que ya había tenido lugar en torno a 1837, cuando el investigador germano visitó Rokovoko. A finales de la década de 1870, cuando Charles Marlow desembarcó allí, la isla estaba repoblada por unos indígenas no demasiado amistosos y con aspecto de batracio, pero un tsunami acabó con el recién reconstruido pueblo y con todos sus habitantes.

Rorke's Drift: Lugar en Sudáfrica donde tuvo lugar una batalla de la guerra Anglo-Zulú el 22 de enero de 1879, durante la cual ciento cincuenta soldados de a pie británicos fueron atacados por cuatro mil guerreros zulúes, y en la que, contra todo pronóstico, ganaron los ingleses. Tanto Sebastian Moran como el famoso (o infame) Harry Flashman andaban por allí ese día.

Rutte: Cocinero del *Friesland*. Era bajito, gordo y feo. A su regreso a Holanda murió de una indigestión después de comerse una vaca entera. Dejó tras de sí mujer y doce hijos.

Sáhara: Desierto africano, lugar de (literalmente) innumerables aventuras y dramas. Las arenas del Sáhara guardan secretos ancestrales, algunos bellos y otros terribles. Es seguro que en otro tiempo, aquel lugar fue un vergel paradisíaco.

Sahhindar: Un dios de los antiguos carcosanos, Señor de los Árboles, de la caza, del bronce, e hijo de Kho y Resu. Se le atribuye la fundación de la ciudad de Carcosa. En realidad era un hombre vulgar y corriente que en el año 2072 retrocedió en el tiempo hasta el año 14000 a.C. y decidió establecerse en el pasado. El difunto señor Philip José Farmer dio cuenta de este hecho en su novela *Time's Last Gift* (1972), donde se insinúa que este promotor e investigador inmortal que se ocultaba bajo un nombre falso no era otro sino John Clayton, Lord Greystoke, también conocido como Tarzán de los Monos.

Satanás: El Diablo. Según el escritor Rodolfo Martínez, Sherlock Holmes tuvo cierto contacto con Satanás, o al menos, con alguien muy

parecido. Por si estamos siendo demasiado ambiguos, recomendamos al lector que consulte las novelas sherlockianas de este autor *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* (2004), *Sherlock Holmes y las huellas del poeta* (2005), *Sherlock Holmes y la boca del Infierno* (2007) y *Sherlock Holmes y el heredero de nadie* (2008).

Selgina: Una pequeña monarquía independiente situada en un valle del Himalaya. Entre 1874 y 1876, el coronel Sebastian Moran estuvo infiltrado en dicho país como agente del Club Diógenes y se enfrentó no sólo con el despiadado espía ruso Anatoli Rokoff, sino también con los miembros de La Secta de los Siete Huevos, que en una cueva sagrada incubaban con sangre de vírgenes los huevos de Yidorah, un dragón celeste tricéfalo que formaba parte del folklore selginiano: Los sectarios aseguraban que algún día, Yidorah llegaría a la Tierra para sembrar el caos y enfrentarse a sus mayores enemigos (un "gorila ballena", un ave descomunal y una polilla gigante, según la mitología local). El coronel Moran logró destruir los siete huevos antes de su eclosión, salvar a los legítimos monarcas de un complot de Rokoff para usurpar el trono, y además mantuvo un *affaire* amoroso con una princesa de la dinastía Saino, la bellísima Salima. Fruto de esa relación nació un niño que llegó a reinar en Selgina.

Shakespeare, William: Un autor inglés muy famoso, que no murió el mismo día que Cervantes, por mucho que todo el mundo se empeñe en decir lo contrario. Una teoría asegura que en realidad, Shakespeare eran dos enanas. En 1898, el detective neoyorquino Card Nichols recibió en su casa del 659 de Greenwich Street, en Manhattan, la visita de un caballero que aseguraba ser William Shakespeare reencarnado. Este fue el comienzo de la aventura que Nichols denominó *"El caso de Umbu, el autómata de piedra de otro mundo"*.

Sigerson: Notable explorador noruego. Rudyard Kipling se hizo eco de los hallazgos de Sigerson en una nota publicada en el diario indio *Northern Star* y también en algunos diarios londinenses. El doctor Watson llegó a leer el artículo de Kipling en el *Times*, pero no le prestó mayor atención porque no decía gran cosa. Sigerson venía de Florencia, había pasado por el Tíbet y el Nepal, y se dirigía hacia Jartum y más tarde al Africa profunda. Se intuye la presencia del señor Sigerson en España en el tebeo de los señores Sergio Colomino y Jordi Palomé, *Sherlock Holmes y la conspiración de Barcelona*, y tenemos información de que más tarde, Sigerson anduvo en tratos con un químico llamado Edgar Gamel en Montpellier, tal y como se recoge en el relato del ghost-finder Carnacki "*Algunos derivados del alquitrán*" (incluido en el volumen *Sherlock Holmes y lo outré*). Durante su estancia en Francia, Sigerson —

bajo una identidad distinta— también viajó a un lugar conocido como "Antimundo", tal y como muestra el señor Alejandro Castroguer en cierta novela que responde a las siglas HYECDLOE. Se cree que después montó una librería en Londres, junto a la tienda de curiosidades del viejo C. Cave, pero puede tratarse tan sólo de un rumor. De hecho, hay quien piensa que Sigerson, agente del Club Diógenes, era en realidad un delincuente irlandés llamado Altamont que dio bastantes problemas a la policía de Skibbareen.

Singapur: Antaño, la isla Temasek. El criado francés Jean Passepartout (Picaporte en castellano) compró una docena de mangos en Singapur durante su vuelta al mundo en ochenta días, y le ofreció unos pocos a la princesa Aouda. Singapur fue el escenario de una aventura de Prof Cannibal (Guardián de la Humanidad), firmada por Robbie Kensinghton (Len Dexter) y titulada *The Sinister Mr Whisker* (Avenue & Jones, mayo de 1942).

Sivane, doctor Severas Magog: Científico loco de manual. Fue el responsable de teleportar a toda la tripulación del *Mary Celeste* al planeta Venus en 1872, evento que dio lugar a la fundación del Club Diógenes. Su hijo Thaddeus Bodog nació en los Estados Unidos y trajo de cabeza durante mucho tiempo a un joven reportero llamado William Batson, descendiente del doctor John H. Watson.

Sumatra, isla de: Hogar de la rata gigante. La recóndita jungla donde el doctor Sivane encontró a la rata estaba poblada por otras muchas criaturas insólitas, como el gato gigante de Sumatra, un félido de proporciones descomunales que era el depredador natural de esa especie de ratas.

Tapanuli: Región del norte de Sumatra que da nombre a la fiebre que aparece en este libro. El señor Sherlock Holmes fingió que estaba enfermo de fiebre Tapanuli y engañó con su argucia tanto al doctor John Watson como al malvado Culverton Smith en la crónica titulada "*La calentura del detective agonizante*".

Terbut: Habitual del Billiards Club de Londres y adversario de Joseph Jorkens. Un escéptico cuya incredulidad daba pie a que el contador de historias y bebedor de whiskey (con o sin soda) relatara nuevos e increíbles cuentos. Terbut perdió al menos dos apuestas con Jorkens: en la primera, el viajero demostró que la distancia desde el puente de Westminster al puente de Blackfriars era más larga que la distancia desde el puente de Blackfriars hasta el puente de Westminster;

y en la segunda, Jorkens demostró que había estado al otro lado del Sol. Terbut llegó a contar al menos una historia (no demasiado memorable) en el Billiards, aunque tenía otra, tan fantástica o más que las de Jorkens, relacionada con su fugaz viaje al lugar que el señor Alejandro Castroguer denomina "Antimundo". Pero Terbut jamás se atrevió a contarla por temor a quedar en ridículo.

Terner, A.V.: Aviador inglés que en 1924 viajó hasta el planeta Marte, y que años después regresó allí para quedarse, tal y como explica Lord Dunsany en dos de sus crónicas del Billiards Club, *"Our Distant Cousins"* y *"The Slugly Beast'*.

Thorndyke, doctor John Evelyn: Médico londinense y detective consultor cuyos casos fueron recogidos por su amigo Christopher Jervis y editados (reescritos, en realidad) por Richard Austin Freeman entre 1907 y 1942. Tenía su consulta privada en el 5A de King's Bench Walk, en Inner Temple, y fue un pionero en el campo de la medicina forense. Mycroft Holmes lo reclutó como agente secreto del Club Diógenes, e incluso llegó a pagar la cuota como miembro de la institución, pues el doctor Thorndyke gustaba de la tranquilidad y el humo de los puros caros que se respiraba en los silenciosos salones del Diógenes. Resultó ser un agente muy útil, pues Thorndyke era miembro de la Orden del Temple y tenía acceso a documentos secretos y conocimiento de diversas conspiraciones de su sociedad secreta. El cronista de Thorndyke nunca supo de estas oscuras asociaciones del doctor, de modo que jamás pudo narrar aventuras como *"El caso de las tres Manos de Gloria*", *"El misterio de la alfombra china*", *"El asesinato de la lechuza de Hyde Park", "El problema de las sombras de Camford"* o *"El extraño paciente del doctor Seward"*. Mantuvo contacto y correspondencia profesional con el señor Sherlock Holmes (con quien discutió la prueba química del guayaco) y a finales de 1891, tuvo que colaborar con el capitán Charles Marlow en una misión para Diógenes durante la cual desmantelaron la red de tráfico de cadáveres de un (supuesto) inmortal sifilítico, tuerto, mutilado de una oreja y demasiado optimista conocido como doctor Pangloss.

Tíbet: Meseta asiática. Es el hogar tradicional del abominable hombre las nieves. El doctor Alexander Countable y sus ayudantes murieron en un accidente aéreo en el Tíbet, donde el hijo de Countable fue criado por una tribu de yetis.

Trapper Lake: Lago canadiense en cuyas inmediaciones existen dinosaurios de los más diversos tipos, amén de otros monstruos más extraños. Doc Savage visitó Trapper Lake durante la supersaga que Lester Dent tituló *"The Time Terror"*, que debería estar publicada en

castellano, pero que no lo está.

Tullamore Dew: Un whiskey irlandés. Johnny D. Noser, el detective saurio que operaba en New York en la década de 1920, masticó una botella de Tullamore Dew en una ocasión para impresionar a un bandido llamado Carlton Cumberland.

Tutankamón: Neb-jeperu-Ra Tut-anj-Amón. Faraón egipcio y momia famosa. Se dice que ha generado muchos problemas a diversos arqueólogos, empezado por su descubridor, Howard Cárter.

Valonia: Una de las tres regiones de Bélgica. Hércules Poirot investigó en el pueblecito valón de Moulin no sé qué (de donde procedía la familia de Archibald Hadoque) el misterio del velero varado *Brunilde Brooks*, que estaba íntimamente relacionado con la comadreja colosal de Java, un caso para el que el mundo aún no está preparado.

Van den Eynde: Vigía del *Friesland*. Nunca admitió que le gustaran los jovencitos, y por ello, cada vez que llegaba a puerto, se iba con prostitutas a las que pagaba por guardar silencio y dormir.

Vehr, profesor: Científico cercano a la teosofía. El señor Robert Duncan Milne publicó una serie de crónicas acerca del profesor Vehr en *The Argonaut*, entre ellas *"A Modern Magic Mirrot"* (1884), y *"Professor Vehr's Electrical Experiment"* (enero de 1885), donde el profesor hacía una demostración con un aparato que transmitían personas por los cables de teléfono (con dramáticos resultados). Era colega del barón von Steinbach, el célebre inventor de un extractor de almas eléctrico, sobre el cual también escribió el citado señor Milne en "*Barón von Steinbach's Soul'*, un relato publicado en dos partes octubre de 1885.

Venus: Planeta de nuestro sistema solar. Allí terminó la tripulación del *Mary Celeste*, y el lector hará bien en leer *Los náufragos de Venus* para conocer más detalles sobre este planeta.

Victoria, Reina: Monarca de Inglaterra que, dependiendo de a quién se pregunte, tiene buena o mala fama. El gamberro de Harry Flashman aseguraba en sus memorias que le había metido mano o algo por el estilo.

Vogt, Alfred Hansenius: Marino holandés del *Friesland*. En su juventud fue miembro de la hermandad pirata conocida como El Escorpión o Scorpia, un peligroso grupo internacional de bellacos cuya

historia dio comienzo en el siglo XVI, pareció detenerse en 1612 con la muerte de su líder, Brunel de Gottshalk, pero que en realidad se prolongó durante siglos. El Fantasma Que Camina puso punto y final a la organización en 1956, pero existen indicios de que estos piratas hayan pervivido posteriormente e incluso en la actualidad. Vogt vivió como pirata desde 1840 en el Mediterráneo y el mar Rojo, en barcos que portaban la bandera del Escorpión Negro, y abandonó la vida de crimen hacia 1870, ayudado por un aventurero enmascarado y vestido de color púrpura.

Voight: Profesor Arnold Voight. Científico brillante y despistado que construyó al autómata Mightech. El lector debe consultar el volumen *Sherlock Holmes y los zombis de Camford* para obtener más información.

Von Herder: Un artesano ciego que fabricaba armas de aire comprimido. Von Herder había fabricado el rifle del coronel Sebastian Moran por encargo del profesor Moriarty. El señor Sherlock Holmes aseguraba haber conocido a este caballero alemán, que llegó a ser miembro del Gun Club de Baltimore, pero nunca atendió una sola reunión.

Von Junzt: Estudioso de los cultos sin nombre y otras materias ocultas. Su verdadero nombre era Benedikt Schultze y era hijo del también investigador alemán Martin Schultze. Los detalles sobre su muerte en una habitación cerrada y la subsiguiente investigación los encontrará el lector en la novela *The Eye in the Labyrinth: A Sherlock Holmes Adventure*, un manuscrito del doctor Watson editado por el escritor Robert Blake, de Milwaukee, y publicado en la revista *Outré Tales* (agosto de 1935).

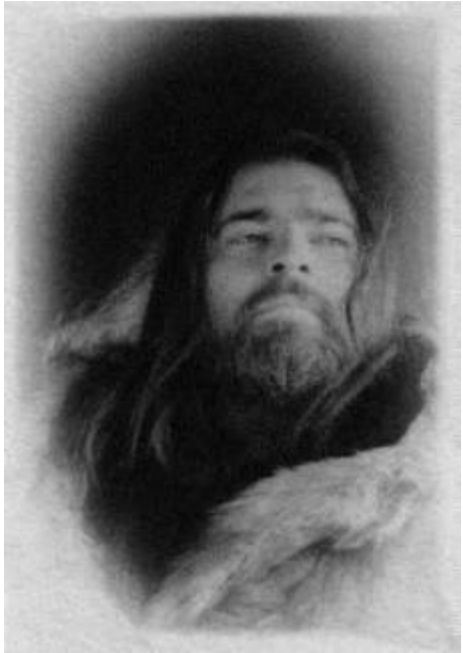
Watson: Nombre con el que el noruego Sigerson bautizó al joven ejemplar de megaprimate que colaboró con él durante el asunto de la rata gigante de Sumatra. Este Watson, el último (o quizás penúltimo, según algunos testimonios) de su estirpe, creció para convertirse en el indiscutible Rey de la isla de la Niebla. Los nativos que lo adoraban no lo llamaban Kho, como a su madre, sino que utilizaban una denominación sutilmente distinta. Este Watson, al igual que el doctor John H. Watson, sentía debilidad por el sexo débil, y más concretamente, por las humanas rubias. Esos dos casanovas habrían hecho muy buenas migas.

Westminster: Un parte del centro de Londres donde se concentran muchas de las instituciones más malignas que el mundo ha conocido.

Winchester, James H.: Propietario de la mitad (doce de veinticuatro partes) del *Mary Celeste*. Fue el encargado de introducir al doctor Sivane a bordo del barco durante aquel fatídico viaje de 1872. Se ha dicho de Winchester que estaba metido en las más diversas conspiraciones (extraterrestres, Illuminati, reptilianos, los Nueve Desconocidos, etc.), pero en realidad era un negociante sin demasiados escrúpulos que quería llenarse los bolsillos con dinero fácil.

Winchester 73: Un arma que pasó por muchas manos antes de terminar en las de Fred Porlock.

El autor



Alberto López Aroca (Albacete, 1976) es escritor. Sus novelas publicadas más recientes son *Necronomicón Z* (Dolmen, 2012), *Estudio en Esmeralda* (Ilarión, 2012), *Sherlock Holmes y los zombis de Camford* (Dolmen, 2010) y *Candy City* (Ilarión, 2010, que cuenta con ilustraciones de Sergio Bleda). Sus volúmenes de ensayos sherlockianos *Cuaderno de bitácora del Matilda Briggs* (2005) y *Sherlock Holmes y lo outré* (2006), publicados por la Academia de Mitología “Jules Verne” de Albacete, son hoy día codiciados objetos de coleccionista. Después de varios años de búsqueda infructuosa ha logrado contactar con el señor Sherlock Holmes, que ya va camino de los 160 abriles, y que le desea lo mejor a los lectores de este antiguo caso "para el que el mundo, por mucho que usted insista, mi querido López Aroca, sigue sin estar preparado", en palabras del anciano detective consultor.

Agradecimientos

ESTE libro existe porque una larga lista de personas decidieron que tenía que existir. Y de no ser por ellos, no estaría aquí. Y por otros muchos que apoyaron el crowdfunding para publicar *Charlie Marlow y la rata gigante de Sumatra.*

Quiero agradecer especialmente la colaboración de mi gran amigo, el autor de cómics e ilustrador Sergio Bleda, que ha realizado no sólo una bellísima portada para este libro, sino también dos láminas sherlockianas a todo color. Gran parte del éxito de este proyecto se debe a que el nombre de Sergio ha estado asociado a la rata de Sumatra tanto como el del *Matilda Briggs.*

También quiero agradecer su ayuda a los amigos que han decidido promocionar este libro a través de la Red de Redes —tanto en Facebook como en Twitter, en sus respectivos blogs y en foros virtuales—, en los medios de comunicación convencionales —radio, televisión y prensa—, o a través del viejo y bueno boca a boca. Me consta que algunos incluso han voceado por las calles "¡Apoya a la Rata!"

Cristina Macía y Javier Vidiella han logrado sendos originales de Sergio Bleda, y sus aportaciones han sido fundamentales para la consecución del crowdfunding. Gracias a ambos.

Otros amigos y compañeros han decidido convertirse en promotores del libro y han introducido páginas publicitarias (incluso la contraportada): Son el escritor Alejandro Castroguer, la guionista Ana Montes, el estudio de escultura y miniaturas de Marco Navas e Isabel Celada, y las librerías Popular (de Albacete) y Estudio en Escarlata (de Madrid). A todos, muchísimas gracias por vuestra generosidad.

Juan Antonio Martínez Sarrión "Mortimer", ilustrador y autor de cómics, ha realizado los diseños de cubierta y de interiores de este volumen tal y como yo los había imaginado en mis más locos sueños; Elena García Seco me ha prestado su portátil cuando más falta me hacía; y Arn McConnell (o Craven Lovelace, como se hace llamar a día de hoy), director de cine y uno de los investigadores woldnewtonianos más tempranos, me iluminó acerca de las hazañas del marino Orcival "Orc" O'Rourke hace años en su artículo *"Kong: His Life and Fair* (*Wold Atlas*, volumen I, n°4, invierno de 1978). Una referencia mínima en dicho texto fue el germen de esta novela y me llevó a contactar con el señor McConnell, que a su vez me puso en contacto con el verdadero creador

del aventurero O'Rourke, el señor Todd Rutt, que ha tenido a bien prestarme el nombre de su personaje para que yo creara a otro personaje distinto. (Sigo buscando alguna edición de la Polar Detective Library, sin demasiado éxito).

Ana Colchero ha estado implicada tanto en el proceso de crowdfunding como en la redacción de la novela, en la corrección y en su versión definitiva desde el comienzo de los comienzos, y ha sufrido todos los avatares de la producción tanto como yo o quizá más. Ya se han acabado las noches en vela.

Alberto López Aroca

Este libro se terminó de imprimir el 13 de Diciembre de 2012.

LIBRERÍA ESTUDIO EN ESCARLATA LIBRERÍA

ESTUDIO EN ESCARLATA

LA LIBRERÍA DE LOS GENEROS POPULARES:
POLICÍACO, NOVELA NEGRA, THRILLER, AVENTURAS,

CIENCIA FICCIÓN, FANTASÍA, TERROR, EROTISMO

La librería donde encontrar a Sherlock Holmes y Marlowe, Poe y Lovecraft, Plinio y Carvalho, George R. R. Martin y Andrzej Sapkowski, Blacksad y Hellboy, damas del crimen y piratas, hombres lobo, vampiros y zombis... y alguna sorpresa más.

Presentaciones, firmas, clubes de lectura, ofertas, revistas, cómic, sección infantil y juvenil, pedido de libros, títulos descatalogados, boletín de novedades...

ESTUDIO EN ESCARLATA

LA LIBRERÍA DE LOS GENEROS POPULARES: POLICÍACO, NOVELA NEGRA, THRILLER, AVENTURAS, CIENCIA FICCIÓN, FANTASÍA, TERROR, EROTISMO

C/Guzmán el Bueno, 46 (esq. Fernández de los Ríos) 28015 Madrid
Tno. 91 543 0 534 Fax 91 543 0 535. Lunes a sábado 10:30-14:30 / 17-20:30

info@estudioenescarlata.com *http://www.estudioenescarlata.com/*
http://estudioenescarlata.blogspot.com/

Metro: Moncloa, Islas Filipinas. Autobús: 2, 202, 16, 61.